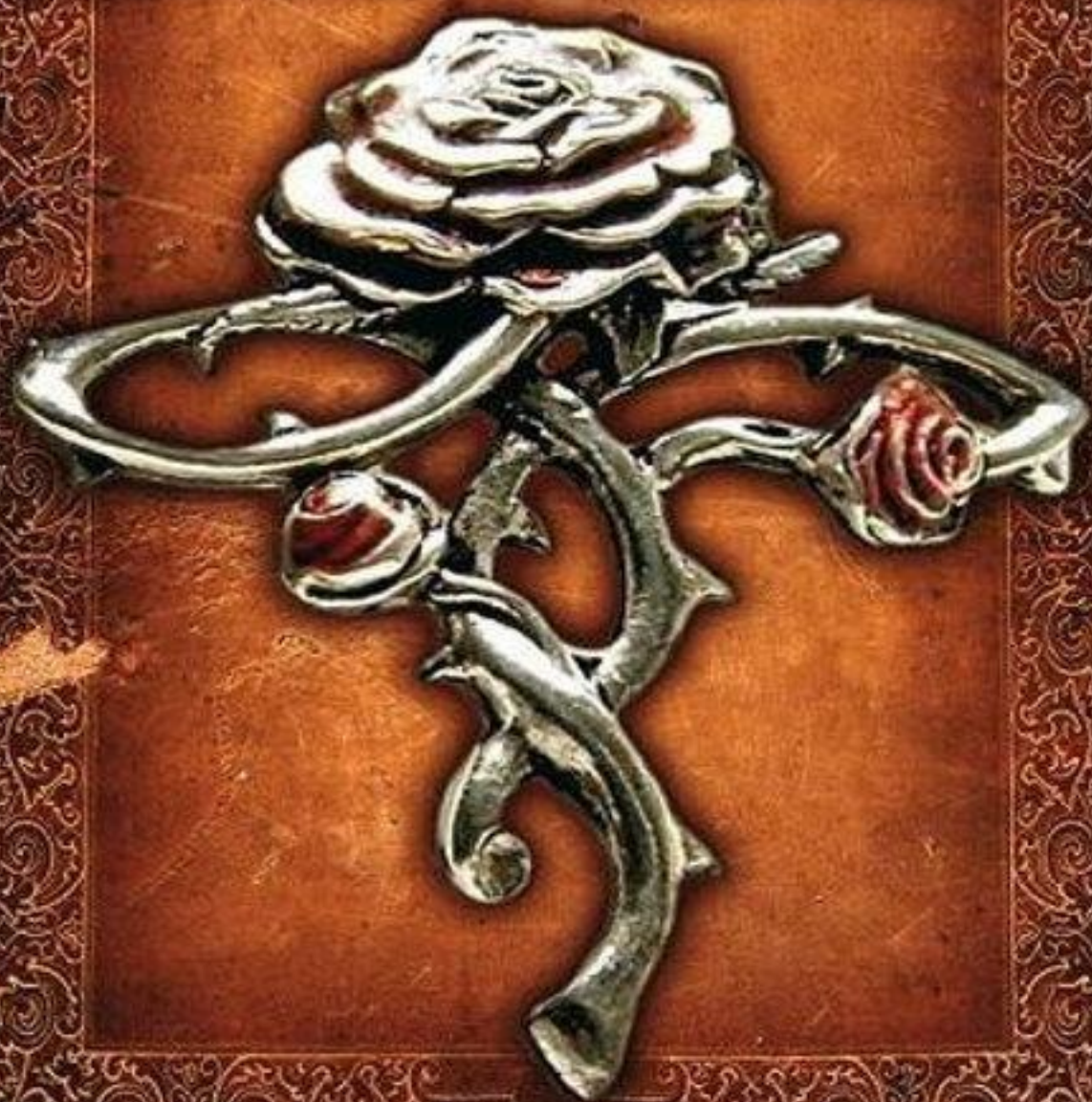


NOV
ELA
HIS
TÓR
ICA

GÉNESIS

El ritual Rosacruz



Patrick Ericson

Lectulandia

1780. Extraños crímenes tiñen de rojo las calles de París. Para resolver el misterio, el agente Marais debe adentrarse en el enigmático mundo de la magia y la alquimia de los Rosacruces. Poco antes de ser asesinada, una doncella le entrega a un retrasado mental una criatura recién nacida. Él y su acompañante, un enano llamado Petit Ours, deciden huir de París con el fin de asegurar el mantenimiento del bebé. En el camino descubrirán que han sido víctimas de un engaño que habrá de conducirles a la muerte... Dieciocho años después, en París, se suceden varios asesinatos que según el Procurador General del rey tienen relación con una joven hospedada en una afamada casa de citas. Gustave Marais, policía del recién suprimido Tribunal del Chatêlet, logra infiltrarse en el lupanar y contacta con una atractiva prostituta que habrá de conducirle hasta la presunta implicada: Papilión. Sin embargo, finalmente descubre que aquella muchacha es inocente, y que el culpable de los crímenes es un ser anónimo y oscuro que va eliminando a todos los hombres que logran acercarse a la joven.

Narrada al mejor estilo clásico, con un lenguaje directo y cuidado pero sencillo, ágil, que es capaz de tejer la madeja de una novela negra e histórica a la vez con sus mejores estrategias. Una novela trepidante que sumergirá al lector en el enrevesado y enigmático mundo de la alquimia y la magia, con un trasfondo histórico donde los personajes no son todo lo que parecen ser.

Lectulandia

Patrick Ericson

Génesis

El ritual Rosacruz

ePub r1.0

pcastrod 28.10.14

Título original: *Génesis*
Patrick Ericson, 2008

Editor digital: pcastrod
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

DEL LIBRO DE HERMES TRIMEGISTO

—¿Cómo dices que Dios posee los dos sexos, oh, Trimegisto?

—Sí, Asclepio, y no solo Dios, sino todos los seres animales y vegetales.

*Al principio unimos,
después corrompemos,
disolvemos lo que ha sido corrompido,
purificamos lo que ha sido disuelto,
reunimos lo que ha sido purificado
y lo solidificamos.
De esa forma, el hombre y la mujer devienen en uno.*

Breve tratado de la piedra filosofal, 1778

La tormenta

Una terrible tormenta descargó sobre París aquella tarde de otoño del año 1754; tan apocalíptica que fue como si hubieran abierto de improviso las esclusas del Cielo con la trágica intención de acabar de una vez por todas con la humanidad. Al cabo de unos minutos las calles quedaron anegadas de agua hasta el extremo de impedir el paso de los carruajes que circulaban por los barrios de la Sorbona y Faubourg Saint-Germain. Los transeúntes, sorprendidos por la tremenda intensidad de la lluvia, corrían despavoridos en busca de un lugar seguro donde guarecerse. El fragor de los truenos y la sobrecogedora visión de los relámpagos —semejantes a ríos de lava roja—, conminaban a la gente a buscar refugio en los portales de los edificios más cercanos, donde se hacinaban unos contra otros a la espera de que remitiese la tormenta. Incluso en los jardines de las Tullerías y Palais-Royal, las mujeres consagradas al oficio más antiguo del mundo, dejaron a un lado su labor para regresar a las cloacas de donde provenían. Del mismo modo los componentes de la Guardia Real, a pesar de su ineludible presencia por las calles de la capital, postergaron el deber y la justicia para ponerse a buen recaudo antes de que fueran fulminados por los diversos rayos que, sobrecogedores, culebreaban sin descanso sobre los tejados calizos de las viviendas.

En el mercado de Les Halles prevalecía el caos. Los comerciantes se apresuraban a recoger sus mercaderías entre maldiciones y juramentos. Las banastas con frutas y hortalizas, los mostradores de los carniceros, los talleres de los maestros artesanos, los toneles de harina, las tinajas de aceite y vinagre; todo fue desatendido por sus dueños ante la amenaza de ser arrastrados por la avalancha humana que escapaba del diluvio corriendo de un lado a otro sin orden ni concierto. París se estremeció horrorizado al comprobar la crecida del río, y tan solo los habitantes de las casuchas construidas en el declive de las colinas de Montmartre, Santa Genoveva, Butteaux-Cailles, Belleville, Chaillot, Buttes-Chau-Mont y Ménilmontant, auténtico anfiteatro

de altozanos guardianes de París, se sintieron a buen recaudo a pesar de los corrimientos de tierra que provocaba todo aquel agua descendiendo impetuosa ladera abajo. Los menos favorecidos fueron los residentes de la isla de la Cité y de Saint-Louis, así como los dueños de las viviendas y negocios que habían erigido sus inmuebles sobre los diversos puentes que les comunicaban con la ciudad, sufriendo desde un principio las consecuencias directas de la crecida del río. Impotentes, fueron testigos de cómo sus hogares y enseres eran arrasados por las turbulentas aguas del Sena.

En tales circunstancias, nadie hubiera creído que era el momento más indicado para echarse a la calle, incluidos los incontables roedores. Ningún pretexto podía considerarse racional, ni tan siquiera el amor o el odio. Sin embargo, una joven corría desesperada por la rue Saint-Honoré, llevando entre sus brazos un atadizo de mantillas, capidengues y pañoletas, del cual surgía cierto lloriqueo desgarrador de niño recién nacido. Tenía los cabellos y el vestido empapados. Tiritaba de frío, consternada por alguna extraña razón que solo a ella le afectaba, e indiferente a las variadas exclamaciones de sorpresa de todo aquel con quien tropezaba en su camino sobre los adoquines de arenisca. Le dolían los pies debido a la humedad. A pesar del impedimento y del agua, que ya le llegaba por encima de los tobillos, huía en dirección al Louvre como si llevara tras de sí una legión de demonios. De vez en cuando miraba hacia atrás, con cierto temor indescriptible a ser descubierta por sus perseguidores. Pero no vio a nadie a sus espaldas; tan solo la esencia evanescente del marqués de Saint-Foix y sus esbirros; fantasmas de un pasado inmediato del que le era imposible escapar.

Georgina, que así se llamaba la doncella, había aceptado sin condiciones la súplica de la señora marquesa en su lecho de muerte: preservar de cualquier daño al ser que acababa de dar a luz, criatura que no se ceñía a los términos de la normalidad en una sociedad nobiliaria donde las taras infantiles se saldaban a la tremenda, arrojando al río a dichos engendros. Y si en su momento tuvo que enfrentarse a la problemática de abandonar la mansión sin alertar a los asistentes del marqués, la fiel sirvienta no se rendiría ahora que había tomado una decisión en firme. Debía salir lo antes posible de la ciudad para dirigirse hacia las murallas del lado este, allá donde las postulantes del convento de la Madeleine de Trenelle convivían en conformidad con Dios. Ellas se harían cargo sin duda de la desgraciada criatura.

La joven trató de olvidar las amenazas de muerte proferidas por el marqués cuando finalmente, desde la ventana de su habitación, la vio salir por la puerta de la gran residencia con el niño en brazos; pero le fue imposible dejar a un lado sus advertencias. Al contrario, su memoria evocó el gesto preceptivo que les hizo entonces a los guardianes de la hacienda, con el propósito de ponerles sobre aviso, dándoles libertad para iniciar la cacería y seguimiento de la presa más débil. Ella era

la víctima; y de no actuar con apremio, sería su cabeza la que colgara de la pared del salón de su amo; por lo que, llenando de aire los pulmones, salió del escondrijo donde se había detenido a descansar un instante y fue derecha hacia la calle Faubourg Saint-Antoine, esperando dejar atrás La Bastilla antes de que anocheciese y cerraran las puertas de la mayor ciudad de Francia.

Pero cuál fue su sorpresa cuando vio al marqués de Saint-Foix en persona cortándole el paso al final de la calle Royal, callejuela por la que decidió aventurarse, con el propósito de atajar, atravesando el Jardín de las Tullerías. El noble avanzó hacia ella con paso firme, circunspecto, prometiéndole que no le causaría ningún daño si le entregaba por las buenas al recién nacido. Le dijo que pensaba dar excelentes referencias a sus amigos, siempre y cuando fuera capaz de guardar el secreto que escondía aquel monstruo que Dios le había dado por hijo; incluso le ofreció quinientos luises por un silencio que a todos comprometía en tanto que serían cómplices de asesinato.

Horrorizada, Georgina se dio la vuelta con intención de huir, más por detrás le llegaban los fornidos lacayos de su señor con porras y cuchillos ocultos en los bolsillos de sus levitas, dispuestos a zanjar el asunto de forma letal. Gritó al verlos venir decididos hacia ella, sedientos de sangre, sin saber qué hacer en aquella situación tan conminatoria como irremediable. Por un lado, tenía que enfrentarse a un hombre sin escrúpulos al que solo le importaba el prestigio del apellido Saint-Foix; por otro, a la muerte fría del acero.

Sin pensarlo dos veces, la sirvienta pateó un viejo portón situado a su izquierda, en uno de los recovecos de la estrecha callejuela. Dicha puerta comunicaba con el jardín de una vivienda en ruinas, presuntamente deshabitada, la cual se abrió sin ningún esfuerzo con un chirrido oxidado y ruginoso. No lo pensó dos veces, y entró en su interior, atrancando seguidamente los postigos con la aldaba de hierro que recogió del suelo antes de que sus perseguidores lograsen alcanzarla entre exclamaciones de furia.

Estaba a salvo. Aunque solo por un tiempo.

El niño seguía llorando. Georgina, con sumo cuidado, fue hacia un templete erigido en el centro del jardín y tomó asiento en las escaleras de mármol, translúcidas y amarillentas por el paso de los años. Una vez a cubierto, protegiéndose de la lluvia, sus manos desliaron el pequeño atadizo que llevaba aferrado contra el generoso pecho. El rostro inocente e inmaculado de la criatura se le mostró como lo más bello del mundo. Era un niño precioso. Tenía delicados rosetones pintados en sus mejillas; indicios de buena salud y energía. Fue a desarroparlo para ver del todo su cuerpo, pues aún no había encontrado nada anormal en él para que quisieran matarlo, cuando sintió la embestida brutal de los hombres contra el portón pretendiendo acceder al abandonado jardín por las bravas, por lo que tuvo que desistir en su voluntad de

desentrañar el misterio volviendo a cubrir al bebé con la mantilla.

Miró desesperada a su alrededor, en busca de un escondrijo donde poder ocultarse. Al margen de unos cuantos eucaliptos deshojados y marchitos, un estanque de aguas verdinegras, corrompidas y viscosas —cuyo pilón granítico retenía en su interior gran cantidad de guijarros y ovas yermas—, y un coche de caballos completamente desmantelado al que la hiedra había aprehendido entre sus filamentos, no encontró un lugar que favoreciese su deseo de desaparecer. Su única salida estaba en un tragaluz horadado en la parte más baja del muro de la casa, un pequeño orificio medio oculto tras la frondosidad marchita de unos rosales. Corrió todo lo de prisa que pudo, lo que hizo que resbalase con la hojarasca húmeda del terreno, cayendo de lado sobre unos abrojos. Apenas sintió clavársele en la carne las espinas; ni siquiera llegó a darse cuenta de que la sangre le corría de forma copiosa por debajo del codo. Se puso en cuclillas de un salto al escuchar nuevamente el batir de la puerta a su espalda, así como las provocaciones e insultos que proferían a voz en grito los mercenarios del marqués.

Arrastrándose por el fango, la criada llegó como pudo al rosal. Como llevaba al niño en brazos, apartó sus tallos con la única mano que le quedaba libre hasta abrirse camino a través de la fronda. Y cuál fue su desilusión al descubrir que la oquedad abierta en la pared no era sino un pequeño ventanal de respiro de lo que antaño fuese una bodega; suficientemente ancho para el bebé pero estrecho para un adulto.

Desesperada, creyó que lo mejor sería dejarlo caer al vacío, y luego buscar un lugar seguro donde esconderse. Más al pronto reaccionó con sensatez, pensándolo dos veces antes de llevar a cabo su pretendida locura. Intentó calcular la distancia que le separaba del suelo escrutando en la oscuridad, pero le fue imposible hacerse una idea debido al fuerte aguacero y a las sombras que proyectaban los nubarrones sobre los muros calcáreos de la casa.

«Deben haber por lo menos la altura de dos mujeres como yo», se dijo a sí misma; más no quiso determinarse por temor a que la criatura pudiera romperse la cabeza en la caída. Y sin embargo... ¿acaso no era mejor arriesgar, que una muerte segura a manos de sus verdugos?

El chasquido de la puerta al romperse, y las airadas voces acercándose por la vereda de piedra que dividía en dos el jardín, le sacó de dudas. Dejaría caer al bebé, confiada en la buena suerte que les había acompañado hasta ahora. Pero antes le hizo la señal de la Cruz en la frente, buscando el amparo de Dios y el de los ángeles guardianes de los que tanto había oído hablar de niña. Luego besó la delicada piel de sus mejillas, sabiendo de antemano que no volvería a verlo nunca más.

—Niño llora... niño triste. Totó cuidará de él. Totó sabe cómo hacerlo.

Georgina ahogó un grito con la mano. Frente a ella, un hombre la observaba desde el interior del sótano con las manos extendidas. Debido a la oscuridad de la

bodega, solo pudo verle la cara y los dedos gruesos y callosos de sus manos. El volumen de su cráneo era descomunal y achatado, igual que un calabacín en sazón.

Padecía una singular alopecia que no solo le privaba de pelo en la cabeza sino también en las cejas y pestañas. Sus pómulos, cuya piel ictérica y apergaminada le trajeron a la memoria al prior de la iglesia de Saint-Germain-des-Prés, se precipitaban sobre sí mismos, confiriéndole de ese modo el macabro aspecto de un alma en pena. Sus ojos eran de un color ceniciento que helaba el alma: tristes, ausentes de vida... como si se encontraran prisioneros de la más profunda desesperación. Aun así, había algo en ese hombre que le atraía, y era su presencia en el interior de aquella bodega donde jamás hubiera esperado encontrar a nadie; como si se tratara de una señal de Dios. Cuidaría del niño, y eso le bastaba para confiar ciegamente en él. A pesar de ser un extraño, y de su grotesca apariencia, estaba segura de que no le ocurriría nada malo a la criatura mientras estuviese bajo su tutela. Era un presentimiento que le nacía del corazón.

Las voces de los perseguidores se aproximaban. Los tenía tan cerca que creyó percibir el hedor avinagrado de sus bocas llenas de caries. No estarían a más de quince o veinte pasos, tras el muro de zarzas. Cogiendo al niño con sus dos manos se lo entregó al desconocido, rogándole en voz baja que velara por la vida del pequeño aún por encima de la suya. Acto seguido corrió hacia el estanque para rodearlo antes de que fuera demasiado tarde, pero el destino quiso que se encontrase cara a cara con sus agresores.

Eran cuatro, sin contar al marqués. El más joven de todos era el que más temor le inspiraba debido al enorme cuchillo de descuartizar que se intercambiaba hábilmente de una mano a otra. Le sonrió con dureza, gesto que la paralizó durante un par de segundos. Fue suficiente para que los otros tres aprovecharan su vacilación, rodeándola por ambos flancos y por detrás. Aquel descuido le habría de costar la vida.

La primera cuchillada la recibió la sirvienta en el costado, y le vino por la derecha. Fue la de Jean-Paul, un mocetón bastante atractivo pero con la cara rateada por la viruela; cochero del marqués. La saña con que le había asestado el golpe era fruto del rencor. Se la tenía jurada desde que la joven rechazara sus pretensiones deshonestas, burlándose cruelmente de los pequeños cráteres que poblaban su rostro. Eso fue lo que pensó Georgina al tiempo que la sangre le corría a borbotones por la herida abierta, a pesar de que intentaba sofrenar la hemorragia con ambas manos.

Aún dio dos pasos, inseguros y oscilantes, procurando por todos los medios acercarse al estanque, en la ridícula idea de huir hacia el otro lado del jardín, pero antes de llegar sintió el crujir de su cráneo al romperse, y también un dolor lacerante en la cabeza que la hizo sentirse vacía por dentro. Cuando cayó al suelo tuvo ocasión de ver la porra de su nuevo atacante manchada de sangre. Y aunque sufría los

estertores próximos a la muerte, se puso de rodillas con los puños cerrados en el suelo, como un animal a la espera del sacrificio.

Escuchó la voz del marqués a un millón de años luz de distancia. La interrogaba sobre el paradero del bebé. Ella se limitó a jadear su agonía negando con la cabeza. Su amo preguntó de nuevo, amenazándola de muerte. A Georgina le hizo gracia aquel comentario tan cínico, y sin poder evitarlo, se echó a reír al tiempo que se limpiaba con el dorso de la mano los finos coágulos de sangre y baba que le colgaban de los carnosos labios. Tanta impertinencia no le hizo gracia al soberbio aristócrata, el cual, exasperado por la reacción de la obstinada doncella, le propinó una patada en las costillas que la dejó sin aliento, tirándola de nuevo por tierra. Posteriormente, y tras recibir la aprobación de su señor, quien dio por finalizado el interrogatorio, los sicarios cayeron sobre la infortunada al igual que lobos hambrientos. Las cuchilladas y golpes fueron tan continuos y salvajes, que en pocos segundos convirtieron a Georgina en una miscelánea irreconocible de carne y sangre; la misma sangre que salpicaba sus rostros, levitas y manos, acercándoles al talante implacable de los druidas paganos de las antiguas hecatombes.

Consumado el crimen, el marqués de Saint-Foix les ordenó buscar al niño por todos los rincones del jardín, expresamente tras los rosales por donde la habían visto aparecer. El hombre de la porra llamó la atención de los otros señalando la oquedad abierta en el muro. Al comprobar que era cierta su afirmación, el marqués se puso al frente del grupo adelantándose a sus esbirros.

Nada más llegar se inclinó sobre la ventana, acercándose al tragaluz, tras hacerles una señal para que se mantuvieran callados. Ningún lamento o lloriqueo vino a romper aquel instante de tenso silencio, tan solo el monótono sonido de la lluvia rompiendo contra las hojas yermas del suelo. Todo parecía indicar que Georgina había dejado caer al niño al vacío. De ser así, la ausencia de sonidos se afirmaba como testimonio irrefutable de la cruel realidad. La criatura debía estar muerta allá abajo, envuelta en las sombras, probablemente con los huesos rotos... fomentando el apetito insaciable de las ratas negras, de duras cerdas que por allí pululaban.

Pero el excitado noble necesitaba verlo, contemplar el fin postrero de aquel engendro, hijo de Satanás, que su difunta esposa había echado al mundo en vez de remitirlo al averno. No estaría del todo seguro hasta que no le viese muerto con sus propios ojos. Quería cerciorarse, poder dormir por las noches sabiendo que aquella cosa no vendría en un futuro a cobrarse una vieja deuda, o que alguien pudiera relacionarle con el bebé y chantajearle durante el resto de su cómoda vida. Tenía que poner fin a sus dudas, comprobarlo personalmente al precio que fuera. Para ello, se quitó la peluca de color ceniciento, e introdujo sin más su cabeza en la abertura tratando de auscultar en el corazón de las tinieblas, al igual que hiciese la criada minutos antes. Le fue imposible ver nada al estar demasiado oscuro. Se esforzó en la

virtud del protagonismo, que tanta gloria le proporcionara a lo largo de su vida, arrastrándose un poco más hacia dentro con el propósito de acostumbrar sus ojos a la oscuridad. Y he aquí que surgieron de la nada unas manazas huesudas que le sujetaron con inusitada fuerza ambas mejillas. Ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar, pues su cabeza giró bruscamente de un lado hacia otro hasta que se oyó el chasquido del cuello al quebrarse. Después su cuerpo se desplomó inerte y con el rostro hacia dentro, a la vez que sus dedos se aferraban al postizo, en la postrera actitud de sorpresa frente a aquella muerte inesperada.

El más joven de los secuaces tiró instintivamente del cadáver, cogiéndole por los pies. Louis, el pinche de cocina del marqués, sacó de nuevo su cuchillo de trinchar, y con valentía fue a enfrentarse a aquella cosa que había acabado con la vida de su señor. Pero ni toda la devoción del mundo fue suficiente para plantarle cara al espectro que parecía resurgir del mismísimo infierno; el rostro mortuorio, torvo y desfigurado, de un ser que les imprecaba a gritos e insultos, mostrándoles el lado más adverso de su carácter.

Incapaces de asimilar semejante pesadilla, los sirvientes creyeron estar frente a una aparición demoníaca. Sus mentes, retrógradas y supersticiosas, confundieron a un pobre diablo con el auténtico Lucifer. Y no pudiendo soportar la idea de ser arrastrados a los abismos del averno presto huyeron despavoridos sin importarles los despojos del hombre que había condenado sus almas para toda la eternidad.

Totó y Petit Ours

Totó era un retrasado mental de dos metros de altura que vino a nacer en el hospital Hôtel-Dieu el mismo año que el príncipe Luis, delfín de Francia; coincidencia que no le sirvió de mucho durante los años que estuvo recluido en el manicomio de Charenton debido a su grotesca apariencia y restrictivo cerebro. Jamás representó amenaza alguna para nadie, cosa que ya sabían los celadores de la inclusa donde pasó su niñez, pero encerrarle de mayor en el tétrico sanatorio de enfermos mentales fue la solución más inteligente que encontraron sus detractores. De este modo, apartaron socialmente a un paria cuya madre, prostituta de profesión y enferma de sífilis, murió entre gritos de dolor cuando el cirujano la abrió en canal para arrancarle de las entrañas al bastardo de su hijo, puesto que el volumen del feto y la asombrosa deformidad de la cabeza, impedían que naciera como el resto de los niños.

Desde que ingresara en el manicomio, la vida de Totó había transcurrido igual que la de un viejo roble plantado en lo alto de una montaña inaccesible: solitario, aferradas su raíces a un suelo extraño, soportando en silencio el deseo de escapar. Y así, avivado el ensueño de libertad, se contentaba con la ilusión de conocer nuevas gentes que no fueran el celador que le pasaba cada día la hogaza de pan, centeno hervido, un mejunje de verduras y la escudilla de agua por entre las rejas de su celda con un colchón de paja. Las únicas personas a las que había tratado a lo largo de su vida, además de los guardianes y médicos del sanatorio, fueron los demás niños de la inclusa donde le inscribieron a los pocos días de nacer; amén de *Madame Bruot*, dueña de aquel antro de huérfanos y encargada de alimentarlos con lo mínimo hasta que estuvieran en edad de cuidarse por sí solos. De todos ellos guardaba oscuros recuerdos que de ningún modo deseaba evocar.

Y he aquí que transcurrieron siete largos años dentro de aquel infierno, entre piojos y pulgas. Hasta que un día, cansado de esperar a que viniesen a sacarle, quiso romper con la rutina de la prisión, arrancando los barrotes oxidados de su celda, para

ir en pos de esa libertad que tantas noches buscara en el fulgor de las estrellas. Lo demás fue fácil, solo tuvo que saltar el muro que le separaba de la calle, y correr luego hacia el bosque de Vincennes sin volver la vista atrás. A partir de entonces buscó refugio en hogares deshabitados, como aquel caserón en el que había entrado para guarecerse de la lluvia, o en los más deprimidos arrabales de la ciudad; tales como Montrouge, Neuilly e Issy. Si aún le buscaban, era algo que jamás llegó a preocuparle. Lo único que ocupaba su mente era encontrar un sitio donde poder vivir en armonía con gentes como él: parias de la humanidad.

Al cabo de varios meses de vagar de un lado a otro, sin más compañía que su propia sombra, encontró lo que andaba buscando. Fue una mañana de invierno, muy cerca de las fortificaciones que colindaban con el bosque de Bologne. Había estado recogiendo leña para encender un fuego con el que poder calentarse. Ya se dirigía a la chabola que levantara meses atrás, junto al lago, cuando le pareció ver a un niño por entre la niebla. Lo creyó extraviado, y hasta era posible que lo estuviesen buscando sus padres y vecinos por los alrededores. Totó sabía por experiencia que si le encontraban cerca de él, le traería problemas, por lo que decidió alejarse todo lo que pudo yendo hacia el otro lado de la masa arbórea. Sin embargo, una voz adulta le conminó a que se detuviera. Al darse la vuelta comprendió que el niño no era otro que un hombre bajito con el pecho abultado y las piernas zampicortas, un enano de los que tanto había oído hablar de pequeño en la inclusa. Tenía delante alguien de su misma índole... un engendro de la naturaleza.

Se miraron el uno al otro con invencible curiosidad, cada cual con una perspectiva distinta: Totó desde arriba, conforme a su condición de gigante; Petit Ours, que así se llamaba el enano, desde su menuda grandeza, virtud que le impedía tener miedo de las personas más altas que él. Entonces ocurrió algo que ninguno de los dos esperaba: comenzaron a reír de forma involuntaria llevados por la trascendencia del instante. Eran la antítesis de la condición humana, dos seres grotescos perdidos en la niebla, a quienes el destino había unido para siempre. Al pronto congeniaron, y al cabo de diez años aún seguían juntos.

La historia de Petit Ours no era muy diferente a la de su compañero. Había nacido en Nancy, y al igual que Totó, jamás conoció a sus padres y sí la rigurosa disciplina del orfanato. Una vez que se hizo mayor —si es lícito expresarme así—, tuvo que enfrentarse a la vorágine de aquella sociedad llena de prejuicios, y también al desprecio de los humanos normales. Más en París encontró el modo de resarcir su capacidad, siendo pasante de todos los oficios: curtidor de pieles, aprendiz de sillero, asador de carnes, pedigüeño, zapatero, bufón de la aristocracia, pseudoespiritista, cómico de pacotilla, e incluso amante de la esposa de un relojero de Pont au Change que le diera trabajo porque le daba lástima, pero que agradeció lo bien dotado que estaba entre las piernas.

Sin embargo, una noche, cuando abandonaba el serrallo de Jeane Moyon, donde trabajaba como comisionista bajo el supuesto nombre de Michel Benoit, se encontró con que la policía sanitaria le estaba esperando en la calle para interrogarle con respecto a las acusaciones de prostitución pública, notificadas por los vecinos. El inspector Meusnier, encargado de vigilar los movimientos de las meretrices desde Palais-Royal a la Sorbone, encontró pruebas suficientes de proxenetismo en el interior del inmueble, por lo que ordenó le detuvieran junto a las demás celestinas implicadas; a saber: Isabelle del Fey —viuda de Châtillon—, Margarite Monroy —esposa del plomero Pierre Saint-Jean—, Margarite Courteau, Renata Lanlois —viuda de un oficial de sastre—, Louise Vaubrun —llamada la pequeña Mauviette—, y Ana Muzy, lavandera de enormes pechos. Todas ellas fueron juzgadas en el Châtelet por el Preboste de París a requerimiento del procurador general del rey.

De aquella experiencia aún recordaba Petit Ours la burla de los parisinos cuando, en compañía de Jeane Moyon y las demás mujeres del oficio más viejo, tuvo que desfilarse a golpes por toda la ciudad montado al revés en un esquelético asno. Una vez que llegaron a la puerta de Saint-Michel, el verdugo de la Alta Justicia le azotó hasta hacerle perder el conocimiento. Finalizada la tortura, marcaron a las mujeres en el hombro con un hierro candente con forma de flor de lis, siendo su condena el destierro de la capital francesa, prebostazgo y vizcondado, por un tiempo mínimo de tres años, sentencia que le afectaba solo a él y a las llamadas Monroy y Courteau, y cinco años para la Moyon y el resto de las rameras.

Fue en aquel entonces cuando se encontró con Totó en el bosque de Bologne. Ya había cambiado su nombre por el de Petit Ours, como de igual forma tenía pensado desoír la voluntad del juez aún a sabiendas de que podía ir a las galeazas, las últimas galeras de proa redonda de la Armada francesa. Calculó que era mejor permanecer tres años en el único lugar donde las ratas como él podían sobrevivir, que tener que enfrentarse a la barbarie de las provincias.

Y era precisamente Totó quien le acompañaba ahora en la oscura bodega de la mansión deshabitada. Habían entrado en la ciudad por la Puerta de Passy, en compañía de unos titiriteros llegados de Lombardía para que nadie reparase en ellos. Tras hacer algunas incursiones de rapiña por el mercado de Les Halles, volvían de nuevo a su cabaña cuando fueron sorprendidos por la fuerte tormenta y la lluvia. Fue fácil entrar en un edificio cuyas maderas debían tener más de cien años de antigüedad; solo bastó un empujón de Totó para que se resquebrajara en varios trozos. Allí permanecieron, escondidos en las sombras, degustando unos tomates dulces escamoteados de forma inteligente, hasta que escucharon la respiración entrecortada de Georgina cerca del tragaluz por donde entraba el agua convertida en barro.

Lo que vino después forma parte del principio de esta historia.

El endriago

Nadie le había dicho jamás que un recién nacido fuese algo tan delicado, lo aprendió en el mismo momento en que, mirándole fijamente a los ojos, se dio cuenta de lo frágil que era su vida. Experimentó en su interior un sentimiento nuevo que nada tenía que ver con las patadas y golpes que de niño recibiera de su tutora; la endiablada *Madame Bruot*. Estrechar entre sus brazos algo tan frágil como era el cuerpo de un bebé, le ayudó a vencer los deprimentes recuerdos de los años de hospicio, y también a clausurar el rencor de la infancia.

Era una experiencia agradable saberse padre y madre a un mismo tiempo, como también lo era acariciar las párvulas mejillas de aquella criatura, percibir el inocente y profundo aroma de sus cabellos, o dejarse querer por ese ángel que intentaba asirle el dedo con el firme propósito de echárselo a la boca. Tendría que cuidar de él como si fuera un hijo suyo, y asumir los diferentes compromisos y criterios de un mentor, responsabilidad que aceptó con sumo agrado al ser de naturaleza inocente. La ocasión de engrandecer su espíritu se mecía entre sus brazos, adormeciéndose al igual que sus quimeras e ilusiones.

—Y ahora... ¿qué se supone que hemos de hacer?

La voz de *Petit Ours* se llevó en volandas aquel efímero instante de concepción paternal. El gigante no tenía intención de responder a su pregunta. Pese a todo, decidió que su compañero de desventuras se merecía una respuesta, aunque esta fuera tan inadecuada como el impulso por el que se había dejado llevar minutos antes.

—¡Totó cuidará de él! ¡Totó cuidará de él! —repitió con terquedad obsesiva, estrechando aún más al niño contra su ancho pecho—. ¡Hombres malos! ¡No dejaré que le hagan daño!

El enano se bajó del tonel de roble de la campiña francesa donde estaba sentado y fue hacia él con actitud indulgente, apartando con su mano las telarañas tejidas de un lado al otro del muro, que ya se adherían viscosas sobre su minúscula casaca. No

quiso reprochar el proceder de su amigo; hubiera sido injusto. Actuó por puro instinto, y eso hace fuerte a los débiles.

—Será mejor que nos vayamos. La lluvia es cada vez más ligera y, además, pronto se hará noche... Nos cerrarán las puertas de la ciudad —le recordó con voz muy suave, pero firme—. Y si eso ocurre, habremos de pasar aquí la noche, algo que no entraba en nuestros planes.

Asintiendo con la cabeza, Totó se alejó de la claridad que se filtraba tenue por el hueco del tragaluz, y se dirigió hacia la escalera cubierta de polvo que conducía a la parte superior de la casa. Petit Ours fue tras él, preguntándose de qué forma podría convencer a su amigo para que olvidara la locura tutelar de hacerse cargo del niño. Ellos no eran nodrizas o amas de cría para andar toda la jornada lavando traseros de criaturas de pecho. Necesitaban desembarazarse del modo más humano de aquella carga, o no tardarían en ser descubiertos. Lo sensato, en este caso, sería llevarlo a una casa de huérfanos, o mejor aún a un convento, y que allí lo cuidaran las monjas caritativas; más al pronto rechazó la idea porque la apariencia de ambos podría llamar la atención de las religiosas, y acabarían siendo motivo de búsqueda, cuando estas hubiesen de informar al oficial de guardia, sobre quiénes hicieron la entrega. Siempre les quedaba la vieja resolución de abandonarle a las puertas de un hogar, y dejar que Dios hiciera el resto.

Sin embargo, Totó tenía otros planes.

Llegaron a la cocina, donde pucheros y marmitas oxidadas servían de mausoleo a moscas, arañas y algún que otro ciempiés. Sigilosos, y a la expectativa de un inesperado encuentro con los mendigos de los arrabales que, al igual que ellos, pudieran haberse refugiado de la tormenta bajo el techo de aquellas ruinas, fueron avanzando en la oscuridad al tiempo que esquivaban los diversos enseres abandonados tiempo atrás por sus antiguos dueños, los cuales yacían esparcidos de forma caprichosa y salvaje por los distintos recovecos de las salas. Todo era ruina y manifiesta decadencia allá donde mirasen. Los tablones, casi comidos por la carcoma, crujían bajo sus pies al andar, emulando los estertores de un moribundo... resonando en el suelo. Las habitaciones adyacentes rezumaban decrepitud y ecos del pasado. Al fondo del ingente salón de baile, una ventana cubría su tenaz silencio, su mustia oquedad, con una cortina que en otra época había sido de un rosa fuerte, y ahora mostraba alguna que otra estría desvaída del primitivo color sesgando el tono sucio de la tela, como una cicatriz cansada y anónima. A través de esa misma gran ventana, la luz blanca y tensa de las bujías exteriores fustigaba los ángulos más esquivos, corporeizando cada objeto, dándoles vida propia. Y luego estaba el penetrante olor, ese vaho corrosivo a decrepitud y obscenidad que ascendía por los pilares de la casa, ese miasma putrefacto asociado a la decadencia del ser humano, ese ectoplasma vinculado a las almas de quienes gozaron y sufrieron vivencias irrepetibles en cada

uno de sus rincones, ese aroma añejo a fruición, sudor y lágrimas, que surgía en oleadas densas y desafiantes del interior de las alcobas. El hedor fue la causa de que se precipitaran hacia la puerta de salida en busca de un hálito de aire fresco que purificara sus castigados pulmones. En un lugar así solo podían anidar los parásitos y las ratas.

Fuera, en la indisoluble oscuridad de las calles, París era un cenagal anegado de desechos provenientes del río y de todas las regiones altas de la ciudad. Sus avenidas estaban totalmente encharcadas ahora que el agua había remitido, y era asaz laborioso adentrarse en ellas sin correr el riesgo de resbalar a causa del fango y acabar de bruces en el suelo. Un efluvio letal a excrementos y orines se desarrollaba desde La Madeleine al Jardín de la Igualdad, desde las Tullerías a Orsay, desde el laberíntico Faubourg St. Denis a las ostentosas residencias de la Sorbona. Petit Ours pensó que aquel tufo a muerto tenía su origen en el Cimetière des Innocents, donde quizá el agua había removido las tumbas hasta dejar al descubierto los cuerpos en descomposición y las osamentas, pero en realidad era una hediondez generalizada que provenía de todos los lados, como si la capital francesa fuera un leproso pudriéndose con lentitud en una de las tétricas salas del hospital Hôtel-Dieu.

De mutuo acuerdo, decidieron aventurarse calle abajo, hacia el Sol poniente, ahora que el atardecer transfiguraba los objetos en sombras y apenas unos pocos humanos se atrevían a salir de sus casas para ver las catastróficas consecuencias de la tempestad.

Amparados por el desorden, el gigante y el enano dejaron atrás el Palace du Elisée antes de que la Guardia Real volviera a ejercer todo su rigor a lo largo de la avenida. Solo pensaban en cómo salir de la ciudad sin que los descubrieran, pues temían que el niño comenzara a llorar de un momento a otro y que sus gemidos pudieran llamar la atención de los soldados de Luis XV le Bien-Aimé. Ahora no se trataba de haber infringido el veredicto del procurador, el cual había prescrito cuatro años atrás y ya poco le importaba. Habían asesinado a un hombre, y de la nobleza, a juzgar por su vestimenta; y a los criminales se les condenaba a morir en la horca, o sencillamente se les cortaba la cabeza con el hacha de dos filos. No se podían permitir el lujo de dejarse coger.

Tras unos minutos de incertidumbre, cruzaron finalmente la puerta oriental sin que hallaran rastro alguno de soldados. Con el niño aún junto a su corazón, Totó corrió todo lo que pudo al vislumbrar, a través de las sombras, las copas de los árboles más altos que formaban el bosque de Boulogne. Petit Ours, mucho más corto de piernas, le iba a la zaga. Su pecho apenas si podía soportar la presión, y le fue necesario detenerse a llenar de aire los pulmones, apoyando la mano en el costado debido a un dolor incipiente emplazado entre varias de sus costillas. Totó se giró para instarle a seguir. El enano maldijo en voz baja el vigor y la fuerza de su compañero,

de la que él tanto carecía. Pero se esforzó por mantener el ritmo que el otro le marcaba, volviendo de nuevo a su ridículo corretear por la campiña, como una marioneta dando pequeños brincos por un escenario de cartón.

El bosque se sumió en la oscuridad más completa al cerrarse la noche, acontecimiento que les fue de gran ayuda porque conocían de memoria el camino de vuelta a casa y nadie, en tales circunstancias, podría encontrarlos en lo que ellos llamaban «su territorio»; de ahí que dejaran de correr, echándose a un lado de la senda para bajar el desnivel arenoso que había al final del camino. Descendieron hasta llegar a una profunda vaguada donde, oculta tras las altas cañas que circundaban la marisma, les aguardaba impaciente su humilde palacio: un barracón de alrededor de veinte metros cuadrados construido con troncos de árboles, bejucos y palmas, en el que convivían desde hacía diez meses a pesar de la humedad nocturna, el calor sofocante del mediodía y el incordio regular de los mosquitos.

Ya en el interior, Totó dejó al niño sobre el colchón de paja para encender las apestosas velas de sebo embutidas en un viejo candelabro. Mientras tanto, Petit Ours atrancaba la puerta con el pasador tras asegurarse de que no les habían seguido. Iluminada la estancia, descubrieron que los efectos de la tormenta también habían causado estragos en su pequeño refugio.

El baúl donde Totó guardaba sus hatos y calzado yacía tendido, a la vez que abierto, sobre un enorme charco de agua. La jofaina de lavarse por las mañanas estaba a rebosar debido a la gotera del techo, que se abría justo encima. El espejo con marco de estaño, rajado de parte a parte, absorbía sus caricaturescas imágenes desde el oscuro rincón de la chabola, para luego devolvérselas reflejadas en dispares fragmentos. El otro jergón, el de Petit Ours, al ser más pequeño y estar ubicado bajo la alacena, se libró del desastre de acabar empapado de agua; también el fogón de cocinar, sus dos perolas y escudillas de barro. Y puesto que eran los únicos enseres con los que contaban, poco les importó verse en una situación tan caótica. No era nada que no pudiesen remediar en un par de horas.

El niño comenzó a llorar. Totó, inquieto, trató de dormirle de nuevo entonando una canción de cuna. Al ver que su intento no fructificaba, entró en un estado de ansiedad similar a la enajenación, retorciéndose ambas manos con efervescencia a la vez que iba de un lado a otro balbuciendo frases ininteligibles. Petit Ours ya le había visto así en más de una ocasión, por lo que intuyó que de no tranquilizarse, su amigo perdería el control irrumpiendo en lloriqueos y gritos desesperados. Su consejo fue que dejara de pensar por un momento en la criatura, y que fuese a por agua al río para hacer una infusión con la que alimentarlo a falta de leche, que él se encargaría de la desagradable tarea de quitarle los paños y lavar su trasero.

Tras titubear unos segundos, el gigante aceptó con agrado el consejo, y así salió de la cabaña, llevándose consigo el odre que utilizaban habitualmente.

—¡Bien, pequeño bastardo! Tú y yo solos —afirmó el enano con voz amiga, tomando asiento en el borde del camastro. Le hizo divertidos gestos con su rostro para que dejara de llorar—. ¿Sabes lo que haremos?... Voy a limpiar a fondo ese culito de terciopelo que tienes para que puedas dormir tranquilo, y dejar que nosotros hagamos lo mismo. Mañana te buscaremos un hogar más apropiado que este... — Miró alrededor con cierto recogimiento—. Sí, estoy seguro de encontrarte algo mejor —concluyó con ceño.

Poco a poco le fue quitando las mantillas y rebozos que le protegían del frío, y hacían más cálida su permanencia en la vida. Dentro de aquel revoltijo de prendas bordadas, con olor a agua de rosas, apareció la criatura más bonita que hubiese visto jamás Petit Ours. Tenía el cabello dorado como la miel, y los labios parecían los de un querubín del coro del Altísimo. Se diría un dios convertido en hombre, un Adonis que de mayor habría de conquistar el corazón femenino de medio París.

Como viera que el enano le observaba con curiosidad, el niño le recompensó con una mueca agradable que hizo sentirse al enano como alguien más humano. En aquel instante de acercamiento pudo comprender por qué Totó fue capaz de matar para protegerlo. Era imposible concebirlo de otro modo.

Dejó a un lado su debilidad por el pequeño para retomar la labor que se había impuesto. Sin apartar la mirada de la criatura, le fue despojando de camisolas ilustres y de sábanas menudas de algodón hasta dejarlo completamente desnudo. Entonces, aterrorizado por lo veían sus ojos, retrocedió unos pasos persignándose repetidas veces. Y así permaneció, desconcertado, como a cuatro pasos de lo que él consideraba una abominación de la naturaleza, todo el tiempo que tardó Totó en volver con el odre henchido de agua.

Cuando el gigante regresó, y vio que Petit Ours miraba al niño con ojos de asombro, se acercó con el alocado temor de encontrárselo muerto. Respiró con satisfacción al descubrir que seguía vivo, aunque algo en él le hacía distinto a los demás. Observó con preocupación, jamás con rechazo, el defecto de aquella criatura, ladeando de un lado a otro su cabeza en un intento por comprender. Pero a pesar de tener el cerebro atrofiado, tanto por fuera como por dentro, fue el único de los dos que se pronunció con inteligencia, descifrando el enigma.

—Es uno de nosotros... un engendro —susurró en un acto de lucidez que le puso la carne de gallina a su compañero.

La huida

Nada volvió a ser lo mismo desde que Georgina osara introducir su cabeza por el hueco de la ventana. La muerte del marqués, la acogida del bebé, el compromiso de cuidarle y la precipitada carrera por las enlodadas calles de la ciudad, formaban un cúmulo de acontecimientos que vino a perturbar su, hasta ahora, modo de vida. Y aunque bien es cierto que Petit Ours estuvo a punto de arrojar al río aquella especie sin definir, y dar de ese modo por zanjada la cuestión, Totó se mostró inflexible en ese aspecto, llegando incluso a amenazarle con llevarse a la criatura él solo. Con voz desabrida le recordó las últimas palabras de la joven asesinada, y su promesa de cuidar al que creían hijo de la misma. El enano accedió de momento a su capricho porque mantener levantada la cabeza, todo el tiempo que ya duraba el acalorado debate, le estaba ocasionando un terrible dolor de cuello, claudicando, sin embargo, con la condición de abandonar París lo antes posible. De permanecer allí acabarían irremediablemente colgados de una soga; o peor aún, con la cabeza rodando por el suelo tras el letal golpe del verdugo.

Petit Ours, por ser el único con facultad mental suficiente para dirigir la marcha, se otorgó el privilegio de resolver dónde y cuándo habrían de detenerse a descansar o proseguir el viaje. El destino del periplo sería La Rochelle, donde el enano tenía intención de subir a un barco que les llevase bien lejos de Francia: a Inglaterra, por ejemplo, o a las colonias americanas de Lousiana o Canadá. A Totó no le importó acabar en el fin del mundo siempre y cuando no le separasen del niño.

Sin pérdida de tiempo hicieron un hatillo con sus cosas, tan solo las más necesarias. Luego confeccionaron un zurrón para el pequeño utilizando las varias estolas de piel de chivo curtido con las que habían forrado la techumbre de bejucos y palmas del barracón. Totó le añadió una larga cinta a la alforja, que cruzó por debajo de su brazo derecho y por encima del hombro contrario. De este modo, podía andar con él a cuestas, y disfrutar, a la vez, de una libertad de movimiento que de llevarlo

en brazos le hubiera sido imposible.

Utilizar sus manos, y por otro lado estar pendiente de la seguridad del bebé, se acomodaba plenamente a sus deseos. Se sentía invulnerable, como quien posee un soberbio talismán capaz de preservarle de cualquier peligro. Para él, que Dios le había otorgado un precioso don, poniendo bajo su tutela aquella criatura tan especial.

El amanecer les sorprendió en lo alto de uno de los cerros que circundaban el relieve de la hondonada, desde donde podía verse el suntuoso palacio de Versalles, cuyos jardines de recorrido axial y simétrico verdeaban con los primeros rayos del Sol. Allí, en el centro del valle, se erigía una obra de excepcional belleza donde primaban lagos artificiales, surtidores y abundantes zonas arbóreas que evocaban los jardines del Paraíso. Todo en Versalles estaba encuadrado dentro de la variación entre las líneas acuáticas y el gusto por la exuberancia, formando desde la panorámica del arquitecto una nueva perspectiva completamente ordenada. En el centro del jardín, los operarios parecían pequeñas hormigas correteando sobre la urdimbre de un extenso tapiz, yendo de acá para allá con sus herramientas de labor y sus carretillas, o faenando en el trazado de una verja en el ala norte de gran palacio. Había, además, jinetes a caballo que hacían cabriolas para divertir a un público expectante que parecía celebrar una fiesta multitudinaria, todos arropados por la presencia del monarca y su séquito. En realidad, festejaban el nacimiento del nieto del Borbón.

Totó, que jamás había visto nada igual en su vida, y mucho menos al soberano, aunque fuera desde esa distancia tan considerable, comprendió dentro de los límites de su razón que la armonía que reinaba en aquel jardín de ensueño y su entorno, era proporcional al efecto que producía el deleite de poder vivirlo de cerca. El paisaje era soberbio, indescriptible, una auténtica obra de arte; nada más inalcanzable para una criatura de su calaña.

Petit Ours prefirió descansar a la sombra de un árbol a tener que admitir la engañosa felicidad de unos cortesanos que vivían de espaldas a la realidad social. Nunca fue uno de esos que pierden su tiempo pensando en cómo sería su vida ahora de haber nacido noble o en casa de una familia ilustre. A él no le importaba el esplendor de Versalles como a su buen amigo Totó, sino todo lo contrario, ya que odiaba la ostentación porque era el único modo de sobrevivir a un mundo enloquecido donde los seres humanos se preocupaban más por las apariencias que por la ternura que pudiera albergar en su corazón un monstruo como él. La sociedad a la que pertenecía se alimentaba de crueles sentimientos que eran fruto del libertinaje, como ese derroche de lujos que su compañero contemplaba de forma idiota.

¡Cómo si el pueblo no estuviese necesitado de otras cosas, que aun siendo pequeñas se hacían imprescindibles!

Petit Ours odiaba el modo de vida que llevaban los miembros de la Corte francesa, como también odiaba su suerte y la de todos los pedigüños de París, que

eran incontables. Se trataba de una contradicción que coartaba sus sentimientos más íntimos.

Allí descansaron poco más de una hora, tumbados bajo la sombra de un sauce hasta que el niño rompió a llorar porque, como a todo bebé, no le bastaban las infusiones de yerbabuena que el bueno de Totó le hacía ingerir a cucharadas. En realidad llevaba toda la mañana gimiendo, con la incómoda sensación de tener el estómago vacío. Lo peor de todo es que sus benefactores apenas si sabían qué hacer en este caso. No contaban con unos pechos generosos cargados de nutritiva leche, propios de un ama nodriza, ni tenían monedas para comprar lo que para ellos era un lujo fuera de su alcance. La única leche que habían probado en su vida, por lo menos Totó, fue la del ama de cría de la inclusa donde transcurrió su deprimente niñez, por lo que llegados a este caso temieron que el bebé se les muriese de hambre por falta de medios. Tenían que hacer algo y pronto; en caso contrario, dejaría de llorar para siempre...

El gigante reaccionó subiéndose hasta lo alto de la colina. Hacia el sur, a un par de horas de camino, descubrió un grupo de casas al final del valle; probablemente Magny o Châteaufort. Se apreciaban distintas haciendas, bien alejadas unas de otras, en las diversas ramificaciones y encrucijadas de caminos. Totó sabía que dichas propiedades pertenecían a opulentos terratenientes cuyos corazones eran tan gélidos como las mazmorras de la Bastilla, y también que no solo le negarían el alimento a un niño, sino que serían capaces de echárselo de comer a los cerdos sin remordimientos de conciencia. Había que ser muy prudentes y no actuar de forma precipitada, pero ante todo tenían que conseguir que el bebé dejase de llorar.

Cansado de escucharle, Petit Ours tapó sus oídos con las manos, e hizo un gesto desesperado. Lanzó tal juramento que hasta Totó hubo de avergonzarse. Yendo de un lado a otro, el enano comenzó a maldecir su suerte, así como la hora en que decidió refugiarse de la lluvia en aquel maldito caserón.

Ya pensaba dar media vuelta y regresar a la ciudad dejando a la criatura, incluso sin Totó si era preciso, cuando escuchó gritos de mujer más allá de un macizo de arbustos situado a sus espaldas. A continuación oyeron carcajadas masculinas haciéndose eco de una crueldad indestructible. Se miraron alarmados el uno al otro, titubeando si debían inmiscuirse, o sencillamente alejarse y eludir de este modo conflictos innecesarios. Pero los gritos eran cada vez más fuertes, y la desesperación de aquella mujer se fue convirtiendo en una llamada de auxilio imposible de desoír. Y si había algo que Totó no podía soportar, eso era ser testigo de una injusticia o agravio. Y aquel día no iba a ser menos.

El gigante llenó de aire los pulmones hasta que su pecho adquirió la fortaleza necesaria para el desafío. Sus manos se cerraron entre sí con fuerza, haciendo crujir los nudillos en un gesto amenazador que presagiaba terribles dolores de cabeza. Se

despojó de la zamarra de la que colgaba el niño, el cual había dejado de llorar sin una explicación lógica, como si intuyera el peligro al que iba a enfrentarse su valedor. Se la cedió al enano, rogándole que cuidara de él un instante. Petit Ours se estremeció al darse cuenta de lo que iba a hacer su compañero, e incluso pensó detenerlo antes de que cometiera otra de sus locuras. Pero Totó era ciertamente obstinado, capaz de enfrentarse sin miedo alguno a los detractores de los débiles y hacerles pagar caro su superioridad, sin importarle en absoluto las consecuencias.

Llegados a este caso, y para evitar enfrentamientos innecesarios, Petit Ours solía llevárselo a otra parte con cualquier excusa, lejos de la multitud recelosa que acechaba sus defectos a la espera de una acción violenta que argumentase un ajusticiamiento popular; mas en aquella colina no encontró un carruaje ostentoso rodando por las adoquinadas calles del viejo Louvre, ni el melifluo sonido de una dulzaina, ni siquiera una joven bonita de pecho erguido e insinuante canalillo, con la que distraer su atención unos segundos hasta lograr calmarlo. Estaban solos, y a escasos pasos de afrontar un conflicto que no iba con ellos, pero que sí podía causarles serios problemas. Solo le pidió a Dios que los supuestos agresores de aquella hembra en peligro huyeran despavoridos nada más ver surgir de detrás de los arbustos la figura del gigante.

Libre de la responsabilidad de cuidar al niño, al que sabía a buen recaudo entre los brazos de su inseparable amigo, Totó rodeó el macizo de arbustos con el propósito de plantarles cara a los malhechores. Eran tres, y no se trataba de vulgares ladrones de caminos o criminales, sino de caballeros de buena condición que, con los privilegios que les otorgaba su clase, hacían uso de una canallada propia de plebeyos del más bajo nivel social. El más robusto, un joven de semblante canallesco, abofeteaba a una mujer que no se dejaba maniar al tronco de un árbol, la cual intentó arañarle el rostro en un descuido, y lo único que consiguió fue arrebatarse la escandalosa peluca de color dorado que cubría su pelo, este recogido en un tocado posterior de regia pulcritud. Cuando aquel mal nacido alzó la mano con intención de golpearla de nuevo, percibió de soslayo la sombra conminatoria de un ser fuera de lo normal. De un salto se echó hacia atrás, dejando libre a su víctima, la cual cayó al suelo sollozando y presa del nerviosismo. El joven caballero llamó repetidas veces a sus otros compañeros para avisarles, sin apartar la mirada del gigante en ningún momento. Aquellos, que entre ambos dominaban a otra mujer tendida en el suelo con el fin de violentarla, giraron sus cabezas al oír las voces. Durante unos segundos quedaron boquiabiertos. La súbita aparición de aquel monstruo les había cogido por sorpresa.

El más joven, que con las calzas a medio bajar se encontraba arrodillado entre las piernas de la hembra que deseaba penetrar, le ordenó a uno de sus compañeros que la sujetase por los brazos y no la dejara escapar. Después se puso en pie, sin demostrar

temor alguno, subiéndose las calzas y las medias con sangre fría, y fue hacia Totó tras ajustarse la peluca, que se le había ido a un lado en el forcejeo. Sonrió de forma despectiva, seguro de sí mismo, mirando de arriba a abajo al inesperado testigo de su despotismo como si se tratase de un animal en extinción. No le temía. No tenía motivos para hacerlo. Solo era un desgraciado vagabundo, uno de los tantos parias que engendraba a diario la ciudad de París, y cuya muerte nadie lamentaría.

Sacó un estilete que llevaba oculto en el interior de su casaca. Los años que pasó en la casa del maestro esgrimidor del rey le habían proporcionado cierta técnica en el arte de la sorpresa, y pensó que era el momento de poner en práctica sus enseñanzas. Actuó con rapidez, lanzando su tajo al vientre antes de que su oponente pudiese reaccionar, pero los reflejos de Totó evitaron que el acero le desgarrara la carne cuando se echó a un lado al intuir la jugarreta de su agresor. Atónito por la soltura de movimiento de aquella cosa informe que tanto asco le provocaba, y a causa de la precipitada tracción de su brazo, el joven caballero perdió el equilibrio y cayó de bruces al suelo cuan largo era. Totó lo agarró por el reborde de la casaca y tiró de él con fuerza, poniéndolo de nuevo en pie. Ya nada había del orgullo y desprecio que en un principio pretendiera infundirle el violador.

El miedo se apoderó del aristócrata, y comenzó a gemir como un pelele. Totó, sorprendido por el cambio, le observaba con una mezcla de indulgencia y rabia. Y sin poder evitarlo, pues la capacidad vindicativa del gigante gestaba el odio reprimido de muchos años, le propinó un revés que le cruzó la cara, haciéndole rodar nuevamente por el suelo; mas en esta ocasión tuvo la desgracia de dar con la cabeza en una piedra de configuración escarpada. Murió desnucado allí mismo, sin emitir un quejido siquiera.

Los otros dos, más precavidos que su amigo de vilezas, optaron por la huida ante la firmeza y habilidad de aquel monstruo de constitución invencible. Olvidándose de las mujeres corrieron ladera abajo, tropezando, cayendo y volviéndose a levantar de nuevo, sin concederse un breve instante para tomar aliento.

Al poco, el gigante y el enano les vieron desaparecer bajo la arboleda que se extendía a través de la campiña.

Las campesinas

Las mujeres resultaron ser dos campesinas de Toussus. La mayor tendría unos 45 años de edad, aunque aparentaba diez más a causa de las estrías que el Sol y el viento habían labrado en su rostro durante los meses de cosecha. Se llamaba Léonore y era la madre de Aimez, la joven a la que intentaron violar los agresores. Según les contaron, se dirigían a París con el propósito de burlar la miseria tras la pérdida del cabeza de familia, situación que las llevó a tener que vender sus bienes para hacer frente a las cuantiosas deudas. Con el poco dinero que aún conservaban, tras saldar sus cuentas, pretendían abrir un taller de costura en una calle de tránsito y prestigio de la capital, tal vez en la Place Vendôme o en la calle St. Honoré. Pero cometieron el grave error de viajar sin nadie que las pudiera defender de los salteadores de caminos. Y ya se sabe, cuando varios truhanes de temperamento desenfrenado se tropiezan con una joven de agradables encantos vagabundeando por el bosque, es imposible reprimir el deseo de autentificar la naturaleza varonil que llevan dentro, y más si hablamos de jóvenes poderosos como lo eran los hijos del duque de Vauguyon —los que lograron huir— y el primogénito del vizconde de Villeroi, quien yacía sobre la hierba con vestigios de sangre restañada por todo su cuello y con la mirada perdida en el infinito.

Por lo visto, ambas mujeres pretendían llegar a casa de una prima lejana, en París, antes de que cayese la tarde, pero los violentos les salieron al paso al final del bosque para otorgarse un derecho de pernada que no admitía réplica de carácter lícito o moral. Es posible que formasen parte de los cortesanos invitados a Versalles, y que amparados por su alta condición social estuvieran buscando el modo de solazarse con la desgracia de los plebeyos; quienes, a su juicio, solo eran eso: bufones dispuestos a hacerles pasar un buen rato.

En ningún momento hubo indicios de rechazo o temor por parte de las mujeres, a pesar de la discrepante figura de Totó. Pero cuando vieron el estado del bebé, tan

desmejorado y hambriento, que Petit Ours llevaba colgando de la alforja, se mostraron interesadas por saber su procedencia preguntándoles por la madre.

Confiados por el carácter humilde de las campesinas, los varones decidieron contárselo todo, desde la súbita aparición de Georgina por el tragaluz hasta la inconcebible anomalía del pequeño; algo difícil de aceptar, en todo caso.

Esa parte del relato les hizo temer a las mujeres que fueran dos fugitivos de la casa de los locos, y que en realidad hubiesen raptado al hijo del marqués en vez de salvarlo. Para evitar malentendidos, y demostrarles que debían estar equivocados, pues no existía un espécimen humano de esa índole como querían hacerles creer, Léonore tomó en brazos al niño acercándoselo al regazo. Este, llevado por el instinto de supervivencia se revolvió en busca del botón caliente de su pecho, aunque lo halló velado por los harapos, y eso le provocó una desesperante rabieta. Sin importarle los lloriqueos del bebé, a los que parecía estar acostumbrada, decidió quitarle la camisola para que pudiesen comprobar que se trataba de un error.

La expresión risueña de su rostro se vino abajo un instante después de desnudarle. Aimez se acercó atraída por la curiosidad, tratando de ver con sus propios ojos la alegoría del ser humano primordial encarnado en una criatura de pecho. Habían atravesado los límites de la imaginación, y asistían atónitas al increíble dominio de la naturaleza sobre el hombre. Nada de lo que pudiesen pensar sería asimilado por un cerebro tiránico que se esforzaba por mantener intacta la maquinaria de la razón.

Petit Ours las devolvió a la realidad, recordándoles el peligro que corrían de permanecer allí más tiempo. Totó, con delicadeza, le quitó el pequeño a la mujer, arrogándose el derecho de protegerle. Léonore, mirando de nuevo a su hija, asintió convencida. Estaban en deuda con ellos, y ayudarles a escapar era lo más decente que podían hacer para devolverles el favor.

Lo primero que propuso la mujer madura fue dirigirse a casa de unos viejos amigos, a las afueras de Toussus, donde los tres se ocultarían hasta que estuvieran en condiciones de proseguir el viaje a La Rochelle.

Aquella misma tarde tuvieron la suerte de ver cumplidas las expectativas de Léonore. Consiguieron leche de cabra y una tetina de fabricación casera para el niño, además de cobijo para los hombres en un establo donde les habían preparado mullidos lechos de paja, a falta de camastros. Los propietarios de la hacienda, gente campesina y humilde, pero de una hospitalidad desinteresada, al saber lo ocurrido favorecieron su tutela proporcionándoles algo de alimento, techo y también una botella de buen vino. Les aseguraron que no tenían nada que temer mientras estuvieran allí, que en sus tierras estarían a salvo de las pesquisas de la Guardia Real hasta que diesen por infructuosa la búsqueda de los culpables y dejaran de rondar por la comarca. Entonces, y para no comprometerles más de la cuenta, habrían de partir en busca de un destino mejor. Era justo, y así lo aceptaron el gigante y el enano,

dándoles reiteradamente las gracias por todo lo que habían hecho por ellos.

Las mujeres fueron recibidas en el interior de la casa, pues se conocían desde hacía años y la confianza entre ambas familias era muy grande. Intentaron convencer a Totó para que dejara dormir al niño con ellas en la habitación, pero el gigante no quiso que nadie le reemplazase, y por ello se negó con cierta obstinación reiterativa. Petit Ours, siempre dispuesto a restarle importancia a las incongruencias de su compañero, bromeó diciendo que Totó le había tomado tanto cariño a la criatura que incluso creía ser su padre y madre a la vez. Se excusó también por su temperamento imprevisible, alegando que, aunque su cerebro no regía con sensatez, era tan inofensivo como un cordero. Y que si bien es cierto que a veces su ímpetu causaba algún desaguisado, se debía a que no transigía con la infamia de algunas personas.

Léonore no tuvo más remedio que renunciar, aceptando las razones del enano a pesar de creer que el pequeño estaría más caliente y mejor protegido dentro de la casa, pues tanto la dueña de la hacienda como ella habían sido madres y sabían muy bien cómo tratar a un recién nacido. No quiso insistir, hubiera sido un atrevimiento por su parte recordarles que eran hombres, toscos y sin instinto maternal, y que tenían mucho que aprender antes de desenvolverse con naturalidad en cuestiones de crianza. Pronto entenderían su interés por cuidarle, cuando el niño tuviera hambre, y comenzase de nuevo a llorar pidiendo su ración de leche. Pero eso formaba parte de la serie de pormenores que tendrían que ir aprendiendo día a día.

La noche llegó y con ella, el silencio. Ajenos a todo, Totó y su compañero de desventuras se encomendaron a la placidez del descanso, buscando en el sueño un lugar donde vivir una realidad más acorde a su medida. Entre ambos colocaron a ese semidiós que, en contra de todo pronóstico, se adaptaba irremediabilmente al mundo imperfecto de los hombres. La tríada de fenómenos, hermanados por la ridiculez y la paradoja de lo absurdo, creyó en verdad estar a salvo.

Jamás hubieran pensado que dentro de la casa, reunidos alrededor de una mesa iluminada por un par de viejos candelabros, sus nuevos amigos fraguaban una sórdida conspiración en la que ellos eran las únicas víctimas. El dinero que podrían ganar con la venta del bebé al conde de Vadier, célebre aristócrata aficionado a la medicina oscura y auténtico dueño de la hacienda, fue el tema a tratar en voz baja durante el transcurso de una noche que se presentaba sombría e interminable como pocas.

El conde de Vadier

Totó se despertó sobresaltado, presintiendo que algo no iba bien. Las aletas de su chata nariz se ensancharon para recibir la esencia natural de la mañana entremezclada con el aroma de las flores, ese olor genuino a naturaleza que tanto deleite le producía inhalar a diario. Era un amanecer como otro, pletórico de nuevas esperanzas e ilusiones. No obstante, nada era igual; contrasentido que no supo concebir del todo su confinado cerebro.

Se levantó sin hacer ruido para evitar que el niño se despertara de nuevo, ya que había berreado en un par de ocasiones durante la madrugada, reclamando su dosis de leche, y ahora necesitaba dormir hasta la próxima toma. Petit Ours descansaba plácidamente con el cuerpo vuelto hacia el otro lado.

Fue hacia el portón de madera, y lo abrió para dejar paso al aire que traía consigo la primitiva fragancia del espliego y el jazmín. Fuera, el viento arrastraba en pequeños torbellinos las hojas caídas de los árboles. El Sol hirió al pronto sus pupilas, y no tuvo más remedio que volver la vista hacia el otro lado. Debía de llevar un tiempo fuera, más de una hora, por la intensidad de los destellos que ya templaban su rostro. Aun así, no vio a nadie de la casa cuidando las tierras, cuando muchos otros campesinos iniciaban sus fatigosos quehaceres poco antes del amanecer. Tampoco descubrió por allí a Léonore o Aimez, y eso que debido al cariño que le habían tomado al pequeño las imaginaba esperando con ansiedad frente a la puerta del establo.

¡No, algo no iba bien! Algo estaba mal en aquella fantasmagórica representación teatral donde la naturaleza parecía estar ausente, fría y estática, como la postrera imagen de la vida un segundo antes de encarar el pálido rostro de la muerte. Ahí, en el escenario de la realidad, faltaba el elemento principal de la obra: los actores.

El gigante miró a su alrededor en un desesperado giro de 360 grados, intentando abarcar la categórica visión de un mundo que parecía derrumbarse ante sus ojos. Le

asaltó el temor de ser el único hombre vivo sobre la Tierra; incluso llegó a pensar que Petit Ours y el niño yacían muertos sobre la paja del establo, víctimas inconscientes de un terrorífico hechizo lanzado por la bruja del bosque de St. Germain, quien no hacía mucho les había visitado con el pretexto de ofrecerles raíces de mandrágora para combatir el dolor de gota. Tuvo miedo de estar al borde de un ataque de esos que cada año le hacía ver visiones y sufrir terribles dolores de cabeza, de estar volviéndose loco... más loco aún. Tenía que controlar sus emociones, sofrenar la ansiedad que le dominaba y, además, no dejarse llevar por conjeturas sin fundamento.

«¿Para qué iba a querer Dios dejarte solo en el mundo?», razonó al profundizar en lo absurdo de su idea. «Porque en tu locura nada es real», le contestó una voz en su interior.

Y fue entonces cuando sintió escalofríos. De nuevo tuvo la reiterada sospecha de que algo no iba bien.

Se deslizó hasta la puerta de entrada a la casa. Puso la mano en el pomo y giró con cautela, introduciendo levemente su cabeza en un intento de escuchar frases de bienvenida; más no oyó nada, ni siquiera el murmullo de voces lejanas. Fue como penetrar en un mausoleo cuyas criptas reclamaran silencio para sus dueños. El lugar, aunque humilde, tenía un toque de distinción, quizá de más para ser la morada de unos simples campesinos. Era una casa grande, plena de trazos que combinaban elegancia y pulcritud con buen gusto. Totó pudo ver en el salón un enorme tapiz con escenas de caza, varios retratos, piezas de porcelana importadas desde el lejano Oriente, copas de tallado cristal de Bohemia, armas de fuego y blancas colgadas de los muros, sillones de tafilete rojo, muebles repujados por maestros artesanos y demás enseres de una suntuosidad impropia de... ¿Cómo se llamaban sus anfitriones? ¿Maurice y Amélie? No, decididamente aquellos elementos artísticos no se acogían a la educación primitiva de dos labradores sin recursos; inquietante detalle que no pasó por alto el estrangulado cerebro del gigante. Y aunque estaba cada vez más confuso debido al anacronismo que se vivía dentro de la casa, tuvo la impresión de que todo estaba donde debía estar, que aquella no era la hacienda de un campesino sino la de un ilustre caballero.

Sus músculos se tensaron cuando escuchó llorar al niño en el exterior. Un presentimiento oscuro le embargó el corazón al relacionar la ausencia de Léonore, y el resto, con uno de esos juegos de escondite donde a las damas se les velan los ojos con un pañuelo y son obligadas a buscar a ciegas sus pretendientes, uno de esos divertimentos de palacio cuyo único fin es el de burlarse de los tropiezos y desaciertos de los que no ven la realidad. Y él comenzaba a verla, a intuir la más bien.

Comprendió, por ejemplo, que había sido un irresponsable dejando solo al bebé cuando era obligación suya protegerlo, y no la de Petit Ours; como también descubrió que confiarse a una gente a la que apenas conocía, aunque fueran deudores de un

favor, podía traer consigo inesperadas consecuencias. Por eso, antes de alcanzar la puerta sabía que fuera le aguardaba una desagradable sorpresa. Fue una intuición que se afianzaba en la verdad según abría el recio portón de la casa. Y era que les habían delatado.

Salió al exterior con arrojo, dispuesto a vender cara su vida. Esperaba encontrarse una docena de guardias armados con mosquetones y sables al frente de un oficial del rey. Más lo que vio le dejó helado; o mejor dicho, perplejo. Allí, junto a la puerta del establo, nada más había un hombre: un joven caballero que acunaba en brazos al pequeño. Llevaba casaca de paño ligero y chupa de griseta guarnecida con galón mosquetero, y sobre los hombros, un redingote negro de terciopelo que le llegaba hasta las medias blancas de hilo de sus piernas. Calzaba zapatos de hebilla baja, con la horma ligeramente cerrada en la punta. El pelo iba recogido en una trenza adornada con un lazo gris en la parte posterior. La austeridad de su rostro, bien conservado por lo demás, reflejaba un carácter sobrio a la vez que desenfadado, combinación contradictoria que implicaba un trastorno mental asociado a la perversidad. Se trataba de un hombre con clase, un señor, quizá el auténtico dueño de la hacienda. Pero lo que Totó no entendía era por qué le observaba con lástima, proyectando una sonrisa cínica no exenta de despotismo, sin un vislumbre de temor en su rostro. La respuesta no tardó en llegarle... a traición.

Envaró su colosal cuerpo al sentir en la espalda los aguzados dientes de una horca atravesando la carne. La sorpresa paralizó sus miembros, ahora entregados al tormento del dolor. Dejó escapar un quejido aberrante cuya repercusión se hizo eco en la campiña. Se reprochó el haber sido tan necio y confiado al salir de la casa sin un arma: un cuchillo de cocina, un atizador de carbón, un hacha... cualquier cosa antes que presentar batalla sin más defensa que el orgullo y su feroz aspecto.

Volvió a gritar de nuevo cuando las púas se retiraron. Hincó las rodillas en el suelo dominado por la contusión, haciendo un esfuerzo para girarse. Deseaba ver a su agresor, saber quién le había atacado por detrás aprovechando su descuido. Y allí estaba Aimez, la cándida muchacha a la que defendiera desinteresadamente, esgrimiendo el palo de la horquilla al tiempo que apretaba los dientes con mórbida delectación. Se diría que disfrutaba viéndole morir.

Pero ahí no acabó todo. De dentro del establo surgió el llamado Maurice en compañía de su esposa y de Léonore. Arrastraba por los pies al pequeño Petit Ours. Había sangre en las ropas de su compañero, en su rostro, en todo su cuerpo. Le habían degollado al igual que a un cerdo.

Totó lloró por dentro. Destrozado por la imagen se arrodilló en el suelo, sofrenando su rabia y su angustia con febril impotencia. Lo último que esperaba de la virtud misericordiosa de sus actos era una compensación tan truculenta. De haber podido, les hubiera estrangulado a todos con sus propias manos.

El gigante se dejó caer finalmente a causa de las heridas en la espalda. Luego fue depositado entre todos en una carreta, junto al cadáver de Petit Ours, y trasladado por Maurice hasta los arrabales de Châteaufort tras haber sido amordazado, maniatado y escondido bajo una manta.

En una hondonada, lejos del camino de entrada al pueblo, ya al atardecer, el campesino cavó una fosa lo bastante profunda como para enterrar a dos hombres de su tamaño. Finalizado el trabajo, bebió de la botella de aguardiente que escondía en su alforja, eructando a continuación con esa potente ordinariez de la que hacen gala los rufianes. A continuación, y sin molestarse en rematar a Totó, arrojó ambos cuerpos al agujero de una patada como si se trataran de dos perros que hubiesen muerto de la rabia. Los miró desde lo alto, satisfecho de su trabajo, por lo que no pudo reprimir el deseo de sentirse importante escupiendo hacia abajo, tras haber vaciado su vejiga sobre el cuerpo moribundo del gigante y el cadáver de su amigo enano. Y con la frialdad de un sayón de La Bastilla, Maurice volvió a llenar de tierra la oquedad del suelo.

Totó aún estaba vivo cuando le enterraron.

El prostíbulo

París, 1772. Dieciocho año después...

Deverly se sintió la mujer más dichosa del mundo el día que fue elegida, de entre varias *pierreuses*^[1] que ejercían su profesión a orillas del Sena, para ser la privilegiada que entrara a trabajar en casa de *Madame* Gautier. A partir de entonces dejaba atrás el oficio de «atrapadora» por los aledaños de la calle Grenelle-Saint-Germain. Ahora formaba parte del séquito de mujeres que alternaban con los señores de la aristocracia, y también con los miembros más favorecidos de la alta burguesía y el clero. Fue como un sueño el poder cruzar las puertas del prostíbulo, ya que seguir durmiendo en las calles le hubiera acrecentado la tisis que arrastraba desde los doce años, y la encontrarían muerta una mañana fría de invierno ante la puerta cerrada de algún convento.

Para nada le coartaron las miradas interrogantes de las demás jóvenes que se fueron acercando al verla llegar en compañía de la matrona. Aquel grupo de muchachas, desmejoradas hasta la médula aunque atractivas, que cedían a diario a los caprichos más ocurrentes de un puñado de hombres desenfrenados, iniciaron una serie de sarcásticos comentarios entre sí mientras la observaban con descarada frivolidad; detalle que la hizo sentir importante.

—No les hagas caso. Están celosas de tu belleza —murmuró la vieja Charity, matrona del burdel, girando levemente su cabeza.

Deverly asintió en silencio. No tenía por qué tenerle miedo a nadie. Había aprendido a sobrevivir a la barbarie de los salteadores y a la burla de los infames. Ella era bonita, y a sus 19 años de edad aún conservaba ese aire virginal que detentan las adolescentes. Tenía unos hermosos cabellos de color corinto que cubrían sus hombros desnudos salpicados de pecas, y unos ojos verdes que observaban cuanto la rodeaba

con maravilla y ardor. Poseía todos sus dientes y la mayoría permanecían sanos; no como otras. Y con respecto a la enfermedad de la virtud, bien curada estaba de su refrendo al igual que el resto de sus nuevas compañeras, que un virgo a los 19 solo se encontraba en los conventos donde no folgaban los jardineros, y a veces ni en santuario. Por eso no le importaron las hablillas malintencionadas de quienes no eran mejor que ella.

—Se dice que a casa de *Madame* Gautier acuden los hombres más notables de París. ¿Es eso cierto? —se atrevió a preguntar al cabo de un tiempo, cuando llegaron frente a la puerta del despacho de la «madre abadesa»; nombre que todavía recibían por aquel entonces las dueñas de los lupanares.

Charity la observó con ahíta paciencia, presintiendo que la desfachatez de aquella niña podría ocasionarle problemas en un futuro.

—Yo no me preocuparía tanto por la vida personal de los clientes. Nadie tiene identidad en esta casa una vez que se despoja de su indumentaria, pero sí una autoridad desmedida que recompensa el silencio de las novicias cautas y castiga severamente la soltura de las indiscretas.

La joven meretriz aceptó con resignación la arenga. Pensó que se lo tenía merecido por entrometida.

La matrona se arregló el cabello de forma teatral antes de llamar a la puerta, no sin antes hacer un enfático gesto a su pupila para que guardara silencio. Ya la había prevenido de la austera personalidad de su ama.

—¡Adelante! Está abierto —se oyó decir a la Gautier desde dentro de la alcoba.

La primera en entrar fue Charity, acercándose con discreción al tocador donde, sentada frente al espejo, una mujer de unos 40 años de edad extendía por sus mejillas una crema de color rosáceo con las que reparaba su belleza disfrazando hábilmente las arrugas. A continuación lo hizo Deverly, con recato, permaneciendo en segundo lugar, la cabeza algo baja y muy cerca de la puerta. Ambas fueron observadas por el reflejo de unos ojos que permanecían arraigados en su inmovilidad.

Sophie Bertrand, *Madame* de Gautier, accedió a darse la vuelta a pesar de la molestia que le causaba interrogar a una aprendiz de novicia tras su «sagrado» sueño de media tarde.

—¿Cuál es tu nombre, pequeña? —preguntó a desgana, disimulando un bostezo tras la palma de su mano.

—Deverly Brisseau, señora —dijo la aludida con voz apagada.

—Dime... ¿Escondes alguna enfermedad?

La joven se sonrojó ante el temor de tener que darle una respuesta afirmativa. Al percibir su indecisión, la Gautier fue más explícita.

—¿Acaso la sífilis? —inquirió de nuevo.

—No, señora.

Debido al rigor del interrogatorio, a Deverly le faltó aire y comenzó a toser. Con un pañuelo de encaje, sucio y dentellado, que sacó de la manga de su vestido, se limpió con rapidez un esputo sanguinolento que fluyó hasta sus labios.

—¡Vaya por Dios, otra tísica! —se lamentó la madre abadesa, poniéndose luego en pie.

Llevaba una gasa cristalina cubriendo sus hombros, tela que se balanceaba con gratitud sobre los contornos voluptuosos que parecían besar. Bajo la ligera transparencia de la camisola podía apreciarse un corsé de color lavanda con ribetes negros que ceñía su ondulante cadera y daba robustez a la laxitud de sus pechos. A pesar de la edad, poseía una belleza singular y helénica que no pasó por alto la enamoradiza Deverly, la cual, a causa del hambre, había tenido que sucumbir en más de una ocasión a los placeres lésbicos de dueñas exigentes cuyos esposos se olvidaron de amar.

—Ven, acompáñame.

La dueña del burdel le hizo un gesto para que fuera tras ella, dirigiéndose hacia una puerta que había al fondo de la estancia, justo al lado de un bargueño español con incrustaciones de limoncillo y marfil. La vieja Charity cogió del antebrazo a la aprendiz, afianzando la seguridad de que no pudiese escapar. Aquella acción sí que logró inquietarla, pues más que huésped comenzaba a sentirse prisionera.

Tras franquear el portón entraron en una sala decorada con mosaicos blancos y con una bañera de bronce afianzada en el centro. Había gran cantidad de espejos para deleite de los bañistas, y perchas de las que colgaban batines con cierta influencia chinesca. Dispersas por un lado y otro, podían verse banquetas de madera, y una mesa con tarritos de porcelana y cristal que guardaban en su interior esencias diversas, aceites y aguas florales.

Deverly intuyó, nada más entrar, que tanta pulcritud no podría aportar nada bueno.

—Desde el momento que aceptaste trabajar en mi casa, te pusiste bajo mi tutela... —comenzó diciendo la Gautier, adaptando un aire más severo de lo acostumbrado—. A partir de ahora me llamarás madre, como el resto, y seré yo quien determine lo que debes hacer o no. Nada de lo que pienses, o decidas, llegará a buen término si antes no ha recibido mi aprobación.

—Escucha bien sus palabras —susurró la matrona al oído de la pordiosera, ciñendo con fuerza su brazo—. Aquí aprenderás a revolcarte con distinción.

El jadeo suave e irrisorio de Charity le resultó nauseabundo, y no más por su fétido aliento que por su deseo de provocar.

—Seré para ti como una auténtica madre. —La madre abadesa continuó con su tópico discurso—. Cuidaré de ti hasta el final; y si me eres fiel, te labraré un futuro espléndido, convirtiéndote en la amante de un obispo o en la de un oficial del rey. Se

te dará alojamiento, comida, y todos los vestidos que sean necesarios. Tus beneficios se limitarán a la generosidad del amante. El oro por la cena y la cama es mi retribución por cada encuentro, es lo justo... ¡Ah! Se me olvidaba... —una mueca furtiva cruzó su rostro—. Si intentas engañarme, lamentarás haber nacido.

De este modo finalizó su prédica, aguardando en silencio cualquier comentario por respuesta.

—Jamás me atrevería a discutir vuestras palabras, que bastante favor me hacéis acogéndome entre las paredes de esta casa —se apresuró a decir la joven en su defensa, inclinando el rostro con sumisión—. Y en cuanto a deshonar la gracia que me concedéis, antes me arrojaría al Sena que poner en entredicho mi lealtad hacia vos.

—Eso está bien... —aprobó la alcahueta, que luego sonrió complacida—. Como recompensa, haré de ti toda una dama. Conseguiré reparar tu deteriorado encanto con agua de doncella, una poción que consigue devolverle a la mujer el atractivo que pierde con el paso de los años. Así podrás hacer uso de la lozanía e ingenuidad que poseías, antes de abrir tu corazón al amor y tus piernas a los hombres... —No pudo evitar una carcajada irónica, que fue acompañada por la risa incontenible de la matrona—. Pero antes, celebremos tu ingreso con una copita de tónico que guardo en la cocina.

Con una indicación de su mano, *Madame* Gautier ordenó a su asistenta a que fuera presta a por las copas y el licor. Charity, adelantándose a los deseos de su ama, se marchó rauda antes de que terminara la frase.

—Mientras nos traen las bebidas, haz el favor de entrar en la bañera. Quiero que te laves a conciencia, pues no tendrás oportunidad de hacerlo de nuevo en varias semanas —decretó sin rodeos—. Encontrarás aceite de almendra en los tarritos de opalina, y fragancia de azahar y tomillo en los de cristal. Cuanto antes comiences a parecer una princesa, antes te verás reflejada en sus virtudes. A los caballeros más adinerados les gustan muchachas suaves de piel y rostro inocente. Y te aseguro que debajo de toda esa mugre aún conservas el medio para hacerte valer entre los hombres más poderosos de Francia.

Orgullosa de sí misma, Deverly se dejó llevar por la imaginación al tiempo que se despojaba de los malolientes harapos que cubrían su cuerpo y se introducía en la marmita colmada de agua tibia, donde flotaban decenas de pétalos de rosa. Estaba tan absorta en su buena ventura, que no percibió la llegada de Charity, ni el disimulado gesto que esta le hizo a la Gautier para que se privase de coger la copa de la derecha. Con precaución, la dueña del lupanar tomó para sí la del otro extremo.

—Toma... Bébelo de un trago, y entrarás en calor —le ofreció Charity con naturalidad—. Es un licor semejante a la absenta, pero con cierto sabor a cerezas. Hace maravillas en las más jóvenes.

Ejecutó la maniobra de beber tan rápida como pudo, creyendo que era lo apropiado en este caso. Y cierto que estaba bueno, aunque un poco fuerte para su gusto.

—Es un tónico delicioso —reconoció con voz queda, devolviéndole la copa vacía—. Gracias.

Dueña y matrona cruzaron sus miradas con complicidad, para luego observar el cuerpo desnudo de Deverly en el interior de la bañera. Aguardaban en silencio algún síntoma que indicara molestia o destemplanza. De aquel escrutinio tan severo, la novicia llegó a la conclusión de que algo no iba bien. Para empezar, no solo le puso en alerta el modo en que estaba siendo espiada, sino también el darse cuenta de que había sido la única en beber.

—¿Qué ocurre? —osó preguntar antes de perder la calma—. ¿Por qué me miráis de ese modo? ¿Y por qué cesáis en el placer de la conversación?

—¿Sientes náuseas? ¿Dolor quizá? —quiso saber la dueña del prostíbulo sin reparar en las cuestionables dudas de la joven.

Deverly se puso en pie asustada, ocultándose el sexo y los senos con las manos. Su cuerpo empapado se estremecía de arriba a abajo, castañeteándole los dientes a causa de un temor explícito que se iba afirmando en su cerebro.

—Me habéis envenenado... Me habéis envenenado —balbucía una y otra vez, todo ello sin dejar de temblar.

—No seas estúpida y escucha... —Fue Charity quien se acercó con un batín de seda para cubrir su cuerpo—. Si nos has dicho la verdad con respecto a la sífilis, nada malo habrá de ocurrirte. Pero si nos has mentado, serás castigada como te mereces. Es la prueba de fuego de quienes ingresan en la casa.

—En eso tiene razón —ratificó la Gautier—. Si pretendías engañarme, tú misma habrás cavado tu tumba.

Deverly sollozaba sin más consuelo que las palabras hirientes de aquellas brujas. Intentó reconstruir una versión razonable que pusiera precio a su muerte, más solo la encontró en el despecho de una esposa cornuda o en el de un amante burlado. Y aquellas dos no eran ni una cosa ni otra. Habían emponzoñado su bebida por el mero placer de verla morir.

—¡Os dije la verdad, lo juro! —estalló. Estaba al borde del paroxismo—. ¡Por favor, dejad que me marche!

—Tranquilízate, muchacha... —Fue el consejo de Charity—. Si es cierto lo que dices, y por Satanás que así lo creo por los resultados, nada tienes que temer de nosotras... —Entonces se dirigió a la Gautier—: Está sana, y gracias a vos seguirá estándolo.

Sin dejar de abrazarla, la matrona hizo que Deverly tomara asiento en una de las banquetas tras cubrir su cuerpo con un batín. Aun sollozando, y sin comprender muy

bien lo ocurrido, se dejó peinar los cabellos por la anciana que, con sus palabras, parecía haberla indultado de una supuesta condena a muerte. Pero fue la madre abadesa quien le ofreció una explicación antes de que la desconfianza hiciera mella en su parecer y derivase en un acto de rebeldía.

—Lo que te hemos dado a beber no es otra cosa que un medicamento indicado para curar y preservar del mal venéreo a las mujeres que no han sido contagiadas... —le explicó en tono didáctico, sentándose a su lado—. El tónico de mi práctico amigo, el doctor Guilbert de Préval, conseguirá mantenerte alejada de la enfermedad si haces buen uso de él. Como podrás imaginarte, no me puedo permitir el lujo de infectar a un noble o a un miembro de la Curia. He de ser estricta en cuanto a la sífilis, pues del engaño de una novicia depende mi cuello... que muchas quisieran ver colgado de una soga.

Esto último lo dijo para sí misma.

—¿Queréis decir con eso que no voy a morir? —inquirió Deverly, todavía asustada.

—Hoy no.

—¿Entonces...?

—De haber mentido y estar infectada, se habría producido una reacción contraria a la pócima, y ahora estarías agonizando entre horribles convulsiones. He aquí que tu honradez te ha salvado... —Fue hacia la puerta tras darle la espalda—. Ahora he de irme, tengo un cliente que atender. Charity se encargará de conducirte con las demás.

Deverly comprendió entonces que la deslealtad, al menos en aquella casa, tenía un precio demasiado alto.

Había aprendido la lección.

André Saint-Clair

Para guardar su anonimato, André Saint-Clair, conde de Biron, tuvo que entrar al serrallo de *Madame* Gautier por una puerta excusada que había en la parte de atrás de la casa, junto al jardín. Por supuesto, dado su rango aristocrático, fue recibido por la madre abadesa en persona en el gabinete privado que esta tenía en la primera planta del edificio. Allí, tras una calurosa bienvenida, le entregó diez luses de oro por la cama que compartiría con una amante muy especial. Y como siempre, la atractiva alcahueta le predispuso al entendimiento con empalagosos besos en el cuello y caricias licenciosas. El noble, mientras tanto, cambiaba su vestimenta cortesana por los ropajes propios de un labrador, ya que todos sufrían una transformación dentro de la casa; siendo propio encontrar allí un sacerdote vestido de seglar; a un magistrado convertido en pastor, o a un aristócrata disfrazado de plebeyo rufián.

—¡Basta, Sophie! Deja al menos que me suba las calzas —se quejó el conde de Biron, pues su vieja amiga estaba tan pegada a él con su opulencia que le era imposible hacerlo.

—Hace años preferías mis atenciones a los exquisitos bocados de la Corte —le recordó con ironía, al tiempo que se alejaba de él unos pasos mirándole por encima de su hombro con ojos de enamorada.

«Hace años, eras la flor más bella de Saint-Victor y la Sor bona, y tu cuerpo el menos lastimado por la barbarie del sexo. Más, ya no eres la misma», pensó con cierta nostalgia quien fuera su primer amante y protector.

Para no ofenderla, la recompensó con un beso en la mejilla. Al fin y al cabo seguían siendo dos amigos entrañables.

Ella suspiró.

—Dime...

—¿Cuál es esa sorpresa que me tienes reservada? —preguntó finalmente, ya vestido de campesino—. Espero que no se trate de Louise, como en mi última visita.

Esa hija de Lesbos tiene un gusto demasiado mórbido para mi entender. Es cierto que está de moda el látigo, pero que a uno le propinen una azotaina en el trasero como a los niños para entrar de lleno en el juego del amor, realmente me parece estúpido e insufrible. Más le valdría a tu pupila refocilarse con ese bastardo de Donatien Alphonse, al que todos llaman marqués de Sade.

Se refería a Louise La Porte, quien presumía de ser la prostituta con mayor temperamento de todo el burdel. Era de facciones duras y cuerpo atlético. Solía vestir de hombre, con casaca brocada en oro, peluca, y un espléndido pañuelo alrededor de su cuello. Y se adaptaba a todos los gustos —sobre todo si se trataba de parejas—, siempre y cuando el cliente sucumbiera al solaz rigor de su pasatiempo predilecto.

—Para esta noche te he preparado algo muy especial... —La jefa de las furcias fue hacia la licorera que había junto a un diván muy parecido a los triclinios de la antigua Grecia—. Supongo que ya habrás oído comentarios de su poder fascinador y su misterioso encanto. No se habla de otra cosa en palacio.

—¡Luego, es cierto... existe esa joven! —exclamó, indignado, el conde, aún sin dar crédito a las palabras de su antigua protegida—. ¡Y me la has negado todas estas semanas!

—Lamento mucho haberte mentido, pero tuve que rebatir el rumor que corría por París, o hubiera acabado con mis huesos en prisión. ¿Sabes? Había intereses regios de por medio... —Le ofreció de beber, sopesando sus palabras antes de continuar. Sabía por experiencia lo inestable que era su tolerancia—. El peluquero personal de la princesa María Antonieta ha sido el único que ha podido visitarla hasta ahora. Su oro y advertencias compraron mi silencio. Además, los deseos del tutor de la joven fueron explícitos: solo Asmodeus tendría acceso al cuarto donde la mantengo encerrada. Debes entenderlo, compartirla con otro cliente hubiese significado mi ingreso de por vida en las mazmorras de La Bastille.

—¿Y por qué ahora cambias de opinión? —quiso saber el noble, un tanto intrigado.

—Porque murió hace dos días —contestó ella con tono glacial—. Le encontraron detrás del Hôtel-Dieu con el cuello roto. Estrangulado, según creo. Bien merecido se lo tenía el muy estúpido.

Hizo un ademán de repulsa con una mano, chasqueando después la lengua.

—¿Y cuánto me ha de costar esa maravilla que, según los chismes palaciegos, proporciona a los hombres un placer irracional solo comparable al orgasmo femenino?

—Tú eres alguien muy especial para mí, querido... Tu precio será el de siempre —respondió ella enseguida, orgullosa de su bondad—. Espero que disfrutes cómodamente con Papilión. Según me aseguró Asmodeus la última noche que estuvo aquí, la habilidad de esa muchacha solo es digna de filósofos.

—He vivido demasiado, y han sido diversas mis perversidades a lo largo de treinta años —reconoció él muy a su pesar—. No creo que puedan impresionarme sus fantasías; las mías las superan.

—Puede ser... —La alcahueta no quiso rebatir ese punto—. Pero tienes que saber que ese engreído se marchó aquella noche con una expresión de felicidad que jamás había visto antes en un cliente en todos los años que llevo dirigiendo el burdel.

—Deja que sea yo quien juzgue... —indicó André, que luego pasó sus manos por detrás de la espalda de la Gautier, logrando que sus cuerpos se unieran en un abrazo exquisito—. Si quedo satisfecho, haré de ti la mediadora más rica de París. Hasta es posible que ponga a tu nombre la hacienda que poseo en Ivry. Dime... ¿Te gustaría?

Sophie Bertrand recordó los incesantes encuentros que ambos mantuvieron en el pasado, en la casa de campo del conde. De aquel tiempo guardaba muy buenos recuerdos. Sí, era cierto. En verdad no había recompensa mejor que pasar sus últimos días donde antaño fuera tan feliz.

—Eres muy generoso. También yo lo seré contigo... —Entonces le tomó de la mano—. ¡Ven! Acompáñame y verás...

Y André Saint-Clair se dejó conducir como un pelele.

La presentación

Aún sobrecogida por la amarga experiencia, que a punto estuvo de costarle la vida, Deverly acompañó a la matrona por las diversas estancias de la casa hasta llegar al salón de baile. En realidad, en aquella sala se hacía de todo menos bailar. Allí, las jóvenes prostitutas recibían un disfraz acorde con su fisonomía. Louise, por ejemplo, no permitía vestirse de otra forma que no fuera de hombre, y eso que, la mayoría de los caballeros y nobles de París, las preferían con atuendos femeninos, y algo menos impulsivas. En cuanto a las demás, llevaban un sistema de rotación que conseguía no empalagar a los clientes viendo, en todas sus visitas, a la misma mujer con idéntico aspecto. Era bueno disfrutar de la imaginación sin tener que cambiar de amante.

Para Deverly se buscó uno muy especial. Su juventud requería un disfraz etéreo y bucólico que resaltase la pronunciación de sus pómulos; y de contrastes claros, para que sus cabellos rojizos pudieran destacar del resto de su imagen. Gracias a las versadas manos de la vieja Charity y al vestido de pastora helénica, que se diría sacado de una de esas láminas grabadas que podían verse en los libros de Historia, se obró el milagro de la transformación; así, de una pordiosera surgió la muchacha más atractiva del prostíbulo. Tal fue el cambio, que las demás novicias quedaron literalmente fascinadas cuando la vieron entrar en el salón.

Antes de que pudiera darse una situación embarazosa, la matrona se adelantó a presentarlas, a pesar de que ya se habían visto poco después de entrar en casa. Deverly fue conociendo de ese modo a sus nuevas compañeras de infortunios y deleites.

La primera en acercarse fue Brigitte Chevalier, una rubia magnífica oriunda de Lyon, con buena presencia, bastante interesante y un tanto orgullosa de sus senos, duros como piedras a pesar de rondar los veinticinco. No supo por qué, le cayó en gracia su sinceridad a la hora de expresarse. Luego le tocó el turno a Aspasia Fontini, veneciana de nacimiento, otra de las bellezas de *Madame Gautier*. Morena, de rostro

elíptico y ojos azules. Era serena e inteligente, y también la amante de un embajador español asiduo a la Corte de París.

Justine Citrón, otra de las meretrices, intentó coger su mano con intención de besarla como si se tratara de un cardenal, aunque al darse cuenta de que tras las sedas y el maquillaje se escondía una ramera de los suburbios, como ella, se retractó de su acción con una sonrisa bobalicona. Era una joven bastante rolliza que se contentaba con entregarse a los clientes sin futuro, ya que no regía bien de la cabeza y solo la reclamaban los ancianos y tullidos. Lucette, una hembra de color, allende los mares, la echó a un lado con actitud fraternal para ver a la recién llegada. Deverly intuyó de inmediato que eran buenas amigas.

—¿Eres un sueño acaso, criatura? —preguntó de forma mordaz Marie Saint-Maurice, otra de las prostitutas, ojeándola de arriba a abajo con descaro, al igual que un caballo en venta.

Marie era una mujer de fisonomía bien pronunciada, de boca pequeña, tez morena y ojos rasgados. Tenía el talle perfectamente formado, y una cabellera sedosa de la que Deverly sintió celos. No le sentó bien su prepotencia, aunque se consoló al escucharla toser; lo que demostraba que padecía su misma enfermedad: la tisis.

—¡Déjala en paz! —le ordenó la descocada y enérgica Fanny, sobrina de *Madame* Gautier, quien solía enfrentarse a todas las mujeres de la vida, allí presentes, sin motivos la mayoría de las veces—. Es su primer día y ya la estás importunando con tus memeces.

Aquel desabrido comentario, fuera de tono, hizo que ambas mujeres se enzarzaran en otra de sus frecuentes disputas. Mientras, Lulú Bottom, una joven de la edad de Deverly, de labios rubicundos e inocente sonrisa, la cogió del brazo, y con interés solícito la condujo hasta un confidente para que pudieran charlar un rato sentadas junto al fuego. Se les unió Louise La Porte, la última por conocer.

—¡Escuchadme bien! —Charity alzó su voz, procurando llamar la atención del grupo—. Los clientes están por llegar, y no quiero que os vean riñendo como libertinas, que esto no es el mercado de Les Halles. Deverly se iniciará esta noche con un alto personaje, y es deseo de madre que todas la arropéis como se merece. Recordar vuestro primer día aquí... —Sonrió mordaz—. Estoy segura de que si tenéis una pizca de corazón, no os supondrá ningún esfuerzo.

Asintieron la mayoría, comprendiendo todas que formaban una gran familia dentro de un mundo enloquecido, y que el hecho de permanecer unidas les confería mayor poder que al resto de las meretrices que mendigaban unas monedas por el Jardín de la Igualdad a cambio de favores bastante más despreciables y con hediondos clientes la mayoría de las veces.

—Hablando de madre, ¿por qué no ha bajado ella misma a formalizar la ceremonia de presentación?

El elegante tono de voz de Marie jamás causaba incomodidad en el agrio carácter de la matrona.

—Porque hay hombres impacientes que no saben esperar. —Fue estricta en su respuesta.

—¿Y dónde se encuentra el efusivo cliente, cuya sangre hierve por una mujer, que no nos deleita con su presencia? —Marie volvió a las andadas con una de sus inoportunas preguntas.

—Ten por seguro que en mejor compañía que la que pueda encontrar a tu lado, Marie.

Refrenada su curiosidad, la aludida optó por mantener cerrada la boca, e ir a sentarse en uno de los sillones del salón. En un gesto de orgullo echó a un lado a Justine, quien se cruzó en su camino, pero la mirada penetrante de Lucette consiguió sofrenar la naturaleza jactanciosa de Marie, quien le pidió disculpas a la retrasada.

Tras advertirles de nuevo, Charity se marchó llevándose uno de los candelabros con velas de cera de abeja que encontró en la mesa central del salón de baile. La tarde había cerrado y caído la noche. Su trabajo finalizaba en el mismo momento en que hacían su aparición las niñas. Su presencia ya no era necesaria. Ahora le tocaba el turno a los libertinos, a los viejos avaros, a los casados pervertidos o insatisfechos, e incluso a los tímidos religiosos, privados de sus hábitos, quienes estarían encantados de poder saciar su incontinencia en la sombra oscura del misterio.

—Y vosotras, ¿qué decís? ¿Estará el galante caballero con madre? —Brigitte rompió el silencio que dejó Charity al marcharse.

—No creo que sea de nuestra incumbencia —atajó Fanny, siempre autoritaria, entreteniéndose en colorear sus mejillas.

—Todo lo que suceda bajo este techo me interesa, máxime si tratan de ocultarnos algo —porfió Marie, ajustándose los senos en el pronunciado escote de su vestido para alargar el canalillo.

—Tienes toda la razón, no es bueno seguir en la ignorancia. Ya sabéis a lo que me refiero... —Fue Louise quien se inmiscuyó en la conversación.

Sin poder evitarlo, las allí reunidas miraron a Fanny a la espera de una respuesta. Ella, como sobrina que era de la madre abadesa, debía saber qué estaba ocurriendo realmente.

Al darse cuenta que sus compañeras abrigaban la esperanza de saber qué ocultaba madre en la buhardilla, Fanny tomó conciencia de su importancia, y con un gesto de complicidad infantil las incitó a formar un corro a su alrededor. Acudieron todas, a excepción de Lulú y Deverly, quien no tenía ni idea de lo que se fraguaba entre las cuatro paredes de la casa. Su opinión solo hubiera servido para que la creyeran con un deseo de protagonismo que no deseaba, por lo que prefirió permanecer junto a la joven Lulú, e ir conociéndola un poco más aprovechando la intimidad del momento.

Sin embargo, las palabras de Fanny consiguieron llamar la atención de ambas.

—Nadie sabe quién es, ni cuál es su pasado... Solo puedo deciros que llegó una noche en compañía de un caballero que dijo ser su mentor, hace ya de eso un mes... Madre les recibió en privado en su despacho, donde estuvieron hablando hasta la madrugada... —Hizo un mohín con la nariz—. Y he de ser franca, y reconocer que intenté escuchar, pero la presencia de Charity ante la puerta, como un soldado de la Guardia Real de palacio, me privó del placer de la curiosidad... —Se detuvo para escudriñar las miradas ansiosas de sus amigas, bajando el tono de voz para que el misterio envolviese su relato, haciéndolo más ameno—. El caballero se marchó poco antes de despuntar el alba, dejando en manos de madre a nuestra enigmática compañera.

—¿Llegaste a verla? Quiero decir si pudiste ver su rostro.

La pregunta partió de Aspasia, a quien la historia de Fanny no la dejó indiferente.

—Ya me hubiese gustado, pero me daba la espalda —reconoció con pesar—. En tal situación, mi único interés era permanecer callada, y encomendarme a Dios para que madre no reparara en mi osadía.

—¿Y puede saberse por qué la tiene encerrada en la buhardilla? —preguntó Marie, olvidando el reciente conflicto verbal.

—Me atrevería a decir que es la amante secreta de un príncipe, tal vez del delfín de Francia, pues en cierta ocasión pude ver el escudo real en una de las puertas del carruaje que lo dejó en la parte de atrás de la casa. Aunque en verdad, puede que existan otras razones que se me escapan...; mas no seré yo el que se atreva a fisgonear. Ya sabéis cómo es madre.

Deverly no pudo evitar un estremecimiento por todo su cuerpo al imaginarse de lo que sería capaz la Gautier.

—Tendrá un nombre, supongo —añadió Louise, cada vez más intrigada.

—Así ha de ser. No obstante, lo desconozco. Su presencia aquí es anónima, y nosotras prudentes... —les recordó, señalándolas luego con un índice—. Hablar más de la cuenta puede acarrearos serios problemas.

Asintieron casi todas; solo Justine perdía su tiempo con templándolas una por una. Su sonrisa idiota daba testimonio de su incipiente locura.

—Se llama Papilión... La joven se llama Papilión —la oronda prostituta se echó a reír al comprender que había sido más lista que la libertina de Fanny—. Yo la he visto... Es muy guapa... Pero me da miedo cuando la oigo hablar con los espíritus.

—¡No seas imbécil! Tú qué vas a saber de eso —le recriminó Marie con dureza—. Confundes realidad y fantasía en tu desquiciado cerebro. Lo que te pasa es que tienes celos de nosotras.

Lucette intervino por segunda vez aquella noche, poniéndose al lado de Justine. La piel caribeña de la antillana, y su silencio amenazador, era motivo de respeto entre

las alumnas del serrallo. La mulata, siempre en silencio desde que siendo niña le amputaran la lengua, volvió a sus juegos de abalorios junto a la loca de su amiga. Sus prácticas de magia negra estaban prohibidas en la casa, aunque la mayoría de sus compañeras sabían que guardaba en su habitación tarros con pócimas, raíces prohibidas, y también figurillas siniestras cuyos fines rozaban lo demoníaco.

—Es imposible que haya podido acceder a su alcoba, solo madre tiene la llave. — Fanny se dirigió a Brigitte, dándole la espalda a las menos favorecidas por la naturaleza, consciente de su soberbia.

Sonaron varios golpes en la puerta de entrada, por lo que todas se apresuraron a colocarse los disfraces postergando para otro momento la conversación. Llegaban los primeros clientes, y debían encontrarlas recostadas en sus confidentes, cual odaliscas prestas al placer y al juego erótico-carnavalesco que demandaban quienes permanecían ocultos tras los vistosos disfraces de opereta proporcionados por la Gautier.

Era la hora de la hipocresía, de la mascarada y el regocijo. La hora del teatro de la vida.

Gustave Marais

Gustave Marais, antiguo teniente de Policía del recién suprimido Tribunal Criminal del Châtelet, se colocó el redingote negro y el sombrero sin poder pensar en otra cosa que no fuera el trabajo que le habían encomendado. Inspeccionó sus zapatos antes de salir de casa, limpiando un di minuto lamparón de grasa que lucía una de sus punteras. Luego se dirigió al vestíbulo para escoger un bastón de entre los varios que guardaba en el pequeño armario empotrado bajo la escalera. Tras breves segundos de indecisión, aferró el pomo de marfil de su favorito.

Se echó a la calle sin más preámbulos, dispuesto a cumplir las órdenes recibidas por *Monsieur* Joly de Fleur, procurador general del rey. Su misión consistiría en hacerse pasar por uno de los clientes de *Madame* Gautier, ganarse la confianza de la madre abadesa y observar los movimientos que pudiera calificar como sospechosos. La única pista con la que contaba le conducía directamente a la casa de prostitución más afamada de París, naturalmente después de la de *Madame* Gourdan. En realidad, no le hizo ninguna gracia tener que combinar las mujeres del placer mercenario con su obligación profesional, y no porque no las visitase a menudo, siempre en sus horas de asueto, sino porque dicha tarea debía efectuarla la Policía de Costumbres. En consecuencia, se sintió rebajado a simple denunciante de prostitutas.

Atravesó la Isla de la Cité mezclado con los variopintos personajes nocturnos que poblaban la noche, hasta alcanzar el otro lado de París. Las damas galantes, que en parejas rondaban a los caballeros cuya presencia les inspiraban seguridad, le acosaron con tan repetitivas artimañas como «¿Desea diversión tan apuesto mozo?», o «¡Caballero!, ¿quiere vuestra merced hacer una agradable amistad?».

Decidido a no perder más su tiempo, las apartó con indiferencia para luego dirigirse a la rue Saint-Germain, concretamente al número 33.

Minutos después llegaba a su destino. Se alejó del bullicio atrayente de la verbena instalada en una plaza que había al otro lado de la calle, donde la música de cámara

incitaba a los diletantes a buscar compañía femenina de entre las diversas damas que armonizaban los movimientos de sus abanicos con el deseo excitante de una noche de placer. Por el momento no le interesaba mezclarse con ninguno de los depravados y borrachos cuyos gritos se oían hasta en la isla de St. Louis. Debía reflexionar sobre lo ocurrido antes de entrar en la casa. Lo último que deseaba era encontrarse en la misma situación del individuo que le había conducido hasta allí.

Gustave echó mano del archivo de su memoria con el propósito de recordar el informe que le presentaran en su despacho, hacía ya una semana. La petición iba firmada por el preceptor eclesiástico de la joven princesa María Antonieta, e íntimo amigo del procurador. Según decía el documento, se le otorgaba plena potestad para dirigir las pesquisas a su antojo, siempre que el desenlace fuera del agrado de los interesados y manejase el asunto con reserva. Nada de lo que averiguase podría llegar a oídos de los ministros Maupeau, D'Aiguillón y Terray, de clara orientación antiprusiana, que pretendían llevar a cabo una política reformista instalada en el absolutismo ilustrado. Los asuntos privados del Gobierno no eran de su jurisdicción, aunque sí la violencia empleada para acabar con la vida de Asmodeus, el afeminado peluquero que la reina María Teresa de Habsburgo le asignara a su hija antes de su viaje a Francia.

Rescató la imagen del occiso sobre la camilla de la morgue. Tenía los ojos exageradamente abiertos y las pupilas distendidas. Colgándole de la boca pudo ver una lengua hinchada de color negruzco, y alrededor del cuello las huellas enormes de unas manos que debieron ceñir con fuerza la circunferencia de su garganta hasta dejarle sin respiración. Y como única pista solo tenía el aviso de un amigo anónimo del fallecido, el cual le había confesado al procurador que Asmodeus solía frecuentar una misteriosa prostituta en casa de *Madame Gautier*.

Marais aspiró hondo antes de iniciar su andadura hacia el portal del edificio. La decisión de cambiar de nombre ya había sido tomada mucho antes de echarse a la calle. De ahora en adelante suplantaría la identidad del señor Cottel, matemático del rey, el cual tenía hospedaje indefinido en Versalles. Supuso que no le importaría al susodicho, pues debido a su avanzada edad era precaria su vida social, siendo muy pocos en la Corte los que conocían su existencia.

Llamó su atención un caballero que salía en aquel instante del burdel. Apenas cruzaron sus miradas. A Gustave le pareció distinguir en su semblante la paz interior de quien ha estado en el Paraíso, y ha vuelto tras haber contemplado la gloria de Dios. Aquello le hizo cambiar de opinión. Quizá no fuera tan mala idea trabajar con criaturas así de serviciales, especialmente si el deber le conducía al lecho de alguna cortesana y, además, su capricho erótico era sufragado con el oro de la Corona.

Con una sonrisa complaciente en los labios, y haciendo honor a su habitual arrogancia, golpeó tres veces la puerta con el puño de su bastón.

Una extraña experiencia

Henchido de gozo, André Saint-Clair pecó de insensato cuando abandonó la casa de citas de *Madame* Gautier por la puerta principal, sin importarle que le pudieran reconocer alguna de las amistades de su esposa. Ni siquiera reparó en la mirada irreflexiva del teniente de Policía que casi tropieza con él al cruzar la calle.

Caminaba como ausente por la rue de Saint-Jacques rumbo a la Isla de la Cité. En su cerebro, las imágenes desfilaban a una velocidad vertiginosa, y por eso mismo le fue imposible retener y asimilar la realidad a un mismo tiempo. No podía entender lo ocurrido. Lo último que recordaba era una agradable sensación de paz que se apoderó de su espíritu cuando se fusionaron en un abrazo, y sintió dentro de sí el orden cósmico del universo. Fue como si el alma se le escapase del cuerpo. Todo lo deseado resultó viable. Y lo más increíble es que no hubo necesidad de sexo.

La experiencia no dejó impasible al amante. No era, como le adelantara Sophie, una mujer como las otras. Se atrevió a ir más lejos al pensar que ni siquiera era una mujer, y que en el lupanar nadie estaba al tanto de la virtud de aquella criatura. De ser así, la alcahueta de su amiga le hubiese cobrado una fortuna, o no la prestaría para el servicio de cualquiera sino que estaría reservada para el mismísimo rey Luis XV de Francia.

¡Pero qué estaba pensando! Ningún mortal debería profanar la grandeza de aquel ángel, a menos que fuera para alimentar la legitimidad del espíritu.

Tras conocer el goce divino, André ya no podría mantener relaciones ordinarias con simples cortesanas. Su vida, a partir de ahora, iba a convertirse en una dulce obsesión y quedaría reducida a pequeñas fracciones de sentimientos impracticables que le llevarían a la locura o a la muerte. Pero eso era algo que no parecía importarle ya al conde de Biron.

A su paso por Nôtre-Dame le pareció escuchar a su espalda el jadeo entrecortado, apenas audible, de quien le falta el aire y necesita ventilar con redundantes

respiraciones. Se detuvo para comprobar si, como creía, alguien le iba a la zaga. No vio a nadie, ni tan siquiera por los alrededores del Hôtel-Dieu. Pero alertado por su instinto, se dirigió hacia el Palacio de Justicia, con el fin de alcanzar el Pont Neuf y mezclarse entre el bullicio de los ciudadanos que deambulaban de un lado hacia otro en busca de nuevas experiencias para aplacar así la mecánica de la rutina. Aceleró su paso hasta llegar al puente, donde encontró a dos enamorados besándose ocultos bajo el quicio de entrada de un viejo edificio. La inquietud de un principio se fue transformando en una serie de reproches ridículos y sin sentido. Se había comportado como una vieja asustadiza al huir sin un motivo aparente. La extraña exhalación bien podía tratarse del ahogo tenaz de un pedigüeño refugiado en alguno de los portales, como esos dos que tenía frente a sí; o incluso pudo haberlo imaginado.

Convenciéndose de que sus miedos resultaban absurdos y pueriles en un hombre de su edad, dejó a un lado el temor irracional de un principio para retomar de nuevo el afable recuerdo de Papilión mientras cruzaba la plataforma que le llevaría hasta el centro de París.

Rezagado, a un centenar de metros por detrás, un singular personaje, vestido con sotana negra, contuvo la respiración. Permanecía oculto tras los espesos arbustos que rodeaban el Palacio de Justicia.

La conversación

—¿Te ha gustado? —inquirió una voz de hombre—. Su cuerpo es frío, como los demás —respondió la mujer.

—Debería bastarte... Tu alma no necesita de otra cosa.

—Sabes muy bien que sí. Aún ansío el momento de encontrarle. Solo entonces podré decir que estoy completa.

—¿Qué crees que le ocurrirá ahora a ese pobre hombre?

—Supongo que lo mismo que a todos. El Diablo de la Inocencia acabará con él...

—suspiró, y añadió—: Siempre ha sido así.

—¿Te sientes orgullosa de sus actos?

—No... Ni siquiera sé por qué lo hace; pero tampoco siento lástima de las víctimas.

—Me asombra tu falta de sensibilidad.

—Y a mí tu hipocresía. Dices que me necesitas, y vienes a importunarme con tu crítica. Eres tan implacable como yo.

—Ese es nuestro destino.

Se oyeron unos pasos por el corredor de fuera, acercándose poco a poco a la habitación.

—Debes irte —le recordó la mujer.

—Sí, pero antes prométeme que te olvidarás de él.

—Imposible. Sé que vendrá... algún día.

—No puedo evitar el tenerte lástima. Me resulta patética tu seguridad.

Madame Gautier golpeó con los nudillos en la puerta. Aguardó breves segundos por cortesía, luego entró sin aguardar respuesta. La joven estaba frente al balcón, observando en silencio el tenue resplandor de la Luna llena en los cándidos muros del edificio de enfrente, donde la humedad era bien patente. El ventanuco estaba abierto. La brisa de la noche se iba adueñando de la estancia, llevándose consigo el

desdeñable aroma varonil impregnado en las escaroladas sábanas del lecho. La escena le resultó estudiada desde un principio, como si se tratara del acto inicial de una obra de teatro.

—¿No tienes frío? —preguntó amablemente la madre abadesa, entornando poco a poco las hojas del ventanal.

—Sentí la necesidad de tomar un poco el aire.

—Ya... Deberías descansar. Dormir te hará bien.

La muchacha hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Se dio la vuelta, subyugada por sus propios pensamientos, y fue directa hacia la cama buscando abrigo bajo las mantas.

—Le diré a Charity que te traiga un tazón de caldo. Te sentará bien algo caliente.

Sin nada más que decir, la alcahueta volvió a marcharse por donde había venido, apartando de sus pensamientos, por absurda, la impresión de haberla escuchado hablar con un hombre.

La primera vez

Era la tercera vez que golpeaban la puerta. Charity no tuvo más remedio que levantarse de la cama antes de que el eco trepidante de los golpes derribara alguna de las vigas de la casa. Se preguntó dónde estaría madre, maldiciendo en voz baja su mala suerte, pues ya el sueño velaba sus ojos cuando vinieron a importunarla y difícil le sería recuperarlo de nuevo. Se echó sobre los hombros un batín arrugado y descosido que había sobre una silla, y legañosa fue a ver quién ahuyentaba a los demonios con sus sacudidas a tan altas horas de la noche.

Abrió sin requerir contraseña antes de que el efusivo cliente le obsequiara con un cuarto bastonazo. Frente a sí vio a un joven apuesto que la miraba a su vez con denotado disgusto.

—Ya me marchaba... —le recriminó él con aspereza, expresando su malestar—. Creí no ser bien recibido.

—Vos sois... —La anciana hizo un gesto con su mano, como si estuviera a punto de recordar el nombre del caballero.

—El señor Cottel —refrescó él su memoria con el fin de presentarse, descubriéndose la cabeza por cortesía—. Y además, tengo cita para esta noche con una joven que, a buen seguro, habrá reservado *Madame Gautier* para mí.

—¡Ah, sí... el matemático! —la vieja exclamó con grata sorpresa, permitiéndole la entrada—. Aunque siempre imaginé que seríais algo mayor. Quiero decir...

Se mordió la lengua al valorar la insolencia del comentario ante un caballero. Gustave le privó del compromiso de tener que disculparse.

—En realidad tengo sesenta años, pero un elixir de mi invención me mantiene eternamente joven... —no pudiendo reprimir una sonrisa irónica, le entregó su sombrero y el bastón guiñándole un ojo cómplice.

La matrona aceptó la broma como tal, depositando el báculo en un bastonero de porcelana china, y el sombrero en la percha que había junto a la cornucopia que

adornaba el vestíbulo. En ese instante apareció la dueña del lupanar.

A partir de entonces todo se desarrolló como de costumbre. Ella se encargó de despedir a la vieja Charity, y acompañar a su huésped a otro de los salones dispuestos en la parte baja del edificio, donde recibía a los clientes de menos confianza. Le dio conversación con el sano propósito de conocerle más a fondo y sonsacarle algunos de los cotilleos propios de palacio, recordando aquello tan básico de que «la información es poder», que una vez le susurrara al oído su buen amigo Denis Diderot; fue tras una noche deliciosa en la que él no se cansó de repetirle lo útil que le resultaría a la ciencia el uso de su Enciclopedia. Luego le propuso cambiar sus atuendos por los de un pastor de la antigua Grecia, asegurándole que en el salón de baile una ninfa de lo más atractiva aguardaba ansiosa la llegada de su particular Adonis. Seis luises fueron suficiente estipendio para colmar las expectativas de la madre abadesa.

Marais entró en la sala principal con pleno dominio de su constancia, decisión y entusiasmo, para dar mayor realismo a su papel. El cuarto no recibía más luz que la proporcionada por unas bujías que colgaban del techo, rodeadas por sedas negras que lograban crear un ambiente etéreo y exquisito a la par que elegante. Pudo ver en las paredes estampas lúbricas de posturas lascivas, escenas que encendían la imaginación del cliente y estimulaban sus deseos. Entre los asiduos llegó a reconocer al obispo de Rennes, a pesar de ir vestido de mosquetero. Por su rostro se diría que le interesaba bastante la conversación que le proporcionaba una joven y atractiva rubia que mantenía erecto su pecho dentro del provocativo escote. También advirtió la presencia del marqués de Romey, disfrazado de marino mercante, quien tonteaba con una muchacha de pelo castaño que se traía cierto parecido con la dueña del burdel. A continuación vio a tres elegantes cortesanos, dos hombres y una mujer, susurrándose confidencias al oído que eran avaladas por las caricias correlativas de sus manos. Debía ser muy placentero el entretenimiento cuando ninguno parecía tener celos del tercero en discordia. Al pasar junto a ellos descubrió perplejo que se trataba de dos mujeres con atuendos de hombre, y un apuesto galán vestido de mujer.

«¡Que extravagancia!», pensó mientras buscaba entre los demás personajes a la joven que le habían reservado.

La encontró al fondo, recostada en una *chaiselonge* tapizada con telas bordadas de Beauvais. Estaba sola, ya que las demás se prostituían cada cual en su dormitorio; a excepción de las ya citadas, allí se encontraban Aspasia, que aguardaba impaciente la visita del conde de Aranda, y la circunspecta Lucette, apenas imperceptible en la oscuridad debido al color de su piel y al negro de su vestido.

Armándose de valor, el recién llegado fue a su encuentro con el firme deseo de seducirla. Sabía por experiencia que una mujer enamorada solía ser menos discreta y más propensa a expresar sus sentimientos. Y eran el comadreo y los chismes, amén de la confianza, la base principal de su investigación.

—En nada se ha exagerado tu belleza y juventud... —afirmó con convicción. Después tomó su mano y la besó con delicadeza—. Tales dones no pueden venir si no es por concesión de la Providencia; por lo que me animo a pensar que eres lo más parecido a un ángel caído del Cielo.

—Vos sois en este caso la causa de mi destierro —le respondió ella de igual forma, con galantería, recogiendo los pies para que su circunstancial amante pudiera sentarse a su lado.

Y así lo hizo, inclinándose sobre ella a la vez que apoyaba su mano izquierda sobre la sinuosa curva de su cadera; un idílico cuadro de dos seres mitológicos retornando de las cenizas del tiempo.

Gustave tuvo que reconocer su atractivo. Le llamó la atención ese olor a pureza que desprendía su cuerpo, tan difícil de encontrar en aquellos días. Su cabello rojizo se le antojó un halo luminiscente debido a la penumbra. Fue un efecto óptico que le cautivó de inmediato, despertando su interés por la muchacha. Esto le permitió seguir adelante con su trabajo sin remordimientos porque... ¿acaso no era aquello un asunto de Estado? Pues bien, que el Estado corriese con los gastos de tan encantadora pantomima.

Estuvieron charlando alrededor de media hora, bromeando entre besos y caricias, aunque sin perder nunca la compostura. Vieron bajar a Justine en compañía de un jorobado con trazas de usurero, y ninguno de los dos, por ser primerizos en el lugar, supo si se trataba de un disfraz o era auténtico su distintivo. Para entonces, ya habían llegado el conde de Aranda y un anciano, vestido de sastre, que encontró en el obligado silencio de Lucette los elogios que, paradójicamente, andaba buscando.

Era el momento ideal para refugiarse a solas en la intimidad de un cuarto. En eso estuvieron los dos de acuerdo.

Deverly le ofreció a tan ilustre caballero todo el conocimiento de su arte, y él, a cambio, su fogosidad endiosada. Sobre un lecho de seda carmesí, circundado de transparencias que colgaban del dosel, se entregaron a la voluptuosa lucha del fanatismo carnal entre los sexos. Los espejos que colgaban del techo reprodujeron fielmente la escena de los amantes, y asimismo la de aquel delicioso boudoir donde cada objeto parecía retener el tiempo a su capricho. Se jactaron de sus cuerpos concluido el primer encuentro, elogiando con miradas impertinentes lo más bello del otro. Se susurraron palabras de supuesto amor que incitaban de nuevo al deseo; no obstante, prefirieron prolongar el prurito de la vehemencia. Después, sin saber cómo, olvidaron el verdadero papel que estaban representando para caer de lleno en las redes de la idolatría. Sus vidas acababan de encontrarse, difícil les sería escindir las ahora.

—¿En qué pensáis? —Fue Deverly quien rompió el silencioso pacto de cruce de miradas.

—En mi mente no existe más visión que tu rostro... —Acarició las mejillas de su amante con la delicadeza de un niño—. Y mi único temor es dejar de admirarlo.

—Sepa vuestra merced que el sentimiento es recíproco... —Ella se avergonzó al reconocerlo—. Y que en esta casa se os puede reservar el derecho a verme cuando gustéis. Incluso podéis comprar mi tiempo de forma indefinida como les ocurre a algunas de mis compañeras. Y esto lo digo solo si lo veis conveniente.

—¿Te gustaría?

Ella asintió al instante con cierto rubor marcándosele en las mejillas.

—Sería la mujer más dichosa de París.

Aquello le satisfizo, pues al margen de que sintiera algo especial por aquella joven, su afán de seducción fructificaba en ciertos privilegios que ahora debía aprovechar. Porque Gustave tenía bien claros cuáles eran sus prioridades: encontrar al asesino de Asmodeus y llevarlo ante la Justicia del rey.

—Supongo que le ocurrirá lo mismo a la joven que recibe a diario al peluquero de la esposa del príncipe Luis. En realidad, fue él quien me dio la dirección de esta casa.

—Debéis estar confundido. La única que tiene una relación estable es Aspasia, la veneciana, y es con un conde español.

—Yo creí... —susurró entre dientes. Se quedó desconcertado al escuchar sus palabras, que por otro lado parecían sinceras.

—¡Esperad...! Quizá me haya precipitado... —recapitó la fulana, ceñuda—. He oído decir a mis compañeras que *Madame* Gautier mantiene encerrada a una misteriosa joven en la buhardilla, prostituta a la que nunca han visto. Según Fanny, recibe a un hombre que viaja en uno de los carruajes de palacio. Aunque ninguna de mis compañeras sabe realmente su nombre, se ha especulado bastante sobre su identidad. De seguro que es ella.

—Te voy a contar un secreto que espero guardes con discreción... Lo harás manteniendo cerrados esos labios tan dulces que tienes... —Se acercó un poco más, pasando sus piernas por debajo de los muslos de la joven con el propósito de una mejor cohesión entre ambos cuerpos—. El caballero al que haces referencia es mi buen amigo Asmodeus, que se haya ausente del país por decisión de la princesa María Antonieta... —Chasqueó la lengua—. Me ha encargado vigilar a su amante mientras dure su permanencia en el extranjero. He aceptado el favor que me rogaba porque el pobre es muy enamorado, y siente celos de que otro hombre ocupe su lugar. Por supuesto, hay oro de por medio... que estoy dispuesto a compartir contigo, pero siempre y cuando me ayudes en mi tarea.

—Pero si *Madame* Gautier...

Levantó un brazo en señal de rechazo.

—Precisamente es ella la que más me preocupa... —le interrumpió—. De seguro que estará ofreciéndosela a otro cliente.

—¿Y qué es lo que puedo hacer para ayudarlos? —preguntó la meretriz a la vez que aferraba su espalda, atrayéndole hacia sí.

—Abrir bien tus ojos y oídos, y retener toda la información que seas capaz hasta que volvamos a vernos. La próxima vez que estemos juntos traeré conmigo doscientos luisas. Y eso solo será el principio. Mi amigo es inmensamente rico, y bien podemos embolsarnos tres mil piezas en oro si cumplimos honradamente su encargo.

A pesar del respeto que Deverly sentía hacia la dueña de la casa, tuvo que reconocer que tanto dinero no lo vería junto en toda su vida, por mucho que se prostituyese. Por otro lado, su amante parecía tan enamorado como ella. También de él esperaba recibir regalos y atenciones que podrían adelantar su retiro a una casa campestre.

Decidió arriesgarse.

—De acuerdo, lo haré. Si bien, ahora preferiría retomar las riendas de mi quehacer, y ofrecerlos así lo que desde hoy estará siempre a vuestro servicio.

Entreabrió su carnosa boca, esperando que aquel gesto fuera suficiente incitación. Gustave respondió a la llamada de su amante besando sus labios con suma delicadeza. Postergó su labor policial en bien de una relación afectiva que iba afianzándose en sus corazones según congeniaban a la vez naturaleza y sentimientos.

El caballero d'Éon

Se despertó llorando, sin saber muy bien dónde se encontraba. El sueño se desvanecía lentamente al tiempo que la realidad le iba devolviendo la memoria y la razón. Tomó asiento en el borde del camastro, secándose el sudor de la frente con las sábanas. Tras unos segundos de indecisión optó por levantarse, e ir en busca de la jofaina para enjuagar su rostro. El agua fría le hizo recuperar las fuerzas y el aliento que tanto necesitaba. Luego se miró en el espejo con los cabellos aún humedecidos, tratando de auscultar en lo más profundo de su alma la auténtica naturaleza de su ser.

—Charles Geneviève Louise Auguste André Timothée... extraños nombres para un caballero. Tú eres algo más simple que todo eso. —Se burló del extenso patronímico que ostentaba desde su nacimiento, y también del hecho de que tres de ellos fueran de mujer.

Recobrados los ánimos, Charles de Beaumont fue hacia el ventanal y abrió sus puertas de par en par, permitiendo que los primeros rayos de sol penetraran e iluminasen de oro pálido la habitación. Su cuerpo se fue templando hasta sentir que estaba vivo. De nuevo la sangre corría por sus venas, ahora impulsada por el cambio de aires. Había regresado a París, y dejado atrás sus vivencias en Londres a causa de su tormentosa relación con la esposa del rey George. El monto total de su fortuna superaba las trescientas mil libras, y era relativamente joven, atractivo, y con una faz indeterminada que le abría las puertas de cualquier palacio europeo.

Tal era así, que gracias a sus rasgos finos y delicados de mujer llamó, en su juventud, la atención del príncipe Conti, coordinador de los asuntos secretos de Luis XV, quien le encargó la arriesgada misión de hacerse pasar por una joven descontenta de la política francesa y viajar a Rusia con el encargo de ganarse la confianza de la zarina Isabel: era en un momento en que la relaciones entre ambos países llegaban a su punto más crítico. Desde ese instante nace Lía de Beaumont, espía al servicio del monarca galo, que llegaría a San Petersburgo portando credenciales falsificadas que

avalaban su identidad. En la nueva «Venecia del norte».

contactó rápidamente con los altos personajes de la Corte rusa, de ahí que fuera presentada a la joven zarina como una honorable muchacha, de buena familia, que huía del despotismo francés, gesto que le valió la simpatía de la familia imperial, y que aprovechó para entablar una estrecha relación con todos ellos. No pasó mucho tiempo antes de que la contratasen como lectora favorita de Isabel. Fueron años arriesgados vividos con intensidad cerca del Neva; pero al hacerlo como mujer, se jugó la idiosincrasia de su alma... y la perdió.

El naciente murmullo de París, con sus gentes arrojando los orines y defecaciones por la ventana, o el vocerío ordinario de los mercaderes más madrugadores, le trajo de vuelta al presente. Odiaba la hediondez de la capital, y sabía que tarde o temprano se cansaría de vivir en Francia; era inevitable. Se consoló pensando en la cara que pondrían los allegados del rey cuando le vieran pasear de nuevo por los grandiosos jardines de Versalles, pues el honor de haber recibido la Cruz de Saint-Louis, por su bravura en combate, le permitía ciertos privilegios reservados solo a los favoritos reales.

Se esfumó la primera impresión de desagrado tras aspirar reiteradamente el aire puro de la mañana. Decidido a pasear por las calles de París en busca de nuevas experiencias, llamó a su criado para que le ayudase en el vestir; pero antes se vendó con fuerza la herida congénita que atravesaba de un lado a otro su pecho, ocultándola como venía haciendo desde la adolescencia.

Los consejos de su lacayo solían aportarle mayor elegancia a su imagen. Quizá por ser hombre de ingenioso talento y natural reservado, confiaba plenamente en él; todo ello a pesar de llevar a su servicio algo menos de un año.

—Dime, Bernard... ¿qué sorpresa nos tiene reservada hoy la Corte? —preguntó el caballero d'Éon con su *voce di castrato*, una vez que el fámulo le ayudara a colocarse el uniforme de capitán de Dragones. Luego se miró con presunción en el espejo, retocándose varias veces las puntillas de sus mangas—. ¿Hay algún chisme de interés, o solo son lo de siempre, historias aburridas de maridos cornudos?

—Aparte del descontento general por la política llevada a cabo por las amistades de la condesa Du Barry, ya sabéis, el duque D'Aiguillón y demás, nada nuevo que pueda ser de vuestro interés, mi señor.

—Siempre ha sido así; intrigas palaciegas que benefician a unos pocos en perjuicio de la mayoría... —Se encogió de hombros—. ¡Y pensar que formo parte de esta sociedad tan despiadada! —concluyó en tono lúgubre.

—No os recriminéis, mi señor... —Fue el consejo de Bernard antes de hacerle entrega de su peluca—. Cualquiera que os conozca bien sabe que no sois de la misma calaña. La política, aparte de vivirse en palacio, se practica en las alcobas de los adúlteros. Es en este terreno donde debéis ejercitaros. Con vuestras maneras, hasta la

más frígida condesa sentiría arder en su sangre el fuego de la pasión. Si queréis un consejo, yo, de vos, me preocuparía más de vivir, y dejaría a un lado los asuntos de palacio.

—Me acogeré a la sabiduría popular de un criado —suspiró—; aunque no sé si podré resistirlo.

Sin mediar más palabras se ajustó el postizo en la cabeza, mirándose por última vez en el espejo. Tras indicarle al asistente que no volvería hasta la hora de comer, se dirigió a la puerta de salida en busca del bullicio de las calles parisinas.

Se dedicó a deambular por los muelles de la Cité sin prestarle atención a los caminantes que pasaban por su lado, absorto en la profundidad de sus pensamientos. Al cabo de un buen tiempo, en el cual atravesó varias callejuelas tan angostas como las paredes de un húmedo calabozo, y amplias avenidas por las que circulaban peatones y carruajes, llegó en buena hora a la calle Saint-Martin. Entró en la casa de un afamado sastre que conocía desde su juventud. Fue recibido por el hijo mayor, puesto que su viejo amigo había fallecido recientemente, y ahora era la familia quien llevaba el negocio. No le importó el cambio al ser tratado con igual cortesía. La adulación siempre era un buen acicate para el cliente, y con ello aumentaban las ventas.

Después de encargarse de dos casacas y un traje para montar a caballo, siempre a la moda de París, se marchó tras adelantarle al hijo del finado diez monedas de oro. Ya en la calle, sintió de nuevo esa sensación vivificante que solo se advierte llegada la primavera, convencido de iniciar una nueva etapa de su vida.

Se detuvo frente a la fachada del convento de Saint-Merri para ajustarse el pañuelo del cuello, puesto que con tantas medidas y posturas cansadas se le había trastocado. En ese instante se le acercó un mendigo. Llevaba las ropas roídas y sucias, y apestaba a estiércol como nunca antes había oliscado. Debido a su tosca apariencia, Charles retrocedió impelido por la desagradable situación de tener que aguantarlo. Ya intuía la artimaña de costumbre, con ánimo de sonsacarle unas monedas, cuando vio que el desconocido extraía un pergamino enrollado que llevaba guardado en el bolsillo interior de su levita.

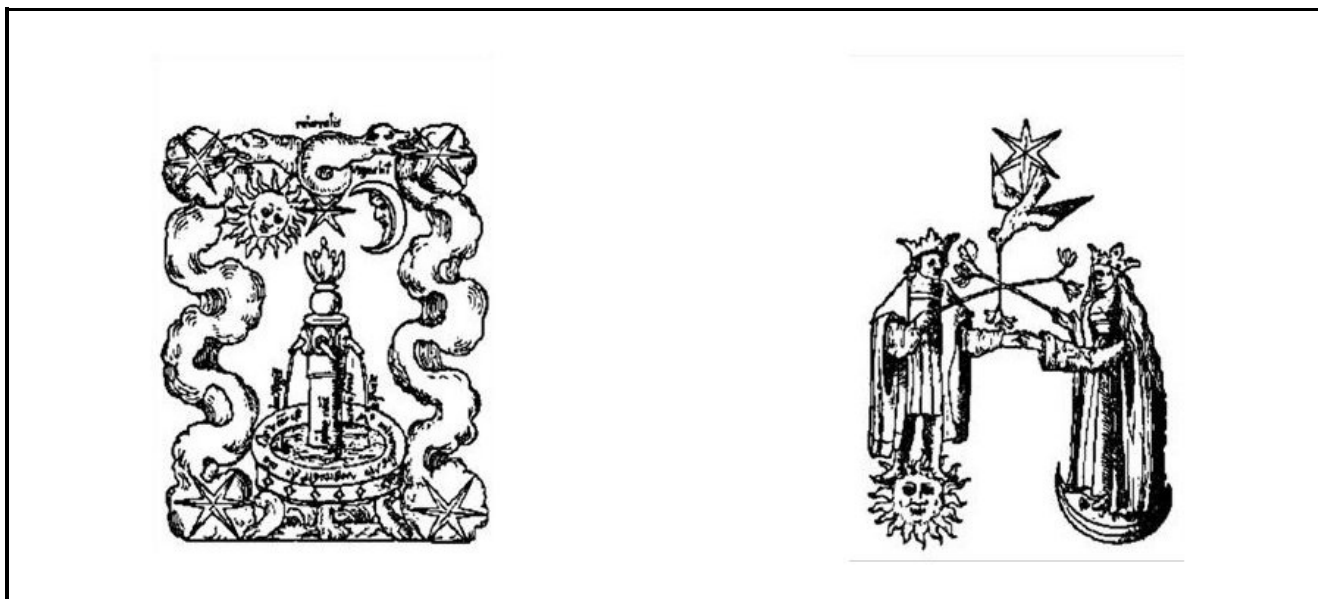
—¿Sois el caballero d'Éon? —preguntó el pordiosero, escrutándole de arriba a abajo con mirada inquisitiva.

—Sí, lo soy... ¿Y quién eres tú que conoces mi nombre?

—Eso no importa... —respondió con acritud, sin tener en cuenta la noble posición del cortesano—. Debéis coger este manuscrito y, además, desvelar su significado. Os anticipo que está incompleto. Más adelante recibiréis el resto. En cuanto a las dudas que os surjan, que no os desvíen de vuestro camino... Lo comprenderéis todo al final. Solo os puedo decir que haréis un gran bien a la humanidad descifrando su secreto.

Alargó el brazo, haciéndole entrega del susodicho pergamino. Charles no tuvo más remedio que coger el documento; los penetrantes ojos del mendigo le obligaron a hacerlo. Antes de que pudiera preguntarle qué sentido tenía todo aquello, el menesteroso se marchó con paso renqueado hacia la calle Faubourg Saint-Antoine.

Ya a solas, rompió el lacre con cuidado, desenrollando a continuación el manuscrito. Se trataba de dos hojas sueltas pertenecientes a un texto antiguo, tal vez con más de doscientos años de antigüedad. En cada una de las páginas pudo ver grabados distintos con figuras arcanas que no supo descifrar.



Por más que lo intentó, le fue imposible hacerse con el significado de aquel jeroglífico. Alzó la mirada en busca del mendigo, pero la calle estaba desierta. A pesar de todo pudo sentir su mirada expectante.

El viento se levantó con furia, creando pequeños tornados que corrieron por toda la calle, y luego sobrevino el silencio. Únicamente se escuchaba el entrecortado sonido de su aliento y el incesante latir de su corazón. Entonces se dio cuenta de que estaba realmente asustado.

Los rosacruces

Hacía casi diez años que no visitaba a su vieja amiga Marie de Hautpoul, marquesa de Blanchefort, quien pertenecía a una noble y antigua familia de la nigromántica región del Languedoc, y cuyo antepasado directo ostentó el título de maestro templario. Se la relacionaba con la Fraternidad Filosófica de los Rosacruces, una logia de iniciados que sostenían ser los depositarios del secreto universal que envuelve al hombre desde su creación. Su biblioteca era una de las más pródigas del país. Y era, entre las páginas de sus numerosos libros, donde esperaba encontrar una respuesta satisfactoria al enigma.

Fue recibido por un criado de rutilante librea con brocados en oro y plata. Tras hacerle esperar un instante en el vestíbulo, tiempo que aprovechó para admirar el decorado, vio venir a otro lacayo que le condujo a un gabinete que había junto al jardín. Sentada frente a una mesa, en compañía de sus gatos, la marquesa de Blanchefort se disponía a degustar una infusión de hierbas aromáticas tras haber desayunado frugalmente. No se sorprendió en absoluto de volver a ver al caballero d'Éon.

—Luego es verdad que has regresado... —Fueron sus primeras palabras de bienvenida—. Jamás te creí con tanto valor.

Se refería a los incidentes que provocaron su marcha a Londres. No solo viajó por orden del rey como secretario de su embajada, también se vio forzado a dejar París debido a los insistentes rumores sobre su paralelismo sexual.

—Los ingleses no difieren de nosotros, aunque son mucho más aburridos. Echaba de menos el ambiente dicharachero de París.

El fámulo se marchó tras hacer una leve reverencia, llevándose consigo la bandeja con los restos del ágape de su ama.

—¡Vamos, siéntate a mi lado! —Marie le hizo un elocuente gesto, indicándole una poltrona de estilo rococó que había junto a la puerta—. Hace mucho que no

hablamos, y bastante más que nadie viene a visitarme... Necesito que me cuentes cómo te ha ido en la Corte de esos estirados petimetres; así podré mitigar el cansancio de las horas iguales y aburridas.

Charles tomó asiento junto a la marquesa. Luego aceptó el ofrecimiento de beber una copita de jerez en su compañía. Pero antes de que se viera asaltado por una serie de insubstanciales preguntas sobre las costumbres de sus eternos enemigos de la isla Británica, sacó del bolsillo de su levita los pergaminos enrollados, extendiéndolos sobre la mesa.

—¿Puedes ayudarme con esto? —quiso saber sin circunloquios.

La anciana, circunspecta, observó en silencio los grabados. A continuación exhaló una bocanada de aire de forma fluctuante, dudando entre contestar o sencillamente fingir ignorancia.

—¿De dónde los has sacado? —preguntó al fin tras un pesado silencio.

—Me los entregó un mendigo al pasar frente al convento de Saint-Merri.

—Descríbeme su apariencia... —le instó ella con mano temblorosa—. Dime cómo iba vestido y todo eso. Ya sabes...

Le hizo un breve resumen de lo acaecido esa misma mañana, proporcionándole una descripción exacta del desaliñado individuo, y repitiendo una a una sus palabras. La marquesa asentía a todo con ademán especulativo de su arrugado rostro, intentando vislumbrar la escena en su expedito cerebro. Finalizado el relato, esbozó una sonrisa que inquietó bastante a Charles de Beaumont.

—Deberías sentirte dichoso, pues eres uno de los elegidos. —Acariciando el mentón de su invitado, Marie de Hautpoul sintió emocionarse.

—Podrías ser más terminante en tu juicio, y explicarme de qué va todo esto.

—Tus ruegos no pueden promover mi elocuencia. Mira... Soy demasiado vieja como para sentir lástima. Pero quizá pueda, descifrando los textos, cooperar en lo posible para seas capaz de averiguarlo por ti mismo.

Apartando con suavidad a uno de los melosos gatos que se frotaba contra su regazo, se inclinó hacia delante para coger el primero de los dibujos.

—Esta es la fuente de la vida, conocida como la fuente de la alquimia... —Señaló el centro del grabado con un índice—. En el borde puede leerse: «El Mercurio mineral, el Mercurio vegetal y el Mercurio animal es todo uno». He aquí que de los surtidores fluyen la leche virginal, el vinagre fuerte y el agua de vida... —Tosió unos instantes antes de continuar—: Luego tenemos las cuatro estrellas de seis puntas colocadas estratégicamente en los extremos de dos columnas de humo que se elevan hacia lo alto. Dos de estos astros serán devorados por el dragón de dos cabezas, bajo el cual observamos una quinta estrella entre el Sol y la Luna... —Cogió entonces el otro pergamino, y lo señaló con una inclinación de cabeza—. En este podemos ver como se inicia la unión filosófica de los dos elementos primordiales: el rey y la reina,

los principios opuestos del alma... también llamados *Capricus* y *Beia*... Como elemento mediador se nos muestra el Agua Caótica, oculta tras el símbolo de la paloma. El rey, situado sobre el Sol, agarra la mano izquierda de la reina, de pie sobre la Luna... símbolo femenino. Ambos sujetan en sus manos diestras una rama con hojas que se entrecruzan con la que sostienen a la paloma, la cual parece descender desde una estrella de seis puntas.

—¿Eso es todo? —inquirió él, desconcertado, finalizada la explicación.

—Todo lo que debes saber por ahora. El proceso es largo y complicado, por lo que tendrás que esperar hasta que te sean entregadas el resto de las páginas. Porque supongo que habrá más... ¿no?

—Me prometieron que así sería, mas por ahora es lo único que tengo.

—Entonces no puedo ayudarte.

—¡Pero conoces su significado! —exclamó Charles con harta impaciencia—. Es más, me atrevería a decir que posees la clave que descifra el enigma.

La anciana marquesa se reservó el derecho a opinar. Tras decidirse entre el hermetismo de sus compañeros de logia y la amistad que le unía al caballero d'Éon, optó por la prudencia. La única ayuda que le prestó fue vaticinando su destino.

—Estás a punto de contribuir en uno de los eventos más increíbles y maravillosos a los que ha asistido la humanidad desde la Creación. Todo lo escindido será nuevamente unificado en un restablecimiento cíclico universal del mundo y de todos sus seres.

—Sigo sin entender, por lo que te ruego seas más concisa. —Él comenzaba a estar harto de tanta palabrería indescifrable.

La marquesa de Blanchefort suspiró resignada, pensando que cómo se podía ser tan necio.

—¡Abre los ojos, viejo amigo... Tú, que tanto alardeas de tener una mente asexual... —le miró con ojos expectantes, conjurando su sentido común—. Lo que tienes ante ti es el comienzo de la ceremonia sagrada de los alquimistas primordiales que sueñan con encontrar el *Lapis Philosophorum*... Por si no lo has comprendido, estos grabados hablan de la Piedra Filosofal.

La carta

Aquella misma mañana, tras la agitada marcha del andrógino caballero, Marie de Hautpoul ordenó que le trajeran el juego de escribanía que solía guardar en el despacho de su habitación. Estaba tan emocionada que no pudo evitar cierta alegría indescriptible al ver cumplido su sueño y el de sus hermanos de Fraternidad: la regeneración del ser humano.

Al cabo de unos minutos regresó el criado con el encargo de su ama. Una vez a solas, la marquesa cogió entre sus dedos la pluma de ganso, que previamente había sumido en el tintero, y comenzó a escribir con letra clara y disciplinada una misiva:

Es mi obligación poner en vuestro conocimiento la inesperada visita de un viejo amigo, el cual ha consternado mi espíritu con sus palabras. Estoy en condición de afirmar que nos encontramos ante uno de los seres primordiales de los que tanto hablan los libros de alquimia, y que hemos intentado localizar durante todos estos años. Dios está de nuestra parte, bien lo sabéis, y ha obrado su milagro en este siglo de decadencia permitiéndonos ser testigos del proceso. Necesito que vengáis a verme lo antes posible, porque aún hay algo de lo que hemos de hablar. El Maestro ha vuelto, y creo que ha puesto en marcha el ritual entregándole las dos primeras páginas del ROSARIUM PHILOSOPHORUM al caballero que he mencionado con anterioridad.

Nuestro sueño está a punto de realizarse, por lo que deberíamos reunirnos en asamblea prioritaria.

Marie de Hautpoul

De vuelta al lupanar

Gustave abandonó el despacho del procurador general del rey con un amargo sabor de boca. El hecho de que *Monsieur Joly de Fleur* desaprobara su iniciativa de imprimir panfletos con la descripción que poseían del criminal —gracias a un testigo admisible en cuanto a prestigio—, le llevó a pensar que al margen de la discreción cortesana existía un motivo de mayor envergadura que le obligaba a mantener el caso dentro de un círculo de investigación muy restringido.

Se sentía impotente ante el predominio autoritario del altivo procurador. De nada le sirvió exponerle su estrategia para cazar al asesino antes de que este volviera a actuar. Lo único que parecía importarle era vigilar a la prostituta que había conquistado el amor de *Asmodeus*, directriz que no se ajustaba del todo al procedimiento policial. Y aunque reconoció que no era normal mantener encerrada en la buhardilla a la joven, eso no quería decir que fuera una vulgar delincuente.

Así las cosas, Gustave Marais dejó a un lado la ineficacia de su superior, y se centró en otro de los detalles a tener en cuenta: la reseña explicativa del individuo que vio cómo el asesino abandonaba la escena del crimen, un caballero de la alta burguesía que dijo distinguir en la oscuridad de la noche a un hombre corpulento vestido con hábito monacal y con el cuerpo ligeramente echado hacia delante. No es que fuera mucho, pero ya había por dónde empezar.

Durante varios días estuvo visitando pequeños conventos e iglesias en busca de clérigos jorobados, o en su defecto, aquejados de alguna enfermedad relacionada con la espalda; incluso frecuentó los sanatorios mentales, por si se había producido alguna fuga o despido reglamentario de alguien obsesionado con la religión. Al cabo de un tiempo tuvo que reconocer lo infructuoso de la búsqueda, admitiendo que donde únicamente podría averiguar la verdad sería en el prostíbulo de la *Gautier*, pues al margen de la vida privada del tal *Asmodeus*, inviolable según la opinión del procurador general, no existían más indicios que los que pudiera conseguir gracias a

la complicidad de la joven Deverly; su amante y confidente.

Aquella misma noche decidió acudir a su cita semanal llevando consigo una bolsa con doscientos luises. Había que cumplir las promesas, y por otro lado, no le importaba dilapidar los seis mil que tenía como presupuesto para financiar sus investigaciones. Siempre pensó que aquello era demasiado dinero, bastante más de lo que se podía esperar del confesor privado de la princesa, quien no era cardenal ni obispo, ni ostentaba prelatura alguna. Pero el hecho de que se lo regalaran colmaba todas sus expectativas de llevar una vida fácil y placentera, como la que esperaba iniciar junto a su amante.

Volvieron a verse, tal y como le había prometido, y de nuevo se entregaron al abuso del placer como dos adolescentes; mas consumido el deseo no tuvieron más alternativa que acomodarse sobre las sábanas, y centrar su atención en lo que realmente les importaba. Había llegado el momento de las confidencias.

—Espero que tengas algo importante que contarme —comenzó diciendo Gustave sin mucho interés, observando su imagen desnuda en el espejo que colgaba del techo—. Mi amigo, a través de un emisario, me ha hecho saber que espera con ansiedad noticias mías. Quiere que sea explícito y que no le oculte ningún detalle, por lo que he de justificar de algún modo el dispendio de su oro antes de que cambie de opinión y se decida a investigar por su cuenta. De ser así, dejaríamos pasar la oportunidad de enriquecernos a su costa.

—Tened por seguro que no os marcharéis con las manos vacías —afirmó Deverly, que acariciaba sus cabellos con devoción, sintiéndose cada vez más atraída y enamorada de aquel singular hombre—. La otra noche se me olvidó contaros cierto pormenor al que previamente no le di mucha importancia, pero luego pensé que os podría ser de provecho.

Gustave se incorporó sobre la almohada, guiado por el interés.

—Continúa... —la alentó a seguir hablando.

—Minutos antes de que vinieseis a verme, Fanny convocó a las demás, a su alrededor, con el fin de narrarles lo que sabía de aquella joven misteriosa. Lulú y yo nos mantuvimos al margen, pero pudimos escuchar claramente sus palabras... Por lo visto, llegó una noche en compañía de un enigmático caballero, hace ya más de un mes. La madre abadesa los recibió en su despacho, donde estuvieron hablando a solas hasta la madrugada. Luego el caballero se marchó, dejando a su pupila bajo la dirección de esta casa.

—Y esa tal Fanny... ¿reconoció estar presente durante la entrevista?

—Se limitó a espiar por la mirilla de la puerta de su habitación, que por ser sobrina de la Gautier sus aposentos se hayan uno frente al otro. Ni siquiera pudo ver su rostro al tenerla de espaldas... —la fulana torció el gesto—. Sin embargo, la loca de Justine afirmó haber estado una vez en presencia de la joven. Dijo que hablaron

durante horas, y que incluso le confesó su nombre: Papilión. Ninguna de mis compañeras creyó en sus palabras, aunque sí hubo quien dijo que todo era producto de su locura. Aun así, si queréis saber mi opinión, estoy segura de que decía la verdad. Esa mujer puede tener entorpecido el cerebro, pero en el fondo es tan inocente como una niña pequeña. Es incapaz de mentir.

El policía reflexionó unos segundos en silencio. Más tarde, tras ordenar las ideas en su cabeza, prosiguió con el sutil interrogatorio.

—Si, tal como afirmas, la madre abadesa tiene encerrada a la joven en la buhardilla, y por otro lado la tal Justine consiguió entrevistarse con ella, debe ser porque tiene copia de la llave o sabe dónde conseguirla.

—Pues ahora que lo decís, pudiera ser cierto. ¡Y ni siquiera se me ha ocurrido preguntarle! —se recriminó ella al haber sido tan estúpida y no haberlo pensado a tiempo.

—Debemos hacer que hable, convencerla de algún modo para que nos explique cómo lo hizo... —Gustave se colocó las calzas y las medias tras ponerse en pie—. Eso facilitaría nuestra labor.

—Dejadlo de mi cuenta.

—¿Podrás hacerlo?

—Reconozco que no será fácil, pues Lucette se arroga el derecho de ser su ángel guardián. Ni por las noches la deja a solas.

—Espero que esto recompense tu esfuerzo. —Le lanzó la bolsa con los doscientos luises, la cual fue aprehendida en el aire del mismo modo que las aves rapaces atrapan al vuelo a sus presas.

—Os puedo asegurar que a partir de hoy pongo mi vida a vuestro servicio. Quedad tranquilo; no os defraudaré.

—No espero menos de ti —le advirtió él con énfasis, terminando de vestirse.

Ya se marchaba de la habitación cuando la voz de ella le detuvo frente a la puerta.

—¡Esperad un momento! —exclamó la joven, yendo tras él completamente desnuda—. Hay algo más que he de contaros... Veréis... La misma noche que me presentaron a mis nuevas compañeras, Aspasia, la veneciana que es amante del noble español, le preguntó a Charity por qué no estaba presente la madre abadesa, como es habitual en estos casos. La vieja le contestó diciendo que estaba ocupada con un caballero que se hallaba de visita en nuestra casa. Cuando Marie quiso saber los motivos de que no estuviera en el salón de baile, escogiendo de entre una de nosotras para pasar la noche, la respuesta fue concisa y a la vez sarcástica... Dijo que disfrutaba de una compañía mejor que la suya. Al marcharse comenzaron las especulaciones, pero en lo que todas estuvieron de acuerdo es que no pasó la noche precisamente con la Gautier.

—¿Quieres decir que el hueco dejado por Asmodeus ha sido suplantado por otro

hombre? —Aquello le interesaba, mas intentó comportarse con naturalidad; sorprendido, pero no afectado.

—Pudiera ser, no estoy segura.

—Averígualo ya —ordenó tajante.

Y con esto Marais puso punto y final a la conversación, saliendo del dormitorio tras darle un beso en los carnosos labios.

Ninguno de los dos percibió el leve movimiento de los gruesos cortinajes que había al otro lado de la cama; ni tan siquiera llegaron a sospechar que allí mismo, oculta en las sombras, se escondía la figura anónima de una mujer, la cual se marchó por un pasadizo camuflado tras los muros de la alcoba.

Lucette

Aquella misma noche, mientras todas dormían, Lucette aprovechó para llevar a cabo el ritual de invocación de los espíritus. *Elegbá* tenía necesidad de un sacrificio: la inmolación de un animal para saciar su sed de sangre.

Se deslizó sigilosa hasta el jardín, llevando oculta bajo la capa una gallina que comprara días atrás en Les Halles. En el exterior, el viento agitaba las ramas más altas de los árboles haciendo de la hojarasca una lluvia singular de naturaleza muerta. El gemido del aire presagiaba tormenta para antes del amanecer, a lo cual también contribuía el color amarillento de las nubes que cubrían los cielos de París. Tales portentos no desalentaron a la caribeña. Eran signos propicios que debían custodiar la ceremonia.

Se situó al otro extremo del jardín, muy cerca de los muros que lo circundaban. Desde allí era imposible que pudiesen verla a través de los ventanales de los distintos aposentos que se asomaban al exterior, por la zona sur. Antes de nada dejó a un lado la pequeña jaula donde iba el animal, quien cloqueaba levemente en las sacudidas, ajeno a su macabro destino.

La mulata dibujó en el suelo dibujos propios de un culto ancestral. Tras efectuar la danza negra alrededor de los signos, se dejó caer de rodillas. Al poco entró en trance, exteriorizando sonidos guturales que brotaban de una garganta sin voz. Comenzó a sudar de forma copiosa, y las pupilas buscaron el cielo de los párpados hasta que sus ojos quedaron completamente en blanco. En ese momento de éxtasis religioso abrió la portezuela de la jaula y extrajo la gallina, aferrándola con fuerza del cuello. Un tirón bastó para arrancárselo, salpicando sus manos de sangre. Una vez que soltó su cuerpo, el animal salió corriendo hasta que cayó muerto a pocos metros de la puerta que daba a la calle de atrás. Lucette olvidó aquel detalle, y procedió a beberse el líquido espeso y dulzón que goteaba del cuello cercenado.

Giró su cabeza al escuchar el jadeo mortuorio de alguna extraña criatura al otro

lado del muro. Pensó que podría ser un ladrón acechando en la oscuridad con la esperanza de entrar en la casa de citas carnales. Recogió sus abalorios de brujería, incluido el cuerpo aún tibio de la gallina. Lo arrojó todo dentro de la jaula, volviéndolo a tapar con su capa. Después fue hacia un olmo plantado a seis pasos de la pared medianera. Miró hacia arriba, calculando la longitud de las ramas más robustas y seguras. De un salto se aferró al tronco, y trepó como pudo, en total silencio.

Camuflada entre la fronda, la meretriz nacida en el Caribe pudo distinguir la silueta de un clérigo con el capuz cubriendo su cabeza. Tenía el cuerpo inclinado hacia delante, por lo que no pudo verle el rostro a pesar del resplandor lunar que bañaba su oscura silueta. Parecía enfurecido por alguna extraña razón, gruñendo incongruencias que no llegó a apreciar debido a la distancia que había entre ambos. Por lo visto, intentaba forzar la cerradura de la puerta con el firme propósito de penetrar en el jardín.

Lucette se quedó helada al comprender cuáles eran sus intenciones. Su corazón latía desenfrenado a causa del temor de ser sorprendida allá arriba, espiando sus movimientos. Y fue al descender con lentitud, con el fin de volver a su habitación y alertar a las demás, cuando partió en dos una rama seca que no pudo soportar el peso de su cuerpo. Al sentir el crujido, el corcovado alzó la mirada, descubriendo a Lucette, la cual tuvo la oportunidad de contemplar ahora su rostro. Aterrorizada por la visión, no tuvo más remedio que dejarse descolgar, cayendo de bruces contra el suelo. Se afianzó con obcecación a la jaula donde guardaba sus amuletos tribales, tras lo cual corrió con desesperación hacia la casa. Y a pesar de que le era imposible hablar, en su garganta se hacinaban los gritos insonoros de quien ha visto de cerca al diablo y ha conseguido salvar su alma.

Los marqueses de La Roche

Durante un tiempo, Charles decidió permanecer encerrado en su casa sin hablar con nadie más que no fuesen los criados. El mero hecho de saberse implicado en uno de los logros metafísicos más anhelado por los antiguos alquimistas no le transmitía demasiada confianza. Según las explicaciones de la marquesa de Blanchefort, él era uno de los componentes mágicos a tener en cuenta a la hora de elaborar la mítica piedra de los filósofos. Y lo cierto es que no era muy alentador descubrir que a partir de entonces su vida iba a verse influenciada por un proceso del que aún le quedaba demasiado por conocer.

La magia, la brujería, las órdenes francmasónicas y templarias, eran conceptos que no iban con la naturaleza de su carácter, ni tampoco con su forma de vida. Jamás había participado en uno de esos juegos de espiritismo donde lo más incrédulos aceptaban de forma incondicional el haberse comunicado con sus familiares difuntos, ni le interesaba supeditarse a los ritos de iniciación de doctrinas paganas que rozaban la herejía. Tampoco era demasiado creyente, teniendo una idea de Dios bastante imprecisa desde la adolescencia, quizá por aquello de que a él no le había concedido los mismos dones que al resto de los hombres. En resumen, al margen de su anómala condición sexual no encontró ni un solo motivo razonable para que quisieran implicarle en aquel asunto tan turbio y sombrío que mentalmente calificó de «pantomima».

Observó de nuevo los grabados, aprovechando que el servicio se había retirado a descansar a sus aposentos. Sentado frente al acogedor fuego del hogar, consumido por el cansancio y el sueño, intentó penetrar en el insondable mundo de la filosofía alquímica. Durante un buen rato no hizo otra cosa que mirar detalladamente cada una de las figuras. El Sol, la Luna y las Estrellas... las Tres Fuentes...; dos columnas de humo escaroladas hacia el Cielo...; la Paloma, signo del poder conciliador del Mercurio.

Las estuvo escrutando hasta la saciedad, pues sus ojos se enrojecieron a causa del esfuerzo, intentando en todo momento descubrir el arcano secreto que encerraban los pictogramas. Ya se daba por vencido cuando encontró la afinidad que buscaba entre los dibujos y su propia vida.

—El rey está unido físicamente a la reina... —murmuró para sí, perplejo ante el descubrimiento—. Y ambos sostienen en sus manos una rama con hojas... y en su interior corre la savia... La sangre corre por las venas como la savia lo hace por los filamentos de las hojas. ¡Eso es, la sangre de ambos se entremezcla! Pero... ¿con qué sentido?

Su entusiasmo volvió a desvanecerse. Sin embargo, tuvo la impresión de haberse acercado lo suficiente. Si era verdad que existían más láminas como aquellas, habría de esperar a tenerlas todas en su poder antes de hacer una valoración definitiva. Aventurarse sin pruebas fehacientes no le conducía a nada práctico, pero no dejaba de pensar en el capricho imprevisible y paralelo de su peculiar existencia con aquellos extraños grabados.

Al día siguiente fue en busca de Auguste Rodin, marqués de la Roche, otro de sus viejos amigos. Se desplazó en carruaje hasta el pequeño palacio que aquel poseía al otro extremo del bosque de Boulogne, en los alrededores de Versalles. No tuvo en cuenta que presentarle sus respetos a un conocido, sin antes haber enviado la previa carta de visita, podía resultar un craso error, pues podía darse el caso de que el señor de la casa no estuviera en ese instante. Y eso mismo fue lo que ocurrió.

A pesar del contratiempo, decidió aguardar su regreso disfrutando de la compañía de su hija Juliette, pretendida por el duque de Saint-Denis, y de Margot, esposa del marqués.

Hacía bastantes años que no veía a la pequeña, quien resultó ser ya toda una mujer. En cuanto a Margot, gracias a la vida en el campo, alejada de la Corte, y al arte femenino del maquillaje, la encontró más atractiva que nunca. Ambas dispusieron que debía quedarse a comer, invitación a la que fue imposible negarse. Hubiera sido una descortesía en toda regla.

—Acepto complacido el ofrecimiento —les dijo mientras daban un paseo por los jardines exteriores de la hacienda—, siempre y cuando el maître sea de vuestra entera confianza.

Las mujeres rieron al unísono, criticando el exquisito paladar de su contertuliano.

—Sois un exigente —bromeó Juliette, jugando con las varillas de nácar de su abanico—, y eso me lleva a pensar que los ingleses os han debido conquistar el estómago con sus recetas culinarias y, además, lavado el cerebro con sus delirios de grandeza.

—El inglés es un personaje que presume de la buena cocina, aunque en casa de Guerchi, el embajador francés a cuyas órdenes estuve supeditado los primeros años,

tuve ocasión de escuchar como el duque de Westminster elogiaba la gastronomía de nuestro país de forma encarecida.

—Eso le honra.

—No tanto cuando criticó los devaneos de nuestro rey con la condesa Du Barry, atreviéndose a decir que peligraba la Corona a causa de la nefasta política llevada a cabo por el triunvirato.

—¡Qué ignominia, opinar que la monarquía se tambalea cuando son los primeros en tener problemas con sus colonias en América! —exclamó irritada Margot, haciéndose cumplido eco de las inquietantes noticias que llegaban de ultramar.

—Así son de jactanciosos —afirmó el caballero d'Éon con mirada condescendiente—. Se arrogan el derecho de enjuiciar nuestra política al tiempo que en los muelles de Boston corre el rumor de que piensan tirar al mar cualquier carga que proceda de las bodegas de un barco inglés.

—Alguien debería auxiliar a esos pobres colonos. —Fue la opinión de Juliette.

Charles aprovechó las últimas palabras de la joven para hacer una leve introducción a su madre sobre el auténtico motivo que le había conducido hasta allí.

—Ya que hablamos de ayuda... necesito la de vuestro esposo.

La marquesa se temió lo peor. Tener que autorizar un préstamo no iba con su carácter. A pesar de todo, haría lo posible por aquel hombre, que años atrás alimentara su ardiente imaginación, y al que no fue capaz de entregarse porque algo en él le provocaba cierta incomodidad inexplicable.

—Decid en confianza de qué se trata, y tal vez pueda conseguir respuesta a vuestra demanda.

Se detuvieron bajo la sombra de un viejo roble. Juliette, discreta, aprovechó para retirarse a jugar con los perros que les acompañaban en el relajante paseo.

—Sé que Auguste pertenece a la Fraternidad de los Rosa cruces, al igual que la marquesa de Blanchefort y otros nobles aristócratas. No es que me importe, pues yo siempre he sido un escéptico... —admitió con media sonrisa—. Pero ahora necesito conocer ciertos detalles relacionados con los ritos de la logia.

—No creo que eso sea posible... —Margot ofreció esa estricta respuesta—. La ceremonia de iniciación no es un juego que se preste al interés de cualquiera. Veréis... Hay demasiado humanismo debajo de todas esas reuniones secretas adornadas con signos cabalísticos y cruces con rosas.

—Creo que no me he expresado bien... No deseo alimentar mi curiosidad, ni ser un noviciado. Lo que trato de averiguar es el significado de estos dibujos. —Desenrolló las hojas que llevaba en sus manos, mostrándoselas a la marquesa.

—Es la primera vez que veo algo parecido —reconoció ella sin demasiado interés—. Se dirían sacados de un libro antiguo, quizá de nigromancia.

—Según mis averiguaciones, estaríamos hablando de un ritual ligado

estrechamente a la Fraternidad.

A Margot no le gustó la intromisión de su huésped, aunque hizo un gran esfuerzo por disimularlo.

—Os han informado mal. Conozco los ritos y costumbres de la logia, y no se ajustan en nada a la representación de estos grabados... —Se los devolvió esbozando una mueca de desacuerdo—. Pero estoy segura de que Auguste intentará desentrañar el acertijo. Le encantan los misterios.

La marquesa dio por finalizado el coloquio, llamando a su hija con el fin de regresar a casa. Charles lamentó su falta de tacto y también su precipitada confesión. Pensar que le sería más fácil confiarse a una mujer fue un error que lamentó el tiempo que tardaron en volver.

Todo quedó olvidado cuando vieron llegar el carruaje del marqués por el camino central de la hacienda. Se acercaron para recibirlo. La primera fue Margot, manifestando su alegría por el feliz reencuentro tras varios días de separación; luego su hija, a quien tímidamente le satisfizo ver que a su padre le acompañaba su pretendiente, el duque de Saint-Denis. Finalmente, el caballero d'Éon le presentó sus respetos a ambos aristócratas de forma estricta y marcial.

El marqués de la Roche era un hombre de un natural optimista y amigo del buen humor. Locuaz y divertido, cuando no exageradamente caricaturesco en los debates que mantenía con los filósofos de la Corte, disfrutaba como un niño con los juegos que solía celebrar el rey en su impresionante palacio de Versalles. Presumía de sincero, y censuraba a quienes calificaba de «hipócritas y enemigos de la verdad». Eso le convertía en un ser honesto, cualidad que motivó su retiro voluntario a las afueras de París antes de que su abnegado espíritu se viera corrompido por la envidia reprimida de algunos cortesanos.

Tras los saludos y besamanos que eran de rigor entre personas educadas, el grupo de cinco decidió entrar en la casa y sentarse a la mesa antes de que se enfriara la comida. Degustaron primero faisán frío, y luego lechón de Sajonia con compota de nueces y cerezas, acompañado de un vino tinto de Burdeos que consiguió sonrojar las mejillas de los comensales. Luego, tras los postres, compuestos por pasteles de esturión y bizcochos con miel, Auguste se disculpó ante su familia y el duque de Saint-Denis, retirándose para hablar a solas con su viejo amigo, al que hacía años que no veía. Pero antes incitó al joven aristócrata a que invitase a Juliette a pasear por los jardines de alrededor. Sabía la ilusión que le hacía a su hija estar a solas con su futuro esposo.

Ya en la biblioteca, acomodados uno frente al otro junto a la chimenea adornada con trofeos de caza mayor, el marqués invirtió su carácter afable por otro más crítico.

—Me sorprende que sigas vistiendo de hombre... —abrió una cajita de porcelana de Meissen, y aspiró un poco de rapé—. Creí que Su Majestad te había prohibido

hacerlo.

—He tenido que soportar el ir vestido de mujer durante muchos años, demasiados a mi parecer... —su frente se llenó de arrugas—. Creo que me he ganado un descanso después de lograr la firma de un tratado con Rusia, que beneficia sobre todo a Francia, y haber castigado a los ingleses con un escándalo en el cual se vio implicada su reina.

—¿Es cierto que el rey de Inglaterra te encontró en los aposentos de su esposa? —el anfitrión volvió a sonreír al imaginar la escena. Por otro lado, quería verificar el comentario que en secreto le confesara uno de los ministros más chismosos de la Corte.

Charles rememoró brevemente aquel comprometido pasaje de su vida. En cierta ocasión, años atrás, la reina Sophie-Charlotte le mandó llamar a media noche. Su hijo, el príncipe de Gales, estaba gravemente enfermo, con fiebres muy altas, y ella se obstinó en pensar que solo él podía ayudarle. Por desgracia, uno de los asistentes informó al rey, quien se presentó de inmediato en el dormitorio de la reina. Le sorprendió encontrar a un hombre a solas con su esposa. Pero Cockrell, dama de compañía de la soberana, para salvar a su ama y también al hijo de esta, le confesó al rey George III que el caballero d'Éon era en verdad una mujer disfrazada de hombre, y que si no creía sus palabras, solo debía preguntarle al rey Luis XV de Francia. Y así lo hizo, obteniendo la misma respuesta, por lo que desde entonces también en Gran Bretaña e Irlanda tuvo que dejar de vestir de hombre para hacerlo como mujer.

—Preferiría no hablar más de ello. Pero debido al afecto que nos une te diré que todo rumor esconde algo cierto.

El marqués aceptó sus excusas al reconocer la naturaleza irreverente del comentario, afirmando en silencio con un gesto comprensivo que denotaba su falta de delicadeza.

—En realidad, no he venido hasta aquí para hablar de mi vida pasada —continuó diciendo Charles de Beaumont—, sino de algo que tiene relación con la Fraternidad de los Rosacruces... —carraspeó un poco antes de continuar—: Hace unos días me entregaron dos hojas de un libro donde se recoge el inicio de una extraña ceremonia. La marquesa de Blanchefort los ha reconocido como parte de un ritual alquímico; y lo que es peor, piensa que yo podría ser un elemento esencial que establecería la transformación.

—¿De qué transformación hablas?

—No estoy seguro, pero tal vez la conversión de un metal empobrecido en oro. Afirma que los grabados describen cómo conseguir la Piedra Filosofal.

—¡Eso es absurdo! —exclamó el dueño de la mansión—. La Piedra de los filósofos no existe más que en la imaginación calenturienta de los alquimistas sopladores de botellas.

—¿Te parece esto un disparate? —le mostró las páginas del libro.

Por segunda vez fueron estudiadas las figuras, mas en esta ocasión el aristócrata las reconoció de inmediato.

—¡Dios mío, qué tenemos aquí! —tragó saliva—. ¡Pero si es el *Rosarium Philosophorum*! —Auguste Rodin se revolvió en su asiento, inquieto a la vez que emocionado—. Se trata de una obra anónima de carácter esotérico, iluminada con diversos grabados de la época. Se editó en Frankfurt hacia el año 1550, aunque en realidad es algo más antiguo. Las escenas están basadas en el poema Sol y Luna, la auténtica Biblia de los alquimistas. ¡Oh, cielos... y yo que creía ser el único de todo París que tenía un ejemplar de la primera edición!

—¿Hay aquí un libro igual, en esta casa? —Charles, atónito, no daba crédito a las palabras de su amigo.

—¡Por supuesto que sí! Concretamente está en el mueble que hay a tu espalda.

El visitante se giró llevado por la excitación, observando los volúmenes polvorientos apilados en las estanterías.

—Si es así, te rogaría que me lo prestases durante unos días... —solicitó ansioso. Después de unos segundos de silencio recuperó su postura, ajustándose el uniforme—. Prometo cuidar de él, y devolvértelo en perfecto estado.

—No hay ningún inconveniente; solo has de ayudarme a encontrarlo. Hace años que no lo consulto.

Se pusieron en pie, yendo hacia la biblioteca personal de Auguste, que sin ser tan profusa como la de la marquesa de Blancheport resultó más provechosa. Estuvieron buscando entre los textos de filosofía y alquimia, ya desvaídos por los años, mas al poco descubrieron que en lugar del susodicho tratado había un hueco que evidenciaba su desaparición.

—¡Qué extraño! ¿Quién lo habrá cogido de su sitio? —desconcertado, el marqués miró a su huésped buscando una respuesta.

El caballero d'Éon no supo qué responderle. La esperanza de adelantarse al enigma se vio truncada al descubrir que alguien tenía la intención de dosificar sus investigaciones con el fin de mantener una pauta.

Fue entonces cuando comprendió realmente que no se trataba de un juego.

La segunda entrega

Charles regresó a su casa mediada la noche. Aún arrastraba consigo esa sensación de impotencia que sigue al fracaso, cuando su valet de pie se bajó del carruaje, y se adelantó de forma solícita para abrirle la puerta principal de entrada. Fue directamente a su habitación, cerrando tras de sí con llave. Lo único provechoso de su visita, reconoció mentalmente, fue la amable explicación del marqués de la Roche sobre el verdadero sentido de la Piedra Filosofal. Según el antiguo texto, leído años atrás por el aristócrata y del que recordaba vagamente parte de sus párrafos, se trataría de un largo proceso que conducía a la iluminación del alma, una serie de prodigiosas experiencias que abocarían en la regeneración del cuerpo; su glorificación y perfección. No se trataba, pues, de un fin material sino espiritual.

Dejó a un lado su interés por el documento. Estaba cansado y necesitaba dormir varias horas.

Fue hacia la cómoda y cogió el candelabro, con cuidado de no quemarse con la cera que se iba desprendiendo hacia abajo. Luego rodeó la amplitud de su lecho con el fin de dejarlo sobre la repisa de la chimenea. Y al hacerlo, algo llamó su atención: había un pergamino enrollado sobre los papeles de su despacho, un manuscrito similar al que llevaba guardado en su levita. Sintió como sus piernas flaqueaban a causa de la sorpresa.

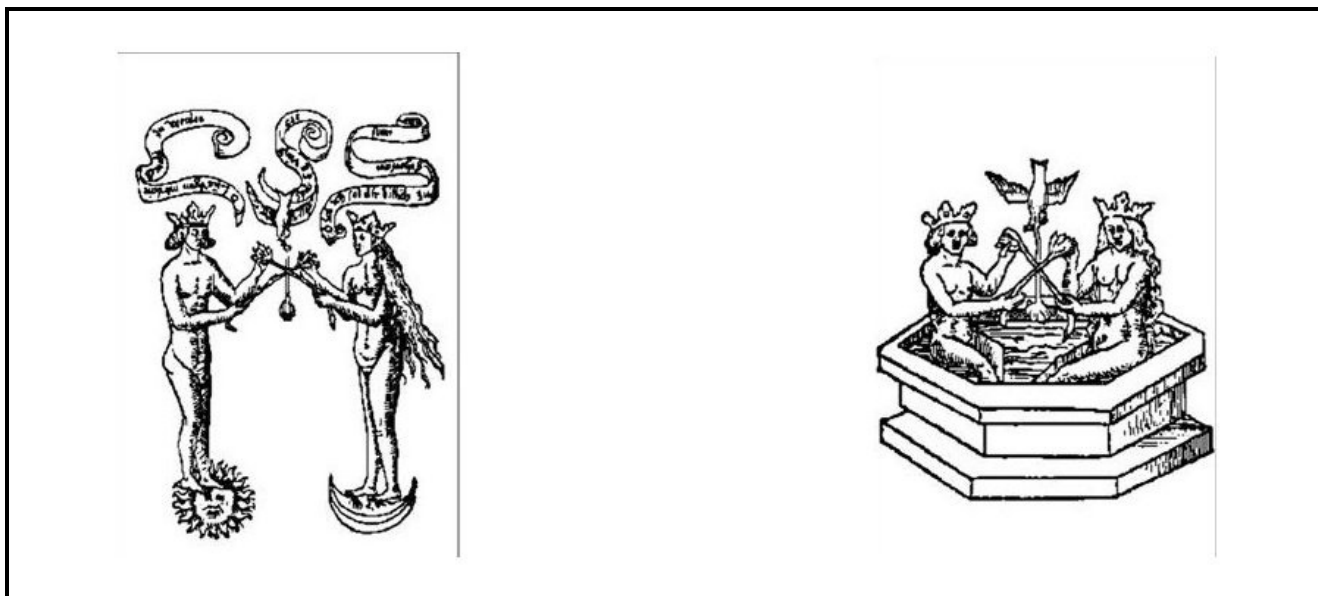
¡Aquello no podía ser cierto, no en su casa! ¿Quién iba a ser capaz de entrar, si solo él tenía la llave del dormitorio y los ventanales estaban cerrados por dentro?

Lentamente se fue acercando a la mesa. Lo miró con una mezcla de asombro y desconfianza, creyendo estar frente a un espejismo nacido de la ofuscación y el delirio obsesivo. Tuvo que acariciarlo para cerciorarse de que era real. Parecía exactamente igual al que le entregaron días atrás, aunque tendría que desplegarlo para estar seguro del todo; pero antes mandó llamar a la servidumbre para exigir explicaciones.

Acudieron todos al requerimiento, un tanto inquietos al no saber muy bien qué era aquello tan importante que debía decirles el amo. Uno al lado del otro, criados, cocineros y doncellas, fueron interrogados con severidad tras observar de cerca el pergamino. Todos negaron haber visto antes nada parecido, al igual que estuvieron de acuerdo en que nadie había visitado la casa en su ausencia. Charles tuvo que aceptar la explicación de los siervos a pesar de lo incomprensible que era admitir la verdad. La franqueza con que se expresaron no dejaba un resquicio para la duda. Les permitió retirarse con el rostro contraído, haciéndoles prometer que no hablarían con nadie de aquel incidente.

Ya a solas, decidió no esperar más y rompió el lacre. Sus manos temblaron levemente al desenrollarlo.

Se trataba de la segunda entrega.



Un nuevo crimen

André Saint-Clair repitió experiencia lúbrica transcurrida una semana. Luego se permitió el lujo de pagar cada dos días para estar junto a ella. Al cabo de un tiempo, después de vivir continuas experiencias sobrenaturales donde el placer del espíritu era alimentado por la gracia de Dios, dejó de ser el mismo. No había vuelto a hacer el amor con nadie, ni a pasear por los jardines del Palais-Royal con ánimo de seducir a vulgares prostitutas, pues el sexo dejó de tener sentido después de la primera vez. El placer extático que le proporcionaban los abrazos de Papilión le hizo ver el mundo de otra manera, llegando a la conclusión de que todo cuanto había experimentado hasta ahora, formaba parte de una parodia ridícula y sin sentido que destruía lentamente su alma. La clave de la satisfacción en su estado más puro, estaba en la sublimidad y casticismo de aquella criatura.

Esa misma noche, tras abandonar el serrallo de *Madame* Gautier, se dirigió a la isla de la Cité como otras tantas veces. Al pasar frente a Nôtre-Dame recordó el incidente del primer día, cuando creyó oír cierto jadeo inhumano persiguiéndole. Le tranquilizó ver que una pareja de amantes deambulaban por la plaza cogidos de la cintura, excitados por el deseo de encontrarse a solas en la intimidad de la alcoba. También estaba el enorme sacerdote que había junto a la puerta de entrada a la catedral, quien, aunque parecía dormido bajo su capucha, hacía acto de presencia en aquella noche cerrada y de calles desguarnecidas.

Los enamorados pasaron junto a él sin prestarle atención. Su olfato recogió el aroma de la joven y su exquisitez le provocó cierto desasosiego, sentimiento que fue canalizado hacia el centro de su órgano más afectivo: el corazón. Culpó a Papilión de su insolente entusiasmo, pues desde que la visitara por primera vez sintió renovar su sangre y nacer la ilusión, ya casi olvidada, de su inquieta juventud. Su vida sexual había dejado de existir, cierto, pero la espiritual se había triplicado en menos de quince días. Y debido a esta sensibilidad recién adquirida necesitaba reconducir su

alma hacia la virtud inefable de Dios, que en cierto modo también se estremecía al admirar la belleza; como la de aquella joven que, complacida, paseaba colgada del brazo de su amante.

Sus ojos se desviaron nuevamente hacia la fachada de la catedral gótica. La imponente figura del monje había desaparecido, y la puerta de entrada al santuario estaba entreabierta. Escuchó una musiquilla extraña que provenía del interior. Atraído por el talentoso sonido de lo que parecía ser una flauta, se acercó tratando de imaginar qué clase de ceremonia podía estar celebrándose a tan altas horas de la noche en el interior de Nôtre-Dame. Se detuvo frente al arco ojival del centro. De las dos puertas de acceso solo una estaba abierta, la de la derecha. Dio unos pasos hasta introducir la cabeza con timidez. No encontró a nadie por la espaciosa sala de la nave central, ni siquiera al clérigo que viera poco antes de pie en los peldaños de la entrada. La iluminación era deficiente; apenas podían apreciarse las alargadas sombras de las columnas y arcadas de elevada altura que escoltaban el camino hasta el presbiterio. Entró sin vacilar, empujado por la curiosidad y el deseo de saber quién podía estar tocando aquel instrumento de viento que le había hipnotizado desde el principio. Tanteando los pilares de volutas góticas, levantados sobre un subsuelo de poca calidad, anduvo en las tinieblas sin detenerse a pensar en las consecuencias.

Ya estaba a medio camino del tabernáculo, cuando escuchó a sus espaldas el golpe seco de la puerta al cerrarse. Se giró sobresaltado, advirtiendo que la música había cesado en el mismo instante en que quedó atrapado en el interior de Nôtre-Dame.

Una figura corcovada cruzó la penumbra, y luego desapareció por una de las naves laterales.

—¿Quién anda ahí? —preguntó el aristócrata con voz autoritaria, creyendo ser víctima de una broma de muy mal gusto.

No hubo respuesta. Tan solo un silencio torvo que cortaba la respiración.

—¿Sois vos, padre? —porfió de nuevo—. Disculpadme si os he molestado con mi presencia, pero no he podido evitar el seguir la melodía y mi curiosidad me ha conducido hasta el interior.

La silueta agazapada del monje atravesó de nuevo la Galería de los Reyes, esta vez por el lado derecho. Se movía con rapidez a pesar de su corpulencia, menoscabada por esa ligera inclinación del cuerpo hacia delante.

En un momento de lucidez, André Saint-Clair comprendió que aquello era algo más que una bufonada. Su imprudencia le había colocado en una posición inminente que le convertía en víctima del enloquecedor juego del gato y el ratón.

—¡Salid, maldita sea, en vez de ocultaros! —chilló aterrorizado, decidido a enfrentarse cara a cara con el desconocido.

Un sonido imperceptible, de respiración discontinua, se fue haciendo más nítido

según la difuminada sombra del monje se dirigía hacia él tras surgir de detrás de una columna. El conde de Biron retrocedió unos pasos al confirmar la decisión de aquel individuo de plantarle cara, de quien no esperaba una respuesta tan inmediata. Echó mano del estilete que llevaba escondido en la manga de su casaca, costumbre que adquirió desde que sintiera una presencia ajena e invisible a su lado cada vez que iba a visitar a Papilión. Levantó el arma con el propósito de intimidar a su agresor, más cuando el clérigo echó hacia atrás su capucha sintió flaquear los músculos de su mano. La daga se vino abajo, produciendo un sonido metálico cuyo eco ahogó la exclamación de sorpresa del conde.

—¡Mi Dios! —gimió en voz queda, con un gesto de terror dibujado en su rostro.

Fue lo último que pudo decir antes de que las manos de su agresor se aferrasen con fuerza a su cuello; manos que le elevaron del suelo casi medio palmo a la vez que oprimían su garganta con tosquedad de animal carnívoro.

En breves segundos, sus pies dejaron de danzar en el aire, y se encomendaron a la rigidez de la muerte.

Justine, la loca

Deverly simpatizaba con todas sus compañeras, también con Lucette a pesar de su silencio. Aprovechó su relación con la caribeña para establecer amistad con la loca de Justine, detalle que esta agradeció sinceramente, y que su amiga de color vio también con buenos ojos. De esta forma, fue ganándose la confianza de ambas amigas.

Aquella noche, que estaba a solas con Justine en el salón de baile, empleó la técnica del halago con el fin de agilizar su lengua.

—Creo que las demás no son capaces de soportar tu perspicacia... —le dijo confidencialmente, sentándose luego a su lado—. Fanny aún te reprocha el que la dejaras en ridículo la noche que llegué a esta casa. Dice que no es cierto que estuvieses hablando con la joven de la buhardilla. Pero ella sabe que es verdad, y le duele que te hayas adelantado.

—Se llama Papilión... y es muy bella.

El rostro inocente de Justine pareció dilatarse de felicidad al hablar de la misteriosa muchacha.

—Sí, lo sé... —Acarició sus mejillas—. Sé que todo es cierto; aunque a veces me cuesta creer que pudieses entrar en su habitación. Sabes que madre es la única que tiene la llave.

—Cierto... la llave —repitió Justine, agachando la cabeza con embarazo.

—Porque tú sabes donde la esconde, ¿verdad?

La interpelada guardó silencio, mordiéndose los labios en un claro gesto de inquietud. Cuando Deverly ya pensaba que la había asustado, logrando que se encerrase en sí misma, su compañera se aventuró a contarle lo que sabía.

—La llave está en la boca del ángel —susurró misteriosa—, pero no se lo digas a nadie. Yo soy la única que puede visitar a Papilión.

Sorprendida por la respuesta, Deverly decidió cambiar de estrategia. No era prudente volver sobre lo mismo.

—También la visita un caballero desconocido tres veces por semana, ¿no es cierto?... Es otro distinto al que venía antes. Eso me ha contado Fanny, quien asegura haberle visto marchar esta noche por la puerta de servicio que hay tras la casa.

La loca se echó a reír.

—Papilión dice que morirá al igual que todos los hombres que se han atrevido a utilizarla. El Demonio de la Inocencia no permite que nadie se le acerque.

Deverly se quedó petrificada al escuchar sus palabras. No hubiese esperado semejante veredicto de una persona tan agradable e ingenua como Justine.

—¿Tú... le conoces? —Titubeó antes de preguntar directa e insistir—: ¿Has visto alguna vez a ese demonio del que hablas?

—Yo no, pero Lucette le vio la otra noche intentando entrar por el patio del jardín. Estaba forzando la puerta que comunica con las callejuelas de atrás. Me lo escribió todo en un papel.

—¿Y qué más te contó de él?

—Dice que es el mismísimo diablo.

Deverly sintió un vacío en el estómago al oír su respuesta, la cual no dejaba de ser escalofriante. Ni siquiera tuvo valor de continuar su interrogatorio. Nadie le había hablado de seres sobrenaturales, ni de criminales capaces de asesinar a los amantes de una vulgar prostituta cuyo nombre era absurdo, y a quien no había visto en su vida. Tendría que hablar de nuevo con el matemático de la Corte para exigirle una explicación. Aunque, para no tener que devolverle los doscientos luises que aceptara como un servicio extraordinario, tuvo que acceder al reto de seguir investigando, y refrenar así el temor supersticioso de admitir como algo cierto semejante dislate.

—Me gustaría conocer a Papilión... —solicitó con suavidad. Tomó la mano de Justine entre las suyas—. Pienso que tú podrías ayudarme.

—¡No... no... no! —negó repetidas veces la loca, siempre con esa entonación de niña que tanto le gustaba a los clientes más ancianos—. El caballero Le Brun se enfurece cada vez que la visito.

—¿El caballero Le Brun? —inquirió, sorprendida.

—Así llama Papilión al espíritu que vive con ella.

Deverly pensó que podría tratarse del caballero que, según Fanny, instalara a su pupila en el prostíbulo.

—Será su protector, supongo... —aventuró con voz cómplice.

Justine la miró a los ojos, creyendo que la idiota en este caso era su amiga.

—Hay ciertas cosas que solo los locos comprendemos.

Entonces se levantó del diván, y fue hacia el espejo que había enclavado en la pared empapelada con tejidos bordados de seda. Después señaló el cristal, extendiendo su brazo diestro.

—El caballero Le Brun le habla desde ahí. Es prisionero de un mundo donde todo

está al revés... —Clavó nuevamente sus ojos en Deverly—. Aunque te parezca increíble, vive dentro del espejo —concluyó solemne.

De nada le serviría seguir preguntando. Era obvio que Justine había perdido definitivamente la cabeza.

No obstante, algo en su interior le decía a Deverly de nuevo que aquella mujer no estaba preparada para mentir y que, por lo tanto, su historia bien podía ser cierta.

El conde de Saint-Germain

Al día siguiente, dos distinguidos caballeros se reunían frente al palacio de la reina Catalina de Médicis, en los jardines de las Tullerías, para hallar una solución al problema que les traía de cabeza desde hacía varias semanas. Se saludaron cortésmente pero sin mucho entusiasmo, a pesar de la relación que les unía, iniciando su marcha por la explanada. Hablaban discretamente para que ninguno de los viandantes que se solazaban al sol, en sus idas y venidas, pudieran reparar en ellos y evitar así que escucharan su conversación. La reunión era extraoficial y reservada, por lo menos en lo concerniente a *Monsieur Joly de Fleur*.

—Esta mañana han encontrado el cadáver del conde de Biron en el interior de Nôtre-Dame... estrangulado; toda una herejía para la comunidad del santuario... —el procurador general del rey se sentía escandalizado de solo pensarlo—. Fue precisamente el prior de la catedral quien dio la voz de alarma.

—¿Creéis que su muerte guarda relación con la de Asmodeus? —preguntó el otro individuo, de aire fino, espiritual, cuya mirada penetrante precedía a su misteriosa personalidad.

—Según los informes del agente de Policía que lleva el caso, Papilión podría haber estado viéndose con otro hombre tras el asesinato de nuestro pupilo. Creo que se tratan de la misma persona... —Arrugó la nariz, y añadió irritado—: Además, Sophie Bertrand ha incumplido su promesa ofreciéndosela a otros clientes.

—La alcahueta no es capaz de comprender el significado que tiene para nosotros la vida de esa criatura... —se lamentó su interlocutor, que lucía hermosos diamantes en los dedos, así como en el reloj y la tabaquera—. La llevo protegiendo desde hace varios meses, cuando pude comprar su libertad y arrancarla de la compañía de titiriteros donde era exhibida como un monstruo. Y no fue para satisfacción de sátiros deshonestos esconderla en un burdel, sino para mayor gloria del ser humano. Confiemos en que la joven sepa defender su virtud hasta que llegue el día de la

ceremonia.

—Lo que realmente debería preocuparnos es averiguar la identidad del asesino —afirmó De Fleur en tono grave—. No podemos permitirnos el lujo de ir perdiendo los pocos candidatos con los que contamos.

—Ese es precisamente vuestro trabajo —le recordó el otro, arqueando las cejas a continuación. Tenía un tono persuasivo, meditado—. El mío es buscar, como decís, un aspirante que se ajuste a sus características, y cumpla rigurosamente cada uno de los pasos de la ceremonia... y lo he encontrado.

El procurador general de Luis XV se detuvo para escuchar la buena nueva, impresionado por la rapidez del Maestro en hallar un hombre que sustituyera a Asmodeus.

—¿Y es...?

—Al día de hoy, ya está en posesión de los seis primeros arcanos... —continuó diciendo el individuo de ojos fascinantes, a quien Luis XV había cedido por tiempo indefinido el fabuloso castillo de Chambord—. Y a mi parecer, es, de todos, el más indicado.

—¿Puedo saber su nombre? —insistió Joly de Fleur.

—Charles Geneviève de Beaumont.

—Pero creí que estaba en Londres, cumpliendo cierta misión que le encargara en persona Su Majestad.

—Ya... pero regresó hace poco más de una semana.

—¿Y está dispuesto a seguir adelante con el ritual?

—Lo estará —afirmó convencido el hermético caballero—. Yo mismo me encargaré de que cumpla con lo que está escrito desde el principio de los tiempos en el Libro de la Vida.

—¿Y qué hay de nosotros? —quiso saber el procurador general—. ¿Cuándo podrá contarle a los demás que también vos habéis regresado de vuestro viaje por Europa?

—La marquesa de Blanchefort lo sospecha, pues hace unos días le escribió a la condesa D'Adhémar, confesándole su incertidumbre. En cuanto a Margot, la esposa del marqués de la Roche, ha sido mi aliada desde el principio y quien me proporcionó el libro de grabados. Le rogué que guardara silencio, ocultándole mi vuelta a su esposo por temor a las habladurías. Ya sabéis lo charlatán que es el bueno de Auguste.

—La verdad, querido conde, no entiendo a qué viene tanto recelo. La Fraternidad jamás ha tenido secretos para sus adeptos. Los demás deben de participar de nuestra alegría.

—Sí, pero el asesino de Asmodeus sigue escondido. Y lo peor de todo es que no sabemos quién es, ni cuál es el motivo que le empuja a cometer tales crímenes... —

El noble apoyó ambas manos en los hombros del procurador—. No quiero exponer, por ahora, la vida de nadie que tenga que ver con la logia. Podría resultar peligroso.

Joly de Fleur tuvo que admitir que corrían cierto riesgo. La búsqueda del criminal seguía siendo infructuosa, a pesar de haber invertido una suma enorme de dinero sufragando los gastos del teniente de Policía; quien, a su vez, debía comprar la temporal fidelidad de cómplices desligados a sus intereses.

—Le exigiré a Marais que se muestre más implacable en sus investigaciones, pues para mí que desea prolongar su investigación mientras tenga cama franca dos veces por semana —afirmó serio.

—Hacedlo, pero que siga siendo tan discreto como hasta ahora... —El políglota aristócrata y brillante ajedrecista, pintor y músico, fue rotundo en su aserción—: Charles de Beaumont no debe sufrir ningún percance. Es nuestro rey en este juego iniciático, y debemos protegerlo por encima de todo.

—¿En cuanto a la reina? —se interesó el procurador.

—Creo que ese monstruo la protege. Lo que desconozco es la causa que le mueve a hacerlo.

Monsieur Joly de Fleur se abstuvo de seguir hablando. Pero entonces recordó un pequeño detalle que le traía de cabeza desde que se reencontrara con su viejo amigo, y que en aquel momento decidió ignorar por temor a una respuesta incomprensible. Y he aquí que se aventuró a hacerle partícipe de sus dudas, intuyendo de antemano lo infructuoso que iba a resultar su procacidad.

—Hay algo más que quisiera saber —se atrevió a decir. Lo hizo tras aclarar su garganta con un carraspeo demasiado personal.

—¿Y bien? —le apremió el conde.

—Os conozco desde hace catorce años, cuando fuimos presentados por el mariscal Belle Isle. Transcurrido este tiempo, todos hemos envejecido menos vos... Vuestra edad es la misma en apariencia, y ello, ya podéis suponerlo, hace que la gente comience a murmurar que mantenéis un pacto con el mismísimo diablo.

—¿Y cuál es vuestra explicación a dicho prodigio? —Los temores del procurador general le arrancaron una sonrisa al conde de Saint-Germain, que cruzó una mano sobre el pecho—. Porque supongo que tendréis una.

—Reconozco que cualquier hipótesis resultaría improbable.

—Tanto mejor —le dijo su interlocutor, complacido—. Así me ahorráis el tener que razonar con vos mi inmortalidad.

Con estas palabras el misterioso noble se despidió de él, dirigiéndose derecho hacia el Louvre. Joly de Fleur lamentó su estupidez. No era un ningún secreto que el conde de Saint-Germain, que siempre llevaba piedras preciosas en sus bolsillos en lugar de monedas de uso común, presumía en la Corte francesa de ser inmortal, asegurando incluso haber sido testigo de la muerte de Jesucristo.

Se trataba de un dogma de fe creer en la afirmación de sus rotundas palabras.

La vieja Charity

Deverly, tumbada a solas sobre la cama, repasaba mentalmente la conversación que había mantenido aquella misma noche con el matemático del rey, a quien le agradó ver que se tomaba en serio su trabajo sonsacándole a Justine toda la información posible. Aunque al llegar al pasaje de un asesino sobrenatural, celoso de los amantes de la joven, y a la extraña historia de un caballero imaginario que vivía con ella en el espejo de su habitación, su amante demostró cierta suspicacia enarcando las cejas en un claro gesto de incredulidad. En cuanto al acertijo del ángel que guardaba en su boca la llave, hizo hincapié en que debía tratarse de una metáfora, o alegoría producto de su imaginación, por lo que le sugirió que intentase averiguar la verdad cuando tuviera ocasión de hablar con ella a solas.

Cerró los ojos para dormir. Mientras llegaba el sueño, recordó un juego que se inventó de niña. Se trataba de vagar por la casa con la mente, intentando retener el orden y colocación de los objetos y muebles distribuidos por los dormitorios. Llevada por la nostalgia, decidió retomar el mágico pasatiempo que tan buenos ratos le hizo pasar en la niñez. Su espíritu, ahora desligado del cuerpo gracias a la imaginación, la llevó por los corredores de la casa. Se detuvo en cada una de sus puertas, fantaseando el poder atravesarlas sin cuidado para espiar los movimientos de sus compañeras, saber qué hacían en la intimidad de su cuarto una vez que se marchaban los clientes y quedaban a solas. Luego se vio subiendo por las escaleras que conducían al dormitorio de la Gautier, donde la llevaron semanas atrás y en la que creyó morir envenenada. Enfrente estaba la habitación de Fanny, la sobrina de madre. Encima de aquella debía encontrarse la buhardilla, refugio de una prostituta al parecer con demasiada clase como para relacionarse con las demás. Subiría a verla. Cruzaría sin dificultad las paredes para observar de cerca a tan sublime criatura, según las descripciones de Justine. Iba a aventurarse, correría el riesgo de adentrarse en el pequeño vestíbulo que había antes del inicio de las escaleras. Dejaría atrás las figuras

de porcelana de los ángeles que, uno frente al otro, descansaban sobre una cómoda de palosanto.

Entonces, llevada por un precipitado impulso que la trajo de vuelta a la realidad, incorporó su cuerpo hasta sentarse en la cama, abriendo con fuerza los ojos al tiempo que reprochaba en voz alta su estupidez.

—¡Cómo no me he dado cuenta antes! —golpeó su frente con la mano en un gesto de rabia—. ¡Si seré idiota!

Saltó de la cama, poniéndose un camisón y unas zapatillas en los pies. Fue hacia la puerta y giró el pomo con suavidad, tirando lentamente de él con el fin de no hacer ruido. Miró a ambos lados antes de salir al corredor en total silencio. Todas dormían a aquellas horas de la noche, incluso la madre abadesa, circunstancia que aprovechó para deslizarse en la oscuridad con el firme propósito de subir al primer piso y alcanzar la antesala que conducía a la buhardilla, allá donde una pareja de querubines de Sévres se caracterizaba por tener insufladas las mejillas y sus labios entreabiertos.

Con precaución de no hacer ruido, Deverly subió los peldaños de puntillas. Se le antojaron más de cien, pese a no superar la veintena. Iba con el corazón comprimido y la respiración entrecortada, imaginando qué excusa le daría a madre de salirle al paso en ese preciso momento; pero ya era demasiado tarde para arrepentirse.

Finalmente llegó al pasillo de arriba, donde se detuvo a tomar aliento. Escudriñó en la penumbra con intención de visualizar los objetos de su entorno y poder esquivarlos. De este modo alcanzó el vestíbulo sin llamar la atención, sonriendo con cierto nerviosismo al descubrir la pareja de amorcillos que dormitaba sobre la cómoda. Se acercó con cuidado, e introdujo sus dedos índice y corazón en la boca del más rollizo. Rozaron una cinta de donde colgaba algo pesado, de metal. Era la llave que andaba buscando.

Tiró con suavidad, adueñándose de ella con cierta codicia al igual que si fuera un tesoro. La aprisionó entre sus manos para que no se le escapara, felicitándose mentalmente por su intuitiva ocurrencia. Ahora solo tendría que subir las escaleras y alcanzar la alcoba de Papilión. Estaba deseando conocerla.

—Eres muy inteligente —susurró una voz a su derecha.

A Deverly se le escapó un histérico gritito de sorpresa, más sintió cierto alivio cuando vio que era Charity, y no la madre abadesa, quien abandonaba su escondite tras el recio cortinaje de la sala para ir a su encuentro. Su cuerpo nebuloso, mimetizado con las sombras, le trajo a la memoria las historias de brujas y hechiceras que le contara la mujer que le trajo al mundo de niña.

—Tú y yo hemos de hablar —la vieja miró a su alrededor con recelo—, pero no aquí. ¡Ven! Acompáñame.

Tiró del camisón de la joven, obligándola a caminar. La condujo hacia las cortinas, detrás de las cuales se abría un pasadizo secreto en cuyo corredor pudo ver

la sorprendida meretriz unas escaleras en espiral que subían o bajaban según dispusiera la persona que las utilizara. La galería se prolongaba a ambos lados. Desde allí podían allegarse a todas las habitaciones y salones de la casa. De ese modo, de acuerdo con la explicación de la matrona, la madre abadesa las tenía a todas vigiladas a cualquier hora.

Al final del trayecto, Charity tiró hacia abajo de un aro metálico que colgaba del techo, y una puerta falsa se abrió hacia dentro. Entraron en el dormitorio de la matrona, donde Deverly descubrió la cama sin deshacer y supuso que la vieja había permanecido en vela toda la noche, aguardando el momento de sorprenderla. Aún desconocía los motivos de que estuvieran allí y no en la severa presencia de madre. Ni siquiera pensó que iba a ser víctima de un chantaje.

—¿Puedo saber para qué quieres esa llave? —preguntó la anciana tras obligarla a sentarse sobre el camastro.

La joven urdió una excusa para no tener que hablarle del señor Cotel y de los celos de su amigo Asmodeus.

—Se trata de una apuesta. Marie me ha desafiado diciendo que no era capaz de entrar en la buhardilla. Hay diez luises en juego.

La bofetada le pilló desprevenida, e hizo que se mordiera los labios. Le dolió más su orgullo que el calor intenso que comenzaba a expandirse por todo el rostro. En un gesto arrogante, su mano limpió lentamente la sangre que le corría por la comisura inferior de la sensual boca.

—¡No me mientas! ¡Odio a quienes lo hacen! —La amenazó con pegarle de nuevo, alzando la mano por encima de su cabeza—. Quiero oírte decir la verdad, y esta vez desde el principio.

Intimidada por la violencia de aquella bruja, Deverly no tuvo más remedio que contarle todo lo que sabía de las investigaciones del señor Cotel, y poner en su conocimiento, de igual modo, la desatinada confesión de Justine con respecto a un asesino que acechaba la casa. Aunque, eso sí, evitó decirle que le habían pagado doscientas monedas de oro. Fue un error que le costó caro, pues esta vez el golpe lo recibió con el puño cerrado, logrando que su mejilla se amoratara al instante.

—¿A quién tratas de engañar? —le espetó agriamente—. Yo misma vi con mis ojos cómo el matemático te recompensaba con una suculenta bolsa, digna de un rey. De seguro que estás dispuesta a compartirla conmigo... ¿No es cierto? —Se le escapó una risotada irónica—. En caso contrario, no tendré más remedio que decirle la verdad a madre. Y no creas que te dejará vivir aquí por más tiempo... ¡Noooo! —bramó encolerizada—. Tus huesos se pudrirán en la calle entre ratas e inmundicias, y ni siquiera tendrás el consuelo de tu amante ni el de su oro, que ya lo imagino en el arca de mi ama. ¡Vamos, dímelo! ¿Qué prefieres, compartirlo conmigo o perderlo todo?

Deverly aceptó resignada su derrota, comprometiéndose a hacerle entrega de cien luisas nada más se levantasen al día siguiente. Pero le arrancó el compromiso de convertirse en su aliada, proponiéndole otros cien si permanecía al margen del asunto hasta que se resolviera en bien de todos. Le aconsejó que la dejara marchar, pues debía contactar con Papilión para hacerle ciertas preguntas con respecto a su nuevo amante. De sus respuestas dependía el que ambas se embolsaran una buena cantidad de dinero.

—Si has de ir, adelante... —convino Charity—. Pero yo te acompaño. A mi edad, aparte del oro, solo me queda la satisfacción de curiosear la vida de los demás... —Enseñó su mala dentadura, con demasiados huecos—. Y esa joven, según creo, aún tiene mucho que contarnos.

Papilión

Encerrada en su cuarto, Papilión peinaba sus cabellos frente al espejo ajena al asesinato del conde de Biron, suceso del que apenas se hablaba en París debido a la reserva policial de quienes llevaban el luctuoso caso. Hizo un balance de su vida desde que tuviera edad suficiente para recordar. Su capacidad de retentiva era excelente, algo así como el instinto de ciertos animales que, sufriendo algún percance en sus primeros días de vida, responden al rechazo o al afecto según quién se les acerque. Aún se acordaba de las palizas que le propinara su tutor siendo ella niña, maltratos que comenzaron cuando se negó por primera vez a que estudiara su cuerpo como si se tratara de un monstruo. También recordaba su gesto de preocupación cada vez que tenían que trasladarse de una ciudad a otra por causas que nunca llegó a saber. La única excusa que recibía, por aquel entonces, era que debían marcharse por cuestiones personales. Si bien, Papilión mantuvo siempre la teoría de que alguien les iba a la zaga con el propósito de cobrarse una vieja deuda.

Cierta noche se desató un incendio en una de las haciendas que su protector tenía en Toulouse, frente al puente de Saint-Pierre. El conde pereció en el siniestro, pero ella tuvo la suerte de poder escapar junto a algunos de los sirvientes antes de que las llamas devoraran el edificio, siendo auxiliados por los vecinos que se congregaron por los alrededores al iniciarse la tragedia. Los demás, quienes no pudieron huir del fuego, quedaron reducidos a cenizas al desplomarse precipitadamente el suelo de madera del piso de arriba. En aquel momento de confusión, tras comprender que ya nadie la castigaría por su defecto, ni tendría que soportar las investigaciones a las que era sometida desde niña, tuvo un arranque de valor y decidió correr sin volver la vista atrás hasta que su cuerpo cayó desvanecido a las afueras de la ciudad.

Recordó también los meses que deambuló por el país en busca de un destino mejor, y de cómo la Providencia le fue sonriendo hasta que conoció a Rossy en una casa de costura donde trabajaba zurciendo calcetas para los soldados del rey.

Congeniaron desde el principio, siendo el carácter extrovertido de su nueva amiga el motivo que la llevó a confiarle su secreto. Bastaron dos días antes de que unos rufianes, amigos de Rossy, la secuestraran en contra de su voluntad con el propósito de vendérsela a una compañía circense que iba camino de Avignon. A partir de entonces su vida volvería a ser un infierno, teniendo que soportar la humillación de ser exhibida en público al igual que si fuera un espectáculo de feria. Pero del mismo modo que su antiguo protector, varios de los faranduleros perdieron sus vidas de forma extraña, cuando no espeluznante, a manos de un ser enigmático al que bautizó con el nombre de El Diablo de la Inocencia, pues demostraba cierto salvajismo con los hombres que ultrajaban su fragilidad de niña.

El resto de la compañía, intuyendo que también sus vidas corrían peligro, optaron por deshacerse de aquella joven vendiéndola a su vez a un noble cortesano que parecía estar interesado en su deformidad. Y aunque este, su nuevo dueño, jamás le hizo daño ni tuvo la indecencia de explotarla económicamente, también le decepcionó cuando le predijo cuál iba a ser su futuro a partir de entonces. No es que le importase el fin de aquel hombre, revelador en todo caso, pero no tuvo en cuenta su opinión ni sus sentimientos. Para él, su vida solo era un símbolo.

Sus manos se detuvieron y el peine de nácar se le escapó de las manos, cayendo sobre los frascos de cristal donde guardaba los perfumes. Lo sintió de nuevo, haciéndose cada vez más fuerte en su interior. Sus ojos se perdieron en el cristal del espejo en un intento de retener la autenticidad de su rostro.

—¿Me has echado de menos? —se preguntó a sí misma con voz de hombre, y sin apartar la mirada de su propio reflejo, el cual se contrajo en un gesto viril, torvo y despiadado.

Era el caballero Le Brun.

—No tanto como tú deseas —respondió con la cándida entonación de siempre, con dicción clara y sencilla; retomando su faz amable y encantadora de mujer.

—Será porque, cuando hablamos, tu voluntad se somete a la mía, y no hay nada más irritable que sentirse relegada.

—Aunque te sea difícil de creer, la firmeza de mi espíritu no se doblaba ante las palabras desalentadoras con que me obsequias. El descrédito de los de tu clase, y con ello me refiero a los hombres, jamás podrá aprehender mi sentimiento de orgullo. Soy mejor que tú —le reprochó a la imagen que tenía frente al espejo—, y aún sigo siendo yo misma.

—Tu vanidad sobrepasa los límites permitidos... —Se echó a reír—. Eres esclava del arbitrio masculino y de la desgracia, un ser imperfecto que lucha por defender su autonomía cuando la naturaleza te ha rechazado desde el día que naciste... ¿Y aún piensas que tu vida te pertenece? —preguntó mordaz—. A veces creo que estás tan loca como esa sebosa que viene a visitarte algunas noches.

—No deberías hablar así de Justine —le reprochó con acritud—. Ella ha sido la única en comprenderme.

—Eso es porque su mundo está supeditado a la insensatez. En eso os parecéis, ya que ambas sois lo que la humanidad califica de parias. No estáis hechas para esta sociedad, así es que os encierran como a animales para satisfacción de degenerados libertinos. En cambio yo... ¡Mírame! —Con ambas manos acarició su rostro, desde las mejillas al mentón—. Escondido en el interior de tu cuerpo me crezco ante las adversidades que te dominan. Dentro de poco podré superarte.

—Crees eso porque el caballero Rákóczy ha prometido separar nuestras almas en dos cuerpos. Pero ninguno ha barajado la posibilidad de que yo pueda quitarme la vida y acabar así con vuestro sueño.

El rostro varonil que la observaba desde el espejo, sorprendido, se mordió los labios en un elocuente gesto de rabia.

—No serás capaz —rugió—. Te conozco demasiado bien... Tus perspectivas de suicidio se desvanecen cuando te dejas llevar por la esperanza de vivir sin mí. Aún le esperas; lo sé. Y ello te impide seguir adelante con tus alardes de tragedia.

La parte femenina de Papilión se rebeló contra ese ser que, por su inherencia congénita, conocía todos sus secretos, hasta el más íntimo. Guardó silencio unos segundos, buscando un argumento que excusara su cobardía. Pero cuando creyó haberlo encontrado, escuchó el sonido metálico de una llave en contacto con la cerradura.

—Seguiremos hablando más tarde —aseguró el caballero Le Brun desde el otro lado del espejo, y el rostro de la joven retornó a su estado natural.

La puerta se abrió lentamente, haciendo rechinar los goznes mal engrasados. Para Papilión fue una sorpresa descubrir que no era Justine, como creyó en un principio, sino la matrona y una atractiva muchacha de enormes ojos verdes que la observaba con gran curiosidad.

—Espero que no te moleste nuestra presencia, pero pasábamos por aquí y creímos escuchar que hablabas con alguien. —Además de ser cierto, fue la única excusa que se les ocurrió antes de entrar.

—Hablar conmigo misma es lo menos que puedo hacer si no quiero acabar mis días en un sanatorio para locos —explicó enseguida, y luego esbozó una sonrisa de bienvenida, pues el recibir visitas de otras personas que no fueran las autorizadas le estaba prohibido; y el tener ocasión de charlar con algunas de las mujeres de la casa era un bien escaso que hasta ahora solo le proporcionaba Justine.

—Nos preguntábamos si te apetecía conversar con nosotras... —Deverly tomó la iniciativa, sentándose en el borde de la cama a la espera de que se reuniera con ella —.

Aunque lo diga madre, creo que pasas sola demasiado tiempo. Ella nos cree

ignorantes, pero todas sabemos que vives bajo nuestro mismo techo.

—Supongo que te preguntarás qué hago aquí, encerrada —Papilión abandonó el tocador, aceptando la invitación de Deverly de acomodarse a su lado—, y otras muchas cuestiones que responden a la necesidad de saber quién soy.

—Pues... sí —admitió la bella ramera ligeramente avergonzada.

—Es normal, pues la curiosidad es un defecto que en las mujeres se engalana de virtud. Yo misma reconozco haber proyectado un perfil de vosotras con el fin de saciar mi interés.

—¿Y cómo nos imaginas?

—La verdad, menos Justine, que es un cielo, al resto las imagino jóvenes y alocadas. En cuanto a ti, intuyo que eres una muchacha con un gran corazón... además de atractiva.

Deverly se sintió halagada por el elogio, no pudiendo evitar sonrojarse.

—¡Sí... sí, todo eso está muy bien! —señaló la matrona, que comenzaba a impacientarse—. Pero lo que queremos saber es por qué madre te mantiene al margen de las demás.

A Papilión le extrañó que dicha pregunta viniera precisamente de la persona que tenía por encargo traerle a diario la comida, pues en todas esas semanas apenas cruzaron unas cuantas palabras y nunca para indagar en su misterioso pasado. Aun así, y lo hizo por Deverly, se entregó a la tarea de satisfacer sus deseos, y por eso les estuvo hablando de su vida durante más de una hora.

Sus desgracias y alegrías hallaron consuelo gracias a la atención que demostraron sus nuevas amigas, quienes tuvieron ocasión de reír o entristecerse según los momentos vividos por la joven. Pese a ciertas preguntas, a las que les costaba responder por ser demasiado personales, satisfizo la curiosidad de ambas mujeres diciéndoles el nombre de su nuevo amante.

—Se llama André Saint-Clair, y me ha prometido tantas cosas que he comenzado a dudar de su honestidad... —afirmó con reticencia—. Siempre he pensado que un hombre debería ser más honrado consigo mismo y formular menos proposiciones que le comprometan. El tiempo me ha demostrado que suelen ser, por naturaleza, unos embusteros compulsivos.

—Pequeña... ¡cuánta razón tienes! —suspiró la matrona, solidarizándose con la joven.

—Dicho caballero es el que viene a menudo en un carruaje de palacio, ¿verdad? —preguntó Deverly—. Eso es lo que se rumorea.

Trató de averiguar la verdad haciéndose la ingenua. De sobra sabía que dicho cliente era el peluquero de la princesa María Antonieta, amigo del señor Cottel, y que aquel comentario tenía la única finalidad de hacerle hablar.

Lo que ignoraba la joven meretriz era que Asmodeus había sido brutalmente

asesinado.

—Creo que te equivocas... —le corrigió Papilión—. Ese caballero era amigo de mi tutor. Por lo que sé, tenía un puesto de influencia en la Corte.

—Lo que no puedo entender es por qué dejó de visitarte si se le veía muy feliz cada vez que se marchaba de casa.

Charity había reflexionado en voz alta y sus dudas fueron recogidas por la pelirroja, quien ya presentía que el matemático le estaba ocultando información con respecto a ese tal Asmodeus. Nadie regalaba tanto oro por vigilar a una simple prostituta, ni siquiera por celos.

—Según me han dicho salió de viaje hacia Prusia... ¿Me equivoco? —Deverly esperaba que Papilión fuera sincera y les hablara de los motivos que propiciaron su inesperado periplo, pues necesitaba comprobar la fiabilidad de la versión ofrecida por su amante.

Su silencio llegó a ser más elocuente que las palabras, sobre todo teniendo en cuenta que aquel comentario le afectó bastante. Por lo visto, la afirmación no era del todo cierta.

—Hay algo que no os he contado... —reconoció finalmente, comprendiendo lo difícil que le sería mentir en su situación—. Cuando el conde de Vadier, mi primer mi tutor, falleció en el incendio de su casa en Toulouse, llegué a sospechar que quizá el desenlace no fuera un accidente... sino un acto premeditado.

—¿Y qué relación existe entre una cosa y la otra? —quiso saber la vieja Charity, quien ya acusaba la falta de sueño conteniendo mal un primer bostezo.

—¿Acaso no lo veis? —Papilión esperaba que fuesen capaces de comprender—. Mi tutor, al igual que los miembros de la compañía de volatineros, me trató de forma vejatoria, y todos encontraron también la muerte de forma violenta... —Arrugó la frente—. Siempre he pensado que fueron víctimas de una venganza.

Deverly, en un momento de fugaz perspicacia, vio la verdad que Papilión intentaba explicarles con ciertos ambages.

—Un momento... ¿quieres decir con eso que el joven cortesano que solía visitarte es una víctima más de la desgracia, y que ha muerto al igual que los otros?

—Así lo creo —afirmó seria.

—¿Por qué?

—Lo ignoro, pero me resulta extraño el que haya dejado de venir. A veces siento que alguien me protege.

—¿Alguien...? —inquirió Charity, que se quedó muy sorprendida. Era incapaz de seguir el hilo de la conversación a tan intempestiva hora, y a la vez mantener bien abiertos sus párpados.

—¡Despierta, vieja... que solo oyes lo que quieres! —le dijo Deverly, atreviéndose a zarandearla para que abriera más los ojos—. Está confirmando lo que

te dije de ese monstruo del que hablaba Justine... —Hizo una extraña mueca con la carnosa boca—. Me refiero a ese Diablo de la Inocencia que Lucette le aseguró haber visto en la callejuela de atrás.

Antes de que la matrona pudiese reaccionar a la áspera arenga de su cómplice, Papilión se adelantó impulsada por la curiosidad.

—¿Lo conoces?

—Como he dicho antes, solo Lucette ha tenido ocasión de verlo.

—¿Y cómo es? —porfió de nuevo Papilión, ahora con arrebatada angustia—. ¿Quién es realmente?

—Según Justine, el diablo en persona.

La matrona se puso en pie, harta de escuchar majaderías.

—Vais a conseguir que me muera de aburrimiento. Jamás oí tal necedad en boca de rameras. —Volvía a ser la misma autoritaria de siempre—. Y me tendréis que perdonar si doy por finalizada la visita. Mis cansados huesos necesitan descanso.

Deverly no tuvo más remedio que claudicar, admitiendo que era demasiado tarde. Pero antes de marcharse se concedió el privilegio de hacerle una última pregunta.

—Hay algo de lo que nos has contado que no logro comprender... ¿Qué es lo que te hace diferente a nosotras para ser exhibida por todas las ciudades de Francia como si fueras un monstruo? Y además, dínos por qué madre te mantiene encerrada en este cuarto.

—Ahora no puedo hablar... —susurró Papilión, que concluyó tras un incómodo silencio—: Quizá otro día, cuando me sienta realmente libre.

Antes de que pudiera insistir, la anciana tiró de Deverly, obligándola a marchar del cuarto. Cerraron de nuevo con llave, y con sumo cuidado volvieron a colocarla en su sitio; en la boca del ángel.

Poco más tarde, ya de regreso en su alcoba, Deverly meditó con respecto a la favorable entrevista que le había ofrecido Papilión. De ella sacó en claro dos cosas: que Justine no estaba tan loca como parecía, y que el matemático del rey le había tomado el pelo. Incluso ya dudaba que existiera en realidad dicho caballero.

Cuando volvieran a verse, la extraña joven tendría que responder a demasiadas preguntas.

La Viande Savoreux

Aquella misma noche, Gustave se detuvo en la taberna La Viande Savoreux para poner en orden sus ideas. Nada más entrar pidió una pequeña jarra de vino blanco afrutado del Rin en el mostrador, sentándose después en una de las pocas mesas desocupadas que pudo encontrar, pues el ambiente estaba concurrido y alborotado a aquellas horas de la noche y apenas había un sitio para la intimidad. Varios soldados del Cuerpo del Dragones jugaban a los dados con unos individuos de apariencia hostil, gente de dudosa reputación. Por otro lado, dos caballeros de la alta burguesía parecían discutir el precio de alguna mercancía con unos campesinos de los alrededores. Y en la mesa contigua, un conocido prestamista mantenía una conversación bastante sospechosa con otro, no menos afamado, ladrón de joyas.

Al teniente de Policía le resultó paradójico ver cómo las clases sociales y el poder judicial dormían a las puertas de aquel tugurio.

Dejó a un lado su interés por los asuntos ajenos, centrándose en los propios. Primeramente le sorprendió que Justine conociera la existencia del asesino, algo que solo estaba en conocimiento de la Policía y el procurador general, y que fuese capaz de proporcionarle un móvil bastante aceptable: los celos. Además, también dijo algo de un hombre que vivía dentro de un espejo. Y eso sí que le resultaba ridículo, cuando no siniestro. Luego estaba la propia Deverly, una joven demasiado despierta como para no darse cuenta de que algo apestaba en la historia del amante embobado. Si había un asesino es porque existía un cadáver, detalle que ya debería tener en cuenta. Eso significaba que la muerte del peluquero sería una cuestión difícil de ocultar; sobre todo si no regresaba de viaje para retomar sus relaciones con la enigmática prostituta.

Tras llenar varias veces su copa, Gustave Marais llegó al convencimiento de que todo se iba complicando según avanzaba la investigación. La teoría de los celos echaba por tierra sus conjeturas: que ambos, criminal y ramera, estuvieran

compinchados desde el principio con la idea de eliminar a su víctima y, quizá, robarle lo que tuviese de valor. Aunque tuvo que reconocer que el asesino ni siquiera se molestó en registrar su casaca, tal vez porque al ser descubierto se viera obligado a huir antes de que llegasen los soldados del rey. Lo cierto es que su cabeza parecía quererle estallar sobre los hombros a causa del vino, y también de los acentuados estudios y perfiles que hizo sobre los presuntos implicados en el crimen.

Se giró con la intención de gritarle al tabernero que le trajese otra jarra, cuando vio que uno de sus subordinados, un joven bretón llamado Patrick, miraba a su alrededor como si buscara a alguien entre la multitud. Al descubrir la presencia del teniente al fondo de la taberna alzó el brazo, eufórico por haberle encontrado tras horas de rastreo por todos los antros de París.

—¡Gracias al Cielo que doy con vos! —exclamó satisfecho, acercándose un taburete de tres patas para sentarse a su lado—. Os llevo buscando toda la noche.

—¿Puede saberse a qué viene tanto apremio? —preguntó con cierto desabrimiento, pues no había cosa que más odiara que vinieran a importunarle cuando bebía a solas—. Mi labor finalizó en el mismo instante en que crucé la puerta de esta taberna. Por mí, puedes hacer como si no me hubieras visto.

—La gravedad de lo ocurrido os releva de vuestro descanso, y se os emplaza a presentaros con urgencia en la morgue del Hôtel-Dieu... —Patrick lamentó tener que darle tan mala noticia—. Esta misma mañana han encontrado el cadáver del conde de Biron en la Galería de los Reyes de Nôtre-Dame. Le han roto el cuello, al igual que al otro, al prusiano. El procurador general exige una explicación de por qué no hemos arrestado ya al culpable.

Las palabras del natural de Saint-Malo le impactaron como un jarro de agua helada cayendo sobre su cabeza. Lo último que esperaba aquella noche era tener que vérselas con un nuevo crimen.

—¿Has dicho en Nôtre-Dame? —Aquel detalle sí era de interés.

—Eso han dicho... —respondió el joven mientras abría las manos—. Esta mañana el padre prior le encontró tumbado en el suelo, cuando se encaminaba medio dormido a efectuar el toque de *maitines*. Pero eso no es todo... Hay un asunto bastante delicado que viene a complicar la investigación.

—¡Habla de una vez! —bramó, ansioso, Marais—. ¡Di todo lo que sepas sin omitir detalle! —Golpeó la mesa con su jarra vacía, cansado de tanto juego de palabras—. Si he de exponer mis conjeturas ante el procurador general, necesito antes estar bien informado.

—Lo que voy a deciros ya está en conocimiento de *Monsieur Joly de Fleur*, por lo que no os podrá aportar ningún beneficio. Se trata de las puertas de la catedral... —Patrick se aclaró la voz—. Según parece, estaban cerradas por dentro. Nadie sabe cómo lograron entrar, tanto el conde como su asesino. Es un hecho que está causando

gran incomodo entre los clérigos que pernoctan en los claustros del santuario. Desconfían unos de otros, y temen ser los próximos en morir. Ya os lo dije; todo un misterio.

Gustave hubo de admitir que el bretón tenía razón. Aunque en cierto modo era de esperar alguna analogía entre el lugar del crimen, muy cerca del primer asesinato, y el hecho de que el sospechoso fuese vestido con sotana.

Eso quería decir que aún estaba dentro, disfrazado de sacerdote, y escondido en Nôtre-Dame...

Cambio de sexo

Había decidido que solventar el acertijo solo le incumbía a él. Era un asunto demasiado personal como para ir buscando la ayuda nadie, y menos la de unos amigos que presumían de impenetrables. Ellos le ocultaban la verdad porque —y eso era lo que pensaba— formaban parte de aquella comedia. Era una corazonada que se hacía más fuerte según rememoraba las conversaciones mantenidas con la marquesa de Blanchefort y el marqués de la Roche. Ambos se mostraron interesados por los dibujos, incluso se atrevieron a conjeturar con respecto al significado de los arcanos, proporcionándole cierta interpretación personal de la cabalística ceremonia. Y sin embargo, ninguno le preguntó el motivo de que le hubieran elegido precisamente a él, lo cual le llevó a pensar que ya lo sabían.

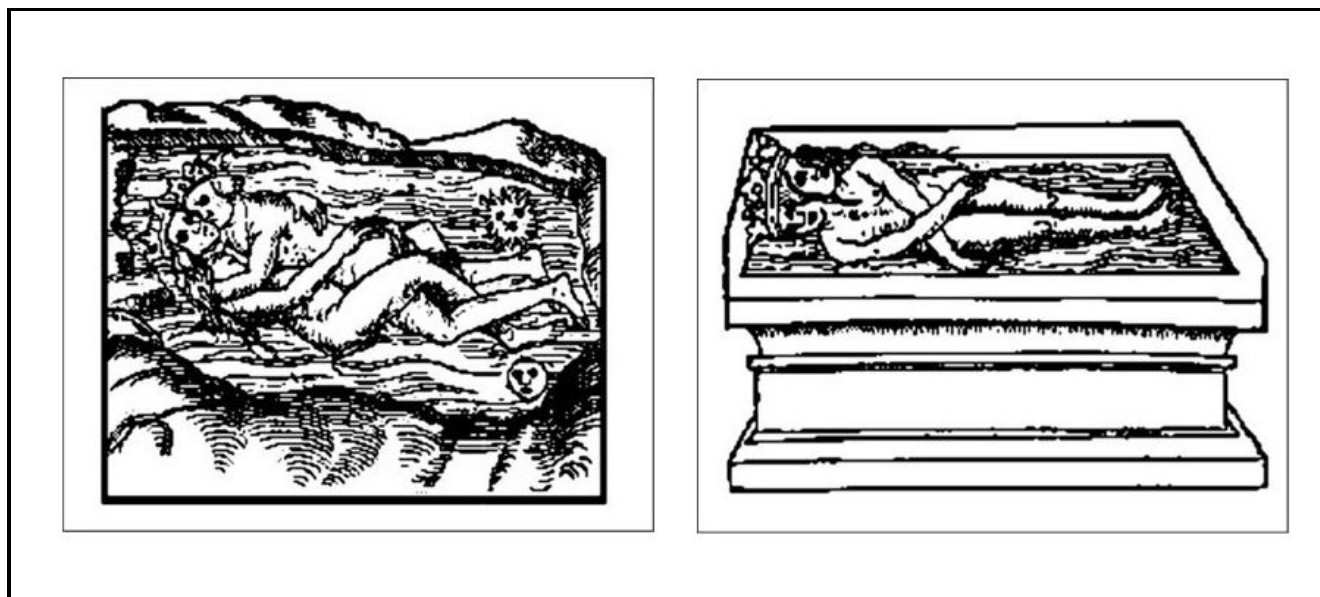
Observó de nuevo los dos últimos grabados extendidos sobre la mesa de su escritorio. En uno de ellos, el rey y la reina, totalmente desnudos, entrecruzaban unos tallos con el que llevaba la paloma. En el otro, introducían sus cuerpos en algo parecido a un baño de forma hexagonal. ¿Eran acaso su desnudez y el agua, quizá bautismal, símbolos alegóricos de un proceso de redención, tal y como asegurara su buen amigo el marqués de la Roche?

De pronto, algo llamó su interés. Debido a la iluminación que le proporcionaba la bujía de aceite vegetal pudo distinguir una imagen superpuesta al pergamino, algo incapaz de percibirse a simple vista. Era como si estuvieran impresas una encima de la otra. Lo intentó de nuevo, pero esta vez dándole la espalda a la luz. Al hacerlo descubrió que la imagen desaparecía por completo. Cada vez estaba más intrigado, lo suficiente para olvidar de momento la incógnita del proceso. Su atención se centraba ahora en resolver aquel misterio.

Tras darle varias vueltas a los pergaminos, vio como una de las puntas parecía abrirse en dos. Con cuidado de no romper las hojas, tiró suavemente hacia abajo al comprender que los bordes habían sido pegados ligeramente con resina, de forma

adecuada para que no se estropease el interior. Así las cosas, donde creyó tener una página del enigmático texto de magia, poseía dos.

Una entrega por partida doble.



El efecto que le produjo observar los dos nuevos grabados fue devastador. Al principio se quedó sin habla; después sintió un escalofrío helado recorriéndole la columna vertebral. Tuvo un ataque de irracionalidad al darse cuenta de lo significativos que resultaban ambos dibujos. En el primero, el rey y la reina hacían el amor dentro de un estanque con agua, teniendo como testigos al Sol y a la Luna. En el otro, ambos quedaban atrapados en un mismo cuerpo, el cual aparecía tendido boca arriba como un cadáver en un nicho rebosante de agua. El rey y la reina se habían convertido en un ser andrógino.

Desquiciado, arrojó a un lado los pergaminos para sujetarse la cabeza con las manos, la cual le daba vueltas debido a la presión a la que estaba siendo sometida. En su mente se fraguaban dos posibilidades: la de estar realmente involucrado en un antiquísimo ritual relacionado con la exaltación del ser humano, o ser víctima de una broma de mal gusto a la que eran tan aficionados los aristócratas, aburridos de vivir siempre las mismas experiencias. En todo caso, decidió tomar la iniciativa y ponérselo difícil a quienes se habían tomado la molestia de inmiscuirse en su vida privada. Porque nadie, ni siquiera un grupo de locos maquinando a espaldas del mundo, tenía derecho a burlarse de él con dibujos significativos que parecían reprocharle su ambivalencia sexual.

Se sentía ofendido. Y alguien tendría que pagar por ello.

Con algo más de sensatez, recogió las hojas de pergamino esparcidas por el suelo para guardarlas después en el cajón de su mesa. Fue hacia la cómoda lacada con motivos florales, donde solía guardar los vestidos que utilizaba en Inglaterra. Abrió el primer cajón tras dudar unos segundos. Luego, seguro de sí mismo, extrajo ciertos

ropajes que resultaban impropios para un hombre. Pero él era alguien diferente, capaz de cambiar de identidad transformando su apariencia externa.

Extendió sobre la cama un vestido de mujer con brocados en verde esmeralda, y con adornos de seda y gasa. Segundos después, sacó de su baúl el miriñaque y el corsé de ballenas metálicas, forradas de terciopelo, que le iban al conjunto. Era su mejor atuendo, copia idéntica del vestido que Jeanne Antoinette Poisson, marquesa de Pompadour, escogió para ser retratada por uno de los pintores de mayor prestigio de la Corte francesa.

Estaba decidido, Charles debía desaparecer un tiempo para que nadie pudiera seguirle la pista. De ahora en adelante sería Lía de Beaumont quien tomara las riendas de su vida.

La reunión

Saint-Germain, como Maestro Ascendido de la Fraternidad de los Rosacruces, se tomó la libertad de reunir a los miembros de la Logia en casa de la marquesa de Blancheport. Finalmente, y tras haberles ocultado a la mayoría su propósito, creyó que era hora de que conociesen la existencia de los seres primordiales y la responsabilidad que suponía inmiscuirles en la ceremonia. Muchos ya estaban al tanto del proceso alquímico descrito en el *Rosarium Philosophorum*, tales como *Monsieur Joly de Fleur* o *Margot Dubois*. Otros, sin ir más lejos el atolondrado marqués de la Roche, o la mismísima anfitriona, *Marie de Hautpol*, apenas conocían los resultados del ritual aunque sabían de su existencia, por lo que al recibir la visita del caballero d'Éon intuyeron que algo grande, relacionado con la Piedra Filosofal, se estaba fraguando a espaldas de algunos compañeros. De ahí que se intercambiaran diversas cartas en las que hacían conjeturas inconcebibles.

Otros adeptos llenaban el salón principal de la casa. Entre ellos podían verse rostros tan familiares como la condesa D'Adhémar, Milord de Egremont y el señor de Rohan-Chabot, quien había sido coronel de los granaderos de Francia. Todos ellos, y algunos ausentes debido a su labor política o social, formaban la Fraternidad de los Rosacruces; hermandad que vivía en reciprocidad espiritual con las distintas órdenes francmasónicas de Europa. El nexo de unión entre ellas era precisamente el conde de Saint-Germain, que hablaba perfectamente la mayor parte de las lenguas conocidas.

—Os estaréis preguntando el motivo de mi regreso, cuando hace años os dije que no me volveríais a ver —comenzó diciendo con voz serena, mirándoles directamente a los ojos uno a uno—. Si he vuelto es porque Dios me ha permitido encontrar a uno de sus hijos primordiales en la Tierra.

Algunos de los presentes murmuraron entre sí, sin saber muy bien de qué estaba hablando. *Monsieur Joly de Fleur* les llamó al orden para que le dejasen terminar; ya tendrían tiempo de efectuar las preguntas oportunas. Haciendo un gesto de cortesía, el

procurador general incitó al Maestro a seguir con su prédica. Este, una vez más, vestía de negro a excepción del vaporoso cuello y los puños de lino blanco. En realidad su enigmática figura constituía un sobrio contraste en aquella época, tan plagada de tejidos coloristas.

—No sé si estáis preparados para lo que vais a escuchar... —les advirtió el enigmático conde con firmeza, retomando la palabra—. Algunos de vosotros me tacharéis de loco, cuando no de hereje, pero debéis recordar que la Fraternidad también es repudiada constantemente por la Iglesia Católica, y no por ello os consideraréis dignos de exclusión. Nos conocemos desde hace muchos años, y jamás os he defraudado. Debéis de creerme, a pesar de que mis palabras os resulten incomprensibles. Os prometo que todo cuanto oigáis aquí os será revelado por boca del Altísimo... —Saint-Germain abrió una Biblia que había a su lado, sobre una mesa, leyendo un párrafo de la primera página—. «Y dijo Dios: Hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra. Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios le creó, macho y hembra los creó... —Con suavidad pasó un par de hojas, continuando con su exposición en medio de un sepulcral silencio—: Entonces *Yahveh* Dios hizo caer un profundo sueño sobre el hombre, el cual se durmió. Y le quitó una de las costillas, rellenando el vacío con carne. De la costilla que *Yahveh* Dios había tomado del hombre formó una mujer y la llevó ante el hombre. Entonces, este exclamó: ¡Esta vez sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne!».

El conde de Saint-Germain cerró el libro sagrado, interrogándolos a todos con la extraordinaria profundidad de su mirada.

—¿Alguien podría decirme qué significado tiene recitar los versículos del Génesis? —preguntó la condesa D'Adhémar, todavía perpleja, la cual ignoraba los detalles de la ceremonia a pesar de la información que había recibido de la marquesa de Blanchefort a través de sus misivas.

—¡Querida, déjale terminar! —le reprendió precisamente su amiga Marie de Hautpoul—. Todo cuanto hemos de hacer es escucharle. Presiento que sus palabras dejaran atónito a más de uno.

El Maestro se lo agradeció dedicándole una mirada de cortesía.

—¡Oídmeme bien! —reclamó la atención de todos con voz grave—. Algunos de vosotros habréis escuchado hablar del *Rosarium Philosophorum*, y de los veinte grabados que describen paso a paso el proceso alquímico establecido para que la unión entre dos seres primordiales, dos criaturas divinas y no un hombre y una mujer corrientes, dé como resultado esa mixtura espiritual que es la transmutación del cuerpo y la perfección del alma. Pero... ¿qué es la perfección? Ser perfecto significa igualarse a Dios, haber sido creado a su imagen y semejanza. Dios es andrógino, ya lo dicen las escrituras hebreas. La *Kábala* afirma que *Yahveh*, el nombre de Dios, está

dividido por dos palabras o sentimientos: *Hei*, que tiene los atributos de severidad y justicia propios del hombre; y *Vav*, que tiene los atributos de bondad propios de la mujer.

—Perdonadme, Maestro... pero sigo sin entender. —Esta vez fue el marqués de la Roche quien tomó la palabra, pues no conseguía encontrar el nexo de unión entre el texto que su esposa le había robado a escondidas y las Santas Escrituras.

—La interpretación de dichas frases esconde el testimonio secreto de Dios; es todo lo que puedo adelantaros por ahora. Pero sí os diré que vamos a cambiar el destino de la humanidad, logrando que el hombre vuelva a su estado primigenio y renuncie a su labor en la Tierra. Los elementos a tener en cuenta para el proceso, el rey y la reina, se están preparando para el evento sin ser conscientes de ello, aunque algo intuyen en su interior.

—¿Y cuándo sucederán tales prodigios? —quiso saber Milord de Egremont.

—El proceso ya está en marcha; solo hay que esperar a que se produzca el encuentro —respondió Saint-Germain en tono solemne—. He comprobado las fuerzas telúricas que brotan de los distintos puntos de Francia, y el más adecuado para la ceremonia, según mi criterio, se encuentra en la región del Languedoc, cerca de Carcassonne. Para la tarea que me he impuesto, la de encontrar el lugar idóneo donde levantar el receptáculo, he pensado que podría ayudarme nuestra querida amiga Marie, quien allí es dueña de una propiedad.

La aludida se sintió sorprendida a la vez que halagada. Todo lo que fuera cooperar con el Maestro la llenaba de orgullo.

—Podéis contar conmigo para lo que sea. Pongo a vuestra disposición el castillo que poseo muy cerca de Rennes-le-Château, dentro de los límites del marquesado. Yo misma me trasladaré con vos para poner en conocimiento de la servidumbre que viviréis allí el tiempo que sea necesario.

—Hay un pequeño problema del que aún no os he hablado... —añadió el conde de Saint-Germain antes de darse por concluida la reunión—. La criatura denominada como la reina está bajo mi tutela, escondida a buen recaudo en un lugar al que no voy a referirme por seguridad. Tuvimos un rey, que llevó a cabo la primera cópula espiritual del proceso, pero fue asesinado de forma brutal por alguien cuya identidad aún desconocemos. *Monsieur Joly de Fleur* me está ayudando con la investigación, infructuosa hasta el momento... —Lamentó tener que reconocerlo, y una arruga de preocupación surcó su rostro—. Por otra parte, creo que la reina ha sido utilizada para fines lucrativos y la han obligado a mantener relaciones, aún no sabemos si de naturaleza sexual, con un noble al que todos conocíamos... el conde de Biron.

—¿No es el que encontraron muerto hace dos días en la catedral de Nôtre-Dame? —inquirió el señor de Rohan-Chabot desde su asiento, tras el grupo de asistentes al concilio.

—Así es —respondió el procurador general del Reino de Francia—, y tengo pruebas que indican que podría haber sido asesinado por el mismo hombre que acabó con Asmodeus.

—Eso no es todo... —siguió diciendo Saint-Germain, que tosió levemente—. El día que compré la libertad de la reina me advirtieron de la maldición que arrastraba consigo. Según aquellos hombres, quienes ofendían a la joven eran víctimas del diablo. Tres de sus compañeros murieron en extrañas circunstancias en el interior de sus carretas. Nadie vio ni escuchó nada, pero todos intuyeron la presencia de un ser maligno que les acechaba oculto por los alrededores, allá donde acampaban. Eso quiere decir que nos enfrentamos a lo desconocido, pero no a un espíritu del mal. Es un hombre, y como tal, tiene fuerza suficiente para estrangular a cualquier persona que se atreva a plantarle cara. Por todo ello, os prohíbo efectuar por vuestra cuenta cualquier tipo de indagación que os pueda comprometer. Dejad que sea la Policía quien se encargue de encontrarlo. Nosotros hemos de cuidar de que el proceso abierto siga su curso.

Lía de Beaumont

Desde niño siempre quiso ser mujer. Le encantaba ver a su madre jugueteando con los frascos cremas y demás cosméticos que hacían de su rostro el más exquisito de París. A veces se escondía tras la cómoda de su cuarto para contemplar en silencio cómo sus manos, pálidas y delicadas, se deslizaban con elegancia hacia atrás en el generalizado acto de peinarse el cabello. En cierta ocasión pudo comprobar que los lunares de su rostro, esos que le desconcertaban tanto porque nunca estaban en el mismo sitio, se los pintaba ella misma cada vez que tenía la necesidad de sentirse atractiva. Porque si algo aprendió de su madre, es que la mujer tiene que vender su imagen para ser valorada como tal; al contrario del hombre, que ha de comprar el amor del que carece para satisfacer su insuficiencia de dignidad.

Contempló su rostro en el espejo, asombrándose del efecto que producía el maquillaje en sus mejillas y el carmín en sus labios. Ver de nuevo esa imagen maldita, que juró esconder para siempre, le llenó de un singular optimismo. Fue como darle una nueva oportunidad a su vida. Ya desde el mismo instante en que se introdujo dentro del vestido, y sacó del baúl la peluca que guardaba desde su viaje a Rusia, sintió que el orgullo de Charles disminuía a favor de la tolerancia de Lía de Beaumont.

Se humedeció los labios en un arrebatador gesto de frivolidad, antes de implantar en su mejilla izquierda el oscuro sello que heredara de su madre. Después se levantó de la mesa y fue hacia la puerta de la habitación, decidido a desaparecer por un tiempo del mundo de los varones.

Bajó hasta el vestíbulo, donde casi tropieza con Bernard, su lacayo, quien al verle se sorprendió de tener a una dama en casa sin haber sido previamente informado. Al descubrir que era su señor, retomando el vicio de vestirse de mujer, trató de no ofenderle guardando un prudente silencio; quedando a la espera de sus explicaciones, si es que procedían.

—¡Bernard, apareces cuando más te necesito! —Aferró con fuerza la manga de su levita, llevándose lo consigo hasta un reservado que hacía las veces de despacho y biblioteca.

Cerró la puerta, obligándole a sentarse.

—Lo primero que tienes que hacer es dejar de mirarme de esa forma... —Se sentía avergonzado—. No es capricho mío haber cambiado de identidad; ni siquiera es por orden del rey. Sé que te parecerá absurdo, pero necesito tu ayuda.

—Llevo con vos apenas un año, y siempre os he servido bien... —Inclinó la cabeza—. Ahora no tiene por qué ser de otro modo, señor.

La correcta respuesta de su lacayo le hizo sentirse mejor, más tranquilo. Una vez más, Bernard no le defraudaría.

—¡Bien! —exclamó complacido—. Escucha con mucha atención... —continuó diciendo, ahora en voz baja—. Has de buscar un lugar donde poder esconderme unos meses. Como mi intención es apartarme de mi círculo de amigos, que podrían reconocerme incluso vestido de mujer, tienes que hacer lo que te diga. Lo harás aunque te parezca ridículo.

—Descuidad, señor... Sé que todas vuestras decisiones están avaladas por un buen motivo. No seré yo quien juzgue el papel que ahora vais a desempeñar.

—Me alegra oírte decir eso... porque tu fidelidad te honra... —Apoyó una mano amiga en el hombro izquierdo del criado—. Por lo pronto, has de mantener la boca cerrada y excusarte en mi nombre ante el resto de la servidumbre. Diles que he aceptado la invitación de un amigo de Lyon, y que estaré fuera unas semanas. Después, tienes que buscar un prostíbulo con clase, y hacerte pasar por el vizconde de Lagny. Para ello, tendrás que abastecerte de mis mejores galas y de mi oro, los cuales pongo a tu servicio con el propósito de hacer más creíble tu historia.

—¡Pero, señor...! —protestó el lacayo, asombrado de lo que escuchaba.

—¡No me interrumpas! —Charles alzó su voz aflautada, con un gesto desenfadado propio de mujer—. Tienes que ser convincente en la representación, y actuar como has visto hacer a centenares de nobles aristócratas. No te será difícil.

—¿Y qué he de decir cuando me presente en ese supuesto burdel del que habláis?

—Iremos los dos —contestó al instante—. Yo como tu amante, y tú como un adinerado aristócrata que trata de salvaguardar la relación con su querida. Le ofrecerás a la dueña cuatrocientos luisas a cambio de dos meses de estancia, tiempo en el cual podrás venir a verme cuando yo te necesite. Una vez que hayas conseguido introducirme en una de esas casas del placer que tanto abundan en París, regresarás aquí y llevarás las cuentas en mi ausencia. Toma, necesitarás esto... —Le entregó un sobre lacrado—. Es una autorización firmada de mi puño y letra que acreditará tu cometido ante los demás criados.

—¿Y vos, señor?

—Permaneceré escondido hasta ver si son capaces de encontrarme.

—¿Quiénes, señor? Si me es lícito preguntar.

—Un grupo de locos que creen tener la verdad en sus manos.

Incomprensible la respuesta, por lo que Bernard se olvidó de indagar más en el singular asunto de su amo.

—¿Y qué he de hacer ahora, señor? —quiso saber, ceñudo. Estaba un tanto confuso.

—Subir a cambiarte de ropa, y volver tan acicalado como puedas. En cuanto al oro, lo llevo conmigo. Lo cierto es que no voy a esperar más tiempo. Nos vamos en cuanto estés preparado.

—¿Y a qué prostíbulo se supone que vamos, señor?

—Alguno conocerás, bribón... —repuso con firmeza. Dio por hecho que solía visitarlos a menudo.

—Mmm, así, de pronto, solo se me ocurre el de *Madame* Gautier... Está en el número treinta y tres de la calle Saint-Germain, que tiene buenas hembras... Es distinguido y confortable. Además, son asiduos de él aristócratas y burgueses.

—Que así sea. En cuanto a mi nombre, a partir de este momento seré de nuevo Lía de Beaumont.

Bernard acató las órdenes de su amo sin más, yendo de inmediato a cumplir con lo que le había indicado. Charles cerró por dentro la puerta, dispuesto a esperar a que su fiel lacayo regresara vestido de caballero, y con el suficiente ingenio para que la alcahueta de turno no sospechara de la legitimidad de su actuación.

Así de fácil creyó eludir la responsabilidad que el destino le tenía reservada.

Intimidades

Aprovechando que los demás miembros de la hermandad habían regresado a sus domicilios, Marie de Hautpoul condujo a su invitado a un pequeño gabinete donde solía conversar a solas con los amigos más íntimos. Tomaron asiento en un sofá diseñado por Oeben, el ebanista del rey, esperando a que el criado cerrase las puertas del camarín antes de iniciar la conversación.

—Cada vez que estoy a solas con vos no sé de qué hablar. Es como si me faltasen las palabras —se apresuró a decir la marquesa, excitada aún por el hecho de saber que había sido elegida para ser testigo y colaboradora del ritual—. Lo cierto es que han pasado muchos años desde la última vez que estuvisteis en París. Y sin embargo, es como si no hubiera transcurrido el tiempo en vos.

Era obvio que todos habían envejecido menos él. Todavía guardaba en su memoria la imagen del conde el día que fueron presentados por la condesa d'Adhémar. Aquel joven y noble caballero de modales exquisitos e impecable cortesía, de vestir sobrio y elegante, que deslumbró a toda la ciudad de París con su inexplicable talento para las ciencias y el arte en general, no solo logró conquistarles el corazón sino también arrebatárselos el alma. ¿Quién, si no él, era capaz de hablar en todos los idiomas conocidos, tocar el violín con una virtuosísima elegancia, cantar como los ángeles, pintar y esculpir con la misma maestría que Michelangelo, y lo que aún resultaba más increíble, materializar objetos de la nada?

—Querida Marie, creo que le dais demasiada importancia a los años —le dijo Saint-Germain suavemente, cogiendo las manos de la anciana—, y no es este el problema al que nos enfrentamos.

—Cierto, ya sé que es absurdo preguntar cómo hacéis para ser el mismo de siempre, pero a veces se me hace imposible comprender ciertos aspectos de vuestra vida que escapan a la razón. Pero que no os inquiete mi curiosidad... —Suspiró—. A mis años lo único que importa es averiguar si la vida continúa tras la muerte. Y eso es

algo que ya no me cuestiono... no después de conocerlos.

—Os agradezco el halago, y no quiero que penséis que es por reciprocidad de adulación lo que voy a deciros, pero creo que sois la persona idónea para recibir la explicación de los filósofos. Sois discreta, inteligente, y sobre todo, quien tiene más fe en el buen desenlace de nuestra misión. Y la fe es una virtud que proviene de Dios.

—Sé que tendremos éxito... —ella se llenó de optimismo tras escuchar los elogios del Maestro—. Es más, me lo dice el corazón.

—Espero que así sea. No olvidéis que tenemos el inconveniente de encontrar al asesino antes de que acabe con Charles de Beaumont.

—¿Acaso la reina y él...?

—Todavía no, pero están a punto de conocerse.

—¿Y quién le entregará el resto de los pergaminos al caballero d'Éon, si partimos para el Languedoc en un par de días?

El conde de Saint-Germain desvió su mirada hacia el ventanal por donde entraba la escasa luz del atardecer, dejando entrever una sonrisa en sus labios.

—Esa cuestión, y otras muchas, os serán reveladas el día en que consigamos ganarle la partida al hijo bastardo de Dios. O mejor dicho, regresar de nuevo al Edén.

La visita

Aquella misma tarde Sophie sintió la necesidad de retirarse a su cuarto para llorar en silencio la muerte de su buen amigo André Saint-Clair. La noticia del horrendo crimen le afectó más de lo que hubiese creído en un principio. A pesar de tener una roca en vez de corazón, encontró un brote de afectividad donde menos lo esperaba: en el recuerdo imperecedero de su primer amor. Todo cuanto tuvieron que decirse lo hicieron años atrás. Y sin embargo, siempre conservó la esperanza de que algún día pudiera repetirse la hazaña de vivir una segunda juventud en compañía del único hombre de su vida.

Y ahora había muerto, asesinado del mismo modo que el bastardo de Asmodeus. Estaba segura de que no era una coincidencia, pues algo así nada tenía que ver con las probabilidades del destino. Ya eran dos las víctimas, y el único nexo de unión al que pudo aferrarse para comprender lo que estaba sucediendo era la joven que vivía a solas en la buhardilla de su casa, a quien una noche le confiaran su vida a cambio de una sustanciosa cantidad de dinero.

Una de las condiciones que la dueña del lupanar debía cumplir, antes de aceptar la responsabilidad de darle cobijo, era que solo habría de recibir un amante: el peluquero personal de la princesa María Antonieta. De quebrantar el pacto, el mismo príncipe Rákóczy vendría a reclamar la custodia de Papilión y el oro entregado a cuenta. Pero tras la muerte de Asmodeus, sabiendo que perdería la custodia de la joven, decidió cedérsela cuanto antes al conde de Biron con el propósito de recuperarse económicamente del fallido negocio. Al ver que el aristócrata incumplía su palabra, pues parecía haberse olvidado de la joven, se sucedieron las visitas de André. Pensó que a nadie le importaría el uso que una alcahueta hiciese de una muchacha cuyo tutor la había abandonado a su suerte. Y quizá fuera su avaricia la causa de que el hombre que la hiciese soñar un día estuviera pudriéndose ahora bajo tierra. Y eso era lo que más le dolía.

«Pero... ¿quién pudo cometer los crímenes, y con qué fin?», se preguntó con pesar varias veces, secando sus lágrimas con un pañuelo de encaje que guardaba en su insinuante escote.

Quizá Papilión pudiera aclararle ciertos aspectos de su protector, hacia quien iban dirigidas sus sospechas desde que este incumpliera su promesa de volver. El hecho de que hubiera desaparecido sin llevarse a la muchacha resultaba demasiado extraño.

Pensaba hacerle una visita a Papilión, para exigirle que le explicara el por qué sus amantes hallaban la muerte de una forma tan terrible, y de paso averiguar hasta qué punto estaba implicada en los asesinatos. Pero antes hablaría con su sobrina, quien se había hecho eco de un rumor que corría entre el resto de las jóvenes, y que tenía que ver con un siniestro personaje que rondaba la casa.

La mandó llamar por medio de Charity, diciéndole que la esperaba en el gabinete del piso de arriba. Al tiempo que aguardaba su llegada, fue recogiendo algunos de los disfraces olvidados en cualquier sitio y colocándolos en el vestidor. Luego trató de calmar su angustia abriendo el ventanal que daba al jardín, con la intención de que entrara algo de aire fresco. Allá, a unos centenares de metros por encima de los tejados de enfrente, pudo ver las aguas del Sena teñidas de un rosa crepuscular.

El Sol desapareció al otro lado del bosque de Bologne en el mismo instante en que se abrió la puerta del despacho.

Fanny entró en compañía de la matrona, y ambas aguardaron en silencio la determinación de madre. Sophie despidió al ama de llaves, quien se marchó a sus quehaceres, e hizo un gesto a su sobrina para que entrase sin miedo y tomara asiento en el sillón que había frente a la mesa de escribanía. Ella permaneció en su lugar, de pie, para dar una mayor impresión de autoridad.

—Charity me ha dicho que querías contarme algo relacionado con un pervertido que merodea por los alrededores de la casa.

La joven asintió con un gesto de cabeza; nada más.

—¿Piensas quedarte ahí toda la noche, sin hablar? —A veces su sobrina la sacaba de quicio.

—En realidad solo se trata de un comentario que hizo Justine hace unos días, y que quizá no sea de tener en cuenta debido a su estado mental... —Finalmente la fulana se decidió a contarle lo que sabía—. Dice que Lucette le escribió una nota donde le confesaba haber visto, cierta noche, a un hombre vestido de sacerdote intentando forzar la puerta de atrás del jardín, la que se abre al estrecho corredor que nos separa de las viviendas del otro lado... —Tragó saliva antes de continuar—: Pero eso no es todo, pues asegura que dicho individuo no es humano, que su rostro es tan sobrecogedor que es imposible de olvidar una vez que lo has contemplado. Dice que es un enviado de Satanás... —Torció el gesto—. Yo soy incapaz de creerme algo así, pero algunas de las muchachas comienzan a ponerse nerviosas.

—Lo mejor será dar parte a la Guardia Real, y que mande una patrulla por las noches. Tengo algunos amigos que podrían ayudarme si se lo pidiera —alardeó la *Madame*, para demostrar que tenía influencias en la Corte—. Pero tienes razón. Creo que debería hablar con ellas antes de que todo este asunto afecte a su trabajo. Ningún cliente debe escuchar tales majaderías en boca de una de mis niñas.

Fanny aguardó sumisa a que su tía le diese permiso para marcharse. Al ver que tardaba más de la cuenta en despedirla, tal y como hiciera siempre, ladeó su cabeza buscando el motivo de la extraña demora. Sophie Bertrand, con la mano sosteniéndose la barbilla en un gesto introvertido, observaba el jardín con mirar ausente, como si tratara de rescatar un pensamiento muy lejano, algo perdido en la memoria.

—Tía Sophie... ¿estáis bien? —preguntó la muchacha un tanto indecisa.

—¿Eh...? Por supuesto que sí —se apresuró a responder la alcahueta, volviendo de nuevo a la realidad—. ¡Anda, vete con las demás! Y diles de mi parte que Charity bajará a hablar con ellas antes de que lleguen los primeros clientes.

Así las cosas, Fanny actuó como era habitual, despidiéndose de su tía con una tímida reverencia cuyo origen se remontaba a los años en que fue acogida tras la muerte de su madre. El respeto que sentía hacia ella no estaba reñido con el temor.

La propietaria del concurrido burdel quedó de nuevo a solas, mas esta vez con la terrible sensación de estar siendo vigilada. Miró de nuevo hacia el jardín, sopesando el esfuerzo que le supondría cerrar las ventanas sin que le temblasen las manos. Hubiera preferido no hacerlo, pues la noche traía consigo un nuevo aroma con sabor primaveral, pero algo le decía que se hiciera fuerte tras los muros de la casa, que evitara el exterior. Fuera, en algún lugar de París, el asesino de André olisqueaba el aire en busca de una nueva víctima. Y por un inquietante momento se lo imaginó acechando por los alrededores, como ese horrible individuo que le acababa de describir su sobrina.

Sin pensarlo dos veces, cerró el ventanal en una arrebatada maniobra de injustificable aprensión.

—¡Charity! —gritó airada, sacudiéndose los temores.

La vieja apareció de inmediato, solícita a la nerviosa llamada.

—Quiero que eches el cierre a todas las ventanas y puertas de la casa, incluso a las del piso superior. Y ten cuidado a quién le abres la puerta fuera de las horas de trabajo... —le advirtió muy seria. Resopló para añadir después—: Por lo visto tenemos un perverso que se dedica a espiar a nuestras muchachas. Creo que lo mejor será ponerlo en conocimiento de la Policía.

El rostro de la matrona se descompuso al recordar la extraña historia de la que estuvieron hablando Deverly y Papilión la otra noche, referente a un diablo que asustó tanto a la mulata Lucette, aunque hizo un esfuerzo por retomar la austeridad

propia del cargo antes de llamar la atención de su ama.

—¿No sería mejor contratar a unos rufianes para que le plantasen cara, y de paso darle unos cuantos bastonazos? —se le ocurrió improvisar, cualquier cosa antes que dejar que los servidores del orden metiesen sus narices en la casa; podrían indagar demasiado y descubrir los negocios que se llevaba con Deverly, y luego requisarle el oro que recibiera a cambio de su silencio.

—No lo descarto. Tendré que pensarlo... —respondió la alcahueta tras unos segundos de reflexión—. Ahora he de mantener una conversación privada con nuestra «ilustre» huésped. Mientras tanto, diles a esas rameras de ahí abajo que mantengan sus bocas cerradas, y que se olviden de este asunto. Te aseguro por mis muertos que ningún rumor vendrá a trastocar la directriz del negocio inquietando a los clientes.

Hizo un ademán de marcharse, cuando sonaron varios golpes en la puerta principal de la casa y ambas quedaron petrificadas.

—¿Quién podrá ser? —Charity miró a su ama con indecisión.

—Supongo que alguien que no sabe respetar las horas de visita —masculló la madre abadesa entre dientes, molesta por tener que recibirle antes de tiempo.

—¿Queréis que os acompañe?

Por un instante, Sophie estuvo a punto de ceder y aceptar el ofrecimiento, más decidió ahorrarle a su ama de llaves el placer de admitir que estaba tan asustada como ella. No era prudente mostrar signos de debilidad ante el servicio.

—No es necesario... —le dijo glacial—. Pero sí quiero que repitas mis palabras a las niñas antes de que nuestro invitado se dirija al salón de baile.

Dicho esto, la *Madame* abandonó la habitación tras colocarse correctamente la peluca y alisar los pliegues de su vestido. Bajó las escaleras tratando de alejar sus temores con el recuerdo póstumo de André, al que se imaginó ver de nuevo frente a la puerta de entrada. No obstante, apenas le sorprendió descubrir que quienes requerían su presencia eran una pareja de lo más singular. El hombre, de constitución endeble y gesto retraído, daba la impresión de ser un simple lacayo a pesar de ir vestido al uso cortesano. La mujer le convenció menos aún. Debía rondar los cuarenta, ya no estaba en edad de conquistar a los virtuosos de la juventud con sus encantos, a pesar de su increíble belleza. Algo escondían aquellos dos, y nada bueno a su parecer, pero aguardó a que expusieran los motivos de su inesperada visita antes de darles con la puerta en las narices.

—¡*Madame* Gautier... permitidme que me presente! —El hombre se envaró como había visto hacer a los soldados del rey—. Soy el vizconde de Lagny, y la dama que me acompaña es Lía de Beaumont. Y nos gustaría hablar con vos en privado.

—¿Puedo preguntar sobre qué?

No dio crédito a las palabras de aquel mercachifle, por lo que se arrogó el derecho

de la insolencia.

—Sobre si deseáis ganar cuatrocientos luises de oro. —Fue la mujer vestida de verde quien respondió con la misma arrogancia, segura de haber despertado en la propietaria del lupanar el interés por la educación.

—Será mejor que paséis dentro... Hablaremos en mi despacho.

En efecto, Sophie trató de sobreponerse a su orgullo dejando que se explicaran en un ambiente más íntimo y acogedor que no fuera el portal de la casa.

Poco después se encerraron a solas en el gabinete del primer piso, donde *Madame Gautier* les indicó donde debían sentarse. Ella lo hizo tras la mesa de su despacho, teniendo frente a sí a sus invitados. Recordó la visita del príncipe Rákóczy y de su protegida, y la escena era la misma; al igual que intuía una petición semejante a la de entonces: oro a cambio de custodia.

—Y bien... ¿en qué puedo ayudaros? —preguntó la alcahueta sin circunloquios.

—Por motivos personales, de los que me es imposible hablar, necesito que me alquiléis uno de vuestras habitaciones para esconder durante un tiempo a mi protegida. Serán dos meses, y se os gratificará con la cantidad anteriormente fijada.

Bernard habló atropelladamente, sin detenerse siquiera a tomar aire entre frase y frase. Era igual que uno de esos pregoneros que comentaban a voz en grito los edictos del rey, insistente y a la vez estrepitoso. A Sophie casi le da un ataque de risa.

—Y otros cuatrocientos cuando me marche. En total ochocientos —añadió Lía de Beaumont con una sonrisa forzada—. El caballero vendrá a visitarme cuando lo crea oportuno, más ningún otro hombre ha de saber que estoy aquí... ¿Me habéis comprendido?

La autoridad con que lo dijo, daba a entender que era la protegida quien dirigía aquella farsa de pésimo gusto. Tenía carácter, y se la notaba orgullosa, inteligente y con indicios de haber llevado una vida tranquila y exquisita. Si alguien iba a pagar sería ella, por lo que debía mostrarse más atenta y cortés si quería ganar una pequeña fortuna.

—Hay un inconveniente, ya que todas las habitaciones están ocupadas por las jóvenes que ejercen su oficio bajo mi tutela. Incluso tengo alojada en la buhardilla a otra muchacha que, como vos, tiene el placer de ser mi huésped porque su tutor así lo dispuso hace semanas.

—¡Extraña coincidencia! —exclamó Lía de Beaumont, un tanto desconcertada ante el hecho de que alguien hubiera actuado del mismo modo que ellos.

—Así es —afirmó la alcahueta—. Parece que últimamente las casas del placer estamos mejorando. Según he oído decir, la habitación de una posada es la antesala del infierno y las cucarachas sus demonios.

—¿Podéis arreglarlo de tal forma que dicha joven acepte compartir conmigo su habitación?

—¿Queréis pasar dos meses encerrada, durmiendo con una desconocida? — Sophie se asombró de su inquebrantable determinación.

—No me importaría...

—¿Y qué haréis cuando tenga que recibir a su amante, o vos al vuestro?

—Salir fuera, claro está. Podré esperar a que se marche leyendo en la biblioteca, o en cualquier gabinete de la casa. Ella puede hacer lo mismo.

—Siendo así... —Sophie titubeó un instante, pero finalmente aceptó—. Bien, podéis disponer de la mitad del cuarto.

—Hay algo que debéis prometerme —solicitó el falso vizconde, tratando de recobrar protagonismo.

—Decidme, noble señor, ¿qué es lo que deseáis? —Sophie le siguió el juego—. Estoy segura de poder satisfaceros.

—Que la cuidéis como si fuese vuestra hermana.

—Por supuesto.

—Marchad tranquilo —añadió Lía de Beaumont—, que nada malo habrá de ocurrirme en esta casa.

—Ya sabéis... si necesitáis cualquier cosa, lo que sea, no tenéis más que poneros en contacto conmigo. —A Bernard le era imposible olvidar que aún seguía siendo un simple criado.

Charles, debajo de su disfraz de mujer, temió que el servilismo de su lacayo le delatase como tal, por lo que le hizo un gesto imperceptible con la mirada para que se marchase de una vez y dejara de hablar más de la cuenta. Al comprender el significado de aquel caprichoso tic en el ojo derecho de su amo, Bernard decidió retirarse dando por finalizado el trabajo.

Se marchó segundos después, dejando allí a Lía de Beaumont. Ya en plena calle, trató de organizar en su cabeza las caprichosas peticiones de su señor.

Ahora tendría que explicarles a los demás criados que el amo iba a estar fuera dos meses, y que él gobernaría la casa hasta su regreso. Por un lado, la oportunidad de vivir la experiencia de sentirse un caballero era única; por otro, transcurrido su tiempo de gloria volvería a convivir con sus compañeros de trabajo, quienes quizá, para entonces, le darían la espalda por haberse cargado de ínfulas que nada tenían que ver con su auténtica posición social. En todo caso salía perdiendo.

Y así, debatiendo en su interior los criterios de moralidad a los que debía atenerse para ser honesto y satisfacer las necesidades personales de todos, Bernard inició pensativo su vuelta a casa.

El rey y la reina

—Pequeña, te presento a Lía de Beaumont... quien compartirá habitación contigo durante un tiempo.

La inesperada visita había pillado a la joven a medio vestir, por lo que se colocó con cierta urgencia un batín que encontró sobre la silla del *secretaire*. Luego se acercó a saludar a la recién llegada.

—Es un honor —fue sucinta en su respuesta.

—Igualmente —dijo la mujer que la miraba con cierto encanto—. Espero no molestarte con mi presencia.

—¡No, por Dios, sois bien recibida! —exclamó Papilión con un talante más abierto—. En realidad me hacéis un gran favor. Apenas si tengo ocasión de hablar con alguien.

—En ese caso, podríamos pasar un rato juntas para conocernos mejor... ¿Qué te parece?

Lía de Beaumont se quitó los guantes y el sombrero, dándoselos a *Madame Gautier* para que esta los dejara sobre la mesa. La dueña del prostíbulo accedió a servirle de doncella por simple cortesía, aunque no le hizo gracia tanta familiaridad. A continuación se retiró tras recordarles que Charity les serviría la cena a eso de las ocho, dejando para otro momento la charla que pensaba mantener con la nueva joven.

Lía echó un ligero vistazo por el dormitorio, haciéndose una idea de cuál iba a ser su residencia a partir de entonces. Solo había una cama de cuatro postes, torneados y tallados en caoba, que tendrían que compartir los dos próximos meses. Distribuidos por la estancia, vio un *bonheur du jour*, decorado con placas de porcelana; un pequeño armario, realizado en ébano y con decoración en bronce dorado; un *secretaire*, que hacía las veces de tocador; un arcón nupcial, pegado a la pared; un camarín, trabajado en nogal decorado con marquetería; un biombo, tras el cual se escondía un jarro de porcelana, donde evacuar orinas y heces, y finalmente una mesa

y cuatro sillas de factura holandesa justo en el centro de la buhardilla. También había diversos retratos de antiguos familiares; un espejo frente al *secrétaire*, coronado por unas cortinillas que se abrían a ambos lados, y un jarrón enorme, de los de China, junto a la única ventana que daba al exterior, ahora cerrada.

Le gustase o no, aquella habitación iba a ser su hábitat hasta que los miembros de la Fraternidad se diesen por vencidos y olvidaran aquella locura de redención humana en la que querían involucrarle.

—¿No traéis equipaje? —preguntó Papilión, muy extrañada, al darse cuenta de que ni siquiera llevaba un neceser.

—Mañana mismo enviarán a este domicilio todo cuanto vaya a necesitar —respondió la nueva inquilina de la buhardilla sin dejar de observar el mobiliario.

—Mientras tanto, si os hace falta cualquier cosa, solo tenéis que pedírmelo.

Lía observó a la joven, agradeciendo su gesto con una sonrisa. Su rostro inocente tenía algo de especial, como si las líneas de su cara fueran el resultado de unir el cielo, el mar y la tierra. Había cierto misterio oculto en lo más profundo de sus pupilas azul turquesa, así como en la carnosidad voluptuosa de sus labios pintados de rojo. Su cuerpo, sin ser demasiado espléndido, poseía el atractivo de las criaturas sensibles que son víctimas de la nostalgia,

—Eres muy amable... —Acarició sus mejillas de forma maternal, sentándose a su lado—. De momento, me conformo con que me pongas al corriente de las normas preceptivas de esta casa, que supongo serán rígidas como en cualquier prostíbulo. Si hemos de vivir como rameras, aprendamos por lo menos a respetar sus criterios.

A Papilión le hizo gracia el modo en que se expresaba aquella mujer tan elegante y atrevida. Su forma de comportarse, su autoridad y franqueza, eran virtudes que admiró de su carácter. Solo con eso se había ganado su confianza.

Dichosa de poder hablar nuevamente con alguien, le fue contando lo poco que sabía de las demás pupilas y de cómo algunas habían comenzado a visitarla de noche a espaldas de la madre abadesa. Reconoció estar cansada de vivir en la clandestinidad, de permanecer encerrada hasta que los hombres que le habían asignado vinieran a visitarla. Pero ese era su cometido en la vida, según su tutor.

—Y tus padres, pequeña... ¿viven aún? —La historia de aquella joven hizo mella en los sentimientos de Lía.

—No lo sé. Nunca llegué a conocerlos.

—Ya, entiendo... —creyó comprender—. Pasaste tu infancia en un hospicio, supongo.

—No precisamente... —le corrigió—. Desde que tengo uso de razón estuve a cargo del conde de Vadier, un noble que ejercía la medicina y otras ciencias. Él me educó y pagó mis estudios en diversos colegios del país. Lo único que dijo de mis padres es que habían muerto de una extraña enfermedad.

—¿Qué fue de él?

—Falleció hace años, en un incendio.

—Y ese tutor del que has hablado... ¿es dueño de tu vida?

—Algo más que eso —contestó con voz queda—. Es dueño de mi alma.

En aquel instante entró Charity con la cena, por lo que dejaron la charla para más tarde. Educadamente se presentó a la recién llegada, ofreciéndose para ayudarla en todo cuanto fuera necesario. Saludó también a Papilión, aconsejándole que comiera algo más si no quería parecerse a esos famélicos canes que se utilizaban en las cacerías. Luego abrió un poco la ventana para que se airease la habitación, marchándose poco después con el mismo ímpetu con el que había llegado.

Acuciadas por la llamada del estómago, se sentaron frente a la mesa y, tras bendecirla, se dispusieron a saciar su apetito con el estofado de lentejas que acababa de traerles el ama de llaves y el pastel de pato como postre, todo ello unido a una jarra de vino con especias y almendras garrapiñadas.

Para entonces, el tema de conversación había dejado de tener interés.

Nôtre-Dame

Gustave fue recibido a primera hora de la mañana por el prior de Nôtre-Dame, quien le autorizó a llevar a cabo sus investigaciones siempre y cuando respetara el recogimiento de los demás hermanos de la Orden. Tras hacerse cargo y aceptar el requisito impuesto por el circunspecto clérigo, las puertas del santuario se abrieron a la investigación policial que tenía como único objetivo cazar al asesino del conde de Biron, pues el procurador general había sido estricto en lo concerniente a no mencionar la muerte de Asmodeus, al menos de momento, a ninguno de los sacerdotes de la catedral gótica; por seguridad y discreción.

En primer lugar, y acompañado en todo instante por el padre prior, decidió visitar el Friso Corrido, también llamado la Galería de los Reyes. Allí, según la versión del religioso, encontró el cadáver tumbado en el suelo. Luego señaló la puerta de entrada, recordándole que estaba cerrada por dentro y que nadie pudo salir a menos que hubiera saltado por el mirador que corona el templo, y que en tal caso el criminal no sería un hombre si no un pájaro.

—¿Puedo preguntaros, padre, cuántos hermanos viven entre estas paredes? — quiso saber Gustave, llevando la investigación a su modo.

—Dieciocho, contándome a mí.

—¿Y ninguno de ellos ha visto ni oído nada? —le resultaba increíble que así fuera—. ¡Qué sé yo! Quizá alguien oyó gritos o voces.

—Las habitaciones del claustro están al otro lado del presbiterio, en la parte de atrás. Además, los portones de las celdas son de hoja recia para que no dejen pasar al interior los sonidos del mundo. Un servidor de Dios debe renunciar a todo, incluso a satisfacer su curiosidad con chismes del diablo.

—Entiendo... Nuestro hombre, y es confidencial lo que voy a deciros, viste de clérigo. Como es natural, todos ustedes podrían ser sospechosos, aunque me inclino a pensar que el asesino vive oculto en Nôtre-Dame suplantando la identidad de un

novicio.

—¡Imposible! —exclamó el prior, que se puso rojo de ira—. ¡Conozco a todos los hermanos de la Orden, incluso podría llamarlos por su nombre y reconocer la voz de cada uno de ellos, y puedo decirle que ninguno es el criminal que andáis buscando!

—Quizá no me he expresado bien... —rectificó Marais antes de entablar un conflicto político-religioso con la Iglesia Católica—. Lo que quiero decir es que, posiblemente, ese asesino aproveche el ámbito eclesiástico para pasar desapercibido. No creo que se relacione con los demás, ya que podría ser comprometedor para sus intereses... Pero es posible que en la distancia se mueva de un lado a otro sin que nadie sospeche de su auténtica personalidad... ¿No cree? —planteó su hipótesis—. Si alguno de los hermanos ve a otro deambulando por los corredores del claustro con el capuz cubriéndole la cabeza, o inclinado frente a cualquier imagen del santuario, rezando en la oscuridad... ¿lo reconoce como uno de sus compañeros, o da por hecho que lo es?

El padre prior tuvo que admitir que dicha conjetura tenía fundamento. Cada cual solía ir acompañado de sus propias reflexiones, y apenas reparaba en la vida de los demás.

—Imagino que vuestra intención será registrar Nôtre-Dame de arriba a abajo —dijo el prior con cierta desconfianza, temiendo una respuesta afirmativa.

—Siempre que vos me deis licencia, y os dignéis acompañarme.

Aquello era distinto. Podía aceptar la inspección como si se tratase de una visita del obispo, en la que debía ir explicando los pormenores de la convivencia o aclarar el estado de cuentas del templo. De este modo, yendo con él, se aseguraba de no dejarle husmear más de la cuenta en la vida personal del resto de los hermanos, pues siempre había quien tenía algo que ocultar.

Durante todo el día estuvieron visitando cada una de las estancias, salas y claustros de Nôtre-Dame, sin obtener resultados. Subieron hasta lo más alto de la catedral, recorriendo la amplia galería de piedra que se asomaba a las gárgolas vigilantes de París, y tampoco encontraron evidencias de que el asesino utilizara aquel lugar, tan poco frecuentado, para esconderse. Cualquier rincón del santuario dedicado a la Virgen María fue examinado a conciencia por cada uno de sus ángulos, incluso las cocinas y almacenes de avituallamiento. Gustave, antes de perder la poca paciencia que le quedaba, se entrevistó con todos los ordenados llamándolos al despacho del prior de uno en uno. Lo único que sacó en claro fue que estaban muertos de miedo, y que en su desesperación culpaban al diablo de la atrocidad cometida en el interior del templo, como si de esta forma redimiesen sus propios pecados. Al teniente de Policía le sorprendió la facilidad que tenían los clérigos para conjurar el nombre de Satanás cada vez que el mal hacía acto de presencia en la Tierra, cuando en realidad era el hombre el culpable de todo.

Tras la infructuosa búsqueda, tuvo la ocurrencia de preguntarle al prior por el lugar de Nôtre-Dame al que no iría jamás si no fuera estrictamente necesario. Fue una corazonada.

—Tenéis razón —reconoció el religioso en tono grave—, pues hay una zona que no hemos visitado por respeto a quienes ahí des cansan, y porque no he creído que fuera de vuestro interés. Las catacumbas tienen un carácter sagrado para nosotros, y es impropio pensar que puedan servir de escondrijo a un criminal. No hay mayor sacrilegio que profanar el descanso eterno de los muertos.

—Comprendo vuestra postura, aunque me veo obligado a pedir os que me acompañéis hasta la puerta de entrada al subterráneo... —insistió Marais con ceño—. Me haré cargo si preferís no bajar por consideración a los difuntos, pero yo estoy obligado a hacer mi trabajo. Lo siento, pero no me iré de aquí sin antes haber registrado a fondo toda la catedral.

La tenacidad del teniente le resultó insultante al prior, pero decidió acompañarle hasta la puerta de acceso a las catacumbas, situada al fondo del presbiterio, solo para que terminara con su trabajo lo antes posible.

El padre prior echó mano de una de las antorchas que iluminaba el sagrario. Buscó entre el manojito de llaves que colgaba de su cinto la que se ajustaba a la cerradura. Dio un par de vueltas hasta que escuchó el sonido metálico del cierre al abrirse. Empujó con fuerza hacia dentro, rompiendo las telas de araña adheridas a la parte superior de la puerta al tiempo que los goznes chirriaban oxidados tras años de clausura. Un viento helado ascendió desde abajo y azotó sus rostros, percibiéndose en el ambiente cierto olor a descomposición y tierra húmeda que les obligó a taparse la nariz y a boquear hacia otro lado. Era el insoportable hedor de la podredumbre.

—¿Estáis seguro de querer bajar?

La interrogante del padre prior no dejaba de ser una advertencia.

—En situaciones peores que esta me he visto algunas veces... —El policía sacó un mosquetón que llevaba oculto bajo la levita, iniciando el proceso de cargar el arma llenando de pólvora los dos cañones con los que contaba—. Es más, os doy mi palabra de que jamás me he arrepentido de mis actos. Si hay abajo no encuentro a nadie, ni indicios que demuestren que el hombre que busco ha estado escondiéndose entre los nichos, daré por finalizado mi trabajo.

—Comenzad, pues, si queréis... —le alentó—, que yo os espero aquí. Ese lugar no solo es sagrado sino lúgubre. Me ahorraré el suplicio de tener que caminar entre los restos de mis predecesores, quienes habrán de esperar largo tiempo antes de que decida bajar para reunirme definitivamente con ellos.

—Como vos digáis, padre.

Dicho esto, y sin más compañía que una antorcha de sebo y el mosquetón, Gustave descendió a las catacumbas experimentando cierta aprensión que tuvo que

reprimir debido a su muy arraigado orgullo profesional. Lo primero que pudo distinguir, en la oscuridad reinante, fueron las criptas de piedra, dispuestas en hornacinas excavadas en las paredes laterales de la gruta, la mayoría cubiertas de telarañas. Por el suelo corrían pequeños insectos huyendo de la luz, y por los muros de adobe se perfilaba la humedad que daba alimento a una tupida red de moho de donde colgaban una hilera de hongos putrefactos.

Recorrió todo el trayecto, desde los abates de reciente defunción hasta los que fallecieron cientos de años atrás. Inspeccionó personalmente los lugares donde podría esconderse un hombre, hasta el más pequeño, y el resultado fue que nadie había visitado aquel lugar desde hacía bastante tiempo, según su criterio. Todo estaba como debía: los muertos en silencio, las tinieblas adueñándose de la nada y los parásitos conviviendo con la podredumbre.

Se rindió ante la evidencia, regresando junto al prior antes de que la hediondez corrompida de las catacumbas dañara sus pulmones. Dándose por vencido, cerró la puerta con el propósito de cumplir la promesa que le hiciera al sacerdote antes de bajar las escaleras: marcharse para siempre de Nôtre-Dame.

Abajo, en el interior de la gruta, el silencio fue violentado por el tenaz ahogo de quien trataba de levantar por dentro la pesada losa de piedra que cubría el último de los nichos.

La verdad

Cuando Deverly vio entrar a *Monsieur Cottel* en el salón de baile, solo tuvo que mirarle a la cara para saber de inmediato que su ánimo no estaba para demasiadas complacencias. Parecía excitado por algún extraño motivo que la sensual pelirroja relacionó de inmediato con Papilión, su aparente y celoso amigo, y los últimos acontecimientos de los que París entero se hacía eco.

En vez de comportarse como otras tantas veces, galán y seductor con las demás jóvenes antes de entablar relación con su amante, o cortés y refinado con el resto de los clientes, cruzó la habitación a zancadas sin pedir disculpas a quienes iba apartando de su camino de forma agresiva. Su actitud fue criticada por los caballeros que se congregaban alrededor de las jóvenes, aunque nadie se atrevió a reprochárselo públicamente y a la cara.

—Subamos... —ordenó serio. La cogió por el brazo con firmeza—. Necesito hablar contigo.

Louise, que en aquel preciso momento hablaba con Deverly sobre el presunto merodeador a pesar de la prohibición de la madre abadesa, se negó a que su amiga se sintiera intimidada por un hombre; fuese o no cliente.

—Vuestra impertinencia no es digna de un caballero —le recriminó con acritud—. Lo menos que podéis hacer es pedirnos disculpas por interrumpir la conversación.

—Perdonad... —se excusó él, al comprender que su conducta no era la apropiada—. Lamento haber sido tan brusco, pero la necesidad mengua a veces la cortesía. Os pido perdón, y os ruego del mismo modo que me disculpéis porque he de privaros de la grata compañía de vuestra amiga. Sé que os haréis cargo de la situación, por lo que os adelanto con ello mi gratitud.

Concluida su alocución, y antes de que Louise pudiera impugnarla con la autoridad que le confería su disfraz de hombre y su arrogancia femenina, Marais se llevó a Deverly tras pasarle un brazo por detrás de la cintura.

—¿Os habéis vuelto loco? —siseó la joven.

—Ha surgido un imprevisto —fue lo único que él dijo.

Deverly guardó silencio. No quiso insistir porque en el fondo sospechaba cuáles eran los motivos de su visita. Se dejó conducir dócilmente hasta el dormitorio como otros tantos días, solo que esta vez no vería cómo sus cuerpos ardientes hacían el amor abajo, en la cama, mientras se reflejaba su pasión de amantes en los espejos del techo.

Una vez que estuvieron a solas, Gustave le indicó cortésmente que tomara asiento en el sillón. Él hizo lo mismo sobre el camastro, de forma que quedaron frente a frente. Debido a las especiales circunstancias, en esta ocasión dejaron a un lado las caricias y arrumacos que servían de introito a los juegos del amor carnal —a veces una diversión hipócrita como tantas otras— para encarar la verdad sin reservas.

—¿Quién es realmente Papilión? —inquirió Gustave, que, con su interrogante, decidió romper el hielo.

—¿Y vos... quién sois vos? —preguntó a su vez la joven, adoptando una postura firme e invulnerable.

No era la respuesta que esperaba, y eso le pilló desprevenido. Le fue imposible buscar una excusa, aunque nada le impedía callar de momento.

—Eres más inteligente de lo que pensaba —admitió perplejo. Después relajó los músculos del rostro, dulcificando el gesto con una sonrisa desinteresada.

—¿Vais a contestarme? —porfió la muchacha—. Si es así, esta vez prefiero escuchar la verdad.

—Por ahora solo te puedo decir que no soy el señor Cottel. No obstante, sí que es cierto que Asmodeus existe... y que me han pagado por investigar a Papilión.

—¿Puedo saber quién?

—El dinero no tiene dueño; va y viene... Yo solo reconozco el color del oro; lo demás, no importa.

—Pero vos sabéis por qué... —afirmó ella con decisión—. Y yo sé otras muchas cosas que me reservo hasta oír de vuestros labios una razón que me obligue a ser vuestra confidente, y no hablo de dinero sino de sinceridad.

Gustave Marais no tuvo más remedio que darse por vencido. A obstinada, nada ni nadie superaba a una mujer.

—De acuerdo... —murmuró sombrío—. Y sin embargo, el pacto que propones no es ningún juego. Si te digo la verdad, estarás tan implicada como yo en este asunto; y te advierto que no hay lugar para el arrepentimiento una vez que escuches lo que voy a decirte.

—Implicada estoy desde que acepté ser cómplice de un engaño —replicó la meretriz mientras alzaba el mentón—. Y aunque bien pagasteis mi colaboración, durante este tiempo he perdido la mitad de mi fortuna, y he recibido alguna que otra

bofetada. Solo espero que el dinero que aún me debéis lo pueda disfrutar con buena salud. De nada me serviría muerta.

—No sé lo que te ha ocurrido, aunque supongo que no te habrá sido fácil husmear por la casa sin llamar la atención de la madre abadesa —reconoció él, que acarició sus pómulos tras percibir la piel amoratada oculta bajo el maquillaje. Era obvio que la habían golpeado—. Pero eso es algo de lo que nos ocuparemos más tarde... —Carraspeó antes de seguir hablando—: Ahora hemos de ser francos y hablar abiertamente.

—Identificaos primero... —le arengó ella—. Por lo que veis, también yo tengo mis prioridades. Y una de ellas es saber el nombre de la persona a la que me entrego, y luego, al igual que el resto de las prostitutas, o como un sacerdote en secreto de confesión, amparar en silencio la imagen del pecador y llevarla conmigo hasta la tumba.

—De vivir en la Corte, sin duda sacarías mayor provecho de tu verborrea que en esta pocilga. —Se dio cuenta de que cada vez apreciaba más el ingenioso talento de aquella joven.

—Es muy halagador lo que decís, pero mi paciencia tiene un límite.

Viendo que no podía alargar más lo inevitable, él adoptó una postura circunspecta a la vez que ceremoniosa, tratando de buscar las palabras exactas con las que iniciar su confesión.

—Me llamo Gustave Marais... y soy teniente de Policía... —optó por decir la verdad—. Llevo la investigación de un crimen por petición expresa del procurador general del rey. Eso implica que todo lo que voy a contarte es estrictamente confidencial, y que el mero hecho de difundir cualquier detalle referente al caso podría ser considerado como delito de alta traición.

Deverly no salía de su asombro. El saber que había estado acostándose con un policía le produjo cierta impresión de ridiculez, pero al mismo tiempo se sentía como más protegida. Era un sentimiento ambiguo de placer y rechazo.

—Ahora lo entiendo todo... —dijo la joven con voz queda—. Vuestras visitas tenían como única finalidad hacerme hablar.

—Así fue en un principio, mas lo que ahora siento por ti nada tiene que ver con mi trabajo. La prueba la tienes en que me juego mucho contándote la verdad. Y si lo hago es porque no quiero que nada malo te ocurra.

—¿Cómo al conde de Biron?

Volvió a sorprenderle su perspicacia.

—¿Le conocías?

—No, personalmente... —contestó la bella furcia, desviando luego la mirada hacia el lecho—. Pero he oído decir que le encontraron muerto en el interior de Nôtre-Dame. Y da la casualidad que fue el último amante de Papilión... ¿Qué os

parece? Y vuestro amigo mientras tanto en Prusia.

—Viaje del que no regresará jamás.

Deverly asintió con la cabeza, satisfecha con la respuesta.

—Lo sospechaba. Ya me advirtió Papilión de que algo así podía suceder.

—Deduzco por tus palabras que finalmente has hablado con ella.

—No fue fácil, y quizá costoso por cuanto perdí parte del dinero que me distéis. Este verdugón que podéis ver junto al ojo lo recibí de esa desgraciada de Charity...

—Señaló su mejilla con un índice—. Esa hija de mala madre nos escuchó la otra noche escondida tras los cortinajes de mi habitación. He tenido que entregarle cien monedas para que guarde silencio. También me acompañó a ver a Papilión, y sabe demasiadas cosas a mi entender.

—Por ejemplo...

—Que alguien protege a la joven de arriba, asesinando a cualquier hombre que se atreva a mantener relaciones con ella.

—Eso ya me lo dijiste la última vez que estuve aquí.

—Pero lo que no sabéis es que, desde hace varios días, un individuo merodea las calles adyacentes a la casa con pretensiones de entrar a la fuerza. Según afirma Papilión, ese hombre podría ser el mismo que viene vengando su escarnio desde que era una niña.

—¿Le has visto?

—Lucette lo vio una noche intentando forzar el portón del jardín, el que comunica con la calle de atrás. Esa negra es tan supersticiosa que está convencida de que es el diablo en persona.

—¿Te dijo como iba vestido?

—En realidad es muda, pero se lo escribió todo a Justine... —puntualizó, haciendo luego una mueca—. Pero sí, la loca nos aseguró que ese bastardo lleva sotana, con un capuz cubriéndole la cabeza, y que camina de forma diferente... como encorvado.

Gustave tuvo que admitir que, como policía, aquellas rameritas le superaban.

—Escucha... a partir de ahora quiero que te mantengas al margen. Corres un serio peligro si sigues investigando por tu cuenta. Mantendré lo prometido, puesto que aún me vas a servir de ayuda.

—Contad conmigo para todo.

Deverly estaba dispuesta a seguir adelante. Una fuerza mayor le empujaba a hacerlo. Y no supo si fue por el especial cariño que le tenía al hombre que le había engañado, o por simple curiosidad.

—Debes decirme cómo lograste entrar en el dormitorio de Papilión, y hacer que Charity se encargue de concertarme una cita con ella. Luego forjaremos un plan con el que poder capturar al asesino, y así vengarnos de esa vieja que te ha maltratado. Si

lo conseguimos, tú y yo, más seis mil luises de oro, viajaremos a las colonias de América, e iniciaremos una nueva vida lejos de París.

—¿Seis mil monedas? —ella arqueó las cejas, sorprendida por el cinismo de su amante—. Creí que solo eran tres mil.

—Eso fue antes de que me decidiera a llevarte conmigo.

Realmente le impactaron las palabras de Gustave. Sonaban sinceras, no como las que había escuchado a lo largo de su vida en boca de mil amantes. Entonces, debido quizá al cariño que les unía, comenzó a llorar impelida por el sentimiento. Aquella inadvertida confesión de amor era lo más bonito que había escuchado en su vida.

Gustave se levantó de la cama, acercándose para cogerle las manos y obligarla a ponerse en pie. Secó sus lágrimas con las yemas de sus dedos, y antes de que su ángel particular tratase de excusar su conducta, la besó en los labios para luego abrazarla con todo el cariño que se merecía.

Deverly había dejado de ser una prostituta cualquiera para ocupar el cargo de amante indefinida. El pasado quedaba atrás para siempre; solo le importaba el futuro de ambos más allá del Atlántico.

La cuarta entrega

No le fue fácil convivir con una mujer las veinticuatro horas al día. Tal vez porque su plan no era tan perfecto como creyó en un principio.

Pudo comprobarlo la primera noche que durmieron juntas, cuando tuvo que desplazarse hasta detrás del biombo para desnudarse y ponerse el camisón, o cuando la vejiga le gastó una mala pasada a medianoche y tuvo que sentarse en el orinal como una mujer para no levantar sospechas. Aunque le tranquilizó ver que también su nueva compañera intentaba igualmente proteger su intimidad llevando a cabo el mismo ritual de quitarse la ropa tras la pantalla del cancel. Sin embargo, no le importó mostrarle sin ningún reparo lo que jamás había visto ningún hombre: el contorno sedoso y corvo de sus pechos bajo la tela del camisón, ya que de cintura para arriba sus atributos eran los de una mujer.

La terrible maldición que llevaba en secreto desde la adolescencia, cuando comenzó a agrandársele el pecho, no fue un obstáculo a la hora de mantener relaciones sexuales con mujeres, o al tener que desnudarse frente a otros hombres en las diversas disciplinas del Ejército francés, ya que durante ese tiempo mantuvo su pecho fuertemente vendado con la excusa de preservar de posibles infecciones cierta herida de guerra aún sin cicatrizar. Distinto fue en el caso de la zarina Isabel de Rusia y su familia, a quienes se mostró con un prolongado escote donde asomaban unos senos pequeños pero auténticos, por lo que jamás pudieron sospechar que tras la identidad de Lía de Beaumont se escondía un hombre; porque, aunque menudos, sus pechos podían describirse como los de una joven en plena pubertad y muchas los envidiaban por erectos. Ante la evidencia, fueron varias las cortes europeas que dieron por hecho que era una mujer, y demasiados los ingleses que apostaron enormes sumas de dinero creyendo saber la verdad sobre su sexo. Pero nadie le preguntó jamás cómo se sentía él, o cómo definía su alma y sentimientos.

Transcurridos unos días de insólita convivencia la situación ya no resultaba tan

embarazosa, sobre todo porque habían aprendido a respetarse en todo momento. Y no solo en lo referente a la intimidad, también en aquello que podría hacer insoportable el lento transcurrir de las horas. Lía guardaba silencio, leyendo cualquier libro, cuando Papilión se echaba a dormir en la cama tras la comida; la joven intentaba distraer a Lía con cualquier comentario, cada vez que esta se sentía prisionera de la habitación y se le acentuaban las crisis de ansiedad. La simbiosis resultaba factible porque en el fondo ambas eran consecuentes con su situación y, asimismo, porque tenían un secreto que esconder.

Sin embargo, algo habría de ocurrir esa noche que levantaría las sospechas de Lía de Beaumont con respecto a la auténtica naturaleza de su nueva amiga.

Estaba durmiendo, soñando con escenas imprecisas donde los diferentes rostros de hombres y mujeres se entremezclaban, dando como resultado la imagen de un ser andrógino, como el de los grabados. En su delirio creyó escuchar una voz varonil en su cerebro, haciéndose cada vez más audible según iba despertando. Abrió los ojos, todavía ofuscado por la somnolencia, cuando creyó ver a Papilión sentada frente al espejo. En el cristal se reflejaba su imagen, ahora convertida en algo parecido a una mueca irregular según movía la cabeza de un lado a otro. Cuando mostraba el margen derecho de su rostro, la entonación de la voz sonaba delicada y frágil, como siempre; pero cuando mostraba el izquierdo, tanto su expresión como las palabras eran propios de un ser tosco, igual que los de un hombre.

Impelido por la sorpresa se incorporó bruscamente, frotándose los ojos con los nudillos. Para cuando creyó estar despierto por completo, Papilión la observaba sonriente al tiempo que peinaba sus cabellos con determinada languidez. La escena había cambiado en cuestión de décimas de segundos. Y donde creyó ver una imagen aterradora, al instante reconoció que bien pudo confundir el sueño con la realidad.

—¿Te encuentras bien?

Papilión, que poco después de conocerla se tomó la licencia de hablarle con la misma confianza que a una amiga, le preguntó de forma inocente.

—No estoy segura —respondió indeciso—. Por un momento creí ver... ¡Bah! No me hagas caso. Es posible que fuera mi imaginación.

La joven guardó prudente silencio, sin importarle que pudiera ser aquello que le inquietaba. Y fue extraño, ya que era dilatada su curiosidad.

—¿Y tú, qué haces en pie a estas horas? —se colocó bien la redecilla del pelo que utilizaba para acostarse, tomando asiento en un extremo de la cama.

—No podía dormir. A veces me cuesta conciliar el sueño.

—Si quieres un remedio, entre mis cosas guardo una botellita de jarabe de láudano... —se levantó para ir en su busca—. En cuanto a mí, tampoco me vendrá mal tomar un poco.

—No es necesario que te molestes.

Lía de Beaumont ignoró sus palabras. No había nada mejor para el insomnio que un tónico mitigante, por lo que sus excusas no iban a lograr que cambiase de idea.

Buscó en el neceser que le había traído Bernard esa misma mañana y lo encontró de inmediato, nada más abrirlo. Sin prestarle más atención al resto de sus cosas, lo dejó otra vez sobre el arcón, y fue en busca de una cucharilla de café que solía guardar en el *cabinet*, junto al resto de la platería. Echó una dosis comedida. Luego la obligó a tomársela a pesar de sus reticencias.

La joven hizo un gesto de desagrado.

—¿Qué demonios es esto? —Casi vomita debido al sabor nauseabundo—. ¡Sabe a rayos!

—Suelo prepararlo yo misma —confesó a media voz—. Lleva vino blanco, azafrán, opio... y otras sustancias que varían según las distintas recetas de los diversos maestros... —Volvió a llenar la cuchara, echándosela a la boca—. Pero la mía es la más perfecta —concluyó solemne.

—Pareces muy orgullosa de tus habilidades.

—En cierto modo sí; sobre todo de buscar soluciones a los problemas... —Sonrió cómplice—. Lo del láudano no es ningún secreto, ya que me lo enseñó la zarina Isabel de Rusia. Y con lo lenguaraz que era cuando la conocí, de seguro que ya lo saben todas las casas reinantes del continente.

Se agachó de nuevo con el propósito de volver a guardarlo en la bolsa de objetos personales. Pensaba aprovechar su desvelo para ver si Bernard había cumplido bien el encargo de recoger todo lo que pudiera serle útil mientras estuviese en casa de la Gautier. Lo primero que hizo fue depositar a buen recaudo el tónico tranquilizante. Más tarde comenzó a hurgar bajo los paños de lino y las botellas con perfumes y aceites. Buscaba su peine de nácar, el que le regalara la reina de Inglaterra, pero acabó encontrando su particular e implacable obsesión: dos pergaminos que permanecían enrollados en el fondo de la bolsa. Tan sorprendida quedó de su hallazgo, que apenas tuvo valor para sacar la mano. Entonces supo que los Rosacruces habían descubierto su escondrijo.

—¿Ocurre algo? —preguntó la joven al ver que Lía no reaccionaba.

—Desgraciadamente... —vocalizó al fin con tintes de rabia—. Los bastardos que me andan siguiendo saben que estoy aquí.

Sacó las hojas enrolladas y las puso sobre la cama, observándolas con una mezcla de afinidad y rechazo.

—¿Y esos rollos?

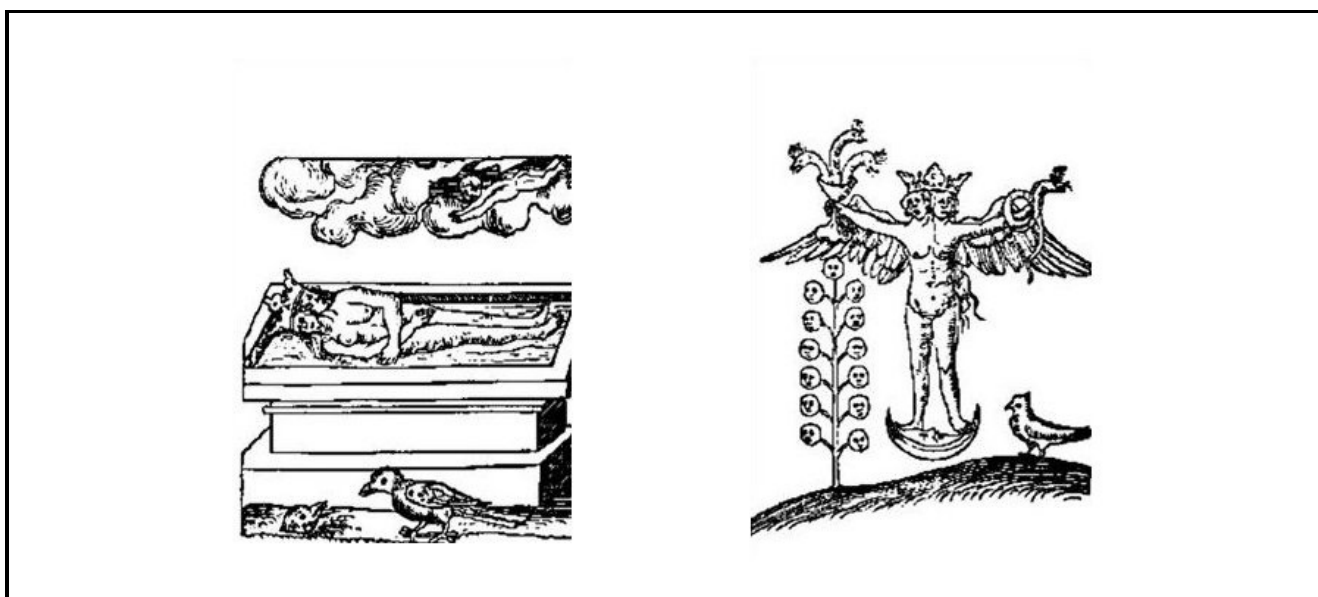
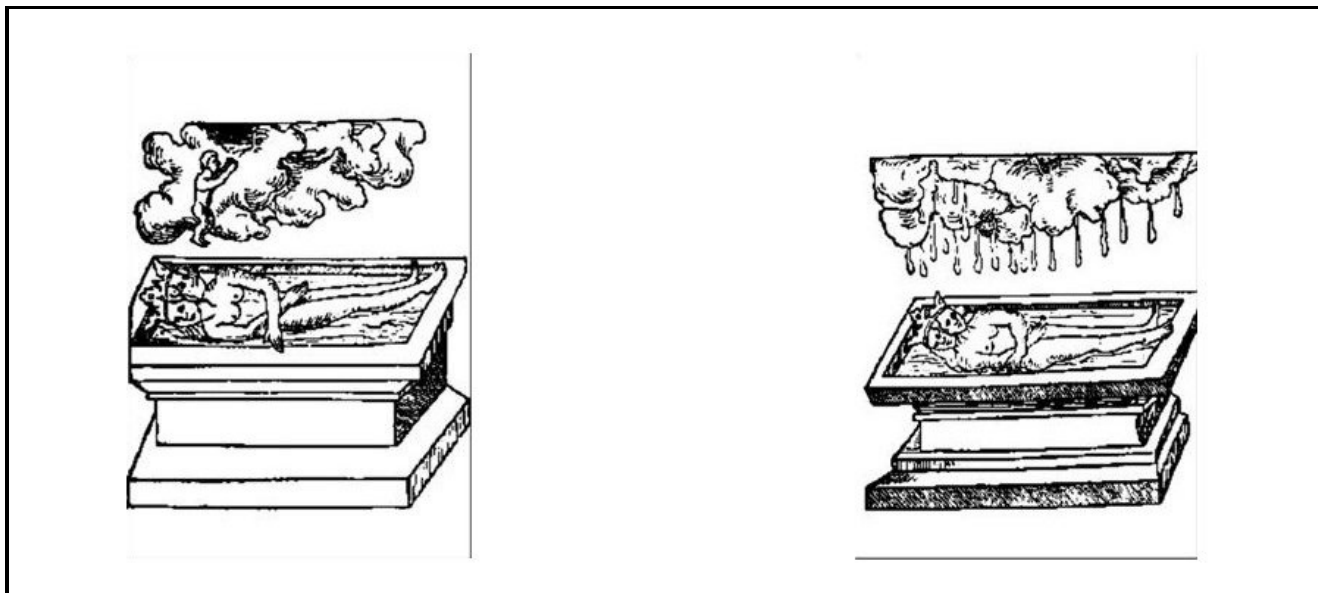
—La prueba de que es cierto lo que digo —respondió sin apartar su mirada de aquel enigma que debía esconder más de una imagen esotérica.

—¿Vas a abrirlos? —A Papilión ya le picaba la curiosidad, algo inherente en ella como bien pensaba Lía.

—Solo es un acertijo sin sentido. No creo que te interese.

—Tú le has dado la suficiente importancia... —insistió ceñuda—. Yo solo trato de ayudarte.

Aceptando aquello como una promesa de respeto, Lía se sentó de nuevo en la cama y rompió el lacre de ambos pergaminos. Luego los extendió sobre la colcha.



Papilión enmudeció al ver el contenido de los rollos. Inmediatamente después sus ojos se iluminaron al darse cuenta de que era la señal que había estado esperando durante las últimas semanas.

—Ahora lo veo claro —reflexionó en voz alta—. Tú eres la elegida, o más bien debería decir el elegido.

—Pero... ¿de qué estás hablando?

La acertada insinuación de la joven, que parecía haber descubierto su disfraz, hizo que Charles se pusiera a la defensiva.

—No te hagas la ingenua; lo sabes muy bien —contestó con firmeza—. Tu destino y el mío están ligados desde el principio de los días. Ambas estamos comprometidas con la humanidad, por lo que no podemos darle la espalda a la responsabilidad que adquirimos al nacer. Es nuestra obligación ayudarles. Por ello te ruego que te desnudes... —Su voz tenía un efecto hipnotizante—. Necesito ver que eres capaz de responder a las exigencias del proceso.

—¡Aléjate de mí... eres una de ellos! —bramó Charles. Se echó a un lado, evitando su contacto—. ¡Oh, Dios! ¿Cómo no me he dado cuenta antes? Hasta es posible que Bernard esté detrás de todo esto.

—¡Escúchame! —le gritó Papilión a su vez, perdiendo los estribos—. No sé quiénes son ellos ni ese Bernard que mencionas, pero sí quién eres tú... algo que parece no importarte. Debajo de tu apariencia de mujer se esconde un hombre que tiene miedo de enfrentarse a sí mismo.

—¿Qué sabes tú...? Yo soy...

—Lo sé todo. —No le dejó terminar—. Pero hasta que no te desnudes no contestaré más preguntas.

De nuevo la voz de aquella criatura le exhortaba a ser sincero consigo mismo, pues de no hacerlo jamás llegaría a saber la verdad de aquel misterio. Coartado por la mirada crítica de la joven, o quizá impelido por los efectos del láudano, se deslizó hasta el biombo para desnudarse. En silencio aceptó su derrota quitándose el camisón de dormir, sin dejar por ello de sentir vergüenza; sobre todo al ver que Papilión dejaba su asiento e iba hacia él, desatando el prendedor de su propio camisón. La prenda resbaló por su cuerpo bien formado hasta caer al suelo. Charles contempló la imagen desnuda de la joven, y esta la suya. Aquello les resultó paradójico a ambos: realmente podía decirse que eran hijos de un mismo dios.

El desayuno

El amanecer llegó tras una noche de horas interminables. La luz del Sol apenas atravesaba los mezquinos cristales emplomados de la ventana, aunque sí templaba el ambiente rezumante y entumecido de la buhardilla. Fuera, París volvía de nuevo a la vida con su agitación de sonidos y quehaceres, más en el interior de la casa se vivía una sensación de paz y tranquilidad comparable a la celda de un convento de clausura.

Charles abrió los ojos cuando el tinte azulenco del Sol a través del cristal entró en contacto con su rostro. En apenas unos segundos, su mente le devolvió el uso de la memoria. Lo primero que le vino a la cabeza fue el recuerdo de la noche anterior, cuando Papilión tomó la iniciativa diciendo que debían desnudarse. Lo que vio entonces le dejó perplejo, aunque en ningún momento pudo decir que le sorprendiera. Su cerebro, íntimo y subjetivo, fue capaz de asimilar la extraña naturaleza de la joven como si se tratara de algo completamente normal, por lo que sospechó que se encontraba bajo los efectos del láudano, o bien de un hechizo, cuando no le sorprendió descubrir que era un ser hermafrodita. No obstante, lo que vino después sí que llegó a afectarle, pues al margen de su condición andrógina poseía una virtud especial que se manifestaba cuando sus manos entraban en contacto con la piel de su amante.

Papilión, según pudo comprobar, no era una mujer como las demás. Dentro de sí llevaba un fuego interior capaz de provocarle a un hombre el orgasmo más increíble de su vida, y lo realmente milagroso era que dicha experiencia sucedía sin necesidad de mantener relaciones sexuales; hecho incomprensible si tenemos en cuenta que se trataba de los mismos síntomas solo que bastante más acusados, como si participasen a un mismo tiempo los cinco sentidos, el cuerpo y el alma.

Se levantó de la cama en silencio, y fue hacia el balcón para abrir las ventanas. El Sol iluminó la estancia haciendo que el blanco de las paredes irradiara tintes de

pureza. Cuando se giró, Papilión había despertado. Sus miradas se cruzaron, y en el espíritu de ambos anidó la certeza de que nada iba a ser igual a partir de entonces.

—Me resulta increíble que exista alguien como tú... —confesó Charles con suavidad, y se acercó nuevamente a la cama—. Lo que ocurrió anoche forma parte de un maleficio de seducción del que aún no he podido recuperarme.

—El poder está en nosotros dos —la joven se sentó.

—Ya he oído eso antes, pero sigo sin comprender...

—Yo solo sé lo que mi mentor me dijo, cuando compró mi libertad, que tú y yo éramos los elementos esenciales que necesitaba para liberar al ser humano... y a nosotros mismos.

—¿Y cómo han llegado los pergaminos hasta mi neceser? —preguntó intrigado—. ¿Los has colocado tú?

Ella negó con la cabeza, sonriendo a continuación.

—Él es capaz de hacerlo por sí solo.

Charles no quiso discutir ese punto.

—Cuando los extendí sobre la cama cambiaste de inmediato. Hasta entonces no supiste que era un hombre.

—Ya los había visto antes en casa de mi tutor —reconoció al instante—. Más tarde, Asmodeus los trajo hasta aquí para que pudiéramos estudiarlos entre los dos. Por eso comprendí que tenías que ser tú el elegido, porque solo el rey podía estar en posesión de los grabados. Y el elegido, por supuesto, debía ser un hombre. Aunque reconozco que también a mí me sorprendió ver que eras diferente. Supongo que por eso te escogieron para que fueras el rey.

—Comprenderás que esté harto de tanto escuchar lo mismo. Ni siquiera sé cuál es mi papel en esta parodia que se ha montado... —se quejó, de nuevo irritado—. Lo único que puedo decir es que, desde mi regreso a París, no he visto otra cosa que textos cabalísticos, y no he escuchado más fantasías que las de un puñado de locos. Y por lo que a mí respecta, tu preceptor y mis buenos amigos se han inventado toda esa patraña de regeneración cíclica universal para burlarse de dos desgraciados como nosotros... ¿Acaso no lo ves? Para matar su aburrimiento les estamos sirviendo de puro entretenimiento.

Papilión se sintió herida al escuchar sus palabras, pero se abstuvo de decirle lo que pensaba. Se levantó por el otro lado de la cama, vistiéndose de espaldas a Charles con cierta agitación. Este aprovechó la tregua verbal para hacer lo mismo, puesto que Charity estaba a punto de abrir la puerta con el desayuno, y nunca llamaba a la puerta.

Y así fue, la matrona entró en la habitación nada más terminar de enfundarse en sus vestidos de mujer.

—¡Buenos días a las dos! —Los ánimos de la anciana parecían estar más vivos

que otros días—. Espero que os guste lo que os he preparado hoy.

Dejó la bandeja en la mesa, para luego echar un vistazo a su alrededor. Por un único instante tuvo el presentimiento de que algo no iba bien. Solo fue, como ya digo, una impresión que al pronto desapareció cuando ambas se acercaron a tomar alimento y la saludaron de forma cordial.

—Os he traído leche caliente, galletas y compota de fresas... —Les fue recitando el menú mientras lo señalaba con una mano—. Y además, tengo noticias nuevas que contaros.

Se echó a reír, acomodándose en el sillón del *secretaire*. Tanto Charles como Papilión sintieron curiosidad.

—Déjame adivinar... —se adelantó el caballero d'Éon, aún muy metido en su papel de Lía de Beaumont—. El Gobierno de Su Majestad ha vuelto a instalar la tortura en los procesos judiciales.

—Lo que hagan los políticos no es de mi incumbencia —sentenció la matrona de forma indiferente—, pero sí advertiros que hay un hombre que desea conocer a Papilión. Así que...

—Dile a tu ama que no voy a permitir que ningún cliente visite a la joven mientras yo esté aquí —atajó Charles antes de que la vieja siguiera hablando—. Yo misma abonaré sus honorarios.

—Creo que os equivocáis, ya que el caballero en cuestión no pretende una relación con la muchacha... —La miró de soslayo—. Solo quiere hablar a solas con ella durante un tiempo, y hacerle algunas preguntas. Por lo que nos ha confesado, es un policía del antiguo Tribunal del Châtelet cumpliendo una misión de incógnito para el procurador general del rey. Nos ha dicho que debemos mantener en la ignorancia a *Madame Gautier* y al resto de las muchachas. Nadie debe saber quién es en realidad.

—¿Y de qué quiere hablar conmigo? —inquirió la joven, alterada al saber que era el centro de atención de la Justicia.

—¿No te lo imaginas? —Charity se sorprendió de su ingenuidad—. Supongo que el que hayan asesinado a tus dos últimos amantes ha debido parecerles sospechoso... —Hizo una desagradable mueca con la arrugada boca—. Lo único que pretende es averiguar el nombre del asesino, y no le bastará que le digas que es el Diablo de la Inocencia.

—¿Se puede saber de qué está hablando esta mujer?

Charles buscó la mirada de Papilión, para ver si encontraba una respuesta coherente a toda aquella historia de asesinatos y criminales que nada tenía que ver con la ceremonia esotérica de los Rosacruces. En sus ojos descubrió que ocultaba algo que no le había contado hasta entonces.

—Dile que le recibiré cuando guste. —Papilión aceptó a pesar de sentirse incómoda con la entrevista.

—¿Alguien va a decirme de qué estáis hablando? —Charles insistió, sintiéndose desplazado—. Creo que me merezco una explicación.

La matrona resopló.

—Que podrá daros la muchacha en cuanto me haya marchado; no sin antes advertirle que *Monsieur* Marais vendrá pasada la medianoche. Yo misma le traeré hasta aquí.

Con andar oscilante, la vieja servidora de la alcahueta se marchó de nuevo, cerrando la puerta.

—Espero que seas sincera, y me digas cómo debo juzgar las palabras de esa bruja —señaló Charles.

La petición era justa. La muchacha calculó que no podía mantenerle al margen de la maldición que pesaba sobre los que, según el vengador anónimo, se aprovechaban de su virtud. Ahora era, a ojos de todos, su nuevo amante, y por lo tanto se exponía a ser la próxima víctima. Tenía derecho a saber la verdad.

Papilión postergó el desayuno para hacerle un breve resumen de su vida. Le contó nuevamente como había sido criada por un hombre sin escrúpulos, sin llegar a saber nunca quiénes fueron realmente sus padres. Le habló de sus viajes por toda Francia, huyendo de un fantasma que sin dejarse ver tenía obsesionado a su tutor, y de su trágico final en el incendio de Toulouse. Su deambular de un lado a otro, hasta emplearse en una casa de costura, fue narrado con una disciplina ejemplar de la realidad que consiguió introducirle a Charles en su piel. Luego pasó a contarle la escabrosa experiencia vivida con los titiriteros, y fue sincera cuando le dijo que le producía más asco exponerse a la mirada enferma de los ávidos clientes que pagaban por ver su cuerpo desnudo, que el tener que vivir con degenerados que hacían lo mismo para satisfacer ciertas perversiones que jamás afectaron a su virginidad, pero que eran igual de denigrantes. Llegado a este punto tan escabroso, tuvo que hablarle de los crímenes que se sucedieron entonces, y de cómo decidieron vendérsela al príncipe Rákóczy porque se sentían acorralados por una sombra oscura que iba ajusticiando a quienes osaron ridiculizarla... la misma sombra que había acabado con la vida de Asmodeus, y también con la del conde de Biron, y que reconocía impotente no saber de quién se trataba. El apelativo que le pusiera en un principio apenas si tenía importancia. En todo caso seguía siendo un asesino.

—Es algo increíble de creer... —Charles no salía de su asombro—. Me resulta difícil aceptar que alguien te haya estado protegiendo durante todos estos años sin un motivo que justifique su actitud. Si por lo menos le conocieses...

—Creo que él sí me conoce, y que por alguna extraña razón ha viajado muy cerca de mí todos estos años sin querer identificarse. No sé cómo explicártelo, pero a veces tengo la impresión de que es una de las piezas clave de mi pasado... alguien que quizá pudo conocer a mis padres antes de su muerte.

—Debes decirle todo lo que sepas a ese policía... —aconsejó Charles, que sujetó su mano con adhesión—. No te interesa verte involucrada en los crímenes. Es más, en cuanto hayas hablado con *Monsieur* Marais le diré a la madre abadesa que te vienes a vivir conmigo. No permitiré que pases un día más en este cuarto, siempre recluida como una prisionera.

—No creo que *Madame* Gautier lo permita. Aún tiene la esperanza de recibir un poco más de dinero cuando vuelvan a por mí.

—Yo pagaré tu rescate... —tomó el tazón con leche, ya fría, y añadió—: Pero ahora debes decirme cómo logras que tus amantes gocen sin necesidad de hacerte el amor, y por qué es tan importante tu virtud que nadie se atreve a mancillarla.

—El poder del amor reside en el espíritu y proviene de Dios. Yo lo único que hago es mediar entre el hombre y el Cielo... —le ofreció la única respuesta que podía darle—. Y ahora, olvida cualquier problema y desayuna. De ahora en adelante solo debes pensar en nosotros dos.

A Charles se le encendieron las mejillas al escuchar sus palabras. Papilión resultaba algo más femenina cuando trataba de expresar sus sentimientos. Pero ella tenía razón, debía dejar a un lado sus inquietudes, y pensar únicamente en lo que habría de depararles el futuro.

El asesino

Asomado al antepecho de la galería superior de Nôtre-Dame, sobre las estatuas de las gárgolas, pudo ver a su izquierda la multitud de casas que conformaban los barrios de Saint-Germain y la Sorbona. Intentó localizar el tejado del prostíbulo donde tenían encerrada a su protegida, yendo de un lado a otro en busca de una mejor perspectiva. Se sentía inquieto por alguna extraña razón que no logró definir, como si después de tantos años de protección comprendiera finalmente lo infructuoso que había resultado el esfuerzo. La criatura había crecido; ya no le necesitaba. Y lo peor de todo es que percibía en el aire el efluvio de otro hombre, alguien distinto, capaz de favorecerla al igual que él había estado haciendo desde el principio.

Los sentimientos de su adversario eran tan fuertes que podía percibirlos de forma empática. Al principio los sintió en oleadas, flotando sobre la capital de Francia. Luego se hicieron fuertes allá donde iba, incluso en las oscuras y frías catacumbas de la catedral. Le acompañaba en sueños, en su frenético esconderse de los clérigos cuando tenía que atravesar las naves del santuario, en sus reflexiones diarias, al roer un mendrugo de pan y queso hábilmente sisado en la despensa de la cocina, y también cada vez que la herida de su espalda le traía a la memoria el recuerdo de una traición. Porque, desde que creyera morir a causa de la crueldad del ser humano, jamás había vuelto a confiar en nadie a pesar de su buena disposición; y menos en un hombre que se atrevía a mancillar la virtud de la criatura más inocente de la Tierra.

Tendría que acabar con él como hizo con los otros.

La cena

Aquella misma noche, y por sorpresa, tanto Lía como Papilión fueron invitadas a cenar por la dueña de la casa. En realidad, ninguna de las dos tenía ganas de asistir al evento; pero como vivían bajo el mismo techo les fue imposible encontrar una excusa creíble que les impidiera acudir a la impensable cita, algo que hubiese supuesto una descortesía. A pesar de todo no iban a alterar sus planes, dado que la entrevista con el teniente se llevaría a cabo cuando cerrasen las puertas del prostíbulo. Ya encontrarían, finalizados los postres, un pretexto razonable para retirarse a dormir sin levantar sospechas.

Sentadas frente a la mesa del salón privado de la Gautier, tres mujeres degustaban distintos platos tras haber calentado el estómago con un caldo ligero a la alemana, al tiempo que daban buena cuenta de vinos blancos afrutados del Rin que concedían cierta elegancia al tallado de sus copas. La conversación giraba en torno a lo desamparada que quedaba la mujer cuando un hombre decidía abandonarla a su suerte. Por desgracia, un tema bastante frecuente en la sociedad europea de aquellos años hoy tan pretéritos.

—Por ejemplo, tu caso... —aseguró la alcahueta al dirigirse a Papilión, sosteniendo hacia arriba el tenedor y el cuchillo—. Me imagino cómo te sientes después de todo este tiempo sin tener noticias de tu mentor. Debe de ser angustioso estar siempre a la espera.

Dicho esto, volvió a cortar la carne de su plato en trozos pequeños para que pudiesen triturarla las escasas muelas que aún le quedaban sanas en la boca.

—Si no ha venido es porque algo se lo impide —fue la fría respuesta de la joven—. Pero sé que antes o después volveré a verlo.

—Según mi opinión, creo que ese príncipe esconde algún secreto —insistió la dueña del lupanar—. Su mirada es demasiado oscura y enigmática... ¡Sí, eso es! Es como la de un delincuente. Para mí que si no ha regresado a buscarte es porque debe

andar preso en alguna mazmorra, o escondiéndose de la Justicia. De los hombres no se puede una fiar nunca, a pesar de los títulos y apellidos.

—¡Y sin embargo tan necesarios! —suspiró Charles, haciéndose eco del generalizado pensamiento femenino—. Y si no, deteneos un instante, y pensad seriamente qué sería de vuestro negocio sin ellos.

No le gustó el comentario a la *Madame* de la casa, aunque tuvo que reconocer que llevaba toda la razón. Tratando de ser sincera consigo misma, creyó que lo mejor sería no andarse por las ramas.

—Hace una semana encontraron muerto al bueno de André en la catedral de Nôtre-Dame, y poco antes al emperejilado de Asmodeus... ¿No te parece extraño?

Charles quiso salir en su defensa, pero hubiera resultado sospechoso. Decidió esperar a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos.

—Sí... ciertamente —Papilión fue concisa en la respuesta.

—Por otro lado, he oído decir a mi sobrina que Lucette vio a un individuo merodear por los exteriores de la casa, siniestro sujeto que trató de entrar por la fuerza en el jardín —porfió de nuevo—. Y yo me pregunto... ¿tendrá algo que ver con los asesinatos de tus amantes?

—Desconozco la identidad de dicho personaje, madre abadesa, y apenas conocía a Asmodeus y al noble caballero que vos dejabais entrar en mi cuarto sin el consentimiento de mi tutor. —Papilión se tomó la licencia de ser impertinente con su anfitriona; al fin y al cabo, sus días en la casa estaban contados—. Pero estoy segura de que la Policía encontrará al culpable, y le hará pagar pronto por sus delitos.

—¡En efecto! La Policía es quien debe preocuparse, y no nosotras —intervino Charles con mucho énfasis, llenando luego su copa de hipocrás—. A mí, todas estas historias horripilantes me hielan la sangre.

—Estaré tranquila mientras ninguna de mis niñas tenga algo que ver con los crímenes. En caso contrario, si una de estas rameritas es cómplice de un delito, me arrastra consigo a la horca. Fijaos bien si puede llegar a inquietarme todo lo que tenga relación con ellas y mis clientes.

En eso estuvo de acuerdo Charles, pues no en vano había estudiado Derecho Civil y Canónico en los mejores colegios de París.

—Papilión va a dejar de ser una carga para vos. Mañana mismo regreso a mi domicilio... y ella viene conmigo... —Charles aprovechó el cariz de la conversación para adelantarle la noticia—. Por supuesto retendréis el oro entregado a cuenta por las molestias, y algo más cuando nos vayamos. Creo que de este modo os privo de una responsabilidad que no aporta ningún beneficio, y sí demasiados problemas.

Aquello no se lo esperaba la alcahueta. Fue como haber caído en su propia trampa. Pese a todo aceptó su derrota porque en el fondo le beneficiaba tener lejos a Papilión. Su presencia en la casa, además de su supuesta relación con el criminal,

podría ser el fin de su boyante carrera con las furcias.

—El príncipe Rákóczy en persona la dejó bajo mi tutela con el encargo de permitir que un joven, llamado Asmodeus, viniera a verla cada vez que este lo creyera necesario —le explicó Sophie Bertrand, ahora con la solemnidad propia de una institutriz—. No regresó tras la desdichada muerte del cortesano, y ahora soy yo quien corre con los gastos de su protegida. El pacto se ha roto, así que puede marcharse cuando quiera si ese es su deseo.

—Celebro que seáis de mi misma opinión... —añadió Charles, que esbozó una sonrisa—. A partir de ahora, Papilión será mi dama de compañía. En caso de que alguna vez la reclamen, os daré mis señas para que vengan a buscarla. Ya trataré de persuadir al caballero, y hacerle ver que ha perdido sus privilegios sobre esta encantadora joven.

—¿Estás de acuerdo en todo? —La pregunta de la propietaria del lupanar iba dirigida a la interesada.

La joven asintió en silencio con una sencillez que daba lástima.

Madame Bertrand, a pesar de su curiosidad, tuvo que desistir en su empeño, y prefirió no hablar el tiempo que les quedaba hasta el final de la cena, rematada con confitura de nueces. Se quedó con ganas de saber si realmente existía una relación entre el sujeto que rondaba la casa, el asesino de su añorado amigo André Saint-Clair y la joven que se afanaba en devorar frente a ella el faisán a la crême du asperge que les preparara Charity para cenar. Pero eso era algo que aprendería a superar una vez que se fuera de aquella casa de citas.

Estaba segura que a partir de entonces todo volvería a ser como antes.

El interrogatorio

Gustave Marais entró en la habitación en compañía de Deverly y la vieja matrona, y tras intercambiar los pertinentes saludos de cortesía tomó asiento en uno de los sillones del dormitorio; Papilión lo hizo frente a él. El resto les imitó, sentándose Lía de Beaumont en la cama, y las otras dos mujeres en las sillas que circundaban la mesa. Todo se llevó a cabo en el más estricto silencio. Pretendían que la entrevista pasara desapercibida para el resto de los miembros de la casa.

—Debes escuchar bien lo que voy a decirte y responder sinceramente a todas mis preguntas. —Gustave trató de ser lo más amable posible, hablando en un tono de voz asaz moderado—. Si es así, no volveré a molestarte. Te doy mi palabra.

—Os diré toda la verdad —dijo la joven, mirándole con denotada inquietud.

—En primer lugar, me gustaría saber los motivos que tenía Asmodeus para venir a verte... al margen de los que ya todos sabemos, claro está.

Marais se sintió un tanto azorado por la naturaleza de la pregunta, necesaria en todo caso al formar parte del procedimiento rutinario del interrogatorio.

—Asmodeus era un joven muy especial... —comenzó diciendo Papilión—. Poseía ciertas cualidades que no ostentan todos los hombres. Era sensible, aunque un poco engréido, algo fácil de perdonar a las personas que por su condición han aprendido a mantenerse por encima de los menos agraciados. Pero como he dicho, era un ser bastante emotivo, un hombre puro... virtudes que fueron decisivas a la hora de ser uno de los presuntos elegidos.

—¿Qué quieres decir con eso de «elegidos»? —el policía encontró interesantes sus palabras.

Papilión ladeó su cabeza buscando los ojos de Charles, y tal vez su aprobación de si debía contestar o no a esa incisiva pregunta. Al darse cuenta de que era imposible la comunicación, optó por responder según su propio criterio.

—No lo entenderíais... —le dijo con lentitud—. Primero debo hablaros de él.

—Continúa.

Él dejó que se manifestase a su antojo, sin presionarla.

—Asmodeus acudía a su cita semanal porque así lo decretó mi mentor —admitió Papilión con voz queda—. En la primera visita fuimos presentados, y estuvimos charlando durante horas, conociéndonos un poco más a fondo con el fin de fraternizar. En los siguientes encuentros nos dedicamos a estudiar ciertos manuscritos antiguos que hablan de un proceso de regeneración capaz de convertir al hombre en un ser supremo. En la última entrevista nos entregamos espiritualmente, es decir, llevamos a cabo la unión sagrada... la hierogamia de los alquimistas, ya que formaba parte del ritual. Pero su inesperada muerte dejó el proceso sin concluir. Nunca sabremos si realmente era el elegido... En cuanto a definirlo el término «elegido», os juro que no lo sé con certeza. Mi protector, el príncipe Rákóczy, nacido en la región de Transilvania, ahora bajo la tutela de Austria y Hungría, es el único que conoce los entresijos de la transformación. Nosotros nos limitábamos a interpretar los grabados y llevarlos a la práctica.

—Si os sirve de algo mi ayuda, creo saber de qué está hablando —Lía de Beaumont se atrevió a intervenir en el interrogatorio.

Gustave la miró intrigado. Hasta entonces no se había fijado mucho en aquella mujer, a pesar de que Charity le había hablado de una dama que compartía la buhardilla con la joven, aunque no le dijo el motivo por el que estaba allí. A pesar de su recelo, la invitó a hablar con un gesto de su mano zurda.

—Por lo que he oído, me parece reconocer el texto descrito por la muchacha. Se trata del *Rosarium Philosophorum*, un libro de alquimia que describe los pasos a seguir para convocar una ceremonia relacionada con la iluminación del espíritu. A mi parecer, lo utilizan las logias masónicas y la Fraternidad de los Rosacruz. Siempre he pensado que se trataba de una tontería, un entretenimiento más de la nobleza.

La explicación no le satisfizo del todo a Marais, pero no tuvo más remedio que aceptar sus argumentos. El que detrás de los crímenes se encontrara una orden esotérica, no hizo sino complicar las cosas. La mayoría de los adeptos pertenecían a un rango social al que le era imposible acercarse.

—Háblame del conde de Biron... —volvió a encarar a Papilión—. ¿Era otro de los elegidos?

La joven evitó la mirada inquisitiva de la matrona, quien a pesar de concertar la cita de esa noche a espaldas de su ama aún le guardaba cierto respeto.

—El caballero Saint-Clair era un amigo de madre, alguien muy especial para ella. Consentí recibirlo en mi alcoba porque me vi obligada a hacerlo. No lo conocía de nada, ni era del círculo de amigos de mi mentor.

—De acuerdo, te era indiferente —puntualizó el agente de la Ley con harta paciencia al comprender lo difícil que le iba a resultar el interrogatorio—. Pero...

¿qué me dices del Diablo de la Inocencia?

La interrogada no pudo evitar sonrojarse al escuchar la pregunta, mirando por encima del hombro del policía con el propósito de reprocharles a Deverly y a la matrona su indiscreción.

—Será mejor que me mires a mí, y que respondas la pregunta... —Gustave se inclinó hacia delante para tomarle la mano, transmitiéndole confianza—. Dime, ¿quién es en realidad ese hombre?

—Si os han contado mi historia, sabréis que lleva años protegiéndome. No podría deciros cómo es, ni cuál es su verdadero nombre, puesto que nunca se ha atrevido a hablar con migo... —Torció el gesto—. Sé que para vos es un asesino; pero para mí es un ángel custodio.

—¿Tienes idea de por qué lo hace... la causa que le lleva a erigirse tu defensor?

—No estoy segura, pero a veces pienso que se trata de alguien relacionado con mi familia. Es como la primera página del libro de mi vida, un comienzo que desconozco pero que está íntimamente ligado al resto de la historia. En todo caso, él me conoce a mí más que yo a él.

—¡Está bien! —exclamó el policía, impaciente—. Volvamos al principio. Dime lo que sepas de ese supuesto príncipe de Transilvania que practica el ocultismo... — Estaba dispuesto a hacerla hablar hasta que encontrara un nexo de unión entre las muertes—. Y sobre todo, haz memoria, e indícame dónde puedo encontrarle.

—Si fuera él mismo quien tuviera que responder, os diría que en cualquier lugar... —Papilión se echó a reír—. Se jacta de viajar de un país a otro en cuestión de segundos, de conocer todas las culturas, de poseer las mayores riquezas del mundo, y también de estar vivo desde el principio de los tiempos... —Se mordió el labio inferior—. Sé que todo esto suena fantástico y presuntuoso, pero lo cierto es que impresionó al mismísimo rey de Francia y a su Corte con sus maravillas al demostrarles que podía transformar el metal en oro. Hablan que posee poderes sobrenaturales... Os diré que salvó de una muerte segura a una amiga de *Madame* de Pompadour que se había envenenado al probar una de las setas más peligrosas, y lo hizo usando uno de sus líquidos mágicos... Pero lo que le hace aún más enigmático es que nadie le ha visto probar bocado o beber, ni tan siquiera agua. Y eso que ha sido invitado a la mesa de los mejores palacios de Europa. Esto es lo que me contaron algunos de sus criados. Yo, personalmente, no puedo atestiguar ni desmentir nada.

Charles relacionó de inmediato al legendario conde de Saint-Germain con el príncipe Rákóczy, aunque guardó silencio por prudencia. Entrometerse hubiera sido nefasto. No obstante, decidió intervenir afianzando su teoría de que la joven había sido víctima de un grupo de metafísicos sin escrúpulos.

—¡Ya veis! —Lía de Beaumont exhaló un significativo suspiro, dando a entender que estaban cansadas—. Debe de tratarse de un charlatán de feria que nada tiene que

ver con lo que andáis buscando. La joven ha contestado a todas vuestras preguntas, y es obvio que la locura de ese criminal que buscáis es ajena a la vida de esta joven y a la de esos chiflados taumatúrgicos.

—No es suficiente. Necesito que me diga cualquier cosa; algo que pueda ayudarme a solucionar el caso.

—Sé que es vuestro deber, pero podíamos seguir esta conversación otro día. Ya es demasiado tarde.

En su fuero interno Marais reconoció que no eran horas para un interrogatorio, y sin embargo lo intentó de nuevo.

—Una última pregunta y acabamos... ¿Te dijo tu mentor en qué consistía ese proceso del que has hablado, o por lo menos el por qué debías mantener relaciones con Asmodeus?

—Debíamos imitar las imágenes reproducidas en los pergaminos, al margen de interpretarlas... —En ningún momento habló Papilión de sexo, aunque todos creyeran lo contrario—. El elegido, él en este caso, representaba al rey y al Sol... Yo representaba a la reina y a la Luna. Y al igual que en los dibujos, ambos debíamos entregarnos hasta que nuestros cuerpos acabaran fundiéndose en uno solo.

—¿Eso es todo? —inquirió el policía, muy ceñudo.

—Como ya he dicho, la muerte de Asmodeus impidió que concluyera el proceso. De haber finalizado, mi mentor habría obtenido el fin último de los alquimistas.

—¡Pero eso es la Piedra Filosofal! —exclamó Deverly, que hasta entonces había permanecido callada—. Y antes nos has asegurado que ese hombre tenía el don de convertir el metal en oro. No tiene sentido anhelar un poder que ya posee.

—La piedra de los filósofos no tiene nada que ver con la transmutación de los metales, como nos han hecho creer los alquimistas. La palabra alquimia tiene su origen en el vocablo árabe al-kimiyâ, la química de Dios. Y lo que pretende mi tutor es precisamente eso, aplicar la ciencia de Dios para volver a crear al hombre a su imagen y semejanza.

—Ya es bastante, querida —intervino de nuevo Charles al comprender que estaba hablando más de la cuenta—. Ahora lo que necesitas es descansar.

—Tenéis razón... —admitió Gustave, poniéndose luego en pie—. He abusado de vuestra paciencia al prolongar la entrevista. Aun así, os debo pedir un último favor.

Su súplica iba dirigida a Lía de Beaumont.

—Adelante, que haré todo lo posible por ayudaros.

—He oído decir que mañana regresáis a vuestro domicilio, y que la joven irá con vos... —Charity, tras escuchárselo decir a la Gautier aquella misma noche, fue la confidente del policía—. Me gustaría volver a hablar con ella pasados unos días; si no os importa.

—No hay ningún inconveniente. Le diré a mi hermano gemelo, Charles, que os

reciba como es debido cuando vayáis a visitarle. Lamento no poder estar presente para entonces, pero he de partir sin demora hacia Nancy y tardaré varias semanas en regresar.

—¿Papilión...?

—¡Oh, no! —se adelantó a decir Lía—. Ella se quedará en casa, bien atendida en mi ausencia. Mi hermano es un buen anfitrión, os lo puedo asegurar. Podréis volver a verla cuando gustéis, caballero.

Dándole las gracias de antemano, Gustave hizo un gesto de cortesía antes de marcharse. La matrona se adelantó para abrirle la puerta, seguida en todo momento por Deverly. Juntos se marcharon en silencio tras cerrar de nuevo con llave.

Una vez que el sonido de los pasos se fue amortiguando, según se alejaban por el pasillo, Charles se levantó para sentarse en el sillón que poco antes ocupara el policía.

—No me gusta nada ese individuo, ni su discreción para llevar el caso. Sin embargo, he de reconocer que no es habitual que un policía actúe en solitario y a escondidas.

—Yo siento lástima de él —fue la opinión de la joven—. Tengo el presentimiento de que tarde o temprano se enfrentará al Diablo de la Inocencia. Y si es así, sucederá lo inevitable.

—Puede que tengas razón, aunque preferiría pensar que el culpable de esos crímenes acabará expiando sus pecados colgado de una soga.

Papilión se reservó el derecho a opinar. Para ella, el asesino seguía siendo alguien que estaba dispuesto a defenderla del ultraje de los hombres.

—¿Piensas que he sido demasiado franca al hablarle de mi mentor?

Estaba confundida, como si hubiera cometido un error lamentable.

—No creo que lo investigue; y si lo hace, pierde su tiempo... —Charles cruzó las piernas una encima de otra, sujetándose la rodilla con ambas manos entrelazadas, a modo femenino—. En Inglaterra conocí al mariscal Belle Isle cenando en casa del embajador. Nos habló de un hombre portentoso, de increíbles poderes, que acababa de regresar de la India tras varios meses de aprendizaje en aquel país. Según nos contó durante la velada, lo llevó a París, a casa de *Madame* de Pompadour, quien se lo presentó a su vez al rey de Francia, siendo este el encargado de divulgar a los cuatro vientos sus prodigios. Dicho personaje era conocido en la Corte con el nombre de conde de Saint-Germain. Y ahora, después de catorce años, aparece de nuevo en escena con un nuevo título: el príncipe Rákóczy... —Frunció el ceño y concluyó—: La verdad, cada vez estoy más convencido de que tu mentor es un farsante.

Papilión apenas escuchó la última frase del discurso. Su mente se había estancado poco antes de que terminara de hablar.

—¡No... no pueden ser la misma persona! —le aseguró nerviosa, proyectando un gesto de asombro.

—La historia que le has contado al policía concuerda con la de Belle Isle. Es imposible que existan dos individuos tan afines.

—Sí, es cierto —reconoció ella un tanto sorprendida—. Pero sigo pensando que debe haber un error.

—Has tener un argumento decisivo que lo justifique; si estás tan segura.

—Los años... la edad... nada coincide... —Hablaba para sí misma, tratando de comprender—. El hombre que yo conozco no tendrá más de treinta, por lo que se me hace increíble pensar que hace catorce años un adolescente pudiera deslumbrar al rey de Francia.

Reflexionaron en un incómodo silencio aquella incongruencia sin sentido, buscando cada cual en la mirada del otro una respuesta satisfactoria. Lo único que encontraron fue un hueco profundo y oscuro que se abría al abismo de lo más absurdo.

Cualquier cosa antes que admitir que aquel enigmático hombre, conde o príncipe, realmente era capaz de controlar los envites del tiempo.

Un viaje al sur de Francia

El carruaje rodaba por la abrupta carretera que conducía a Clermont, no sin cierta dificultad. Las piedras del camino, algunas desproporcionadas, eran la causa de que en el interior del vehículo los pasajeros sufrieran toda clase de sobresaltos e incomodidades, sintiendo como sus cuerpos se balanceaban de un lado a otro al igual que tentetiesos. El polvo que levantaban las ruedas, y que en parte penetraba por las ventanillas, era otra de las contrariedades que tuvieron que soportar con harta paciencia.

Dentro, la marquesa de Blanchefort apartaba con su abanico las partículas de arena que flotaban a escasos centímetros de su rostro, logrando que la nube de corpúsculos iridiscentes se acogiese al cíclico efecto de girar de arriba a abajo como si fuera una noria. El conde de Saint-Germain, que hasta ese momento se entretenía leyendo la *Gaceta semanal* que adquiriera en la Librería Real de París, dejó a un lado los papeles periódicos y sacó del bolsillo de su levita una moneda que depositó en la mano de su amiga Marie. Esta, sorprendida, decidió echarle un vistazo antes de preguntar por el significado de aquel gesto. Acuñada en el dorso pudo ver una figura que le resultó familiar: dos caballeros templarios montados sobre un mismo caballo. En el otro lado, coronando una cruz patada, una frase en latín:

Et in Arcadia ego.

—Y yo en la Arcadia... —Leyó en voz alta la marquesa, traduciendo el adagio—. Esta frase se le atribuye a la Muerte... ¿Puedo saber qué significa?

—Significa que lo estáis leyendo mal. Pero eso no importa ahora; ya os diré más adelante cómo hacerlo. Lo que quiero es que observéis la imagen que hay al otro lado. Decid... ¿La habíais visto antes?

Marie de Hautpoul negó al principio, incapaz de reconocer aquel extraño símbolo, que de inmediato relacionó con la Orden del Temple; no en vano, uno de sus antepasados directos, Bertrand de Blanchefort, había sido uno de sus Maestros más ilustres. Y fue entonces, al evocar la figura de su antecesor, cuando recordó haber visto un sello igual impreso en uno de los antiguos legajos familiares que guardaba, precisamente, en la biblioteca del castillo hacia donde se dirigían.

—¡Sí, en efecto! —afirmó con entusiasmo, asombrada por la coincidencia—. Una vez lo vi de niña inscrito al final de unas anotaciones manuscritas que mi padre solía guardar en su despacho. Aun así, me es incomprensible su significado.

—No miréis más allá; solo lo que veis. Dos hombres en un caballo. La dualidad. La imagen lo dice todo... —El misterioso trotamundos intentó transmitirle su mensaje—. Los caballeros templarios, quizá tras beber de las fuentes de la sabiduría de Jerusalén, llegaron a intuir la verdadera gesta de Dios creando el mito de Bafomet, que no es otra cosa que los dos rostros del ser humano. También los cátaros, cuando propagaron la herejía de que existían dos dioses de naturaleza opuesta, uno ostentando el bien y el otro el mal. No es del todo cierto, pero se acerca demasiado a la verdad.

—Esa teoría vuestra de que Dios es andrógino, es de lo más atrayente. Si conseguimos llevar a cabo el proceso, podremos demostrarles a todos que somos los hereditarios del secreto de la vida, y que hemos alcanzado la sabiduría de Dios... Conozco de memoria los pasos a seguir en el ritual, pero ignoro lo que ocurrirá después... ¿Podrías ser más conciso y adelantarme el resultado, Maestro? —le rogó con un mohín.

—Todo a su tiempo, querida.

—Deberíais tener algo más de confianza en mí... —No fue un reproche hacia el supuesto conde, más bien una súplica—. Al fin y al cabo me habéis designado el papel de vuestra ayudante.

Saint-Germain tuvo que admitir que tenía razón, pero también sabía que hasta que no finalizara el proceso no estaría preparada para digerir el resultado. Lo que sí podía hacer era allanar el camino que le conduciría a la verdad.

—De acuerdo, os hablaré como Cristo hablaba a sus discípulos, con frases que solían ser interpretadas de forma personal... —Quiso someterla al juicio de la lógica—. Dios es unión. Lo contrario a Dios es segregación, multiplicarse o dividirse en todo caso. Dios es, desde el punto de vista bíblico, el poder y la fuerza que gobierna a los hombres, alguien capaz de disciplinar los pecados de sus hijos. Dios representa, en este caso, al Padre. Sin embargo, según el Evangelio de San Juan con Dios estaba el Verbo, la Palabra. Ella estaba en el principio con Dios, y sin Ella no se hizo nada de cuanto existe. Era la Vida... la luz que brilla en las tinieblas, y no la vence la oscuridad. La Palabra es nuestra madre. Y nosotros somos Ella.

—Por lo que decís, deduzco que el rey representa a Dios y la reina a la Palabra...
¿Me equivoco?

—Ambos son la misma persona, al igual que los elementos del Rosario de los Filósofos. Recordad que tras el apareamiento espiritual quedan unificados en un solo cuerpo. Dos monjes templarios montados en un caballo.

Marie de Hautpoul comenzaba a perfilar el verdadero sentido del proceso.

—¿Por qué llamamos Piedra Filosofal a un evento que trata del espíritu? —Hacía tiempo que deseaba hacerle esta pregunta.

El Maestro sonrió complaciente. Luego sacó uno de los tantos libros que llevaba en su maletín de viaje.

—Este es un ejemplar del *Summun Bonum*, un texto que podrá contestaros mejor que yo... —Abriéndolo por el centro, comenzó a leer—: «Cristo habita en el hombre, lo penetra por entero; y cada hombre es una piedra viviente de esa roca espiritual, aplicándose así las palabras del Salvador a la humanidad en general; así se construirá el templo, cuyas figuras fueron las de Moisés y Salomón. Cuando el templo esté consagrado, sus piedras muertas se transformarán en vivientes, el metal impuro se transmutará en oro fino, y el hombre recobrará su estado primitivo de inocencia y perfección». —Cerró de nuevo el libro—. Lo único que puedo añadir a esto es que el hombre, privado de la divinidad a causa de su ruptura físico-espiritual, debe reintegrarse a ella por medio de la transmutación... Puede y debe volver a ser Dios.

—¿Y qué ocurrirá cuando el hombre alcance la divinidad? —Aún sin comprender del todo sus enseñanzas, ella intentaba por todos los medios seguir el hilo de la conversación.

—Que la sociedad sufrirá el mayor cambio de todos los tiempos, y el ser humano formará parte nuevamente del espíritu de la Naturaleza... y reinará la armonía en el mundo... —Él le arrebató con suavidad la moneda de su mano, guardándola de nuevo en el bolsillo de la levita—. Y hasta es posible que Dios vea con buenos ojos el retorno del hombre al Jardín del Edén.

La aristócrata parpadeó inquieta.

—Eso que decís... ¿llegaremos a verlo?

—Vos no, querida Marie —respondió el conde con suavidad, cogiendo otra vez la *Gaceta semanal*—. Yo, debido a la misión que me ha sido encargada, tendré que ser testigo del final de los días.

Y con esto dio por finalizada la conversación, retomando la lectura como si nada de lo que hubiesen hablado tuviera alguna importancia. La marquesa de Blanchefort, un tanto decepcionada por sus últimas palabras, requirió de un tiempo antes de darse por vencida. Guardó un prudente silencio, de momento.

El vaivén del carruaje, el silencio y el calor, lograron aletargar sus sentidos hasta el extremo de quedarse dormida antes de entrar en Clermont, capital de la Auvernia,

famosa por haber sido levantada sobre un cono volcánico. De hecho, era conocida como la Ciudad Negra debido a que sus casas estaban construidas con piedras de lava solidificada.

Con la llegada del crepúsculo se detuvieron en una posada de las afueras, desde donde pudieron ver la cumbre del Puy de Dôme. Los mozos se encargaron de los caballos y el coche. Los lacayos, cubiertos de polvo hasta el postizo, se apresuraron a prestar servicio a sus amos abriéndoles la portezuela del carruaje y cargando con los maletines hasta el interior del albergue. Salió a recibirles el posadero, quien parecía tener muchas ganas de hablar y poco trabajo, pues ningún comerciante abandonaba su negocio si no era por un buen motivo. En efecto, nada más entrar descubrieron que las mesas estaban vacías, y posiblemente también las habitaciones, aunque estas nunca libres de parásitos como pulgas y piojos. Aquello les favorecía, pues gozaban de una mayor intimidad a la hora de intercambiar impresiones, y podían escoger los dormitorios más amplios y tranquilos.

Debido al apetito que arrastraba desde hacía horas, la marquesa pidió que le sirvieran la cena antes de retirarse a descansar. El conde rechazó el ofrecimiento de compartir con ella la mesa al no tener ganas de comer, yendo hacia su cuarto en compañía de su *valet*, tras recordarle que continuarían el viaje en cuanto amaneciese.

Ya se marchaba, cuando algo le vino a la cabeza, y se detuvo indeciso antes de subir las escaleras.

—¿Os apetece que hablemos después de la cena? —Se giró para preguntarle—. Si es así, bajaré en media hora.

—Me habéis leído el pensamiento... —confesó Marie, extrañada por la coincidencia—. Estaba a punto de pedíroslo.

—Lo sé, por eso he preferido adelantarme al ver que no os decidíais.

El conde sonrió con discreción, despidiéndose nuevamente de la marquesa para, esta vez sí, subir las escaleras que conducían a las habitaciones. Marie de Hautpoul se quedó pensando por un instante si en verdad el Maestro era capaz de leer la mente, o si por el contrario, exageraba sus virtudes aferrándose a los hechos casuales. En todo caso, para ella era un hombre realmente excepcional.

La esposa del mesonero le acercó una ración de cordero asado con puré de guisantes y una botella de vino, de los que dio buena cuenta en solitario. Para cuando terminó de degustar unos pastelillos de crema regados con licor de moras que tanto le gustaban, horneados a propósito para satisfacer uno de sus habituales caprichos, vio bajar de nuevo al conde en compañía de su lacayo. Había cambiado su atuendo por otro menos embebido de polvo, e incluso aseado su aspecto. Siempre era así de impecable y limpio. El único aroma que desprendía su cuerpo era el de la pureza, algo difícil de encontrar en aquellos días en que hasta los reyes olían a estiércol.

Saint-Germain tomó asiento junto a su vieja amiga; el valet se quedó a dos pasos

por detrás, totalmente rígido y en silencio, apartado lo suficiente para no pecar de indiscreto escuchando la conversación de su amo.

—Espero que la cena haya sido de vuestro gusto... Pierre se ha esmerado al saber que me acompañaba la marquesa de Blanchefort. —Le hizo un gesto al mesonero, cuyo aliento apestaba a dientes picados y ajo, para que se retirase y les dejara a solas.

—En las provincias todo sabe mejor —afirmó ella. Perdiendo las formas, se chupó los dedos impregnados de crema—. Hasta estos pastelillos parecen haber sido elaborados por los mismísimos ángeles... ¿De verdad que no os apetece uno?

Cogió el último para ofrecérselo; mas al comprobar que el conde declinaba la invitación, no dejó pasar la oportunidad de comérselo.

—Creo que aún tenéis algunas preguntas que hacerme... —le dijo en voz baja—. Aunque me temo que ciertas respuestas no sabréis interpretarlas.

—Os aseguro que estoy preparada para ello —sus ojos brillaron con intensidad, de excitación.

—Adelante, pues...

—¿Quién es la Palabra? —preguntó la noble tras limpiar sus labios con la servilleta—. ¿Es acaso Dios mismo?

—Podéis jurarlo... —su contestación fue tajante—. Ambos son uno, y su armonía es la que rige el Universo. Y aun siendo único, la Palabra es su lado femenino... y es la puerta que conduce a la espiritualidad. Nosotros fuimos el reflejo de sus propias emociones mientras estuvimos en el Paraíso, pero desde que se incumplieron las normas divinas nuestras almas perdieron su inocencia, e hicimos de nuestra vida un infierno.

—¿Conseguirá el proceso restablecer el orden de las cosas?

—Sí, pero con el paso de los años.

—¿De qué modo? —insistió ella.

—Acabando con el hombre.

La marquesa le escuchó con cierta perplejidad, sin dar crédito a sus palabras.

—¿Y eso se puede hacer? —Tenía sus dudas.

—Es lo que haremos si todo se lleva a cabo según lo previsto... —el conde de Saint-Germain dejó caer la mirada un instante para volver a levantarla con expresión circunspecta—. Pero lo que más me preocupa ahora es lo que le pueda suceder a Charles de Beaumont. Presiento que esa bestia que protege a la reina hará todo lo posible por encontrarlo.

—*Monsieur Joly de Fleur* es un hombre bastante eficiente en su trabajo. Estoy segura de que dará con él en breve —intentó tranquilizarle.

—Alguien que ha estado siguiendo los pasos de una joven desde hace dieciocho años, con varios crímenes a su haber, y que aún permanece impune, debe ser un individuo bastante escurridizo. Y por lo que creo, capaz de sufrir las situaciones más

extremas a las que pueda enfrentarse el hombre.

—No puedo imaginarme el motivo que le empuja a vivir en la sombra, si en realidad quiere ayudar a la muchacha.

—Para mí que está sujeto a algún tipo de juramento. En ese caso no cesará en su empeño hasta que acaben con él.

—Sería lo mejor... —Fue el frío veredicto de la marquesa.

—¿Y si fuera un ser inocente, un hombre que se comporta de forma truculenta con quienes ofenden a Papilión porque cree que así es como debe de ser? —le preguntó con ceño—. ¿No os parece terrible ajusticiar a quien piensa que ha estado haciendo lo correcto?

—En cierta manera tenéis razón... —Ella meditó sus palabras—. Pero si el asesino obra con tanta crueldad, según su conciencia, eso quiere decir que está loco. Y su lugar es el manicomio.

—Su historia personal, tal vez bastante peor que la de otros, no debe apartarnos del fin que nos hemos propuesto... ni somos quien para juzgarlo.

—¿Y la joven, qué será de ella tras el proceso? —Intuyendo el final de la conversación, la marquesa se apresuró a formular una de las preguntas que más le interesaba.

—Seguirá con su vida, al igual que el caballero d'Éon.

—¿Serán los mismos de siempre?

—En cierta manera habrán cambiado, pues lo que ha de suceder les afectará a ellos tanto como a todos nosotros.

Saint-Germain se levantó de su asiento, dando por concluida la breve reunión. Se unió a su valet de pie y, tras despedirse de la marquesa con una leve inclinación de cabeza, volvió a subir las escaleras que conducían a las habitaciones de los huéspedes.

Marie de Hautpoul repitió las últimas frases del conde, aferrándose a ellas en un desesperado esfuerzo por descifrar el enigma.

En casa de Lía

No habían transcurrido ni dos semanas desde que, supuestamente, saliera de viaje, cuando Charles regresó de nuevo a su domicilio; pero antes se olvidó de Lía recobrando su auténtica personalidad. Papilión fue presentada a la servidumbre como una amiga del señor, y así lo aceptaron sin más explicaciones. Bernard, cómplice de la mentira, se encargó de confirmar su historia. Por lo demás, todo seguía como siempre.

Al día siguiente de su llegada fueron de compras. Charles recogió el encargo que le hiciera semanas atrás al sastre de Saint-Merri. Después llevó a su protegida a una de las mejores modistas de París, donde le tomaron medidas para un par de vestidos que habrían de enviarles a la dirección que previamente les había indicado. Luego visitaron a *Monsieur* Mucelli, uno de los perfumistas más carismáticos de Francia, que tenía su negocio al otro lado del Pont Royale. Allí adquirieron un perfume, *L'essence du Dieu*, que era el que más le iba al olor corporal de Papilión. Para finalizar, fueron a casa del zapatero de la Corte, donde se hicieron con unos botines que combinaran con los vestidos que habían encargado y que tanta falta le hacían a la joven.

De vuelta a su domicilio, Charles cambió de idea, y le dijo al cochero que les llevara a casa de la marquesa de Blanchefort, esperando que, al verle llegar con la muchacha, fuera capaz de reconocer que estaban llevando su juego demasiado lejos. Papilión guardó silencio al no saber muy bien hacia dónde se dirigían, pero algo presintió ante su inesperada y cortés visita a un miembro de la nobleza.

En casa de Marie les dijeron que estaba de viaje, sin más explicaciones. Decepcionado, pero sin darse por vencido, Charles le ordenó nuevamente al cochero que les llevara a la hacienda del marqués de la Roche, a las afueras de la ciudad. Lamentablemente, también allí se encontró con que no había nadie para recibirles, ni tan siquiera los criados. Aquel éxodo le resultó a Charles demasiado casual. Era como

si ahora fueran ellos quienes se escondieran de él.

Así las cosas, optó por regresar a su casa.

Aquella misma noche, Charles y su joven invitada se esforzaron por averiguar el significado de la última entrega de grabados. Sentados frente a una mesa, con los pergaminos extendidos y las bujías de luz sobre sus cabezas, estuvieron cerca de una hora desarrollando varias hipótesis. Para Charles, el primer dibujo, y séptimo del total, representaba el alma regresando hacia Dios; para Papilión, el pequeño que parecía salir del andrógino, e iba hacia las nubes, tenía otra interpretación, pero decidió no llevarle la contraria.

En el segundo grabado se veía claramente como llovía sobre la cripta. La joven sintió un escalofrío, pues odiaba la lluvia. Era algo superior a sus fuerzas; se trataba de una fobia obsesiva que arrastraba desde la infancia. Pero lo que más la trastornó fue ver la imagen tercera, en donde la cabeza de un cuervo surgía de la tierra. Y junto a él otro cuervo, o tal vez fuera el mismo que había conseguido liberarse. Luego estaba ese detalle del pequeño espíritu hembra entre las nubes, descendiendo hacia el cuerpo del hermafrodita, que vino a confirmar sus sospechas. El alma de un niño ascendía a los cielos y el de una niña llegaba a la tierra, y en todo momento las nubes contenedoras de agua hacían de cubículo divino. Se trataba de una metáfora, un jeroglífico de una importancia reveladora.

En el cuarto grabado se podía apreciar al hermafrodita de pie sobre la Luna, adornado con las alas de la iluminación. En su mano derecha sostenía un cáliz con tres serpientes, y en la izquierda una cuarta enrollada a su brazo. A un lado el cuervo, al otro un árbol con trece flores lunares; el número de menstruaciones que soporta una mujer al año.

Charles decidió que había llegado la hora de un descanso para reflexionar al respecto y exponer su opinión.

—Voy a tomarme en serio esta parodia y creer, aunque solo sea por un instante, que todo es cierto. Es más...

—Lo es; puedes jurarlo —le interrumpió la joven, aferrándose con cariño a su brazo.

—De acuerdo en que somos parte de un proceso alquímico que puede cambiar el destino del mundo. Pero... ¿de qué modo?

Papilión acarició el rostro imberbe de su nuevo amante. No supo cómo decirle que ambos formaban parte de un Génesis aún sin escribir.

—Le daremos al hombre la oportunidad de comenzar de nuevo. Eso es lo que me aseguró mi tutor.

—No me satisfacen sus explicaciones, ni las que me dieron quienes dicen ser mis amigos —volvió a insistir él en lo mismo—. Ni siquiera sabemos qué repercusión tendrá en nuestras vidas el experimento en el que desean involucrarnos. Imagínate

que ello nos ocasiona algún daño.

—Nada malo va a ocurrirnos —afirmó ella, que estaba completamente segura—. Es más, mi instinto me dice que algo maravilloso está a punto de suceder... un acontecimiento único que cambiará nuestro modo de vida.

—Ya hablas como ellos... —Charles miró a los ojos de la joven, comprendiendo que cualquier favor que le pidiera estaría obligado a concedérselo—. Si tú confías en ese hombre es porque le conoces mejor que yo... —se encogió de hombros—. Por lo tanto, le daré una oportunidad, si es lo que quieres. Sin embargo, ¿no crees que deberíamos encontrarle primero?

—Él se pondrá en contacto con nosotros cuando sea necesario. Ya lo hizo el día que te entregó los pergaminos frente al convento de Saint-Merri.

—¿Ese maloliente pedigüeño era tu príncipe Rákóczy? —Le sorprendió el haberlo tenido tan cerca.

—Estoy segura de ello... Adopta diversas personalidades para ir de un lado a otro sin que le reconozcan. Es una habilidad que ostenta al margen de su excepcional ingenio.

En aquel instante golpearon suavemente a la puerta. Charles se incorporó sin perder tiempo, haciéndole un elocuente gesto a la muchacha para que guardara cuanto antes los pergaminos, la cual los metió de inmediato en uno de los cajones del *secrétaire*. Abrió después de que Papilión fingiera estar arreglando sus cabellos, creando así una escena familiar fuera de toda sospecha.

Era Bernard, con un mensaje.

—Señor, abajo hay un caballero que dice ser de la Policía... —le susurró al oído—. Me ha asegurado que *Madame* de Beaumont le invitó a venir cuando gustase.

—Hazle esperar en la biblioteca, y dile a Constantine que le sirva algo de beber. Nosotros bajaremos en unos minutos.

El lacayo asintió con la cabeza, marchándose por donde había venido.

—Tenemos visita... —le advirtió con voz queda—. Es nuestro amigo el policía.

Ceñuda, Papilión se mostró reacia a recibirlo.

—No quiero verlo. Ya le he dicho todo lo que sabía.

Se acercó a ella, colocando las manos en sus hombros. Luego se inclinó para besarla en el cuello.

—No temas... —le dijo como en un susurro—. Aquí dentro nadie puede hacerte daño.

El anfitrión cogió su brazo, obligándola a levantarse. Le explicó que era necesario someterse al interrogatorio porque, de lo contrario, Marais podría pensar que estaba involucrada en los crímenes; pero que no tenía de qué preocuparse porque estaría a su lado, y no permitiría que la coaccionase con preguntas inapropiadas. Ella aceptó al no encontrar otra salida, aunque seguía creyendo que tenía derecho a no hablar si ese era

su capricho.

Bajaron a la amplia biblioteca, donde encontraron a Gustave con una copa de amontillado español en la mano, observando un retrato de Lía de Beaumont que colgaba de la pared. Nada más oírles entrar, se giró hacia ellos esbozando una amplia sonrisa.

—¡Es realmente asombroso el parecido que tenéis con vuestra hermana! — exclamó el policía, acercándose luego al dueño de la casa con aire escrutador—. Soy el teniente Marais, y os doy las gracias por recibirme a estas horas.

—Lía me dijo que vendríais a hablar con nuestra invitada —Charles miró a Papilión—, aunque os rogaría que fueseis paciente con ella. Ha sufrido lo indecible a lo largo de su vida.

—Por supuesto; me hago cargo —convino el recién llegado, que dejó la copa sobre el bureau.

A un gesto de Charles, el policía y Papilión tomaron asiento en unos sillones dispuestos frente a una chimenea, ahora apagada. Él lo hizo muy cerca de la joven, lo suficiente como para cogerle la mano. Así le transmitía seguridad.

—La última vez que conversamos te pregunté por ese hombre al que sueles llamar el Diablo de la Inocencia... —Gustave necesitaba averiguar todo lo posible del misterioso asesino—. ¿Sabes si tiene alguna vinculación con la Iglesia Católica?

A la joven le pareció inconcebible que se cuestionara algo semejante. También a Charles le resultó extraña la pregunta.

—Como ya os dije hace un par de días, no sé quién es... —Es taba cansada de repetirlo—. Aunque dudo mucho que un religioso me haya estado siguiendo por toda Francia desde hace años.

—¿Por qué se le relaciona con la Iglesia Católica y no con el diablo? —quiso saber el propietario de la mansión—. Un asesino debe estar poseído por el mal, cuando lleva a cabo sus crímenes.

—Lo siento, creo que no me he expresado bien... —se excusó el oficial de la autoridad—. No busco una vinculación espiritual con el Cielo o el Infierno, me ciño a la descripción que tenemos de él... Se sabe que suele ir vestido con sotana. Pero eso no es todo, tengo la certeza de que se esconde en Nôtre-Dame a pesar de haber registrado personalmente cada rincón de la catedral sin encontrarlo.

—Deverly, la joven que iba la otra noche con vos me dijo que le vieron intentando forzar la puerta de atrás de la casa, la del jardín... —Papilión no sabía si aquel detalle era de interés, pero creyó que debería saberlo—. Y Lucette, que pudo verlo un instante, le aseguró a Justine que iba vestido como decís.

Ese dato ya estaba en conocimiento de Gustave, pero hizo como si le sorprendiera y miró con fijeza a la joven.

—Tal vez quería ponerse en contacto contigo... —Era una de sus hipótesis—.

Para mí, que después de tantos años ha decidido salir de su escondrijo porque necesita explicarte el motivo de su custodia. Es más, creo que con tu ayuda podré capturarlo.

Charles comprendió de inmediato cuáles eran las intenciones del policía, pero no estaba dispuesto a que Papilión arriesgase su vida.

—Servir de cebo en una redada conlleva cierto peligro, que la señorita tendrá que correr de forma innecesaria si se presta a vuestro juego —afirmó con gravedad—. Y esa es una decisión que deberíamos tomar cuando regrese mi hermana. Recordad que Papilión es su invitada y protegida. No me gustaría que nada malo le ocurriera en su ausencia.

—¡Ese hombre puede asesinar de nuevo! —exclamó Marais, recriminando su falta de iniciativa—. Cualquiera persona que se acerque a la muchacha puede ser víctima de su obsesión. Incluso vos mismo estáis en peligro de muerte por darle cobijo.

—¿Y qué proponéis? —preguntó la aludida.

—Lograr que te encuentre; solo eso... —Se giró con la esperanza de poder convencerla—. Por supuesto, yo y un grupo de hombres estaremos ocultos, aguardando a que el asesino aparezca.

—¿Y si no lo hace? ¿Y si intuye que le estáis esperando?

—Si es así, pensaré que no es humano.

—El criminal no sabe que Papilión ha abandonado el burdel donde la tenían encerrada. Le será imposible dar con ella mientras esté aquí, conmigo... —Charles intervino de nuevo—. Sin embargo, podéis pedirle a cualquiera de las prostitutas que trabajan allí que se haga pasar por ella a cambio de dinero. Tarde o temprano, el asesino se dejará ver por los alrededores, y así tendréis la oportunidad que andáis buscando.

En aquel instante se escucharon voces tumultuosas en el exterior, dentro de la casa, y también por las calles. Interrumpieron la conversación cuando, sin dignarse a llamar previamente, vieron entrar a Bernard por la puerta de la biblioteca en compañía de otro individuo, ambos con semblante reservado y con cierto apremio a la hora de hablar. El sujeto en cuestión era Patrick, el ayudante del policía, quien se adelantó a comunicarles la desgracia.

—¡Señor, tenéis que postergar esta reunión para otro momento, y acompañadme lo antes posible! —Parecía fuera de sí—. ¡La casa de *Madame* Gautier está ardiendo!

Al escuchar sus alteradas palabras, Gustave se levantó de inmediato. Charles de Beaumont y su invitada hicieron lo mismo, desconcertados por lo que acababan de oír. Fueron en tropel hacia la calle, donde varios ciudadanos, boquiabiertos y horrorizados, señalaban una columna de humo que se confundía con la noche y un resplandor luminoso, al otro lado del río, que indicaba claramente que un fuego

descomunal se propagaba imparable por la avenida de Saint-Germain.

Los agentes de Policía, sin excusar su apremio, corrieron por la orilla del Sena en dirección al primer puente que pudiera conducirles a la otra parte de la ciudad. Charles no quiso perder la ocasión de saber qué estaba ocurriendo.

—¡Bernard, cuida de la joven! —le exhortó desde la distancia, yendo tras los pasos de Marais y su ayudante. Acto seguido le envió un mensaje a su protegida—: ¡Volveré lo antes posible!

A continuación se perdió entre la muchedumbre que, como una incontenible marea humana, iba de un lado hacia otro pregonando la desgracia a voz en grito por todo París.

El incendio

Cuando llegaron a la calle Saint-Germain, el espectáculo era dantesco. Las llamas devoraban irremediablemente la estructura del edificio desde la parte baja hasta la buhardilla, ante la impotencia de los vecinos que intentaban sofocarlas con cubos de agua. Las cristalerías habían reventado debido al calor y los huecos de las ventanas vomitaban largas lenguas de fuego mezcladas con ceniza, humo y escombros. Los inquilinos y dueños de las viviendas adosadas tuvieron que desalojar sus inmuebles debido al temor de que se propagara el incendio. Una multitud creciente de curiosos se congregó a cierta distancia del siniestro, manifestando desde allí su mórbido interés por un suceso de lo más dramático; es decir, especulando sobre los motivos de la tragedia y las posibles consecuencias. Venían de todas las calles y distritos cercanos, sumándose a quienes deseaban ver de cerca cómo ardía uno de los santuarios del placer más sofisticados de la capital francesa.

Gustave se fue haciendo camino entre la abigarrada muchedumbre, echándoles a un lado como podía a la vez que gritaba su nombre y cargo. Tras él iban Patrick, un grupo de soldados de la Guardia Real que se les unieron en la esquina de la calle Saint-Severin, y también el caballero d'Éon, repitiéndoles a la plebe que dejaran paso al teniente de Policía y a los uniformados hombres del rey. Para cuando alcanzaron el final de la cadena humana estaban a unos veinte pasos de la fachada.

Dos hombres, por separado, prestaban su ayuda a sendas mujeres recostadas sobre los adoquines de la vía pública; algo más retirado vieron lo que parecía ser un cadáver cubierto por una manta. Los buenos samaritanos resultaron ser un médico del Hôtel-Dieu y un sacerdote de Saint-Gervais, cada cual intentando salvar la parte del ser humano que más le interesaba.

Marais se acercó con lentitud a donde el clérigo, en el mismo instante en que este hacía el signo de la cruz sobre la frente de la fallecida y ocultaba su rostro con un pañuelo que guardaba en la sotana. Arrodillándose frente al cuerpo inerte, apartó la

tela unos segundos para comprobar la identidad de la difunta. A pesar de las quemaduras que desfiguraban parcialmente su rostro pudo reconocer a Brigitte Chevalier.

—¿Ha dicho algo antes de morir? —inquirió tras superar la primera impresión que le había producido ver las consecuencias del fuego en la carne.

—Deliraba; eso es todo... —respondió el sacerdote, poniéndose en pie—. Sus últimas palabras fueron una sarta de disparates, pues... —Arrugó la nariz antes de continuar—: ¿Cómo se puede calificar a una persona que te dice que eres el diablo cuando te acercas a socorrerla?

—¡Aquí! —gritó Patrick, el cual se había acercado en compañía de Charles para ver si podían ayudar al médico—. ¡Es otra de las jóvenes, y aún vive!

El oficial se olvidó del clérigo, corriendo hacia ellos con la esperanza de que fuera Deverly, y que sus lesiones resultasen menos contundentes. Más al llegar descubrió que la suerte no le acompañaba aquella noche. Se trataba de Aspasia Fontini, la veneciana.

El galeno se retiró al ver que nada podía hacer por ella. A pesar de no haber sufrido ningún tipo de quemaduras, agonizaba entre fortísimos dolores al haberse roto algunos de los huesos del cuerpo después de arrojarla al vacío desde la ventana de la buhardilla. Apenas si podía balbucear frases incoherentes.

—Ese hombre... buscaba a la *ragazza*... —Su voz se iba apagando poco a poco—. Se volvió loco cuando no la encontró en su cuarto.

—¿Fue él quien incendió la casa? —preguntó Marais, que tragó saliva con mucha dificultad, tratando de averiguar lo ocurrido.

—Encerró a las demás... Las obligó a entrar en el salón de baile, junto a Charity y madre... —un hilillo de sangre corrió por la comisura de su boca debido al esfuerzo—. Yo me escondí... en la buhardilla... Allí estuve... hasta que el humo...

—Y Deverly, ¿qué ha sido de ella?

—Gritaba... Las oí gritar a todas... El fuego las consumía. No... a todas no. Brigitte y Lulú... fueron hacia la cocina...

El cuello se puso tenso, y el rostro se contrajo en un rictus de privación. La muerte le sobrevino sin avisar, dejándola en esa postura exánime; con la mirada perdida en las estrellas.

Gustave, arropado por la presencia de su ayudante y el caballero d'Éon, no pudo hacer otra cosa que contemplar horrorizado como el prostíbulo de *Madame* Gautier se consumía por las llamas. La ilusión de una nueva vida en común en las colonias de América se vio reducida a cenizas, así como el candor y la belleza de su amante.

No hizo falta reconocer la tercera víctima, pues debía de ser Lulú Bottom.

—¡Eh, escuchad! —el sacerdote se acercó a Gustave con gesto dubitativo— ahora que recuerdo, la desdichada que acaba de morir dijo algo referente a que el

diablo buscaba a una joven para llevarla consigo; supongo que al averno.

—¿Qué más os contó? —preguntó, angustiado, el oficial, intuyendo que hablaban de Papilión. Charles intervino cogiendo del brazo al religioso.

—Si no recuerdo mal, cierto comentario sobre que iría en su busca, y luego castigaría al culpable —respondió el de la sotana tras meditar su respuesta unos segundos.

Charles sintió un vacío en el estómago. Entonces recordó que había dejado sola a Papilión en casa.

Totó

Asomada al ventanal de su dormitorio, pudo ver a lo lejos el efecto devastador del fuego. El espectacular siniestro había creado una aureola rojiza que cubría el cielo de París, y ponía al descubierto los misterios de la noche. La imagen resultaba aterradora, máxime si se paraba a pensar que durante semanas había estado encerrada en la parte más alta del edificio, ahora convertido en un infierno.

Apartó la mirada del fuego, buscando las tranquilas aguas del río en un desesperado gesto de lavar su conciencia. Estaba convencida de que los motivos que iniciaron el incendio tenían que ver con ella, y que una de las causas fue precisamente el haberse escapado del prostíbulo. Nuevamente, su enigmático defensor se arrogaba el derecho de ser juez y verdugo de las personas que se habían atrevido a ofenderla. Aunque en este caso no hubo afrenta, también podía catalogarse de agravio el haberla encerrado como a un animal, o el intentar prostituirla en contra de su voluntad.

Cerró las cortinas con un sentimiento de culpa que la obligó a exhalar un amargo suspiro.

—Disculpad mi intromisión, pero creo que deberíais retiraros a dormir sin esperar la llegada del señor —le dijo Bernard, que permanecía de pie, junto a la puerta.

Estaba dispuesto a cumplir fielmente los deseos de su amo de no dejarla sola ni un instante.

—Es imposible tener sueño en una noche así... —Papilión se deslizó con andar cansino hasta el sillón—. Ni siquiera sabemos si ha habido víctimas —concluyó en tono apesadumbrado.

—No es bueno que penséis en algo tan horrible. Vos no sois la culpable. — Bernard trató de consolarla al intuir cierta culpabilidad en el tono de su voz.

—Quizá tengas razón. Si el hombre sufre las consecuencias de la crueldad es porque antes se encargó de alimentarla.

—Si lo deseáis, le diré a Constantine que os caliente la cama.

Accedió a la propuesta del lacayo pensando que sería lo mejor. Esperaría a Charles acostada. Estaba segura de que la despertaría nada más llegar para ponerla al corriente de todo lo sucedido.

Poco después, Papilión entraba en el cuarto de los invitados acompañada de la doncella, una joven de rostro ordinario que apenas si cabía en su uniforme debido a la generosidad de sus carnes. Mientras la oronda sirvienta templaba las sábanas del lecho con el calentador de brasas, le fue explicando lo deseosa que estaba de abandonar Gran Bretaña, y de lo contenta que se sentía de ver que su señor volvía de nuevo al país que le vio nacer. Dijo estar harta del carácter flemático y estirado de las damas del Reino Unido, y que los caballeros de la nobleza, a pesar de su condición, se portaban como perros en la mesa y conejos en la cama, y que en eso no se diferenciaban mucho de los plebeyos de cualquier otra nación; menos de los de Francia, que hacían del placer de la mesa un arte exquisito, y de los juegos del amor un canto al epicureísmo más absoluto.

Una vez calentado el lecho, la criada apagó la mayor parte de las bujías y abrió las cortinas del enorme ventanal que, al igual que el del salón, daba a la avenida del río. Más tarde sacó un camisón del baúl, que la joven había traído consigo, y lo depositó sobre la cama. Finalizado su trabajo, arregló las margaritas del jarrón, separando un poco los tallos, y recogió el artilugio de metal con el que había calentado la cama. A continuación se marchó tras desearle buenas noches, sin poder evitar una risita infantil que evidenciaba lo ingenuo de su naturaleza.

Papilión estaba agotada, con ganas de dormir dos días consecutivos, pero a la vez se sentía excitada, fluctuante. Se despojó del vestido, del corsé y las enaguas, quedando totalmente desnuda. Se colocó el camisón que Constantine había dejado extendido sobre el lecho, sintiendo el suave y frío contacto de la seda en su piel. Echaba de menos a Charles, necesitaba saber que estaba bien, y que vendría lo antes posible. Cuanto más pasaba el tiempo, más lo añoraba. Era como si la distancia les fuera a separar ahora que se habían conocido.

Tras apagar el resto de las velas de cera de abeja se introdujo en la cama y cerró los ojos. Quería dormir, olvidar la terrible pesadilla que se vivía en la rue Saint-Germain; pero lo único que consiguió fue recordar fugaces escenas de su vida que habían quedado como aletargadas en el rincón de la memoria; imágenes que la fueron persiguiendo por el largo camino que conduce a los sueños.

El sonido de la puerta de su habitación, al cerrarse, la sacó de ese estado de duermevela en el que se encontraba. Al principio creyó que se trataba de su imaginación, pues la oscuridad evidenciaba que no había nadie en su cuarto. Pero al poco descubrió una sombra enorme y contrahecha, la cual ocultaba con su cuerpo la poca luz que se filtraba por la ventana. Se incorporó llevada por la sorpresa, sucumbiendo sin temor al impulso de la curiosidad para enfrentarse al motivo de su

desvelo. Escuchó una respiración silbante y fatigosa que provenía de todas partes, como si el eco transido de aquel ser redoblara el silencio hasta arrancarle un gemido. Sabía que no era un sueño; en todo caso, la pesadilla que le había acompañado durante tantos años.

—¿Quién eres? —le preguntó a esa imagen corcovada que parecía observarla desde el corazón de las tinieblas.

El trago seguía jadeando, sin moverse de su sitio.

—¿Piensas matarme... como a los otros? —inquirió ella de nuevo, sin saber si iba a tener fuerzas para gritar en caso necesario.

—¡No... no! —gimió con lástima el gigante—. El bebé ha crecido, y es una niña. Totó cuidará de ella. Totó nunca le haría daño a su niña buena.

A Papilión le sorprendió que las palabras de aquel demonio implacable fuesen tan vagas e imprecisas, como si su cerebro no funcionara como es debido. Era la expresión ocurrente de un retrasado mental. Aun así, no se atrevió a levantarse de la cama. Incluso aguantaba la respiración para mantener estático su cuerpo.

—Dime... ¿por qué lo haces?

—Yo solo te protejo —se disculpó el coloso—. Totó tiene el deber de cuidar al bebé. Los hombres son malos.

—¿Y quién te dijo que cuidarás de mí... quizá mi madre?

El gigante asintió tras vacilar unos segundos. La joven no pudo ver su rostro al estar oculto bajo la capucha de la sotana, pero intuyó el gesto afirmativo. Su silencio fue la mejor respuesta.

—¿Qué fue de ella? —quiso saber la verdad, a pesar de todo.

—Los hombres malos le hicieron daño. También mataron a Petit Ours... y a mí —confesó, sin saber muy bien por qué él seguía con vida—. Pero Totó escuchó una voz, y tuvo que escarbar en la tierra para salir de la tumba.

Sus últimas palabras le resultaron incomprensibles, aunque no la dejaron indiferente.

—Por favor, comienza desde el principio... —le rogó de forma encarecida—. Necesito que me cuentes todo lo que sepas... Y sobre todo, el motivo que te ha empujado a asesinar a tantos hombres.

Totó obedeció sin rechistar. En el fondo, se sentía dichoso de que su niña estuviera a salvo, y a su lado.

El gigante

Charles alcanzó su domicilio tras una larga carrera desde la rue Saint-Germain. Le acompañaban el teniente Marais y su ayudante, quienes golpearon con fuerza en el portón de entrada con el fin de llamar la atención de los criados. Viendo que se retrasaban, comenzaron a vociferar sin importarles los vecinos que se asomaban a las ventanas para recriminarles su actitud. Llevado por la intuición, Charles rodeó la casa buscando la puerta de servicio, lugar por donde los recaderos solían introducir los víveres, y que comunicaba con la cocina. Los policías fueron tras él, presintiendo igualmente que el asesino no iba a ser tan necio de entrar en la casa por la puerta principal.

No eran desacertados sus pensamientos, ya que el acceso al pequeño almacén había sido violentado.

Entraron sin perder más tiempo. Gustave sacó su mosquetón de la levita, y se puso resuelto en cabeza, adelantándose al dueño de la casa y al joven Patrick. La habitación era un cuarto pequeño con alacenas donde se almacenaban los alimentos en toneles y sacas. Al fondo vieron una abertura en el muro, rematada en un medio círculo, que llevaba directamente a la cocina. Entraron con recelo, prestos a cualquier sorpresa. No vieron a nadie por entre las cacerolas y pucheros que se alineaban sobre la enorme mesa de trabajo, aunque según fueron avanzando descubrieron que alguna de la sangre adherida en el cuchillo de trinchar no pertenecía precisamente a los despojos de las gallinas desplumadas que colgaban cabeza abajo de los ganchos. Tumbado boca arriba, el pinche yacía degollado en el suelo. Una mancha sanguinolenta y espesa rodeaba su cabeza.

Ante el macabro descubrimiento, decidieron detenerse y mirar a su alrededor.

—¡Allí! —exclamó Patrick, señalando una tina enorme con agua donde solían lavar la porcelana y el cristal.

Se trataba del cocinero, a quien encontraron con medio cuerpo dentro de la cuba,

como si le hubieran sorprendido por detrás y obligado a introducir la cabeza en el agua hasta morir ahogado. Ambos debían estar adelantando el trabajo del día siguiente cuando aún permanecían levantados a aquellas horas de la noche.

El hecho de hallar ambos cadáveres era en sí una prueba innegable de la presencia del asesino dentro de la casa.

Corrieron hacia el salón principal, donde encontraron a Alessandro y a Bernard asomados a la puerta de entrada, creyendo que algún desaprensivo les habían tomado el pelo con golpes y voceríos. Les preguntaron por la joven, y el lacayo de mayor confianza respondió que se había retirado a dormir y que, sin lugar a dudas, estaría en su cuarto. Charles requirió la presencia de ambos, y juntos subieron las escaleras que conducían a los dormitorios. Cuando llegaron a la alcoba de su protegida, el propietario dejó que fuese el teniente quien entrara primero, ya que era el único que iba armado y que podía acabar con aquella bestia en caso de ser ciertas sus sospechas.

Seguro de sí mismo y acariciando el gatillo, Marais abrió la puerta temiendo encontrar herida de muerte a la joven. Sin embargo, lo que vio, y descubrieron todos, fue algo totalmente distinto. Papilión, incorporada en la cama, escuchaba atentamente los susurros del criminal como si se tratara de un viejo amigo. Al ser sorprendido, el gigante trató de erguir su cuerpo para ponerse a la defensiva, y en su arrebato, se le fue hacia atrás la capucha, dejando al descubierto su rostro, apegaminado y macilento como el de una de esas viejas momias del antiguo Egipto. Gustave alargó el brazo, esperando que su puntería no le fallase en un momento tan decisivo, pero la mano le temblaba debido a la impresión y la bala de plomo no le alcanzó el pecho, sino que fue a instalarse en el hombro derecho.

Antes de que el grupo de hombres que se agolpaban en la puerta pudieran reaccionar, Totó se abalanzó sobre ellos, golpeando en el rostro a Gustave al tiempo que, de un empujón, tiraba por tierra a los demás. Para cuando todos se pusieron en pie, el asesino corría escaleras abajo, dejando un reguero de sangre allá por donde iba.

Charles, olvidándose del intruso, entró en el dormitorio con la sana intención de ver cómo se encontraba su joven protegida. Pero el recibimiento no fue en modo alguno el deseado.

Papilión, que parecía estar en trance, convirtió su inefable rostro en una máscara de rencor que asemejaba ser la de un hombre enfurecido.

—¡Noooo...! —gritó con todas sus fuerzas, presa de la locura, con una voz que a todos les pareció demasiado grave como para ser de mujer, incluso para ser humana.

Entonces, y ante el asombro de quienes habían acudido en su ayuda, se desplomó hacia un lado sobre el lecho.

Había perdido el conocimiento.

Nadie se atrevió a acercarse.

Las catacumbas

Sin volver la cabeza hacia atrás, Totó corrió con desesperación por la avenida del río tratando de retener con la mano la sangre que brotaba de su herida. Los transeúntes, a su paso, se apartaban asustados al ver la encorvada figura del gigante aullando de dolor, yendo hacia otro lado con el fin de evitarle. A un centenar de metros pudo ver la catedral de Nôtre-Dame, alzándose en la noche al igual que un espectro sin alma. Hizo un último esfuerzo y recorrió el trayecto antes de que le dieran alcance los mismos que le habían disparado casi a bocajarro.

Finalmente llegó a los aledaños del santuario. Sacó del bolsillo de su sotana una llave enorme, y la introdujo presuroso en la cerradura de la puerta derecha de la catedral. Con la respiración entrecortada a causa del asma y la precipitada carrera, miró hacia atrás para ver si le seguían, pero no encontró a nadie por los alrededores. Giró la llave, y empujó con fuerza la hoja de madera forrada de metal, lo que hizo que el proyectil se le hundiera aún más en la carne debido al esfuerzo. Dolorido y exhausto, cerró el portón sin importarle que pudieran haberle escuchado algunos de los sacerdotes. Algo que no ocurrió, afortunadamente para él.

Aprovechando que los ordenados dormían al otro lado del edificio, se deslizó en silencio hasta el presbiterio. En la pared, vio la puerta que llevaba a las catacumbas. La abrió con cuidado, pues pesaba demasiado, y le era costoso llevar a cabo cualquier maniobra que acarrease un esfuerzo extraordinario. Antes de bajar los peldaños cogió uno de los cirios que alumbraban la nave y varios paños de lino que el prior guardaba en el sagrario. Después, cerró la portezuela por dentro, bajando las escaleras de piedra.

Fue hacia el fondo, donde las fosas más antiguas. En uno de los oscuros recovecos de aquella cripta se abría otra oquedad, la cual llevaba directamente al resto de las catacumbas subterráneas de París. El gigante se arrastró hasta llegar a esa otra antesala de difuntos que el teniente de policía no llegó a ver en su inspección, al

estar oculta por una lápida de gran tamaño. Una vez dentro, se dejó caer en el suelo con la espalda apoyada en la pared.

Sin pensarlo dos veces comenzó a hurgar en la herida con los dedos, apretando con fuerza los dientes. El dolor era indescriptible, inhumano. Trató de combatirlo pensando en otra cosa: en cómo escapar de allí para siempre ahora que le habían descubierto. Iría al sur, tal y como le aconsejara la voz en sus últimos sueños. Allí se encontraría de nuevo con su niña, quien habría de esperarle en un pequeño pueblo con el fin de huir de los hombres malos y buscar un territorio donde vivir en paz el resto de sus vidas. Así se lo había prometido el caballero Le Brun.

Al final aferró el redondo balín entre sus dedos índice y pulgar, tirando con fuerza hacia fuera. Gritó al extraerlo, como si se tratara de un cerdo al que estuviesen degollando, y de la herida brotó la sangre a borbotones. Trató de contenerla con los paños de lino, apretando fuertemente con ambas manos. Cuando las sintió demasiado húmedas, las apartó con cuidado para ver si había cesado la hemorragia. Luego rasgó las vestiduras, dejando visible el hueco del proyectil en la carne. Sin vacilar, restañó la herida con el fuego del cirio estrechándolo con firmeza contra el hombro.

En la oscuridad de las catacumbas, el aullido de aquella bestia humana casi inspiró la misericordia de los muertos.

Un pensamiento filosófico

En el interior del castillo de Blanchefort, Marie de Hautpuol les dio órdenes precisas a sus lacayos para que fuesen preparando las amplias habitaciones con chimenea del ala oeste, a fin de recibir una veintena de invitados, aunque en realidad serían algunos menos. Con ella estaba Antoine Bigou, su confesor, a quien le unía una gran amistad desde hacía años. En todo momento le ayudó con los preparativos, que en cualquier caso y por prudente deferencia, no quiso saber de qué se trataba. Conocía de oídas su posible integración en una de esas logias secretas de las que tanto se hablaba en las provincias, algo que personalmente le traía sin cuidado al ser la marquesa una persona caritativa y atenta con la Iglesia Católica, razones suficientes para estar en paz con Dios y los hombres. Por eso no le importó involucrarse en el asunto, contribuyendo con su presencia y su ánimo. Desde hacía varios siglos, ya desde los tiempos de la Baja Edad Media, la comarca le debía mucho a la familia Blanchefort.

Mientras tanto, el conde de Saint-Germain estuvo visitando los alrededores del pueblo en compañía de Roger, su valet de pie, con el propósito de hallar el lugar exacto donde habrían de construir el receptáculo que precisaban para la singular ceremonia. Durante horas no hizo otra cosa que recorrer el arriscado paisaje con un péndulo en la mano, buscando donde establecer una alineación entre las corrientes telúricas y el resto de los elementos de la naturaleza. Finalmente lo encontró muy cerca de Arques, y todo gracias a su ciencia. El lugar en cuestión era una cripta de la época visigótica, en ruinas, que se erigía en mitad de un terreno yermo y desolado donde solo unos cuantos árboles daban algo de vida y color al paisaje. Como las tierras eran de su buena amiga Marie, que le había dado licencia para decidir según su criterio, hizo que varios obreros se encargaran de reconstruir de nuevo el viejo nicho.

De regreso al castillo, el misterioso noble, llegado en realidad de ninguna parte, ordenó a los sirvientes de la marquesa que limpiasen a fondo una habitación que había en el sótano y que antaño fuera una espléndida bodega. Mandó bajar varias

redomas que contenían, cada una de ellas, líquidos y polvos de diferente color; también un alambique y diversos recipientes de vidrio. Y a fin de que sus instrucciones fueran ejecutadas sin demora, él mismo se encargó de supervisar el traslado. Finalizada la tarea, mandó a su lacayo al pueblo vecino para que fuera en busca de un componente muy especial por el que tendría que pagar un alto precio, así que, antes de partir, le hizo entrega de una bolsa repleta de esmeraldas y rubíes; toda una fortuna para un burgués o plebeyo, aunque no para quien tenía, según se rumoreaba con insistencia, los ases de la Tierra.

Como buen alquimista que era, Saint-Germain conocía muy bien la naturaleza del Agua Caótica de los antiguos maestros, capaz de engendrar la química de Dios. Dicha tintura, que no podía extraerse del reino animal, vegetal o mineral, y que paradójicamente formaba parte a la vez de su composición, sería la base donde habrían de sumergirse el rey y la reina representados por el Sol y la Luna. Pero esa agua de vida, que en la alquimia se la conoce como el Mercurio de los filósofos, y que está compuesta por los cuatro elementos fundamentales que dieron origen a la especie humana, necesitaba de otro componente para el buen fin del proceso, como el que había ido a buscar el solícito de Roger.

El conde de Saint-Germain conocía el secreto, y los demás eran simples principiantes. Por esta razón se abstuvo de recibir visitas mientras estuvo trabajando en la elaboración del Agua Caótica. Durante dos días se encerró en el sótano sin comer ni beber, y sin tan siquiera dormir, hasta que llegó su valet con el efecto que le encargara. Solo entonces se dignó a abandonar el laboratorio, y fue para dar un paseo por las extensas tierras del marquesado en compañía de su titular, la marquesa de Blanchefort.

—Como veis, nadie os ha molestado en vuestro trabajo, ni ha interferido en los preparativos de la ceremonia —comenzó diciendo Marie mientras caminaban por los alrededores del castillo—. Y aunque sé que los hábitos os dan cierta aprensión, he de confesaros que el padre Antoine no es un clérigo tan radical como los que podéis encontrar en París. Os lo digo por si su presencia os cohibe en algún instante.

—De ninguna manera. Pero haréis bien en recordarle que tras la llegada de nuestros invitados, tendrá que marcharse al igual que el resto de la servidumbre.

—No os preocupéis. Dentro de tres días, el padre Antoine regresará a sus obligaciones en la parroquia del pueblo y las doncellas a sus hogares. La mayoría viven en Rennes-le-Château o Carcassonne. En cuanto a los criados, he puesto a su disposición un carruaje que habrá de conducirles a casa de mi hijo Paul, en París.

El conde conocía de oídas a Paul-Urbain de Fleury, único hijo de la marquesa.

—El ritual está previsto para el próximo sábado, dentro de siete días. Es imprescindible que nuestros invitados, incluyendo el rey y la reina, lleguen hasta aquí antes de esa fecha... —le recordó mientras arqueaba algo las cejas—. Entre otras

cosas, hemos de mostrarles la segunda parte de los grabados para que comprendan el alcance de su participación antes de la segunda cópula. De nada serviría el acto si no son capaces de descifrar el significado del proceso.

—Querido conde, os recuerdo que ninguno de nosotros está seguro de cómo interpretar los textos del Rosario de los Filósofos.

Ella se avergonzó al tener que reconocerlo, pero cualquiera de los miembros de la logia hubiese dicho lo mismo. Lo único que sabía era que, de tener éxito, la humanidad no volvería a ser la misma. Pero seguía sin entender el pictórico jeroglífico que cierto alquimista anónimo publicara doscientos años atrás, esperando atraer la curiosidad de los iniciados.

Saint-Germain sonrió condescendiente.

—Debéis tener paciencia... —Se aclaró la voz—. Todo os será revelado a su tiempo —afirmó solemne.

—Perdonad mi insistencia, pero no podéis tenerme así, en ascuas... —La aristócrata puso cara de estar viviendo un infierno—. ¡Os lo pido por favor, Maestro! Necesito saber la verdad.

La expectación de Marie parecía sincera, por lo que el enigmático conde tuvo que ceder a sus ruegos. Aunque, como siempre, no hablaría claro hasta el final.

—Si lo hiciera, jamás podríais adquirir la sabiduría por vuestros propios medios, y eso sería como desacreditaros. Lo que haré, si me lo permitís, será recitaros de memoria un texto del afamado alquimista Jean D’Espagnet, para que reflexionéis sobre el significado del proceso... —Hizo como si tratara de recordar, y a continuación pronunció el precepto de los filósofos—: «Tomad la Virgen alada después de haberla lavado, purificado y preñado con el esperma espiritual de un primer macho, pero que, sin embargo, permanezca todavía inmaculada, por más que esté encinta. Júntala y acóplala a un segundo macho, con cuya simiente concebirá una descendencia venerable, que será de uno y otro sexo, y de la cual tomará su origen una raza inmortal de reyes muy poderosos».

—¿Los Hijos de Dios, acaso? —Marie no estaba muy segura de haberlo comprendido.

Él asintió en silencio, orgulloso de su alumna.

—Ellos serán la Piedra Filosofal... —admitió finalmente—. La transmutación alquímica es parte espiritual y parte corporal, como los Hijos de Dios, por lo que el proceso es un cúmulo de sensaciones ambivalentes, tales como el amor y el odio, lo femenino y lo masculino... arriba y abajo. Todo es lo mismo, un único ser. Por eso os digo que la piedra de los filósofos es el secreto de la vida eterna, un acontecimiento capaz de desestabilizar el orden del mundo, y posiblemente la finalidad misma de nuestra existencia.

—Ya que hablamos de misterios insondables, y puesto que, a pesar de ser uno de

los miembros de la logia aún me considero creyente, me gustaría que respondierais a una pregunta... ¿Era realmente Cristo Hijo de Dios?

—Una pregunta inteligente, querida amiga... —Saint-Germain sonrió satisfecho—. Y mi contestación es sí, aunque más bien se puede decir que era Hijo de la Palabra, del Verbo... de la parte femenina de Dios. Esa fue precisamente la Gran Revelación que no supo ver el hombre.

—¿A qué os referís? —inquirió la marquesa, perpleja.

—Pensad un momento... —le dijo el presunto noble de Transilvania—. La parte femenina de Dios es humilde, paciente, alentadora. Ella es madre y desprendida, incapaz de quitarle protagonismo a su Hijo; aunque por otro lado es quien labra su destino. Siempre habéis creído que María es digna de llenar vuestras iglesias porque fue la Madre de Dios... ¡Ignorantes y ciegos! —exclamó enfático—. Ella era más que todo eso... Era la parte femenina de Dios encarnada en mujer. Cristo era su hijo, y su progenitor Dios-padre, y los tres forman una misma persona: la Santa Trinosofía. Jesús fue un hombre, pero sus enseñanzas discrepaban con el pensamiento generalizado del ser humano. Al ser hijo de la Palabra, y al mismo tiempo de Dios-padre, tenía un espíritu andrógino puro. Su misión era enseñar a los de su sexo que debían amar como aman las mujeres, que es como decir amar con el corazón. Él vino para acabar con los hombres y su violencia, e imponer la armonía primordial que existía en el principio de los tiempos, lo mismo que haremos nosotros gracias a la alquimia.

La marquesa de Blanchefort frunció el ceño, pues no terminaba de creer lo que estaba oyendo. Aquello era demasiado. Decir que la Virgen era Dios no sabía si catalogarlo de elogio desmedido o simple herejía. Solo de pensarlo estuvo a punto de echar a correr en busca de su confesor.

—Me resulta... imposible aceptar algo así. Es... es una aberración... lo que decís —farfulló incómoda.

—Todo lo contrario, ya que lo inaceptable sería pensar que el sacrificio peor pagado de la humanidad fuera obra de un ser de naturaleza masculina... ¿Quién sino los hombres fueron capaces, con su irreverente crueldad, de dar muerte a las esperanzas que María había puesto en su Hijo? Jesús vino para devolvernos nuestra imagen primitiva y el hombre le juzgó como a un vulgar asesino. Por eso os digo que no os escandalicen mis palabras. Dios, en su compasión hacia nosotros, nos dará la oportunidad de cumplir la promesa que le hizo a Adán en el Paraíso, cuando le prometió que la simiente de la mujer aplastaría la cabeza de la serpiente, que no es sino la maldición de la sangre derramada por el hombre.

Marie se enfrentaba a una encrucijada dogmática: admitir las palabras de su Maestro, o el eco de su fe católica.

—Ya que para todo tenéis respuesta... ¿podríais decirme qué significado tiene

acabar con el hombre, o el término «regresar al Edén»?

—El hombre debe seguir viviendo, pero dentro de la mujer... He ahí el gran secreto de los filósofos. En cuanto a lo de volver al Paraíso, esa historia me la reservo para el final, cuando hayamos concluido el proceso. Tened paciencia hasta entonces; os lo ruego.

—Solo si me respondéis a otra pregunta.

—Espero que no tenga nada que ver con el ritual.

—En parte sí... —contestó ella, algo azorada—. Es referente al encargo que le hicisteis a vuestro lacayo.

—¡Ah, es eso! —Parecía no importarle su indiscreción—. Se trata de agua uterina de preñada. Ya sabéis...

La marquesa hizo un gesto de desagrado con la boca para que no siguiese hablando, dando a entender que comprendía perfectamente.

—¿Puedo saber para qué queréis algo tan repulsivo? —inquirió asombrada.

—Esa agua, junto al Mercurio de los filósofos, será donde habrán de bañarse y copular nuestros pequeños héroes.

—¿Y de dónde obtendremos ese Mercurio de los que tanto hablan los viejos libros de alquimia?

—Olvidáis que sé descifrar su lenguaje cabalístico, y que conozco todos sus secretos. Esta misma mañana he podido aislar los cuatro componentes primordiales de la vida. Los conservo en el sótano hasta el sábado. Ya solo falta que vengan a nosotros los implicados.

—¿Y eso será...? —La anfitriona estaba segura de que sabría decírselo.

—El viernes por la mañana, antes del mediodía.

Se detuvieron al final del camino, bajo la sombra de una higuera que parecía estar ubicada en los límites del mundo. En aquel agreste paisaje, era uno de los pocos árboles que lograban vivir en un lugar tan inhóspito.

—La criatura que protege a la reina ha vuelto a asesinar... —le confesó Saint-Germain tras un silencio cómplice—. Esta vez sus víctimas han sido un puñado de prostitutas, una alcahueta y su ama de llaves. Pero eso no es todo, pues ha logrado acercarse hasta su protegida tras ejecutar a otros dos seres inocentes en casa del caballero d'Éon. Sin embargo, la Policía consiguió ponerlo en fuga después de herirlo en un hombro.

—¿Cómo es posible que sepáis todo eso? —Ella se revolvió inquieta, encuadrando su rostro en un gesto de manifiesta incredulidad.

—Soy vidente; no lo olvidéis... —dijo el conde con cierta arrogancia—. Y en mis visiones he podido ver el rostro de esa bestia. Ahora sé a quién me enfrento.

—Vais a asustarme...

—Pues más asustada estaréis cuando os diga que ese criminal intentará por todos

los medios impedir el proceso, y que posiblemente siga a nuestra pareja hasta aquí con el propósito de finalizar su obra y acabar con el rey.

—¿Y qué podemos hacer?

—Tendrá que morir. Y es una lástima porque su mente es la de un niño.

—Un niño no actúa de ese modo —opinó, tajante, la marquesa.

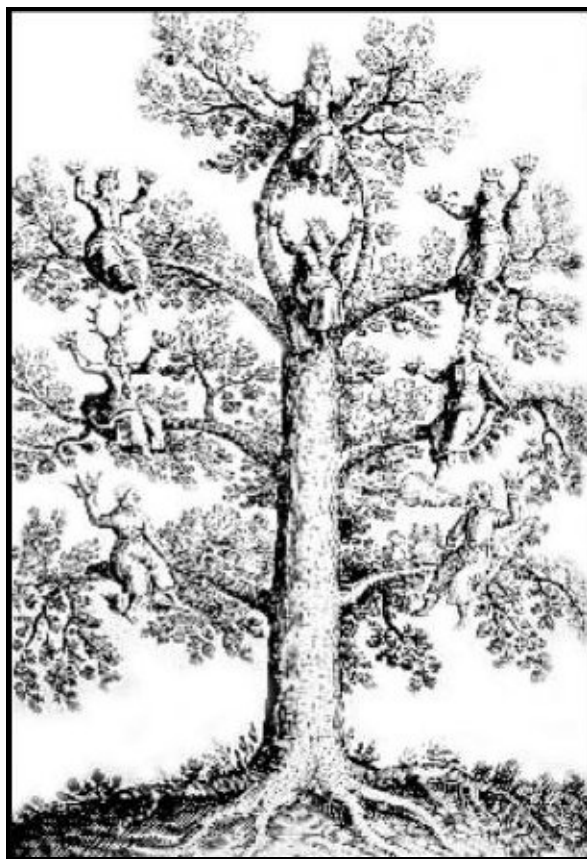
—Eso es porque el sentimiento masculino ha logrado germinar la semilla del odio en su corazón. No lo dudéis; está poseído... Pero aún hay más, ya que tras leer de nuevo los textos filosóficos y cotejarlos con la copia de los pergaminos que ya han sido entregados, he llegado a la conclusión de que nuestro asesino es otro de los elementos primordiales en el proceso alquímico. Es el Cuervo Negro que se sostiene sobre la tierra tras surgir de sus entrañas, y que vive de la putrefacción, el Plomo Saturniano que representa el Tiempo... la Muerte. El Cuervo Filosófico debe perecer ahogado en el Agua Mercurial para que de esta descomposición renazca la Piedra Blanca.

—Me siento como una estúpida. Os oigo hablar y apenas logro comprender lo que me decís.

—Os propongo un reto... —El conde estaba dispuesto a darle otra oportunidad, por lo que metió su mano en el interior de su casaca y luego sacó un pergamino enrollado muy parecido al que le entregara a Charles de Beaumont—. Aquí tenéis el árbol filosófico. Descubrid su secreto, y estaréis en posesión de la verdad. Es todo cuanto puedo hacer por vos.

La aristócrata cogió el pergamino, extendiéndolo de arriba a abajo con ambas manos. Mientras lo hacía, Saint-Germain se retiró para que pudiera observarlo con detenimiento.

Y esto fue lo que vio:



Aquello la confundió más de lo que estaba. Aunque una parte de ella creyó comprender el significado del enigma.

El caballero Le Brun

—Hemos de hablar. Necesito que me cuentes lo ocurrido anoche. —Charles la observaba desde la chimenea, con expresión inflexible.

La doncella se apresuró a llevarse la bandeja con lo que había quedado del desayuno, marchándose del dormitorio antes de que el amo le apremiara a hacerlo. Una vez a solas, Papilión apartó las sábanas para sentarse en el borde de la cama con los pies en el suelo.

—Anoche sucedieron demasiadas cosas... —Percibió la voz a través de la cortina de sus cabellos—. En realidad, esto es solo el principio.

—Me parece que vamos a tener que inventar algo nuevo para convencer a Marais. Le tengo abajo, esperando una respuesta. Quiere saber de qué hablasteis.

Ella guardó silencio. Las venas de su cerebro parecían querer estallarle dentro de la cabeza. Superó la molestia incorporándose del todo para ir hacia un pequeño lavador que había junto a la ventana, donde refrescó su rostro con el agua tibia del lavamanos. Charles le entregó una toalla limpia, gesto que fue recompensado con un discreto susurro de agradecimiento. Luego le confesó a media voz:

—Se llama Totó... Vuestro asesino se llama Totó... Es como un niño que apenas sabe distinguir entre lo que está bien o lo que está mal... —Entonces se dio la vuelta para mirarle a los ojos—. Él solo ha intentado protegerme del oportunismo de la gente. Y si ha tenido que matar para lograrlo, es porque alguien le enseñó hace tiempo que es el único lenguaje que conoce el hombre.

—Habrá un motivo, supongo.

—Se lo prometió a mi madre antes de que la asesinaran un hatajo de criminales, los mismos que estaban dispuestos a sacrificarme por ser distinta, a pesar de ser un bebé... ¿Comprendes ahora por qué es tan violento?

—El fin no justifica los medios —le recordó él, como buen jurista que era—. Y en el fondo, no deja de ser un fanático peligroso.

La joven suspiró abatida. Tenía razón, ya que excusarle era absurdo, pero estaba en deuda con el bueno de Totó, y no encontró otro medio de disculpar su conducta.

—No sé cómo explicártelo... —Titubeó antes de continuar—. Yo no trato de defender lo que hizo, pero estamos hablando de un retrasado mental y es ridículo atribuirle responsabilidades que no están a su altura, y menos cuando lo único que ha recibido a cambio de su cariño fue que asesinaran a su amigo y que le hirieran en la espalda. ¿Y sabes que más me dijo? Me contó que lo enterraron vivo... ¿Te parece eso humano?

Papilión le devolvió la toalla con un gesto airado, yendo en busca de su ropa.

—Si eso es cierto, ¿cómo es que aún sigue con vida?

El anfitrión no terminaba de creerse aquella historia.

—Una parte de mí le animó a salir de la tumba, la misma esencia que ha estado alimentando su odio con el fin de protegerme.

Charles recordó la transformación de su rostro y el tono de su voz tras poner en fuga al criminal. Aquello le resultaba cada vez más siniestro y, además, fuera de toda lógica.

—¿Te refieres a tu lado masculino? —preguntó al fin, llevado por la intuición—. ¿Es él quien te domina a veces... el que suplanta tu personalidad?

—No lo comprenderías... —La joven se apartó a un lado.

—Si hay alguien que pueda entender lo que te ocurre, esa persona soy yo... ¿O acaso has olvidado que somos casi iguales?

Papilión se reprochó el haber sido tan dura. Ciertamente, solo él podía comprender su auténtica maldición.

—De acuerdo, hablaré por tercera y última vez con Marais. Pero has de prometerme dos cosas. Primero, que después de que se haya marchado saldremos de viaje a un lugar donde nadie nos encuentre. Segundo, que antes de bajar te enfrentes a la parte de mí que no conoces, pero con la que has de familiarizarte antes de que se inicie la fase final del proceso.

—Acepto... —Él se comprometió con expresión grave, sin valorar las consecuencias de todo aquello—. Aunque me gustaría saber si vas a seguir estando ahí... después de que te marches —concluyó ceñudo.

—Yo siempre estoy ahí.

Satisfecho con la respuesta, el dueño de la casa se armó de valor antes de plantar cara al lado masculino de Papilión, ese oscuro personaje que a partir de entonces recordaría como el caballero Le Brun.

Marais exige explicaciones

Gustave Marais se levantó del sillón nada más se abrieron las puertas del gabinete. Patrick, que desde la noche anterior no había dejado solo en ningún momento al teniente, reaccionó con torpeza debido a la vigilia y a la falta de sueño, y casi pierde el equilibrio al ponerse en pie. En todo caso, Charles de Beaumont y su invitada entraron cogidos del brazo, pero con el talante decaído, o más bien ceremonioso.

El oficial de Policía se dio cuenta de un pequeño detalle que llamó su atención: el rostro del caballero estaba completamente pálido, y las pupilas de sus ojos retenían cierto temor irracional que asoció con el desaliento de los condenados a muerte. En cambio la joven, a pesar de la sencillez que transmitía su imagen al caminar, se la notaba segura de sí misma, incluso provocativa. Era un cuadro contradictorio en el que se fundían rigor y ambivalencia de ánimos; la firmeza de la mujer ante la inseguridad del varón.

Aquello no era lógico. Y así lo creyó Gustave.

—Será mejor que os sentéis —dijo Papilión con un tono de voz autoritario—. Cuando antes acabemos, mejor.

A una indicación de Charles, la joven tomó asiento en el sofá. Él lo hizo a su lado.

—Supongo que sabes la importancia que tienen tus palabras —Marais prefirió hablar sin tapujos—. Debes contarme todo lo que te haya dicho ese monstruo, sin ocultarme nada.

—¿De verdad os interesa conocer su historia? —la pregunta escondía cierto sarcasmo.

En nada se parecía a la tímida joven que conociera en el afamado prostíbulo.

—No se trata de un ruego, sino de una imposición de carácter judicial —la joven podía ser impertinente, pero sus arrestos siempre le precedieron en el Châtelet—. Te recuerdo que si te niegas puedo enviarte al manicomio de Bicêtre con solo firmar una orden.

A Charles le era imposible intervenir. Aún no se había repuesto de la impresión de haber conocido el lado masculino de su pupila. En realidad, apenas podía pensar en otra cosa.

Papilión, que había cambiado de actitud al escuchar la amenaza del policía y ahora se mostraba más serena y menos arrogante, asintió con la cabeza. Oponer resistencia no era la mejor vía de diálogo.

—Decidme, teniente... ¿qué deseáis saber? —arrojó su pregunta, dispuesta a colaborar.

—Todo, desde el principio. Quiero saber quién es ese loco, por qué asesina... y sobre todo, necesito que me digas dónde se esconde.

Ella se vio obligada a repetir, palabra por palabra, la conversación que mantuvo con Totó la otra noche. Le contó lo de la promesa que le hiciera a su madre antes de morir, su huida en compañía de un enano amigo suyo, y la posterior traición de unas mujeres que les pagaron con la muerte tras haberles salvado la vida. Le hizo una descripción exacta, pues así lo escuchó del gigante, de cómo lo ensartaron por la espalda como a un animal a sacrificar, para luego enterrarlo en vida. No se olvidó del detalle de su insólita resurrección gracias al deseo de sobrevivir. Le habló de su locura, de su odio, pero también de su lado más humano e inocente. Y para terminar, le advirtió que lo mejor sería olvidarlo, pues ella misma iba a abandonar París para siempre llevándose consigo la maldición.

Marais se quedó pensativo unos segundos.

—Es suficiente... —dijo al fin—. Ya no tendré que molestarte más.

Se levantó convencido, y tras despedirse formalmente del caballero d'Éon y su invitada, abandonó el gabinete en compañía de Patrick.

Tanto a Charles como a Papilión les resultó extraño que el tenaz policía se marchara con su ayudante sin hacerles más preguntas.

Los hermanos Rimbaud

Una vez que estuvieron fuera de la casa, Marais y su ayudante cruzaron la calle en dirección al río hasta alcanzar la explanada del puerto. Allí, en una pequeña plaza que se abría frente a las embarcaciones que danzaban sobre el agua, se detuvieron sin dejar de mirar en ningún momento la lejana fachada de la casa donde habían pasado la noche.

—Siempre he dicho que nada puede superar la imaginación de una mujer... —Gustave rompió el silencio, encarando al joven Patrick—. Está muy equivocada si cree que voy a tragarme sus mentiras.

El bretón le dio la razón sin comprender muy bien de qué hablaba, pues la mayor parte del interrogatorio estuvo luchando por mantenerse despierto, y apenas se enteró muy bien de la conversación que había mantenido con la joven. Aun así, conocía al teniente, y sabía que era extraña la vez que erraba en sus predicciones.

—Pon atención a lo que voy a decirte... —habló de nuevo Marais—. Vete a cualquier taberna de mala muerte, y contrata a dos rufianes que se presten a servirnos de espías. Ofrece cinco monedas de oro a cada uno, y tráeles lo más pronto que puedas. Si preguntan qué han de hacer, diles que solo tendrán que vigilar los movimientos de un caballero y su joven acompañante.

—¿Qué haréis mientras tanto? —preguntó Patrick.

—Aguardaré aquí hasta que regreses. No puedo dejar que esos dos se salgan con la suya. ¡Vamos! —le apremió, dándole una palmada en un hombro—. No pierdas tu tiempo pensando que eso me corresponde a mí. Has de estar de vuelta antes del mediodía.

El joven cumplió las órdenes poniéndose en camino. Al poco le vio desaparecer más allá de los altos edificios del puente.

Gustave se acercó al muelle para distraerse con la visión hipnótica de las barquichuelas a merced de la corriente del río. Centenares de lenguas de luz titilaban

en las crestas de las pequeñas olas, reflejo de un Sol que cada vez calentaba con más fuerza el centro de la ciudad. Transcurrido un tiempo comenzó a caminar de un lado a otro con el fin de ejercitar sus piernas, pero en ningún momento le quitó el ojo de encima al edificio donde vivía Charles de Beaumont. Esperaba que huyeran en cualquier instante, quizá para reunirse con el criminal, o con esa secta de fanáticos herejes a la que pertenecía la muchacha, que a fin de cuentas debían ser todos cómplices de los asesinatos. Y sin embargo, nada. Ni un solo carruaje se detuvo frente al portal de la casa.

Apenas había transcurrido una hora, cuando distinguió a lo lejos a su ayudante en compañía de dos sujetos que se ajustaban al encargo, pues no eran demasiado excéntricos en el vestir y apenas si llamaban la atención. Nada más llegar se presentaron como Jules y Jean-Jacques Rimbaud, dos hermanos en busca de fortuna que tomaban fuerzas en una taberna que había al otro lado del río. Al saber que su trabajo consistiría en ayudar a la Policía en el esclarecimiento de un caso de interés público, aceptaron de buen grado porque, aunque pasaban por una situación precaria, afirmaron que jamás harían algo que estuviera al margen de la Ley. Gustave les creyó, pues en el fondo no eran más que dos jóvenes deseosos de ganarse un dinero honradamente. La labor de Patrick bien se merecía una felicitación. Eran perfectos para la misión encomendada.

Sin perder más tiempo les puso al tanto de cuál iba a ser su cometido. Debían espionar la entrada del edificio que tenían frente a ellos, al otro lado de la avenida. En caso de que observaran cualquier indicio que les hiciera pensar que sus dueños iban a salir de viaje, tal podía ser el caso de lacayos amontonando baúles en la puerta, o ver un coche de caballos frente a la casa, debían ir a buscarles a Nôtre-Dame, donde estarían hasta bien entrada la tarde. Les hizo entrega de la mitad del dinero, pues el resto lo recibirían al finalizar el trabajo.

El pacto quedó sellado nada más cogieron las cinco monedas de oro.

Los preparativos

Charles llamó a su criado para que se encargara personalmente de guardar sus trajes y calzado en los distintos baúles que escondía en el ropero; Alessandro acudió igualmente a la llamada, ayudando a Bernard en la tarea. Les pidió que embalaran cuanto antes todo lo necesario para un viaje de varias semanas, recordándoles que debían estar preparados para acompañarle antes del crepúsculo.

Los demás siervos fueron despedidos tras ser recompensados con cien luises cada uno. Era lo menos que podía hacer después de que hubieran asesinado a dos de sus compañeros en la casa donde servían, cuerpos que la Policía trasladó hasta la morgue del Hôtel-Dieu durante el transcurso de la noche. Por supuesto, Charles escribió varias cartas de recomendación para que no tuvieran dificultad en encontrar trabajo en una familia digna.

Tras despedir a la servidumbre, se encerró en el gabinete donde poco antes recibieran al teniente Marais. Papilión estaba en su cuarto, preparando el equipaje en compañía de la doncella. Aprovechó aquel momento de tranquilidad para reflexionar con respecto a lo acaecido en las últimas horas, algo que era necesario si no quería perder del todo la razón.

Sentado en el confidente, con los ojos entornados, rememoró la peregrina escena de ver a Papilión transformada en un caballero hostil, tiránico y absolutista, que le incitaba con despropósitos e insultos destinados a confundirle. Eso aún se podía permitir, pero lo que era imposible de soportar, sin sentirse incómodo, era ver el cándido rostro de la joven convertido en un obsceno gesto de barbarie. Y luego estaba el tono de su voz, una entonación desgarrada y áspera como la del mismísimo diablo; desde luego, jamás como la de un ser humano.

Recordó con semblante sombrío el momento en que el diálogo se convirtió en debate, justo cuando el caballero Le Brun amenazó con mostrarse a todo el mundo, incluido el policía, si no eran escuchadas sus peticiones. Papilión tomaba las riendas

de su personalidad a intervalos, logrando que fueran tres los participantes de un conciliábulo irracional donde solo intervenían dos personas. A pesar de combatir la soberbia de su lado masculino, este se imponía a su conciencia con un vigor contradictorio que resultaba realmente grotesco. Era imposible luchar contra sí misma porque ambas fuerzas compartían un solo cuerpo que se adaptaba a las exigencias de uno y otro sexo. Por eso decidieron ceder al capricho de su alter ego, que no era otro que el de fijar el destino del viaje que pensaban iniciar. Irían hacia el sureste del país, a un pequeño pueblo del Languedoc.

Charles apartó de sí la terrorífica imagen del caballero Le Brun para reflexionar con respecto a su inopinada desazón. ¿Por qué deseaba con tanto afán conducirles a Rennes-le-Château? ¿Qué oscuro destino les aguardaba en aquella región harta en supersticiones y leyendas? Preguntas que quedaron sin respuesta al abrirse las puertas del gabinete.

Era Papilión, la de siempre, dulce y tímida como una niña. Se había cambiado de vestido, y ahora llevaba uno de color naranja algo más escotado. Parecía tranquila, dispuesta a emprender el viaje cuanto antes. Incluso sus ojos derrochaban esa luz que emiten las mujeres cuando se sienten arrebatadas por la felicidad. Se diría que todo marchaba bien para ella. Charles se acordó entonces de las jóvenes que murieron abrasadas, y no pudo evitar el sentir un escalofrío por todo su cuerpo.

—Tú sabes lo que nos espera en Rennes-le-Château... ¿verdad?

La pregunta no cogió desprevenida a Papilión, pero esta tuvo que meditar bien antes de responder.

—Hace tiempo que sueño con liberarme de él... —confesó con voz queda—. Ese momento se acerca, y tú estarás a mi lado para ser testigo del cambio. No te puedo decir más, solo que no debes temer ningún daño físico. Una vez que hayamos completado el ritual, podrás ir a donde quieras y hacer lo que desees.

—Mi deseo es pasar el resto de mi vida contigo.

Sin saber por qué, dijo aquello como si se tratara de un conjuro que le iba a permitir despertar de aquel sueño sin sentido.

—Eso no es posible, pues soy una mujer distinta a las demás... —Sonrió avergonzada—. La misión que me ha sido impuesta, según voy comprendiendo, es la de entregar mi vida en beneficio de la humanidad. No sé que me deparará el destino, créeme; en todo caso, estaré siempre a merced de mi tutor. Él debe enseñarme aún demasiadas cosas que a los demás os resulta difícil de comprender. Incluso para ti, que no eres hombre ni mujer.

—Nunca dejas de sorprenderme —admitió pensativo. Hubiera deseado otra respuesta, aunque tuvo que admitir que vivir con una criatura así hubiera conllevado demasiados cambios en su vida.

—Lamento no poder ofrecerte algo más. No sé, quizá algún día...

—Déjalo, no trates de arreglarlo con falsas esperanzas... —reaccionó con gravedad. Después se puso en pie, tirando hacia abajo de su casaca con orgullo—. De todos modos, tengo planeado regresar a Inglaterra lo antes posible. París no me ha sido muy hospitalario.

—Te comprendo... También yo tengo intención de desaparecer por un tiempo. Mi mentor piensa llevarme a un país lejano, cuna de grandes civilizaciones. Allí seré instruida para que el principio del ritual se consolide en la sabiduría... ¿Verdad que al escucharme crees que estoy loca? —le preguntó a ver su gesto de incredulidad—. Y sin embargo, todo es cierto.

—Estoy dispuesto a participar de la farsa que habéis montado, pero no me pidas que le siga el juego a ese impostor. Lo único que espero es que puedas ver la verdad antes de que sea demasiado tarde.

Papilión iba a replicar, cuando escuchó unas pisadas detrás de él. Era Bernard, quien entró en el gabinete para acercarse a su amo.

—Alessandro nos espera en la puerta con el carruaje —susurró a media voz, esperando una respuesta.

—Dile que cargue los baúles y las bolsas de viaje. Saldremos de inmediato.

El fiel lacayo se marchó del mismo modo que había venido.

—Será mejor que cojas tu neceser —fue el frío consejo de Charles—. Nos vamos en breve.

—¿Estás seguro de querer hacerlo?

—Sí... tengo curiosidad por saber lo que va a ocurrir.

—Pues más te vale olvidar tus prejuicios, y comenzar a sentir los latidos del mundo en tu corazón. Eres un andrógino, un ser perfecto como yo. Juntos lograremos aislar el pecado mutilando el deseo, gracias al fuego espiritual de Dios y a la complejidad de nuestros cuerpos. Pero eso a ti parece no importarte.

Dicho esto fue hacia la puerta del gabinete, desapareciendo poco después. Tras escuchar sus delirios, Charles decidió no volver a contrariarla. Discutir con ella era como navegar por las oscuras aguas de la locura.

El aviso

Entre tanto, Marais y su ayudante inspeccionaban los alrededores de Nôtre-Dame en busca de pruebas que confirmaran la presencia del asesino en el interior de la catedral. Encontraron rastros de sangre en los adoquines de la plaza, e incluso en las escaleras de acceso al santuario, pero eso no demostraba que fueran recientes, y mucho menos que pertenecieran al criminal. Y aunque el oficial tuvo el presentimiento de que, en efecto, se trataba de la sangre del gigante, se retrajo de molestar de nuevo al prior porque tal vez, y era lo más inteligente, viéndose acorralado tratara de huir en busca de otro escondite más seguro. Su instinto le decía que su hombre había abandonado el área de acción desde donde se organizaba para llevar a cabo los crímenes. Buscarle ahora que le conocían, iba a resultar más laborioso que cuando apenas sabían nada de él. Y sin embargo, tenía la esperanza de hallar indicios de su permanencia en la catedral.

Finalmente, su paciencia se vio recompensada cuando hablaron con un mendigo que solía pernoctar al amparo de los contrafuertes. Dijo haber visto, ya de madrugada, como uno de los clérigos abandonaba el templo y se marchaba corriendo calle abajo, sin mirar hacia atrás. Le preguntaron por su aspecto, y respondió dándoles la misma descripción que ya tenían del asesino. Y cuando quisieron saber el rumbo que había tomado, el menesteroso señaló en dirección sur, hacia el río.

Un tímido estipendio fue suficiente pago por el esfuerzo de sus palabras. Luego regresaron a la fachada principal, donde el teniente estuvo debatiendo con Patrick si tenían pruebas suficientes para investigar de nuevo en el interior de la catedral, o si por el contrario, era mejor comenzar a seguirle la pista al asesino yendo tras sus pasos.

En ese momento vieron llegar a Jean-Jacques, el más joven de los hermanos Rimbaud. Corría hacia ellos, y eso significaba que algo importante debía estar sucediendo en casa de Charles de Beaumont. Cuando se detuvo, apenas si podía

hablar debido a la carrera.

—¡Señor! Tal como... bien pensabais, acaba de... de detenerse un carruaje frente al edificio... que nos habéis indicado... —Tomó aliento una vez más—. Un criado está... afianzando los baúles... a la espera de su amo.

—¿Y tu hermano? —preguntó Marais.

—Ha decidido improvisar, señor... acercándose al mozo... para darle conversación. De este modo... lo retrasará hasta que vos lleguéis... con vuestro ayudante.

—Bien hecho, pues eso nos dará unos minutos de ventaja... —Entonces el teniente se dirigió a Patrick—. Necesito que me consigas un coche de caballos, al precio que sea. Si es necesario, alquila uno que sea ligero. Pero sobre todo, lo quiero ya. ¿Me has entendido?

El joven de Saint-Malo se marchó sin discutir, acostumbrado como estaba a sus prerrogativas. Ya se verían de nuevo frente a la casa del caballero d'Éon.

Confiando en las aptitudes de su ayudante, que eran excelentes según había demostrado, Marais acompañó a Jean-Jacques hasta donde les esperaba su cómplice.

Poco después llegaban a la amplia avenida del embarcadero, donde efectivamente vieron a Jules entreteniendo a Alessandro con un trivial diálogo que parecía no tener fin. Nada más descubrir a su hermano en compañía del teniente, se despidió del sirviente de origen siciliano dejándole con la palabra en la boca. Con cierto disimulo se alejó en dirección al río, dando un rodeo antes de unirse a quienes le esperaban en el puerto fluvial para no llamar la atención.

—Están a punto de marcharse —dijo Jules en tono confidencial, observando distraídamente las oscuras aguas del Sena, siempre de espaldas a la casa—. Y por lo que he oído decir, piensan viajar hasta una pequeña villa al sur del país... cerca de Carcassonne.

—Has estado magnífico, muchacho... —susurró Marais, mirando a propósito hacia el otro lado. Luego dejó una bolsa de piel sobre uno de los maderos verticales del muelle—. Aquí tenéis los dos lo prometido. Ahora marchaos, y olvidad para siempre lo que habéis visto. Y un consejo... gastad con prudencia vuestro oro, y no os metáis en líos.

Así se lo prometieron ambos antes de dejarle a solas frente al embarcadero. Allí aguardó paciente la llegada de su ayudante.

El establo

Totó estuvo corriendo durante todo el día, sin detenerse a tomar alimento ni a descansar, hasta que por fin cayó abatido por el sueño y la fatiga nada más alcanzar el bosque de Fontainebleau.

Se despertó a la mañana siguiente con el cuerpo helado por dormir a la intemperie. Tras hacer un titánico esfuerzo, consiguió ponerse en pie. Miró hacia arriba. El Sol penetraba tímido por entre los ramajes más altos, iluminando sesgadamente la corteza de los árboles. A continuación echó un vistazo a su alrededor. Estaba solo.

La herida le seguía doliendo, quizá aún más que al principio. Abrió la sotana para echarle un vistazo. No pudo evitar sobrecogerse al ver que tenía la piel contraída a causa del fuego y de la cera, pero había cauterizado por completo dejando, eso sí, una cicatriz descomunal que le ocupaba todo el hombro. No encontró signos de infección de los que tuviera que preocuparse, y eso era lo más importante.

Abrió las anchas aletas de su nariz. Luego olisqueó el aire tratando de reconocer en el ambiente ese olor húmedo y gratificante que rezuman los ríos y las fuentes, pues el hambre se puede soportar a veces pero la sed es un enemigo implacable, difícil de vencer. Se dirigió hacia el sureste llevado por el instinto, y tal vez, porque el viento venía de esa dirección y traía consigo el aroma inconfundible del agua. Finalmente, encontró un riachuelo que descendía de la montaña, creando una pequeña cascada al precipitarse desde el acantilado. Lo primero que hizo fue despojarse del zarrapastroso hábito que llevaba puesto desde hacía meses y buscar en la frialdad de las aguas un tónico refrescante que le devolviera nuevamente a la vida. Se colocó justo debajo de la cascada, alzando la cabeza y con la boca abierta para beber al tiempo que tomaba conciencia de la nueva situación.

Estaba demasiado lejos de su destino, y solo le quedaban seis días para poder llegar a tiempo. El caballero de sus sueños insistió en que debía ir hacia el sur y

aguardar allí sus indicaciones. Le prometió que vería de nuevo a su niña, y que le ayudaría a apartarla de los hombres malos para conseguir que volvieran a estar juntos de nuevo. Hasta ahora no había dudado de sus visiones, pero un presentimiento inexplicable le acosaba desde que le hirieran, y a veces desconfiaba de su cordura. Ya no tenía a Petit Ours a su lado para aconsejarle sabiamente. En realidad, hacía demasiados años que no tenía a nadie.

Durante unos minutos estuvo evocando el pasado en busca de respuestas. Lo primero que recordaba era la voz autoritaria de un adulto, un eco fugaz que penetró en su cerebro empujándole a escarbar en la tierra hasta salir al exterior para retomar aliento, antes de asfixiarse. Otra de las imágenes que se repetía una y otra vez en su cabeza, era la de los rostros de Aimez, Léonore, Maurice, y su esposa Amélie, cuando regresó a la hacienda donde les habían agredido. No encontró allí a la criatura, ni al joven caballero que consiguió arrebatarse su custodia. Pero no se marchó sin antes degollarlos. Aunque obtuvo de Léonore, gracias a la tortura, la confesión de que la idea de asesinarles para quedarse con la niña fue cosa del amo de Maurice, el conde de Vadier, el cual tenía pensado criarla como hija suya con el fin de ir estudiando su deformidad con el paso de los años.

Concluida su cruel venganza, el gigante se puso en camino, y fue en busca de aquel hombre que le había robado lo que más amaba en su vida. Le estuvo siguiendo durante años por toda Francia, de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, hasta que finalmente pudo dar con él y reclamar lo que era suyo. Cierta noche, después de que el conde se acomodara en Toulouse, se introdujo en el laboratorio de su hacienda con el fin de ajustar viejas deudas. Allí le sorprendió mientras trabajaba, golpeándole en la cabeza con un gran madero hasta hacerle perder el conocimiento. Luego prendió fuego a su cuerpo junto a los recipientes de cristal con fetos contrahechos de seres humanos, que eran parte de su labor científica. Fue entonces cuando debió aprovechar la oportunidad que se le presentaba y contactar con la niña, que ya era toda una mujer. Pero temió que le rechazara debido a su condición de retrasado mental y a su desproporcionada estatura. Creyó que lo mejor sería protegerla sin que ella se enterase. Y así lo hizo durante un tiempo, sin ningún problema, los meses que la joven estuvo trabajando en la casa de costura. Pero de nuevo la secuestraron para venderla como a un animal. Todos ellos tuvieron su merecido, incluso los despreciables que aprovecharon su defecto para exhibirla de ciudad en ciudad. Y en todo momento sintió que lo que estaba haciendo era lo único decente de toda aquella barbarie de raptos, cesiones y venganzas. La criatura era para los hombres un juguete al que podían vapulear a su antojo, por eso tuvo que darles un escarmiento.

Recobradas las fuerzas, el gigante dejó a un lado los trágicos recuerdos, y volvió a ponerse el hábito jironado para iniciar de nuevo su desatinada carrera a través del laberinto de árboles.

Al cabo de una hora había atravesado el bosque y alcanzado los alrededores de la ciudad de Fontainebleau. Distinguió algunas haciendas dispersas por el valle, casitas de color blanco con sus huertos y jardines bien cuidados que rodeaban al emblemático castillo. Se acercó con sigilo a la más cercana, a la vez que su apocado cerebro trataba de perfilar un plan que le permitiera viajar más cómodo y veloz. Había visto un establo a varios metros de la casa y por las apariencias le dio la impresión de que los dueños debían estar ausentes, o si acaso dormidos todavía. Sigilosamente aprovechó que todo estaba en calma para deslizarse hasta la parte posterior del cobertizo. Con el corazón en un puño, sintiendo que le faltaba el aire a causa del asma que arrastraba desde hacía diez años, tomó la decisión de arriesgarse a ser descubierto y coger prestado uno de los caballos.

Le fue posible alcanzar la entrada del establo sin que le vieran, al estar orientada hacia el norte y la de la casa hacia el este. Quitó la oxidada aldaba, y empujó el portón con cuidado. El lugar olía a heno mezclado con orines y excrementos de animal. Al principio anduvo a tientas. Solo la poca luz que entraba por el hueco de la puerta iluminaba apenas las paredes de donde colgaban los aperos de montar y otros útiles de labranza. Cuando sus ojos se hicieron a la oscuridad reinante pudo ver a un par de yeguas que le miraban a su vez con curiosidad. Parecían tranquilas, dóciles, acostumbradas al hombre. Cada animal ocupaba un pesebre diferente, una al lado de la otra, y se las veía igual de sanas, por lo que a la hora de escoger decidió llevarse la que estaba más cerca de la puerta.

Retrocedió para descolgar de la pared una silla de montar. Con dificultad, debido a la herida, se la echó a la yegua por encima del lomo y ajustó las correas, asegurándose de que estuvieran bien ceñidas al vientre. Le acarició la cabeza, susurrándole palabras de cariño al tiempo que tiraba de las riendas con suavidad hasta situar al animal frente a la puerta de salida. Aferrándose a la crin, y tras poner un pie en el estribo, tomó impulso y de un salto consiguió subirse a la primera.

—¡Eh, tú! ¿Qué estás haciendo ahí?

Desconcertado, Totó levantó la cabeza al escuchar la agria voz. Era un hombre con trazas de labriego, tal vez el mozo a cargo de las bestias, escrutando la penumbra con una mano abierta por encima de la frente. Estaba a unos diez pasos de él, obstaculizando su salida del cobertizo. En las manos llevaba una horca de aventar la mies.

El gigante se estremeció al evocar el pasado, y sintió de nuevo las púas atravesando la carne de su espalda. Llevado por el temor espoleó con fuerza los flancos de la yegua, y esta arremetió contra el mozo pasándole por encima.

Jinete y caballo aprovecharon la oportunidad para alejarse a galope de la hacienda, dejando el Sol de mediodía siempre a sus espaldas.

Parada en Carcassonne

Finalmente llegaron a Carcassonne, estratégico nudo de comunicaciones situado en la región de Aude. El carruaje pasó frente a las murallas de aquel impresionante enclave medieval, y fue a detenerse ante un edificio de dos pisos que había al final de la iglesia de Saint-Nazarie. Charles bajó primero, con el propósito de ayudar a Papilión a que hiciese lo mismo dándole la mano, pues había llovido la noche anterior y los adoquines de arenisca estaban mojados y deslizantes.

—Solo espero que Nazarie esté en casa —dijo el caballero d'Éon, buscando con la mirada los ventanales del edificio.

Nazarie y él habían cursado juntos la carrera de Derecho en París, pero tras finalizar los estudios regresó al hogar de sus padres, y no volvió a saber nada de él hasta que, una vez de vuelta de su viaje a Rusia, recibió una carta invitándole a pasar unos días en la casa que tenía a las afueras de la ciudad, que aún guardaba la memoria de los cátaros.

Eran jóvenes, atractivos, y soñaban con seducir al mundo con ese encanto tan peculiar que derrochaban sus delicadas maneras. Cierta noche que salieron a celebrar su reencuentro, y en la cual bebieron en exceso, y ello hizo que sus ánimos se fueran calentando hasta confiarse sus mayores secretos, descubrieron que entre ambos había nacido cierta atracción, al margen de la amistad, a la que cedieron de forma impulsiva sin tener que concederse más explicaciones. Sin temor a perder la dignidad, Charles llegó a comprender que otro hombre podía proporcionarle lo que una mujer porque su cuerpo había sido concebido para amar a ambos, a pesar de no ser tan perfecto como el de Papilión. En todo caso, el propósito de su visita no era precisamente el de rememorar los buenos momentos del pasado sino el de solicitar el permiso de su amigo para pasar la noche en su casa de piedra antes de reemprender el viaje. Esperaba que Nazarie le recordara después de doce años, y también que fuera lo bastante discreto para no tener que explicarle su situación actual.

—Deberíamos entrar —propuso Papilión al verlo tan ensimismado con sus recuerdos.

Asintió con la cabeza al comprender que estaban en medio de la calle, y que los ruidosos carruajes tenían que apartarse para no atropellarles.

Se acercaron a la entrada en tanto que Bernard y Alessandro, que hacían la función de cocheros, buscaban un lugar mejor donde situar la calesa. Con decisión, Charles golpeó con los nudillos en la puerta sin dejar de mirar hacia arriba, donde los ventanales con rombos emplomados se abrían hacia la iglesia. Apenas transcurrieron unos segundos antes de que una mujer asomara su cabeza detrás del recio portón forrado con remaches de bronce.

Tendría algo más de treinta años, aunque aparentaba algunos menos, debido al maquillaje, y a las lociones astringentes que estaban tan de moda entre las mujeres que superaban cierta edad. Sus cabellos eran escarolados y negros como la pez, y sus ojos de un azul tan profundo que solo podía encontrarse en los abismos de los océanos. A pesar de la fragilidad de su bien formado cuerpo, su gesto desafiante era el de una hembra sobrada de agallas para enfrentarse a cualquier tipo de conflicto sin temor a las consecuencias.

—¿Morgane...? —se escuchó la voz de un varón desde el interior de la casa.

—Estoy aquí, Nazarie... —La mujer se giró sin mediar palabra con los recién llegados. Luego volvió a mirarlos con ademán interrogativo—. ¿Puedo saber qué deseáis?

Antes de que pudieran contestar, un individuo de figura esbelta se asomó por detrás de la mujer, observándoles con detenimiento. Charles reconoció de inmediato a su antiguo compañero de estudios, aunque este tardó un poco más en darse cuenta de quién era el individuo que venía a importunarle a primera hora de la mañana.

—¿Charles...? ¿Charles de Beaumont? —preguntó, tratando de recordar—. ¡Oh, cielos... cuanto tiempo sin verte!

El hombretón apartó con suavidad a la mujer que tenía delante para acercarse y abrazar al que fuera su amigo de juventud. Papilión no sabía muy bien qué hacer en este caso. La llamada Morgane se fijó en ella, ofreciéndole una amplia sonrisa de bienvenida.

—Me parece que mi esposo y este caballero se conocen desde hace tiempo... —soltó lo primero que le vino a la cabeza—. Mi nombre es Morgane.

—Yo soy Papilión —contestó la joven azorada—, amiga de *Monsieur* Beaumont.

—Es un placer, querida. ¡Por favor, pasad! —hizo un gesto para que entrasen todos, incluido los hombres, que no cesaban de hablar y reír a un mismo tiempo.

Nazarie se puso a la cabeza del jovial grupo para indicarles el camino. Les condujo hasta el primer piso, y de allí a un enorme salón de cuyas paredes colgaban coloridos tapices, y donde una alfombra enorme cubría la mayor parte del suelo. Los

muebles eran de calidad, también los jarrones ornamentales de Sévres con fondo bleu de roi, situados a ambos lados de la chimenea. A Charles le hizo gracia un reloj de Meissen de estilo barroco que descansaba sobre la repisa del hogar, en donde podían verse varios querubines y un demonio alado con una guadaña, representando el tema Tempus Fugit. En realidad, la estancia estaba repleta de figuras, platos, copas y demás piezas de artesanía, procedentes de las mejores fábricas de porcelana del mundo; desde la inglesa de Chelsea hasta la llamada de Compañía de Indias.

Charles pensó que su amigo era todo un coleccionista.

—Y bien... ¿puedo saber qué haces aquí, en Carcassonne, al margen de honrarnos con tu visita? —quiso saber Nazarie, una vez que estuvieron sentados alrededor de una mesita de baja altura donde solían tomar el té, bebida a la que se había aficionado desde que se casara con Morgane; de ascendencia inglesa.

—Verás... —Charles chasqueó la lengua, buscando rápidamente un motivo que fuese creíble, y qué mejor que la verdad—. Acompaño a *Mademoiselle* Papilión hasta Rennes-le-Château, donde le espera el príncipe Rákóczy de Hungría, el cual la tiene bajo su tutela desde hace poco más de un año.

—*Monsieur* Beaumont ha sido muy amable al hacer este viaje... —añadió la joven por alusión, que así mostró su satisfacción—. Estoy segura de que cuando regrese a París sentirá nostalgia de esta tierra, ya que la hospitalidad de mi mentor seduce a sus huéspedes hasta el punto que no querer marcharse de su lado.

—Debe de ser una persona de esas que ahora llaman con magnetismo —opinó Morgane, reprimiendo una sonrisa—, como el tal Giacomo Casanova, capaz de complacer a quienes le rodean confiándoles sus aventuras de alcoba.

Charles, que había conocido personalmente al engreído veneciano de carismática verborrea, pero de escaso poder de seducción a pesar de lo que dijera la gente, no estaba en nada de acuerdo con su dictamen, pero pensó que no era propio de un caballero contradecir a la anfitriona en su propia casa, y por eso optó por guardar silencio sobre quien se había inventado un alter ego con el título de chevalier D'Seingalt, además de jactarse de ser un gran conocedor de la magia y la alquimia.

—Supongo que os quedaréis unos días... —Nazarie, quizá en un derroche de hospitalidad, apoyó su mano en la rodilla derecha de Charles, ofreciéndole una sonrisa demasiado amable—. Después de tantos años sin vernos es lo menos que podías hacer.

El caballero d'Éon, a quien no le había extrañado ver a su viejo amigo en compañía de una mujer, creyó que no debía despertar viejas pasiones y poner en peligro la auténtica finalidad del viaje, y tal vez el matrimonio de Nazarie. Además, según Papilión y su oscuro lado masculino, tenían que llegar a Rennes-le-Château antes del viernes por la tarde; y solo les quedaba un día.

—La verdad, no sé si podremos... —reconoció con cierto embarazo—. Lo cierto

es que mañana hemos de seguir nuestro viaje. Aunque es posible que a la vuelta decida aceptar tu proposición.

—Eso sería estupendo.

—Rennes-le-Château no es precisamente un lugar idílico —dijo Morgane tras abrir su abanico de fantasía, y agitarlo en el aire, arte que dominaba con exquisitez—. Apenas se sostienen unas cuantas casas, a pesar de los años, apartadas de la vieja iglesia y del castillo de Blanchefort.

—¿Has dicho Blanchefort? —inquirió Charles, que miró de soslayo a su pupila sin comprender muy bien qué estaba ocurriendo, pues siempre había negado conocer a ninguna de sus amistades.

—Ese castillo lleva ahí varios siglos. Pertenece a una familia aristocrática que vive en París, a pesar de ser los dueños de la comarca. —Nazarie intentó orientarle—. La marquesa suele venir una vez al año para justificar su propiedad, pero suele marcharse a los pocos días. La gente de por aquí dice que ese lugar está encantado.

—Los habitantes del Languedoc son todos iguales de supersticiosos. No hay que hacerles caso —suspiró Morgane.

—Siempre hay algo de verdad en los mitos y en las leyendas —comentó Papilión, tratando de incitar a Nazarie para que les narrase las historias fantásticas que debía haber aprendido a lo largo de su vida.

—Veo que eres de las que creen que vale la pena atender los comentarios de los más ancianos —el anfitrión se alegró de encontrar a alguien capaz de escucharle sin ningún tipo de prejuicios—, pues, aunque no lo creamos, ellos transmiten la historia popular de una a otra generación. El Languedoc no es una región como las demás, es tierra de templarios y cátaros. Dichos guerreros eran sacerdotes que repudiaban la fe cristiana, y creían en la existencia de dos dioses de semejante poder... uno de carácter maligno, el Rex Mundi, y otro benévolo. Definitivamente fueron exterminados por la Iglesia de Roma, por herejes. Pero según cuenta la leyenda, poco antes de que el castillo de Montsegur fuera saqueado e incendiado por las huestes del Papa, cuatro soldados abandonaron la fortaleza llevando consigo ciertos objetos de un valor religioso sin precedentes. Unos dicen que el Arca de la Alianza, otros que el Cáliz con el que José de Arimatea recogió la sangre de Cristo.

—¡Bobadas! —exclamó Morgane—. Todas esas historias del Santo Grial son fruto de la imaginación de unos cuantos oficiosos. Tú sigue creyéndote *sir* Percival en busca de un símbolo, que acabarás tan loco como ellos.

Esto último iba dirigido a su esposo, el cual se sonrojó por haber sido tan irreflexivo.

—¿Sabes si la marquesa está ahora de visita?

Charles trató de rescatar la conversación y conducirla por derroteros más triviales, pero que al mismo tiempo eran de su interés.

—He oído decir a mi doncella que una prima suya que trabaja en el castillo fue rescindida de su labor durante unos días porque la marquesa había llegado en compañía de un caballero. Por lo visto necesitaban con apremio un poco de intimidad —se adelantó Morgane en la respuesta, dejando escapar una risita maliciosa—. Para mí que la nobleza también se divierte a fin de cuentas.

—Supongo que eso contesta a tu pregunta —opinó Nazarie, que luego se encogió de hombros, dando por sentado que su esposa era la única que conocía la verdad.

Antes de que el señor de la casa pudiera darse cuenta, Morgane se desligó de la conversación susurrándole a su joven invitada los chismes referentes a la marquesa que había escuchado no hacía mucho en casa de *Madame* Labille, hermana del alcalde. Al comprender que a partir de ese momento les estaba vedada la participación a los hombres, Nazarie se levantó de su asiento haciéndole un gesto a su entrañable amigo para que le acompañase.

Fueron hacia un despacho oval que había más allá de un arco abierto, al final del salón. Charles pudo ver infinidad de libros de jurisprudencia amontonados en las estanterías, y algunos, que descansaban sobre la mesa, abiertos por la mitad. Una calavera sin maxilar inferior le servía de pisapapeles, y sobre la mesa, junto a los útiles de escribanía, una menorah hebrea iluminaba el lugar de trabajo de Nazarie sin que a este le importase las gotas de cera que se iban acumulando sobre los brazos de plata del candelabro. El horrendo retrato de algún antepasado les observaba desde la pared con mirada oblicua, como si fuese capaz de ponerse en movimiento con un simple chasquido de dedos. Al invitado le resultó bastante sombrío el lugar, impropio de un abogado alegre como su antiguo compañero de estudios.

—Lo conservo así desde que murió mi padre... —Nazarie se dio cuenta de lo incómodo que podía resultarle a la gente el tener que aguantar tales extravagancias—. Solía decir que la austeridad debe acompañar al hombre hasta en su trabajo.

—Sí, me acuerdo. Era una persona demasiado dada a los aforismos.

A Nazarie le hizo gracia que recordaran a su padre por sus máximas, de las que estaba tan orgulloso.

Fue hasta el balcón abierto que daba a la iglesia donde fue bautizado, y de la que sus padres tomaron el nombre del santo patrón para honrarle. Luego se asomó al exterior, señalando una taberna que había al otro lado de la calle.

—¿Te acuerdas de aquella noche? —Nazarie se echó a reír al recordar sus calaveradas—. Estuvimos a punto de batirnos en duelo con los hermanos Hoffet porque les habíamos arruinado jugando a los dados, y nos negábamos a ofrecerles la revancha. Aún me parece ver la cara de esos palurdos cuando descubrieron que manejabas el florete como un maestro de esgrima. Al comprobar tu destreza con el acero, echaron a correr calle abajo sin importarles su reputación.

—Éramos jóvenes y habíamos bebido. —Charles no tuvo más remedio que

sonreír al evocar la escena.

—Así es... —La voz de su amigo se tornó algo más melancólica. Una mueca furtiva pasó por su rostro—. Habíamos bebido...

Nazarie se sintió molesto por la situación, y durante un tiempo estuvo sin cruzar palabra con su invitado. Lo único que hizo durante ese pesado silencio fue observar a quienes conducían su vida de un lado a otro de la amurallada ciudad, testigo mudo de un tiempo violento e intransigente.

—¿Podremos pasar aquí la noche?

Charles creyó que lo más sensato sería olvidar los viejos pecados atrayendo al espíritu de la realidad.

—¿Qué...? —Nazarie reaccionó al asimilar la pregunta—. ¡Oh, sí! Claro que sí... La lástima es que no dispongáis de más días para quedaros.

Volvió a ser el mismo de siempre, desechando la idea de hablar de lo ocurrido en el pasado porque, según le pareció, sería como abrir una vieja herida. ¿Para qué decirle a su amigo de estudios que por más que viviera, jamás olvidaría la experiencia? ¿O es que acaso, y en todo momento, no pensó que era el cuerpo de una mujer el que sedujo cierta noche de otoño?

La anfitriona, que parecía divertirse con Papilión, llamó a su marido para que corroborara la historia del joven que se había apostado la virtud de su futura esposa jugando a las cartas, para luego perderla a manos de tres rufianes. No tuvieron más remedio que volver a sus asientos, y aguantar con fingido interés el relato del estúpido cornudo hasta el final.

Poco después llegaba una vieja criada trayendo consigo una bandeja con una tetera y varias tazas de fina porcelana. El miedo a rescatar los instantes del ayer se esfumó una vez que participaron nuevamente de la conversación entre los cuatro.

Tras las huellas

El carruaje del teniente Marais se detuvo a un centenar de metros, situándose al final de la avenida. Philippe, el cochero que pensaba cobrarles una fortuna por el trayecto, se bajó apresuradamente para abrirles la puerta a los hombres del rey. Gustave y su ayudante descendieron con precaución, mirando a ambos lados. Luego cruzaron la calle tras advertirle al mantecoso calesero que debía esperarles allí hasta que volvieran.

Desde aquella privilegiada posición pudieron ver como el caballero y la joven entraban en uno de los mejores edificios que había frente a la iglesia, donde fueron recibidos por una mujer, al principio, y después por un hombre. Patrick llamó la atención del teniente al descubrir que el carruaje de Charles de Beaumont se alejaba hacia una plaza que había una calle más arriba, quizá con la intención de aparcar bajo la sombra de un sauce que se alzaba en el centro, y evitar así el implacable Sol del sur de Francia.

—¿No creéis, señor, que deberíamos averiguar cuál es el destino de este viaje? —preguntó el joven, desesperado como estaba después de soportar varios días de interminable seguimiento por caminos polvorientos.

También Marais comenzaba a estar harto de perseguir fantasmas. Tras haber recorrido el país casi de un extremo a otro, lo único que deseaba era conocer la verdad.

—Tienes razón, pero no podemos ir preguntándole a los cocheros cuándo piensan detenerse. Eso sería estúpido.

—¿Y si fuera Philippe en nuestro lugar? —sugirió el ayudante—. Quizá pueda sonsacarles la información que necesitamos. A él no le conocen... y los lacayos suelen confiarse a cualquiera que les dé conversación. Ya pudisteis comprobarlo en París con los hermanos Rimbaud.

Gustave consideró una vez más que el bretón tenía talento, pronosticándole

mentalmente una brillante carrera como teniente de Policía.

Tras aceptar la propuesta de su ayudante, se acercaron de nuevo al carruaje en busca de Philippe. Le encontraron agachado frente a una de las ruedas, comprobando el buen funcionamiento de los ejes que no habían sido revisados desde que salieron de Saint-Etienne, su última parada. Al verles se puso en pie.

—Los caballos necesitan agua y forraje... —les dijo, secándose el sudor de la frente con el mismo pañuelo que había utilizado para limpiarse las manos de grasa. Como resultado, su incipiente calvicie mostraba un oscuro lamparón—. Deberíamos descansar unas horas antes de proseguir el viaje... —Lanzó un escupitajo al suelo, y añadió molesto—: Los animales están agotados, y yo, si me lo permitís, necesito dormir un poco.

—Tiempo habrá para eso —sentenció Marais con aspereza—. Ahora has de ayudarnos.

Antes de que pudiese argumentar cualquier pretexto que le evitara inmiscuirse en aquel asunto, el policía le indicó a Philippe cuál iba a ser la misión que iba a desempeñar. Maldiciendo en voz baja su mala suerte, no le quedó más remedio a este que subir de nuevo al carruaje con el fin de acercarse hasta la plaza y dialogar con los cocheros de la calesa que habían estado siguiendo desde París.

—Solo espero que vuestra bolsa sea tan ingente como vuestros caprichos —farfulló el cochero antes de incitar a los caballos para que se pusieran en marcha.

Le vieron alejarse calle arriba, susurrando entre dientes todo tipo de exabruptos en forma de maldiciones y juramentos.

Marais, a pesar de su infatigable esfuerzo, reconoció que debían descansar antes de volver a iniciar la persecución, que dicho sea de paso parecía no tener fin. De mutuo acuerdo decidieron refrescar sus gargantas en la taberna que había junto a la iglesia. Desde allí podían vigilar la entrada al edificio donde acababan de entrar Charles de Beaumont y su joven acompañante, no fueran a salir y perdieran su pista.

Al cabo de una hora, cuando ya echaban de menos una tercera jarra de vino áspero suavizado con miel y un buen camastro donde dormir, vieron que el carruaje de Philippe regresaba nuevamente al punto de partida. A pesar de los efectos del alcohol, Gustave reaccionó poniéndose en pie a la vez que sacudía a su ayudante para que abriera los ojos.

—¡Ya ha vuelto! —avisó satisfecho, y dejó unas monedas sobre la mesa—. Será mejor no hacerle esperar.

El aire fresco del exterior acabó por despejar sus enviciadas mentes. Sin perder más tiempo, fueron calle abajo esperando que el cochero hubiera sido lo suficientemente astuto como para conseguir la información que tanto necesitaban. Este les aguardaba con una sonrisa de oreja a oreja, presagio de esperanzadoras noticias.

Apenas esperó a tenerles frente a sí para hacerles partícipes de su alegría.

—¡Estamos de suerte, señor! —señaló jactancioso.

—¡Vamos... no nos tengas en ascuas! —le alentó Marais, quien era hombre de escasa paciencia.

—Por lo que me han contado esos idiotas, su amo piensa pasar todo el día en casa de un amigo, al que no visita hace años... —comenzó diciendo—. Mañana parten a primera hora hacia un pequeño pueblo llamado Rennes-le-Château, donde pasarán una temporada. Dicho pueblo no queda lejos, todo lo más a unas cuatro o cinco horas de camino de aquí a marcha regular.

—Eso nos da ventaja —aseguró Patrick—. Podemos adelantarnos, y planificar así una estrategia a tiempo.

Gustave negó varias veces con la cabeza.

—Ni hablar... Tú regresarás a París para informar al procurador general de nuestros progresos.

—¡Pero, señor...!

—Escucha, muchacho, necesito que le cuentes a *Monsieur Joly de Fleur* todo lo ocurrido, incluyendo lo que sabemos de esa logia. Dile que tardaré un par de semanas, y prométele que a mi vuelta traeré conmigo al culpable, vivo o muerto... ¡Philippe! —se dirigió al cochero—. Toma tu dinero, y encárgate personalmente de que mi ayudante llegue sano y salvo a París.

Le entregó una bolsa con monedas de oro, talega que el calesero guardó en el bolsillo de su levita antes de que cambiara de opinión, y le obligara a seguir en ruta. Posteriormente se subió a la silla del conductor y tomó las riendas del carruaje, recordándole al de Bretaña el deseo del teniente.

—Señor... ¿y vos que haréis? —preguntó el joven policía una vez que estuvo en el interior del coche, sentado a la espera de iniciar el largo viaje de vuelta.

Marais no dudó en contestar con tono grave.

—Cumplir con mi trabajo... y, además, ajustar una vieja deuda que tengo pendiente.

Dicho esto, se alejó calle abajo. Patrick no pudo hacer otra cosa que sentir lástima de él. Era evidente que le había afectado la fatídica muerte de la joven prostituta. Su vida se vio truncada a partir de entonces. Ya no era el sagaz y metódico policía de siempre, sino un hombre deseoso de llevar a cabo su particular venganza.

El simulacro

Los primeros invitados se presentaron la mañana del miércoles, antes del almuerzo. Eran el marqués de la Roche y su esposa Margot, quienes decidieron en última instancia, y por petición del enigmático conde, traer consigo a su hija Juliette y al joven Maurice Pelliard, duque de Saint-Denis. Solo les acompañaban dos criados, quienes dormirían en una pequeña casa que había tras el castillo. A los nobles se les acomodó debidamente en las habitaciones del ala oeste, cada cual en la que le había sido asignada. El conde de Saint-Germain y la marquesa de Blanchefort les recibieron en persona, aunque en ningún momento se habló del ritual. Para eso aún había tiempo.

Esa misma tarde llegaron *Monsieur* Joly de Fleur y la condesa D'Adhémar, y antes de que cerrara la noche tuvieron el privilegio de recibir al duque de Choiseul, quien hacía dos años que había caído en desgracia y estaba desterrado en Chanteloup, y a su buen amigo el ilustre Denis Diderot, ambos pertenecientes al reducido número de los llamados «enciclopedistas». Al día siguiente lo hicieron el señor de Rohan-Chabot y su mística hermana, *Madame* de Treville; también Milord de Egremont y su esposa Cécile acudieron al evento. Y con ellos se cerraba el círculo. Ya solo faltaban los protagonistas primordiales: el rey y la reina.

En llegando la noche del jueves, Saint-Germain los reunió a todos en el salón principal del castillo. Lo primero que hizo fue darles las gracias por acudir; lo segundo, indicarles que debían mantenerse puros hasta la noche siguiente; es decir, sin ingerir alimentos ni bebidas que no fuera agua, e intentar alejar de su mente cualquier tipo de pensamiento impulsivo o licencioso. Y aunque para algunos neófitos pudiera resultarle extraño ver condicionados sus sentimientos —como era el caso de Juliette y su pretendiente, quienes acudían por primera vez a una reunión de la logia—, aceptaron el compromiso jurando individualmente cumplir el reglamento.

Luego el misterioso conde los invitó a acompañarles hasta un lugar cercano a la

villa de Arques, donde había ordenado restaurar una cripta de época indeterminada con el propósito de convertirla en el estanque donde habría de iniciarse el ritual. Allí, entre todos, levantarían la shekinah sagrada, un altar triangular cuyo modelo ya se describía en la Muy Santa Trinosofía; libro cabalístico escrito por el propio Saint-Germain.

Se trataba de participar de forma activa y personal en el proceso, de adquirir nuevos conocimientos al margen de efectuar un cambio en el hombre. La ceremonia alquímica les proporcionaría el conocimiento necesario con el que poder hacer frente a los resultados.

Aceptaron la proposición, no sin que algunos se preguntaran si era conveniente salir de noche y aventurarse por un terreno abrupto y escarpado que ofrecía poca seguridad. Acompañados por Roger, el lacayo del Maestro, que les entregó a cada uno de los hombres una antorcha encendida para iluminar el camino, salieron al exterior para tomar la senda que conducía al pueblo de al lado.

Al cabo de un tiempo llegaron a un montículo donde, medio oculta por unos árboles frondosos, pudieron ver la cripta hecha de piedra y adobe que permanecía abierta. Tras descansar unos minutos, los hombres se dedicaron a erigir el altar frente al receptáculo. Las mujeres, por sugerencia del Maestro, dibujaron una estrella de seis puntas en el suelo para luego situarse cada una en sus extremos. Extendidos por todo el santa sactorum se colocaron los instrumentos propios de los Rosacruz, incluida la cruz de madera con una rosa roja en el centro.

Finalizada la labor, el Maestro hizo que los hombres formaran un círculo alrededor de las mujeres, quienes permanecían en los vértices de la estrella de David, símbolo del Caos Filosófico que se origina con la unión del rey y la reina como el Sol y la Luna casados entre sí. El módulo elíptico que creaban los hombres al circundarlas representaba la circunferencia del cielo y los siete planetas —el Sol, la Luna, Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno—, y el vacío creado entre unos y otras era la vieja tierra adánica que tendría que vivificarse por la atracción de los cuerpos primordiales. Saint-Germain se colocó en el centro del hexágono que formaba el vaso receptor femenino en contraposición del vaso fecundador masculino. Roger se mantuvo bien alejado de la ceremonia, retirándose varios centenares de metros.

Y entonces, cuando por fin estuvo cada cual en su lugar correspondiente, el Maestro les dedicó unas palabras.

—Voy a contaros una historia... una historia increíble pero cierta —comenzó diciendo Saint-Germain, dispuesto a referirles de una vez por todas la explicación de los filósofos con respecto al Génesis de las Santas Escrituras—. Hace eones de años, mucho antes de que fuera creado el universo, dos seres primordiales que conformaban una misma esencia, llamémosla Dios, en un gesto de abnegación

decidieron distribuir su Luz con el propósito de crear bellas criaturas con las que poder compartir la eternidad. Este ser andrógino, con sentimientos opuestos pero con la virtud de la paciencia y el amor a flor de piel, determinó su independencia creando pequeños seres luminosos que habrían de servirles de compañía y, en cierto modo, aliviar su soledad. De este modo, cada parte de ese Dios se comprometió a cuidar de los hijos que formarían parte de su naturaleza, y a los que deberían enseñarles que, al fin y al cabo, todos eran uno, y que por consiguiente debían aprender las leyes básicas del respeto mutuo y la comprensión.

»El lado masculino de Dios, al ser algo más irreflexivo que su parte femenina, optó por crear seres perfectos e inmortales capaces de ejercer un poder semejante al de su Creador, aunque ciertamente un poder restringido. De este modo nacieron los ángeles, seres de luz que pueblan el mundo espiritual al amparo de Dios... —Se detuvo un momento, observando el rostro de incredulidad de la mayoría. Sonrió antes de continuar—: La Palabra, de la que somos hijos, pensó que era demasiado fácil concederles la eternidad a unos seres tan excelsos y sublimes sin antes haberles enseñado a valorar su sacrificio, pues para recibir una herencia así de generosa tenían antes que conocer sus limitaciones, y eso lo debían aprender por ellos mismos. Así, el lado femenino de Dios creó el mundo material. Y creó al hombre a su imagen y semejanza, o lo que es igual... creó al andrógino. ¡Sí, en efecto! Aunque os parezca ridículo, cuando La Palabra creó el Edén lo pobló con seres capaces de engendrar de forma independiente. Eran criaturas perfectas, semejantes a las mujeres de hoy en día, pero con órganos reproductores masculinos y femeninos, y alcanzaban la edad de mil años. Estos especímenes vivían en paz, compartiendo los frutos de la tierra y respetándose mutuamente unos a otros, y solo engendraban una vez en la vida para conservar de este modo el equilibrio de la naturaleza. Sus hijos eran copias idénticas de sus progenitores, por lo que conservaban ese rostro de enfática belleza que nuestra Madre les otorgó al inicio de los tiempos.

»Todo iba bien, cada parte de Dios pendiente de sus criaturas, hasta que un ángel de extrema sabiduría, que contaba con la plena confianza del Creador-Padre, puso sus ojos en una de sus hermanas terrestres. Y no sabemos si llevado por el amor o arrebatado por los celos, pues las hijas del Creador-Madre eran las predilectas al tener que ganarse la eternidad por méritos propios, y eso las hacía más vulnerables y amadas a los ojos de Dios, descendió del Reino Espiritual para seducir a uno de esos seres que hasta entonces permanecían virginales e inmaculados. Y así fue como la Serpiente tentó a la mujer, preñándola con su simiente; o lo que es lo mismo, los Hijos de Dios se unieron a las hijas de los hombres. Fruto de la unión de ambos nacieron un niño y una niña, con sus atributos de procreación escindidos. He ahí Adán y Eva y el Pecado Original. Por eso os leí hace un tiempo los pasajes del Génesis. Creo que entonces no os distéis cuenta de que en realidad lo que quería

deciros es que Dios creó al hombre dos veces.

»Esto no tendría importancia si el espíritu del varón, el ángel que alteró la vida del andrógino en la Tierra, no hubiese levantado la ira de su Creador al incitar a otros ángeles a hacer lo mismo. Dios-Padre castigó a Luzbell, y con su sentencia, le transmitió palabras como resarcimiento y orgullo, quien a su vez se las inculcó a su progenie masculina por ser más débiles y de su misma condición. Es por ello que el hombre inicia las guerras, y la mujer no. Es por ello que el hombre necesita superarse, y la mujer no. Es por ello que el hombre grita, jura y blasfema, y la mujer no. Es por ello que el hombre solo busca su beneficio, y la mujer no. Es por ello que al hombre le es imposible negarse a la lujuria, y la mujer utiliza la sensualidad para mantener en orden el mundo. Ella cuida del bienestar de la casa, de los hijos y del marido. Ella es la única benefactora con la que cuenta la humanidad porque es hija de la Palabra, y el hombre es un engendro que nació de la soberbia. Y si hay mujeres embaucadoras, crueles o desnaturalizadas, es porque lo aprendieron de su lado masculino.

—¡Me resulta difícil creer en vuestras palabras! —exclamó, indignada, Juliette, tal vez por ser la más joven.

—¿Por qué? —preguntó el conde—. ¿Quizá porque la Biblia dice que Dios creó al hombre a partir del barro y a la mujer de una de sus costillas? ¿Y eso te parece más lógico?

—Es cuestión de fe —le dijo ella—, creer o no en la palabra de Dios.

—Pues si tanta es la fe que tienes puesta en un libro, escucha la voz de quienes lo escribieron... —Se prestó a recitar ciertos versículos del Antiguo y del Nuevo Testamento—. Jeremías nos dice: «Dios manda al profeta observar el trabajo de un alfarero. En un momento dado la vasija que estaba haciendo en el torno se le estropeó. Entonces el alfarero hizo otra distinta, como mejor le pareció. En ese momento *Yahveh* dijo al profeta: ‘¿No puedo hacer yo con vosotros lo mismo que este alfarero? Mirad que como el barro en la mano del alfarero, así sois vosotros en mi mano’.» Y el apóstol Pablo nos relata en su carta a los romanos: «¡Oh, hombre! Pero ¿quién eres tú para pedir cuentas a Dios? ¿Acaso la pieza de barro dirá a quien la modeló por qué me hiciste así? ¿O es que el alfarero no es dueño de hacer de una misma masa unas vasijas para usos nobles y otras para uso despreciable?».

La muchacha guardó silencio. Jamás hubiera esperado que alguien fuera capaz de conocer tan a fondo la Biblia, y mucho menos recitarla de memoria. Pero lo que más le dolió fue el tener que admitir que tanto Jeremías como San Pablo respaldaban en cierto modo la hipótesis del Maestro.

Todos los allí reunidos estaban impresionados. No esperaban escuchar un relato tan incoherente como aquel. Sin embargo, era una historia que, al meditarla en profundidad, resultaba agradable al oído... como una melodía cuyo ritmo fluctuante

embelesara el alma. De ser cierto, muchas de las preguntas del ser humano hallarían al fin respuesta.

—Al igual que la Caja de Pandora al abrirse, el mal se extendió por toda la Tierra, pero dejó en su interior la semilla de la esperanza... —Saint-Germain continuó con su prédica—. Esto quiere decir que por culpa del deseo jugamos a ser creadores cuando no somos más que una parodia absurda de Dios. No obstante, aún conservamos parte de su divinidad, y ello nos otorga la ocasión de remediar lo que jamás debió ocurrir. A lo largo de la historia, han sido varios los hombres que estudiaron el modo de recuperar nuestra imagen celestial, desde Hermes Trimegisto hasta los llamados filósofos alquimistas, quienes nos dejaron un legado oculto, cifrado más bien, para que la humanidad pudiera comprender algún día que también nosotros somos capaces de crear algo hermoso. Y eso es lo que vamos a hacer mañana a esta misma hora, llevar a cabo el proceso por el cual el hombre y la mujer dejarán de ser dos para convertirse en una sola esencia... un mismo ser.

El enigmático conde guardó silencio con el objeto de que los allí convocados pudieran expresarse, pues intuía un aluvión de preguntas. La primera que quiso saber fue *Madame* de Treville, personaje extremadamente sensible y capaz de percibir en la mirada la intencionalidad de la gente.

—Admito que vuestra historia es inverosímil, y sin embargo presiento que decís la verdad. Pero hay algo que no logro comprender, y es cómo un ser espiritual pudo dejar encinta a una criatura de carne y hueso.

—Por medio del éxtasis divino —contestó, sin dudarle, el Maestro—. Cuando el arcángel Luzbell entró en contacto con el andrógino, en el interior de este se desató cierta energía placentera que liberó su simiente creadora. Solo que esta vez el fruto era de dos espíritus; uno, hijo del Padre, y la otra, hija de la Palabra. De ahí que nacieran niños de ambos sexos, cada cual dotado con sus atributos de expansión, condenados a necesitarse... y a buscarse.

—Sé que me vais a reprender por mi ignorancia —se disculpó la marquesa de Blancheport—, pero me gustaría que nos dijerais cuál era el método natural de concepción antes de la caída del ángel.

—Como ya he dicho, poseían la capacidad de procrear sin ayuda de nadie al llevar en su interior tanto los órganos reproductores femeninos como los masculinos. Cuando creían que les había llegado la hora de reproducir, solo tenían que alzar la vista y dirigir una mirada de súplica a la Madre engendradora de vida. El espíritu de la Palabra las fertilizaba en su pureza, logrando con el éxtasis que fluyeran las simientes de la creación en su interior para dar vida a un nuevo ser. Otro de los mensajes ocultos de la Palabra al concebir de forma virginal el cuerpo de Jesús, o al lograr que Joaquín y Ana, los padres de María, engendraran sin pecado carnal, pues ella misma fue su propia madre en su encarnación.

—¿Creéis que funcionará? —preguntó el ilustre Diderot—. Ni siquiera sabemos el nombre del autor del *Rosarium Philosophorum*.

—Mi buen amigo, os conozco desde hace años... y la ver dad, me sorprende vuestra pregunta.

—Quisiera estar seguro de que no vamos a liberar una fuerza imposible de detener.

—Precisamente es lo que haremos —replicó Saint-Germain—. Solo que esa fuerza que decís es la única vía que tenemos para enmendar el error de nuestros primeros padres. Y sí, es cierto, nadie podrá interrumpir el proceso una vez que se ponga en marcha. Pero será una transformación que inevitablemente traerá consigo la felicidad eterna.

—¿Podéis explicarnos el verdadero significado del Pecado Original? —inquirió el marqués de la Roche—. Veréis, no comprendo por qué hemos de seguir arrastrando el estigma del pecado por algo que ocurrió hace una eternidad.

—Tenéis razón, no es justo que paguemos nosotros por el capricho de un ángel irreverente. Lo que ocurre es que cuando tuvimos ocasión de detener el círculo de la vida nos olvidamos de hacerlo, pues resultaba grato el contacto físico entre los cuerpos, y cedimos al encanto de la promiscuidad. Ese es el verdadero pecado, buscar la pasión porque somos débiles de espíritu. ¿O acaso habéis visto algún clérigo, digno de llamarse discípulo de Cristo, abandonar el celibato por el mero hecho de tener oscuros pensamientos? —preguntó incisivo—. Y no solo me refiero a los religiosos de nuestra fe, también en la India recurren a la castidad para así detener la rueda del karma. Sé que suena extraño, pero nuestro cometido en la Tierra jamás fue el de imitar a Dios creando a otros seres que nos sirvieran de compañía y consuelo, sino el de vivir felices y en paz en un mundo que nos fue entregado para amar, y que día a día vamos destruyendo. Porque otro de los inconvenientes que tuvo el hombre en sus principios fue el de cometer el mayor crimen de la humanidad: asesinar a uno de sus hermanos por una estupidez.

—¿Podéis aclararnos eso? —se atrevió a preguntar el joven duque de Saint-Denis.

El conde no tuvo más remedio que girarse para encarar al pretendiente de Juliette. Lo tenía justo detrás.

—Os estoy hablando del segundo Pecado Original, lo que en la Biblia se describe como la historia de Caín y Abel... —contestó tras someterlo al examen inquisitivo de su mirada—. ¡Oídmeme! El hombre es violento por naturaleza. No se podía esperar otra cosa una vez que los varones fueron multitud. Comenzaron a reñir entre ellos, a disputarse las mujeres... a someterlas incluso a su arbitrariedad. Hasta que un día ocurrió lo inevitable. Un hombre asesina a su hermano, y Dios se ve obligado a darle una oportunidad al fallecido enviando de nuevo su alma a la Tierra para que pueda

encarnarse y reparar su agravio, pagándole al agresor con la misma moneda. Eso se llama Justicia del Cielo... ojo por ojo, diente por diente. Pero hubo más crímenes, y esas almas que perdieron su vida antes de tiempo exigieron a Dios la reparación inmediata de su ofensa. La rueda del *kharm*a se convirtió entonces en un torbellino sin fin que, de no detenerse, acabará consumiéndonos, por lo que nosotros hemos de poner freno a esta locura.

—Estamos a un día del gran acontecimiento, y el rey y la reina siguen sin aparecer —le recordó el duque de Choiseul—. ¿Qué ocurrirá si no se presentan?

Saint-Germain alzó la mirada al cielo estrellado de la noche, como si aguardara una señal o precepto divino, y dijo tras exhalar un leve suspiro:

—Vendrán... ellos vendrán hasta mí. No lo dudéis.

El enigma Le Brun

Tal y como tenían previsto, abandonaron la ciudad a primera hora de la mañana tras despedirse de sus anfitriones.

Durante el viaje, Charles estuvo reflexionando en silencio sobre lo que iba a ocurrir al llegar a su destino, algo que le inquietaba de veras al no estar seguro de cuál iba a ser su función en aquel proceso alquímico al que se suponía ligado. La entrega de manuscritos parecía haber concluido, y eso que, según Papilión, existían algunas hojas más del libro que debían estudiar a fondo antes de la ceremonia. Aquello le daba un respiro, pues la reiterada aparición de aquellos grabados le había proporcionado algún que otro quebradero de cabeza, como el no saber de qué modo fueron introducidas en su casa y en su bolsa de viaje, sin que nadie pudiera haber visto al que lo hizo. Pero aún quedaba otra cuestión sin resolver: el destino final de su viaje.

En un momento de lucidez tuvo la certeza de que se dirigían al castillo de Blanchefort, pues era un hombre que no se dejaba persuadir por las casualidades. Miró a la joven que tenía sentada frente a sí, la cual leía con atención un poemario que le había regalado Morgane para hacer más placentero el trayecto. Ni siquiera se dio cuenta de que estaba siendo observada.

Charles aprovechó el distanciamiento para seguir poniendo en orden sus ideas. Decidido a indagar en el misterio que rodeaba a Papilión, trató de resolver el enigma de sus encantadoras caricias. Jamás había experimentado nada igual en su vida, a pesar de que todas sus amantes presumían de competentes en las escaramuzas del amor. Pero lo de aquella criatura resultaba completamente distinto. Describir ese extraño placer era como querer explicarle a un ciego la magia infinita de los colores.

Recordó cuando las manos de la joven rodearon su espalda, haciéndole sentir una energía inconcebible, un deleite que se intensificaba en la voluptuosidad del alma. A continuación vino el dulce contacto de sus labios absorbiéndole el espíritu. Pero,

como digo, fue tan solo una sensación que nada tenía que ver con la realidad, algo así como un sueño ilusorio. Más tarde perdió el conocimiento, y no volvió a despertar hasta el día siguiente. Y cuando lo hizo fue para sentirse el hombre más feliz de la Tierra. No todos los días era seducido por un ángel.

Cuanto más pensaba en ello, más irracional le parecía todo. Un ritual cabalístico, un asesino enloquecido con mentalidad infantil, un grupo de chiflados jugando con la magia, un ser andrógino capaz de manifestar un poder casi divino... y él, una criatura que se debatía entre los dos sexos. ¿A dónde le conduciría aquella locura?

—Piensas demasiado —dijo una voz grave y amenazadora que se hacía eco de sus pensamientos.

Charles sintió erizársele el vello de la piel. Levantó la mirada con cierto temor, sabiendo de antemano que tendría que enfrentarse de nuevo al caballero Le Brun.

Y allí estaba, sustituyendo el inmarcesible rostro de Papilión por una mueca de irreverente crueldad.

—¿Qué...? —farfulló confundido.

—Piensas demasiado, mi querida señorita —porfió de nuevo, soltando después una sonora carcajada.

Le estaba poniendo a prueba.

—No pienso hablar contigo —aseguró muy serio. Lo último que pensaba hacer era dejarse provocar—. En cuanto a tu sarcasmo, nada de lo que digas será tomado en cuenta. Al fin y al cabo eres la parte sometida.

—¿Eso crees...? —Volvió a reír—. Ya veremos cuando llegue la hora de la Fermentación.

—¿A qué te refieres?

Rompió de nuevo su promesa de silencio llevado por la curiosidad.

—A otra cópula del rey y la reina en un estanque con agua.

—Ese grabado ya lo hemos examinado —dijo despectivamente—, y no tiene nada de especial.

Al caballero Le Brun pareció molestarle el tono de sus palabras.

—¡Estúpido! —gruñó como una bestia—. Te estoy hablando del undécimo grabado... y ambos son especiales, por si no te has dado cuenta. Tu semilla está en este cuerpo —apoyó ambas manos en su vientre—, y aún tienes que fertilizarlo de nuevo.

—¿De eso va todo esto?

—Te recuerdo que no querías hablar conmigo. ¿Qué ha pasado... sientes curiosidad?

Rio nuevamente, y a Charles le pareció estar escuchando los gemidos de un chacal.

—Dime, tú que todo lo sabes... ¿adónde nos dirigimos?

—*In girum imus nocte et consumimur igni* —contestó de forma enigmática^[2].

—A un torbellino vamos por la noche y somos consumidos por el fuego... — tradujo del latín al francés—. Es muy interesante. Y sin embargo, aún no has contestado a mi pregunta.

—Antes pensabas demasiado; ahora preguntas más de la cuenta.

Dicho esto, el rostro de Papilión cayó de golpe hacia abajo como si hubiera sufrido un desmayo. Al pronto reaccionó abriendo de nuevo los ojos, observando detenidamente al varón que tenía delante.

—No le hagas caso. Trata de intimidarte... —La joven reivindicó su naturaleza, obligando a su lado oscuro a permanecer de nuevo en la sombra—. Deberías superar la ansiedad que te domina, y ceder al descanso. Llegaremos al mediodía; para entonces ya habrás olvidado tus temores.

—Dime la verdad... ¿Conoces a Marie de Hautpoul, marquesa de Blanchefort? —No estaba dispuesto a consentir más engaños.

—No, pero intuyo que mi tutor me aguarda en el castillo que lleva su nombre.

—Solo espero que todo esto termine cuanto antes —renegó él—, y que sirva para algo. Me sentiría como un estúpido si después de prestarme a semejante despropósito no lográsemos lo que deseas.

—Descuida... lo conseguiremos juntos —repuso enfática—. Y ahora, sumérgete de nuevo en tus pensamientos, y pon orden en tu vida.

Volvió a coger el libro para abrirlo por la mitad. Charles interpretó aquel gesto como una tregua, por lo que trató de permanecer callado para seguir analizando en silencio las consecuencias que podría acarrearle el prestarse a un juego demoníaco.

El resto de los grabados

Llegaron a Rennes-le-Château poco antes del mediodía. Como el castillo de Blanchefort quedaba a las afueras del pueblo, camino de Arques, Charles se asomó por la ventana del carruaje para decirle a Bernard que pusiera rumbo a la fortaleza, que allí era realmente donde les aguardaban. Este asintió con un gesto de cabeza, obligando a los caballos a desviar su rumbo para coger la amplia senda que conducía al pueblo vecino.

Al cabo de unos minutos vieron perfilarse los torreones del edificio central que rodeaban las murallas, como gigantes con sombreros puntiagudos, cuyos ojos eran las garitas que vigilaban el tenebroso y desolado paisaje. Llegaron sin dificultad, y con ellos también lo hicieron una oleada de oscuros nubarrones que se fueron congregando sobre sus cabezas. El acceso al castillo bajomedieval estaba abierto. Cruzaron el puente levadizo para entrar en el patio de armas. No parecía que nadie les estuviera esperando, como creían. En realidad, el lugar tenía la apariencia de estar abandonado, incluida la orgullosa torre del homenaje.

Bernard y Alessandro bajaron del coche para abrirles las puertas a su dueño y acompañante, quienes se bajaron, al tiempo que miraban a su alrededor, con la esperanza de encontrar a alguien que viniera a recibirles. Nada. Solo el lúgubre gemir del viento que traía consigo aires de lluvia.

—¡Bienvenidos seáis, mis primordiales amigos!

La voz que sonó a sus espaldas hizo que todos se sobresaltaran, incluida Papilión. Al girarse descubrieron a un hombre de pie, junto a la calesa, donde tan solo segundos antes estaba la nada más absoluta. Charles reconoció de inmediato al mendigo de Saint-Merri, aunque esta vez iba vestido de forma impecable. Sintió un no sé qué en las entrañas al ser taladrado por su intensa mirada. No en vano estaba frente a una leyenda: el conde de Saint-Germain.

—¡Señor, os estuve esperando durante meses! —exclamó Papilión con coraje,

pero a la vez emocionada por volver a verlo.

Su tutor le abrió los brazos, y ella fue a su encuentro llevada por la alegría de tenerlo de nuevo a su lado.

—Era tu destino, pequeña... no pude cambiarlo por uno que se ajustase a tu capricho —le dijo con voz persuasiva—; pero siempre estuve a tu lado. Tú lo sabes.

—Creo que es hora de que hablemos... —Charles interrumpió el caluroso encuentro llamando la atención de ambos—. Lo menos que espero es una explicación, y además, satisfactoria.

—Y la tendréis —sentenció Saint-Germain con gravedad—. Pero antes de nada, podéis decirle a vuestro lacayo que lleve el carruaje a las caballerizas que están al final de las murallas, y que permanezca en la casa que hemos acomodado para la servidumbre de nuestros invitados. Alessandro viene con nosotros.

El transalpino, que llevaba al servicio de Charles menos de un año —Bernard y él fueron contratados a un mismo tiempo—, se acercó al conde esbozando una tímida sonrisa de connivencia. El caballero d'Éon no salía de su asombro, su valet de pie, alguien a quien confiara su vida, resultó ser el cómplice de aquel enigmático personaje que les había implicado en una ceremonia sin sentido. Papilión le dirigió una mirada desconcertante, dando a entender que tampoco ella comprendía nada de lo que estaba ocurriendo. Por supuesto, Bernard se quedó de piedra al ver como su compañero de trabajo también le había engañado a él, que en ocasiones ocultaba los errores que cometía porque le daba lástima.

—Permitidme que os presente a Alessandro di Cagliostro, un gran filósofo a pesar de que aún no ha cumplido los treinta años de edad... —Saint-Germain se divertía observando los rostros confusos de sus nuevos invitados—. Con su ayuda pude entregaros algunas hojas más del *Rosarium Philosophorum*, que espero hayáis descifrado aunque solo sea en parte. También nos hemos comunicado a través del silencio de la noche y los sueños, y gracias a sus ojos he sido testigo de los crímenes que se han ido sucediendo desde la muerte de Asmodeus. Conozco vuestras tribulaciones, y sé todo cuanto habéis pasado antes de llegar hasta aquí. Pero será mejor que vayamos dentro del castillo, porque pronto se pondrá a llover.

Tal y como pronosticara, nada más cruzar la puerta de entrada el agua cayó del cielo con una fuerza inusitada que empapó la hierba que circundaba la fortaleza y el musgo de las piedras. Una vez dentro, el conde le dijo a Cagliostro que aguardase en el salón principal, donde pronto se le unirían los otros miembros de la Fraternidad. Seguidamente condujo a la pareja hasta una sala donde podían verse centenares de libros apilados en viejos estantes y antiguos retratos de ilustres antepasados. Estaban en la gran biblioteca de la familia Blanchefort.

El Maestro les rogó que se sentaran mientras iba en busca del resto de los grabados. Charles demandó con un susurro cómplice el amparo de Papilión a la vez

que su mirada, pero ella parecía estar embelesada contemplando a su tutor. Se sentía desplazado, tenso, inquieto, incluso un poco asustado. Aquello parecía cada vez más real, más cerca de un desenlace que no deseaba conocer. Porque, si aquel hombre tenía razón... ¿qué iba a ocurrir entonces? ¿La magia de aquel libro traería la paz al mundo, o lo convertiría en un infierno? No estaba seguro de nada, y ya a nadie confiaba su vida.

El conde de Saint-Germain regresó con varias hojas sueltas del *Rosarium Philosophorum*. Las llevaba ordenadas y pulcramente extendidas. Luego las fue colocando una por una sobre la mesa, alineadas desde el principio hasta el fin.

Aquí tenéis la otra mitad del libro —les dijo el conde—. Debéis averiguar su significado. Para ello os dejaré a solas un tiempo, si os parece bien. Cuando llegue la noche saldremos hacia Arques, donde se pondrá en marcha la segunda parte del ritual.

El supuesto noble se dio la vuelta para irse, pero Charles se interpuso en su camino.

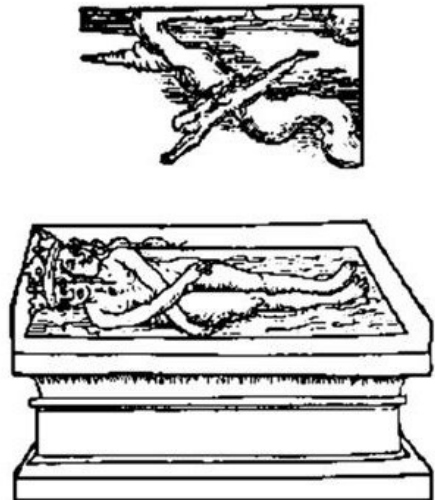
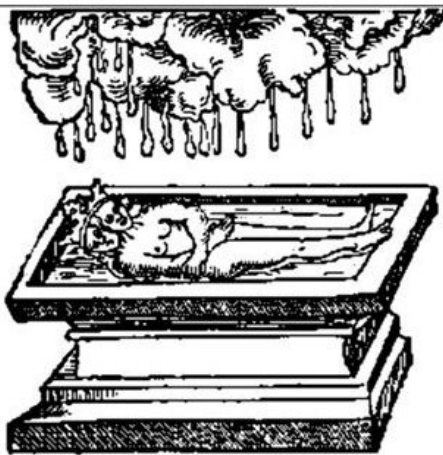
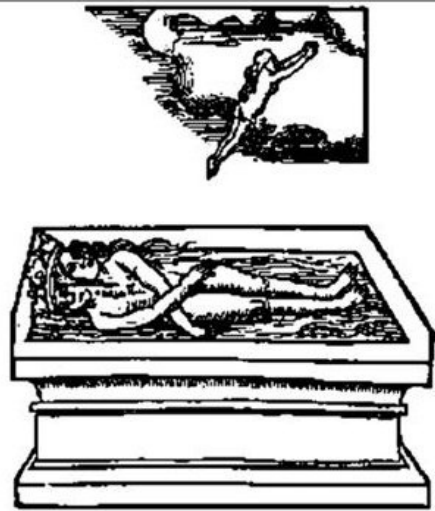
—Antes de marcharos, podríais decirme al menos qué ocurrirá después de prestarnos a vuestro juego —exigió con ceño.

Papilión se sintió incómoda al escuchar la reiterada cantilena de su amigo, cuando ya debía, por lo menos, intuir el resultado. Al Maestro no pareció importarle su reticencia.

—Nada... no ocurrirá nada —la frialdad de sus ojos indicaba claramente que no estaba mintiendo—, y sin embargo, lo cambiará todo. Pero ahora no penséis en algo que os podría confundir... —aconsejo en tono neutro—. Lo único que debe importaros es resolver el enigma de los grabados antes de que comience el ritual.

Dicho esto fue hacia la salida, cerrando las puertas del salón tras hacerles una ligera reverencia, como si fueran los señores del lugar. Papilión observó a Charles de Beaumont de forma condescendiente, dándole a entender que debía tener paciencia.

—De acuerdo, estudiemos las imágenes. —Charles se dejó convencer por el entrañable gesto de su amiga—. Aunque me da la impresión de que tú ya has descifrado sus secretos.



en ella que no deseaba, por lo que dejó pasar la oportunidad de preguntarle, nuevamente, cómo era posible que una simple mortal fuera capaz de sacudir su alma de esa forma cuando algo tan sublime solo podía venir del Cielo.

—Veamos el otro grabado —añadió, sin darle mayor importancia al hecho de tener que vivir de nuevo tan maravillosa práctica.

Se centraron en la segunda imagen, la del Sol alado flotando sobre el receptáculo de piedra. Papilión le dijo que el Sol representaba el caos filosófico o parte masculina, y el hecho de que llevara alas era porque se había transmutado de cuerpo fijo a volátil dentro de un estanque con agua... el estanque u horno que contiene el Agua de la Vida. Hizo hincapié en esto último con la esperanza de que él pudiera entender lo que quería decirle.

En la tercera página vieron de nuevo al hermafrodita sobre el sepulcro. En el cuarto perdía sus alas, y algo más: el espíritu de la feminidad ascendía a los Cielos. La joven volvió a explicarle que aquello representaba el alma de la mujer que iba hacia Dios para ser fecundada. Charles guardó silencio, no queriendo discutir su afirmación al creer que estaba fuera toda lógica. Nadie podía saber el verdadero significado de aquel impenetrable rompecabezas; al menos para él, que lo estaba interpretando a su manera.

La imagen del quinto pergamino era idéntica al grabado número ocho, de los que ya había recibido con anterioridad. En él podían apreciarse oscuros nubarrones lloviendo sobre el cuerpo inerte del hermafrodita. Ambos miraron al unísono los ventanales, donde una lluvia torrencial golpeaba con furia los cristales emplomados. Charles no era persona que creyera en la casualidad, por lo que pensó que aquel viernes debía llover porque formaba parte del proceso previsto. Y eso le puso aún más nervioso.

El sexto dibujo también era bastante parecido al noveno de la primera entrega, con la salvedad de que en este no había ningún cuervo. El séptimo era apoteósico: el andrógino con sus alas filosóficas extendidas y las serpientes en sus manos, se erigía sobre una colina bajo la cual otras tres serpientes se devoraban unas a otras. Tras él, se encontraba el león verde de los alquimistas. A su derecha, el árbol solar con once pequeños soles que representaban la menstruación masculina —según Papilión, también los hombres tenían un ciclo semejante al de la mujer, días que solo afectaba a su ánimo y no a su organismo—, y a su izquierda, el Pelicano, que indicaba la fijación del alma por medio de la pureza, dando alimento a sus retoños con su propia sangre. Papilión se identificó enseguida con este animal, quizá porque se sacrificaba por el bien de sus hijos; como ella misma tenía pensado hacer.

En la octava imagen, el León devoraba al Sol, y su sangre caía sobre la tierra. Según las explicaciones de la joven, que parecía dominar el significado oculto de los alquimistas mejor que nadie, el espíritu andrógino acabaría con el hombre.

Enfrentarse al noveno y décimo grabado les costó más trabajo, sobre todo a Charles, que cotejó los dibujos con un acto sacrílego. Le impresionó ver con qué facilidad aquellos fanáticos intercambiaban magia pagana con escenas que, por su connotación religiosa, debían ser motivo de respeto. En la novena ilustración pudieron observar como Jesucristo, con el cetro en la mano, y Dios-Padre, con el orbe en la suya, coronaban reina del mundo a la Virgen María al tiempo que el Espíritu Santo se disponía a entrar en su cuerpo. Y la última de todas, la más aberrante en cuanto a significado cabalístico: el hermafrodita sufría una extraordinaria transmutación, convirtiéndose en un ser que tenía toda la apariencia de Cristo resucitando de entre los muertos.

A pesar de lo que pudiera parecerle a Charles de Beaumont, Papilión le dijo que la figura del Salvador representaba la glorificación y perfección de la raza humana... el restablecimiento cíclico del hombre y la mujer.

Cuando terminaron de examinar los grabados se dieron un tiempo de descanso para intercambiar opiniones.

—Debes de perdonarme —le dijo Charles a su protegida—, pero de todas las imágenes la primera es la única que llego a entender. El resto está cifrado en un lenguaje que me es incomprensible, y eso que algunos son idénticos o parecidos. Por ejemplo... ¿qué es para ti todo ese ir y venir de espíritus de niños al Cielo?

Papilión no quiso crear un ambiente tenso por culpa de un libro de alquimia, pero debía responder con sinceridad porque reconoció haberle engañado más de la cuenta.

—Es el ciclo de la vida... el *kharma*, según mi tutor... —contestó, aun sabiendo que a él le iba a ser difícil asimilar la respuesta—. El espíritu viaja hasta el lugar de donde partió para luego regresar otra vez a un nuevo cuerpo. Es la extracción y sublimación del alma, pero en los grabados catorce y dieciséis reproducen las imágenes del principio femenino subiendo y bajando del Cielo, y no como en el grabado número siete... que es el alma de un niño el que asciende. Eso quiere decir que el hombre ya ha sido eliminado.

Oírle decir aquello le causó a Charles cierta aprensión, llegando incluso a pensar que el proceso podía afectar de algún modo a los de su sexo. Pero más tarde, al meditar sobre la veleidad de sus pensamientos, pues de algún modo también se sentía mujer, pensó que acabar con los defectos del hombre no le haría ningún mal a nadie, si es que lo conseguían.

—¿Y qué me dices de estos? —Señaló los dos últimos pergaminos, los de carácter religioso—. ¿Tienes una explicación que justifique el significado de dichos grabados?

El fragor de un relámpago hizo que ambos se sobresaltaran. Afuera, en el exterior, parecía haberse desatado el Diluvio Universal.

—No me gusta la lluvia —confesó Papilión, quien estaba realmente atemorizada.

Así lo atestiguaba ahora su lívido y sudoroso rostro.

Charles le tomó las manos, y las sintió frías al tacto. Las llevó hasta sus labios para besarlas, dándoles calor.

—Estás conmigo... —susurró, tratando de tranquilizarla—. No dejaré que te ocurra nada malo.

—Totó me confesó que el día que asesinaron a mi madre llovía como nunca antes había visto. Creo que es por eso por lo que me siento morir. A veces los niños, aun siendo bebés, graban en su memoria las escenas más importantes de su vida.

—Pero tú ya eres mayor —le recordó él con ironía—. Y no deberías pensar en esas cosas.

En aquel momento dejó de llover. La joven se sintió más tranquila al darse cuenta de que era una estupidez sentir miedo de algo tan ridículo. Para aquietar el interés que el caballero d'Éon sentía hacia ella, gesto que nunca estaba de más, simuló una sonrisa que evidenciaba su total restablecimiento. Como recompensa a su dedicación, contestó la pregunta que había quedado en el aire.

—No hay blasfemia, como tú crees —le dijo con suavidad—. Lo que estás viendo es el resultado final del proceso, el futuro de la humanidad.

—Podrías hablar más claro si quisieras. Pero al igual que a Saint-Germain, te gusta hacerlo utilizando claves filosóficas de insoluble comprensión.

—Eso es porque yo miro con el corazón donde tú solo observas con los ojos y la mente... —Cogió la gavilla de papeles sueltos, sacudiéndola frente a sus narices— ¡aquí, ante nosotros, está el misterio mejor guardado de la historia del hombre, y no eres capaz de ver la verdad! ¿Acaso no has contado los grabados que van desde la segunda cópula hasta el que representa la imagen de Cristo?

Muy perplejo, Charles le arrebató los pergaminos, comprendiendo que había pasado por alto un detalle de suma importancia. Volvió a mirarlos de nuevo, contándolos a su vez. Eran nueve. No se trataba de un número cabalístico usual, y apenas se utilizaba en la magia. Y sin embargo... ¡tan importante en la vida de una mujer!

Entonces lo vio todo claro, como si le hubieran quitado una venda negra bien ceñida alrededor de sus ojos. Lamentando mentalmente su estupidez, cayó en la cuenta de que nueve eran los meses que necesitaba una madre para gestar y traer al mundo a su hijo. En este caso, a un niño de naturaleza divina.

La sombra de la muerte

Saint-Germain regresó al salón a tiempo de entrevistarse con Alessandro antes de que llegasen los demás miembros de la Fraternidad. Estuvieron hablando de lo acaecido en la última semana, desde el incendio del prostíbulo de *Madame* Gautier hasta la inesperada visita del asesino en casa de Charles de Beaumont. Cagliostro le refirió el extraño comportamiento de la reina cuando hirieron en el hombro al criminal, y el hecho de haber visto otro rostro paralelo al de la joven, el de un hombre, poco antes de que esta perdiera la consciencia. Eso le llevó al convencimiento de que dentro de Papilión coexistían las dos fuerzas que gobiernan el universo. Ella, en sí misma, representaba el Árbol de los Filósofos: la fuerza primordial masculina y la benevolencia esencial femenina. Era un ser andrógino sencillamente perfecto, tanto en cuerpo como en alma.

El conde admitió conocer la auténtica naturaleza de la reina, no en vano llevaba cuidando de ella desde hacía algo más de un año, y había sido testigo del enfrentamiento entre sus dos principios congénitos. Tranquilizó al de la Península Itálica diciéndole que sabría manejar su lado masculino llegado el instante final.

Oyeron voces que provenían de arriba. Eran *Monsieur* Joly de Fleur, la marquesa de Blanchefort y el duque de Choiseul, quienes bajaban las escaleras discutiendo acaloradamente sobre cuestiones políticas que, por lo visto, afectaban al antiguo secretario de Estado y Asuntos Exteriores, además de Guerra y Marina, del rey Luis XV. Nada más ver al joven Cagliostro, dejaron atrás los sinsabores de la Corte para saludar al benjamín de la logia y gran amigo del Maestro.

Al poco bajó Diderot en compañía de la condesa d'Adhémar, seguidos por Milord de Egremont y su esposa, quienes se sumaron al grupo para darle la bienvenida a Alessandro. Finalmente lo hicieron los marqueses de la Roche, orgullosos de ser una de las parejas más felices y compenetradas de toda Francia, y también su hija Juliette, junto a su pretendiente. Todos querían saludar personalmente a Cagliostro. En

realidad, estaban tan excitados que apenas podían dejar de hablar y gesticular las manos a un mismo tiempo. Esperaban ansiosos el instante de hacer historia, de convertirse en testigos de un prodigio.

Se hallaban tan absortos en su indiscriminado trueque de opiniones, que apenas repararon en la figura de *Monsieur* de Rohan-Chabot cruzando la puerta de la sala en un consternado esfuerzo por encontrar a Saint-Germain. Nada más verlo, fue hacia él abriéndose camino a través del resto de sus compañeros.

—Debéis hablar con mi hermana —susurró en tono confidencial, acercando su mejilla a la del Maestro—. Algo grave le ocurre. Dice que ha visto a la Muerte rondar el castillo, y asegura que estará presente en el momento final del proceso. He intentado tranquilizarla, pero...

Saint-Germain lo dejó con la palabra en la boca, marchándose antes de que terminara la última frase. Algunos de los presentes se inquietaron ante la extraña actitud del conde, pues no era normal abandonarles sin una excusa.

El Maestro fue hacia la alcoba de *Madame* de Treville, que se encontraba en la parte baja del castillo porque un dolor de gota le impedía subir las escaleras. La encontró sentada, observando el monótono resbalar del agua descendiendo por los cristales empañados de su dormitorio. Llevaba un chal sobre los hombros, y el pelo recogido con unas redecillas de seda con filigranas de oro. Ladeó su rostro al escuchar el sonido de la puerta al abrirse.

—¡Ah! Sois vos... —no parecía sorprendida—. Supongo que mi hermano os habrá puesto al corriente de mis premoniciones.

—Si he venido es porque prefiero escuchar vuestra versión. Quiero que me digáis qué es lo que habéis visto realmente. —Saint-Germain se tomó la licencia de sentarse en un sillón vacío que había junto a la anciana.

—He visto el pálido rostro de la Muerte rondar el castillo... y he sentido el gélido contacto de sus manos circundando mi garganta... —*Madame* de Treville comenzó a hablar como si estuviera en trance, con la melancólica mirada fija en el infinito—. Y he aquí un caballo amarillo y el que lo monta tiene por nombre Muerte, y el Hades le sigue.

—Sí... la Muerte vendrá porque es necesaria —afirmó el enigmático aristócrata de los Balcanes con un tono de voz desgarrado, sintiéndose culpable de lo que habría de suceder—. Crear un ser divino, y concederle la eternidad en la Tierra, sería más desastroso que seguir la pauta que mantenemos hasta ahora. Hemos de crearle perecedero, transitorio, o de lo contrario no solo habremos comido del árbol del Bien y del Mal sino también del árbol de la Vida. Y eso significaría desligarnos totalmente de Dios.

La anciana buscó la mirada del Maestro, y la sostuvo a pesar del fuego que irradiaban sus ojos. También ella era poseedora de una fuerza espiritual inimaginable.

—¿A quién queréis engañar? —Tras decir eso, ensanchó sus labios en un ocurrente gesto salpicado de ironía—. Vos lo sois... sois inmortal, y el mundo no ha cambiado por ello.

—Lo hizo, aunque os cueste creerlo —suspiró él, desolado.

Madame de Treville jamás lo había visto en ese estado de laxitud emocional. Era la primera vez que le ocurría.

—Siempre nos habéis ocultado la verdad sobre vuestro origen, y miedo me da saberlo —comenzó, sin querer, a trivializar una conversación tan significativa y profunda que ya comenzaba a colocarles en una situación de lo más incómoda.

—¿Sabéis por qué tengo tanto interés en que se celebre el ritual de los filósofos?

La mujer negó con la cabeza, intuyendo que iba a tener el privilegio de saber la verdad.

—Porque estoy ligado al pecado del hombre desde el comienzo, y de no detenerlo, seguiré viviendo eternamente. He de poner freno a esta locura que por orgullo inicié al principio de los tiempos por no saber valorar las consecuencias.

—Siempre sospeché que erais el Diablo en persona... —ella se echó a reír, creyéndose víctima de una broma—. Lo que me sorprende es vuestro sentido del humor... —Saint-Germain esbozó una sonrisa estoica, sin afirmar ni desmentir nada, y la vieja dama añadió—: Volviendo a lo de antes... ¿qué haréis cuando se presente la Muerte, y cómo pensáis detenerla?

—Desde hace años los implicados han estado moviéndose por un tablero de ajedrez imaginario sin sospechar que su destino estaba escrito mucho antes de que nacieran. Todo lo que haya de ocurrir, sucederá. Y ni vos ni yo podremos poner veto al jaque mate definitivo que pondrá fin a la partida.

—¿Entonces...?

—Un inocente tendrá que morir... —respondió el noble con voz hueca— y su sacrificio nos evitará crear un ser condenado a vivir para siempre en la Tierra. Nuestra víctima es el Cuervo Negro de los filósofos, su fin es ahogarse en el Agua Caótica.

—¿No hay otra solución?

—Yo soy el primero en lamentarlo. Pero no os preocupéis, ninguno de nosotros levantará su mano para herirle. Su verdugo, tal y como habéis vaticinado antes recitando los versículos del Apocalipsis, le acompaña en su viaje.

—Ya solo me resta saber cuándo partimos. —No quiso seguir hablando de la Muerte.

—En cuanto estéis dispuesta.

—¿Y la lluvia...?

No acabó de formular su pregunta cuando inesperadamente dejó de llover.

—Perdón... ¿decíais algo?

Madame de Treville no pudo menos que sentir cómo se le aceleraba el corazón. Si había algo de sensacionalista en Saint-Germain, era que su poder no se limitaba a la charlatanería y a los juegos de magia de salón. Él era en realidad quien afirmaba ser.

Marais en Rennes-le-Château

La gente del pueblo situado en la cima de una montaña le observó con curiosidad, incluso con recelo, al verlo llegar cubierto de polvo, con los ojos vidriosos debido al cansancio y con barba de varios días, montado en un percherón de color cobrizo que parecía preguntarse por qué tenía que llevar sobre su lomo a un jinete tan sórdido y excéntrico como lo era aquel individuo. Marais les miró a su vez desde arriba, sin importarle que los labriegos de tez sonrosada y largas patillas le juzgasen por las apariencias. No había venido hasta el fin del mundo para entablar amistad con los lugareños. Su único objetivo era acabar de una vez por todas con aquella pesadilla delirante que ya comenzaba a alterar su capacidad de razonamiento, y sucumbir al encanto de la venganza, tras volarle los sesos al asesino de Deverly y sentir que se había hecho justicia. Ya poco le importaban el procurador general, el confesor de María Antonieta o el mismísimo monarca francés. Su vida se iba al traste por culpa de un monstruo que estaba dispuesto a morir por una joven que, a su vez, era víctima de unos charlatanes. A todos ellos esperaba encontrarlos en aquel villorrio cuyas edificaciones y estrechas callejuelas se remontaban a los tiempos de las Cruzadas, pero lo que en verdad le importaba era cazar al llamado Totó. Los demás podían irse al infierno con sus juegos metafísicos, aunque no tendría reparos en llevarse a alguno por delante en caso de que trataran de interponerse en su camino.

Echó un vistazo a ambos lados. A su izquierda pudo ver la cúspide puntiaguda de una iglesia, por lo que forzó al caballo a ir en esa dirección. El resonar de las herraduras sobre los pétreos adoquines se hacían eco de un ambiente tenso que obligaba a los vecinos a echarse a un lado para dejarle paso. Al fondo de la calle pudo ver como se ensanchaba una plaza en cuyo centro había una fuente con dos surtidores de agua que formaban un arco a cada lado.

Se acercó para que el animal pudiese beber. Desmontó con cierta dificultad al tener el cuerpo entumecido a causa de la infatigable persecución y a las varias noches

sin dormir. Con una mano se sacudió el polvo de la levita, sujetando las riendas con la otra. Miró a su alrededor, esperando encontrar un sitio más o menos agradable donde pasar la noche, y posicionarse a la espera de la calesa que habría de llegar al día siguiente. Le pareció ver una vieja taberna al otro extremo de la calle, aunque bien podía tratarse de otra de las tantas casuchas que circundaban la plaza. Tal era su aspecto por fuera, y de no haber visto entrar y salir a los hombres en grupo, hubiera pasado por delante sin saber que allí eran bienvenidos los que podían pagarse un trago al finalizar la jornada de trabajo.

Decidido a dejar a buen recaudo el caballo y las provisiones que había comprado en Carcassonne, pues desconfiaba de aquellas gentes y bien se lo podrían robar en un descuido, se acercó al taller de un herrero que, casualmente, ejercía su oficio junto a la iglesia. Le encontró de espaldas, fraguando la cabeza de un hacha a golpes de martillo. Cada vez que castigaba el hierro sobre el yunque, brotaban por doquier chispas ignífugas que al contacto con el aire perdían su esplendor. El estridente sonido ya comenzaba a crisperle los nervios, y para evitar que le estallase la cabeza le gritó que se detuviera en nombre de Dios y del rey. El hombre, de desproporcional corpulencia, se giró para mirarle de arriba abajo, preguntándose quién era aquel mercachifle que osaba interrumpir su trabajo en nombre de unos señores que jamás tuvieron el honor de visitarle. Por un instante, Marais temió que el embrutecido herrero decidiera machacar su cabeza con el enorme martillo que llevaba en la mano, pues así, al pronto, no parecía estar de muy buen humor.

—¿Puedo ayudaros en algo, señor? —preguntó el formidable herrero con voz recia tras un largo y metódico examen, depositando después su herramienta sobre una mesa de madera que se extendía paralela al yunque.

Gustave tuvo el presentimiento de que no le iba a ser tan fácil convencerle para que guardase el caballo hasta su regreso, y tampoco estaba dispuesto a dilapidar su oro comprando la voluntad de todo aquel que fuera necesario. Prefirió pedirle, simple y llanamente, que cumpliera con su trabajo.

—Quiero que le cambies el herraje al caballo. Si ahora estás ocupado, puedes hacerlo más tarde. No hay demasiada prisa, puesto que pienso pasar la noche en el pueblo. Por cierto... ¿sabrías decirme dónde puedo encontrar una posada o albergue decente?

—En casa de Pierre Desmolins os podrán alquilar una habitación... —Señaló el final de la calle—. Decidle que vais de parte de mía, y os cobrará un precio razonable. En cuanto al animal, podéis dejarlo aquí y volver mañana.

El policía le dio las gracias, atando el percherón en una oxidada argolla que colgaba de la fachada exterior. Alzó la mano, en un gesto de despedida, una vez que comenzara andar en la dirección señalada. Por el momento se olvidó de la taberna, a la que podría ir más tarde.

No había recorrido la mitad del trayecto cuando cayó en la cuenta de que aquel villorrio no era precisamente el escenario adecuado para una reunión entre caballeros y damas de alta alcurnia. El lugar no ofrecía alojamiento digno donde albergar a tanto noble, como eran. Por otro lado, si era cierto que el resto de la hermandad les aguardaba en Rennes-le-Château, su presencia no debió pasar desapercibida para unos cuantos vecinos cuya vida se limitaba a las faenas del campo, visitas a la iglesia y poco más. Solo tuvo que recordar el estupor de los lugareños cuando le vieron entrar en el pueblo a lomos de su caballo, para darse cuenta de que no habían visto a alguien de fuera desde hacía meses.

Regresó de nuevo al taller del herrero maldiciendo por lo bajo su estupidez, creyéndose víctima de un engaño por parte de los criados de Charles de Beaumont, o peor aún, de Philippe; su cochero.

—Disculpa un momento... —levantó la voz para hacerse oír, pues el sonido de los metales al colisionar con fuerza era realmente ensordecedor—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

El herrero se giró de nuevo, pero en esta ocasión su gesto denotaba, además de su inherente brutalidad, una incuestionable impaciencia con las solicitudes del forastero.

—Vos diréis.

—En Carcassonne me aseguraron que un grupo de nobles, procedentes de París, tenía pensado reunirse aquí, en Rennes-le-Château. Y la verdad, no me los imagino hospedados en la casa de tu amigo Pierre... —Se aclaró la voz antes de continuar—: ¿Existe algún otro lugar dónde puedan haber ido? Tal vez estén en algún pueblo vecino que cuente con una posada digna de su linaje.

El gigantón le dirigió una mirada perspicaz y taimada.

—¿Puedo saber a qué os dedicáis?

Le había descubierto. Nadie venía a un lugar como aquel solo para interesarse por la vida de los demás.

—Soy Gustave Marais, teniente de Policía de París... y cuento con el apoyo del procurador general del rey... —afirmó a desgana, pero orgulloso de su labor—. Y cualquier ciudadano está obligado a responder a mis preguntas sin cuestionar la naturaleza del interrogatorio.

Ante el temor de que fuera cierto, y aquel mugriento y ridículo caballero pudiera causarle problemas con la Ley, el herrero aflojó los músculos de su cuerpo y esbozó una sonrisa bovina para crear un clima más distendido. No le costaba ningún trabajo ser amable con él, y facilitarle la información que tanto deseaba.

—Señor, si algún aristócrata hemos visto en ocasiones por aquí, han sido las amistades de la marquesa de Blanchefort —le confesó en tono confidencial—. Suelen venir de París, como bien habéis comentado antes, y pasan semanas enteras sin salir

del castillo. Si os han dicho que estaban por la región, me apuesto mi brazo derecho a que se esconden tras los muros de la fortaleza.

Sin poder evitarlo, los ojos de Gustave fueron a parar a la fornida extremidad que sostenía el martillo de percutir. No se lo imaginaba perdiendo la única pieza irreparable de su tosco taller, por lo que creyó sus palabras.

—¡Está bien! —Trató de no perder la calma—. Dime cómo puedo llegar hasta allí.

—Debéis coger el camino que hay a las afueras, el que conduce a Arques. Seguid hacia delante hasta que veáis sus torreones. Llegaréis enseguida.

Les llevaba un día de ventaja. Y puesto que Charles y la joven pensaban reunirse con alguien en el castillo de Blanchefort, tal vez con el mismo hombre que incendiara el prostíbulo de *Madame* Gautier, el oficial pensó que lo mejor sería adelantarse de nuevo y poder descansar antes de que cruzaran sus murallas. Así tendría tiempo de forjarse un plan que pusiera fin a su inacabable rastreo.

A pesar de no poder ni mantenerse casi en pie, desató el caballo y volvió a montar sin importarle que su cuerpo desfalleciera de cansancio. Su espíritu no necesitaba más estímulo para seguir despierto que el que nacía del rencor y la rabia. Ni siquiera escuchó la grave voz del herrero, preguntándole si no deseaba cambiarle el herraje al animal, poco antes de picar espuelas.

Como un criminal que huyera de la horca, Marais se alejó del pueblo sin volver la vista atrás. En su mente giraban los distintos rostros de las personas que había conocido en los últimos dos meses, creyendo que todos eran una misma persona: Totó.

El acecho

Despertó sobresaltado, cubierto de sudor y con el cuerpo dolorido debido a la incómoda postura de yacer de lado. Al incorporarse trató de reconstruir la escena sin saber muy bien dónde estaba ni en qué lugar había pasado la noche. La humedad del suelo le devolvió la memoria, logrando recordar lo acaecido en los últimos días.

Se frotó los ojos antes de mirar en torno suyo. A lo lejos pudo ver el castillo donde, supuestamente, debía detenerse el carruaje que había perseguido a través de media Francia. Era soberbio, impresionante, una edificación simétrica enclavada en el llano y rodeada de murallas medievales de sillares ennegrecidos. A lo lejos pudo contemplar el arco de entrada cuyos postigos estaban abiertos de par en par. En una esquina, a la izquierda, se erigía una capilla, y a la derecha una casa donde posiblemente vivían los criados. Ya la tarde anterior tuvo ocasión de verlo, cuando se detuvo a un centenar de metros para admirar su férrea construcción e idear el modo de entrar sin que le vieran, aunque no tardó mucho en dejarse llevar por el agotamiento, y caer de bruces sobre la hierba para quedarse dormido a los pocos segundos. Se acordó entonces de su caballo, el cual permanecía atado a un árbol y mirándole con cara de resignación. Suspiró de alivio al comprobar que seguía en el mismo sitio.

Poniéndose en pie, fue hacia el percherón con el fin de desatarlo y buscar otro lugar donde no estuvieran tan a la vista. A su espalda se levantaba una pequeña colina donde verdeaban los pinos. En la parte más alta pudo observar un saliente rocoso que era ideal para montar guardia sin que pudieran verle. Para acceder a él tuvo que dar un rodeo y ascender por un angosto desfiladero cuyo camino se abría tras el montículo. A pesar de sentir como los cascos del animal resbalaban por entre los peñascos sueltos, haciéndole retroceder hacia abajo cada vez que se empeñaba en subir, su implacable obsesión le impelía a llevar a cabo su propósito aún a riesgo de perder la vida. Y hasta que no estuvo en lo alto no se sintió satisfecho.

Ató de nuevo al caballo antes de buscar un lugar idóneo desde donde poder observar la entrada al castillo, llevándose consigo la alforja con pan, queso y agua que le proporcionara el antiguo dueño del animal. A la sombra de un árbol, muy cerca del acantilado, encontró una pared rocosa donde podía apoyar la espalda y estar sentado a un mismo tiempo. Allí se dejó caer. Luego buscó en la talega el odre con agua y algo de alimento con los que saciar sus necesidades más primarias.

La temperatura había bajado y el Sol de la mañana acabó devorado por un cúmulo de nubes que provenían del norte. Sintió escalofríos cuando el aire comenzó a silbar imitando el llanto de un niño, más que nada, porque se sentía el hombre más solo del mundo; allí, perdido en medio de la nada, dilucidando el modo de acabar con el asesino de la única mujer por la que había sentido algo especial en su vida.

Se olvidó de su profundo pesar bebiendo del agua tibia del odre y comiendo algo sólido. Luego se recostó sobre la pared a la espera de ver llegar el carruaje. Sus ojos se fueron cerrando poco a poco debido a las varias horas de acecho y al cansancio acumulado; no en vano llevaba varias jornadas sin detenerse a dormir de forma decente; la última vez en una posada de SaintEtienne donde los ratones campaban a sus anchas, eso sin contar el sueño de la tarde anterior.

Se despertó a eso del mediodía, cuando el inconfundible sonido de caballos y traquetear de ruedas llegó hasta sus oídos de forma distante e indefinida. Ni siquiera se inmutó al ver que cruzaban la puerta de entrada a la fortaleza, quedando aislados del resto del mundo y, por defecto, fuera de su alcance. Lo único que hizo fue sonreír al comprobar que era cierto lo que le dijera el herrero, y que ese era el lugar escogido como centro de reunión. Tuvo el presentimiento de que tarde o temprano saldrían de su guarida. Solo tenía que esperar.

Marais siguió acechando como un lobo, siempre con la mirada fija en el castillo. No le importó que se desatara una de las peores tormentas del siglo, ni que su cuerpo empapado de agua sufriera el rigor de la lluvia y el viento. Cualquiera que le observara creería estar frente a una de esas estatuas de frío mármol incapaces de sentir ni padecer. Y sin embargo, su corazón, alimentado por el odio, latía con más fuerza que nunca dentro de su agitado pecho.

El proceso

Las puertas del castillo se abrieron poco después de las diez. La noche nebulosa dio la bienvenida a quienes fueron saliendo, de uno en uno, por el arco de entrada con la intención de coger el camino que conducía a la vieja cripta que se había adaptado para ser el estanque donde habrían de copular los seres primordiales. En cabeza iban el rey y la reina, quienes se habían desnudado por completo y vestido con una túnica de color carmesí y blanco respectivamente. Tras ellos caminaban el conde de Saint-Germain y Alessandro di Cagliostro, engalanados con las fastuosas y doradas vestiduras de la Fraternidad al igual que el resto de los iniciados que les seguían muy de cerca. Cerrando la comitiva, y ayudado por un asno, Roger se encargaba de transportar el violín de su amo y las diversas garrafas de cristal en cuyo interior parecían mezclarse líquidos incoloros con lo que venía a ser niebla o gas denso, que no era otra cosa que los componentes de la denominada Agua Caótica en el libro *El niño hermafrodita del Sol y de la Luna*; otro de los grandes y anónimos textos de alquimia del siglo XVI.

El suelo se había convertido en un barrizal, y debido a ello tuvieron que improvisar una silla para *Madame* de Treville, a quien le costaba trabajo avanzar en semejante situación debido al barro, a la edad, y a sus continuos ataques de gota. Los requeridos para portear a la anciana fueron su propio hermano y el joven pretendiente de Juliette. Cécile y la condesa de Blanchefort se encargaron de llevar las antorchas que hasta ese momento transportaban los hombres, de modo que pudieron continuar su andadura tras el breve receso.

Deambulando por aquel infierno, Charles no tuvo mejor idea que ponerse a pensar en lo que estaba a punto de hacer. Ni siquiera sabía cuál iba a ser el resultado final, ni si su decisión podría realmente desembocar en un cambio que afectara la naturaleza del hombre. Todo lo que sabía, aparte de que Papilión tenía fe en el proceso, era la sarta de incongruencias que le habían contado para confundirle y

mantenerle al margen de la verdad. Entonces se imaginó en su residencia de París, o mejor aún, en Inglaterra, charlando en casa de algún amigo mientras tomaban el té con pastas y la tarde transcurría en buena compañía. Esos pequeños deleites que coordinaban su vida de siempre quedaban lejos de su alcance. Ahora tenía que conformarse con sentir el gélido y húmedo viento que se le colaba por entre las piernas, y el desagradable contacto del barro inundando sus sandalias. Aquello comenzaba a parecerle una de esas terribles pesadillas de las que nunca logras despertar a tiempo.

Lo cierto es que estaban poniendo a prueba su paciencia; la más frágil de las virtudes.

Miró a su acompañante. Papilión iba callada y con el rostro hacia abajo en señal de penitencia, o así lo creyó él. Llevaba ocultas las manos en las espaciosas mangas de su túnica. Le hubiera gustado saber qué pensaba. Quizá en su anhelada bisección espiritual, tal y como le había confesado en cierta ocasión, o en ese fruto que, según le vaticinara su lado masculino, comenzaba a gestarse en su vientre. Al margen de su reflexión, el tiempo que la estuvo observando le pareció efímero, y más aún al saber que dentro de poco volvería a experimentar el mayor y frenético eretismo de su vida. Solo por ello valía la pena arriesgarse.

Al cabo de un tiempo llegaron al lugar señalado para el proceso. Lo primero que le llamó la atención fue el altar triangular y el signo de la estrella judaica pintado milagrosamente en el suelo, porque, de forma inexplicable, la lluvia no había afectado la zona en un radio de cien metros. El Maestro fue dando instrucciones a sus adeptos, indicándoles que se colocaran en la misma posición que la noche anterior. Las mujeres ocuparon los vértices de la estrella, y los hombres rodearon a estas situándose de forma que simulaban ser los siete planetas. Alessandro di Cagliostro se ubicó en el centro del hexágono, lugar que todos creyeron reservado para el Maestro; mas nadie dijo nada porque fue el mismo conde quien así lo dispuso.

Saint-Germain ayudó a su valet a transportar las garrafas hasta los pies del sepulcro, dejando antes el violín sobre el altar adornado con la cruz y otros elementos cabalísticos. Debido al esfuerzo, ya que no estaba acostumbrado a tales ocupaciones dignas de la servidumbre, se detuvo a tomar aliento para dirigirse a su lacayo en tono confidencial.

—Esto me recuerda el Gólgota, la tarde que crucificaron a Cristo... —le dijo tras sentarse a descansar en el borde de la cripta, secándose la frente con un pañuelo que sacó de la levita—. Aún me parece sentir su aliento mientras le ayudaba a soportar el peso del madero. ¿Te acuerdas?

—El señor conde olvida que solo llevo cuatrocientos años a su servicio —respondió el lacayo con voz ceremoniosa—. Eso debió ocurrir en tiempos de mi predecesor.

—Cierto, lo había olvidado.

Charles y Papilión, que aguardaban de pie junto al estanque, se miraron atónitos al no dar crédito a la breve y delirante conversación que acababan de escuchar. Pero pronto olvidaron aquel absurdo, cuando Saint-Germain les pidió amablemente que se apartaran del receptáculo porque iban a proceder a su purificación.

Nada más abrieron las dos primeras garrafas, el ambiente se llenó de una exhalación irritante y séptica parecida al hedor que emiten los pantanos. Al liberar los tapones de las otras dos fue distinto, ya que ningún olor salió desprendido de las redomas. La quinta y última en destaparse fue el agua residual de las preñadas, la cual vaciaron de inmediato en la cripta. A continuación añadieron el resto de los ingredientes, creándose la reacción alquímica esperada que culminó con una acumulación de gases sobrevolando el lugar. La espesa nube se fue transformando en un torbellino que nacía del estanque y se prolongaba hacia la eternidad de la noche. Los allí reunidos, absolutamente todos, quedaron boquiabiertos al ser testigos del poder nigromántico del conde de Saint-Germain.

Charles retrocedió asustado a causa de aquel prodigio, que al pronto relacionó sin más con la brujería. Un tornado de gas espeso giraba en espiral hasta el cielo, afianzándose sobre el estanque donde, según le habían asegurado, tendrían que introducirse para llevar a cabo la Fermentación del alma única. Lo primero que sintió fue un vacío en el estómago que casi le hace perder el conocimiento. Aquel fenómeno sobrenatural le produjo tal efecto de rechazó, que a punto estuvo de dejarles allí, y echar a correr sin volver la vista atrás. No es que no le importara la suerte de su joven amiga, pero creyó estar a las puertas de la muerte, y la perspectiva de convertirse en un mártir de la logia no le hacía ninguna gracia.

Saint-Germain le dijo a Roger que se apartara lo suficiente, y que esperase el final de proceso sin inmiscuirse en nada, ocurriera lo que fuese. Luego se dirigió al altar para coger entre sus manos el violín y el arco. Le susurró unas palabras al instrumento, que nadie llegó a oír, antes de colocárselo bajo el hueso de la clavícula. Sus allegados conocían fielmente su faceta de polifacético artista, aunque no tanto Charles de Beaumont. Por eso, casi a nadie le extrañó que les deleitara con su música, que era como escuchar los sonidos del universo.

La melodía consiguió hipnotizarles, arrebatándoles el alma. Era una música especial y dulce que les hizo soñar con paradójicas escenas de voluptuosidad e inocencia, donde el deleite era el eslabón perdido que unía a Dios y a los hombres. A ello hubo de sumarle un cántico sonoro y melódico en un idioma desconocido, salmodia que brotaba de sus labios al tiempo que entornaba los párpados y balanceaba la cabeza de un lado a otro.

Cagliostro hizo una señal a sus compañeros alzando los brazos con las manos extendidas hacia arriba. Sin ningún tipo de reparo, los hombres y mujeres que

formaban la tierra adámica y la estrella de seis puntas se despojaron de sus atuendos, quedando totalmente desnudos. El transalpino se giró hacia los seres primordiales, dándoles a entender con la mirada que debían hacer un tanto de lo mismo; es decir, quitarse la ropa, y estar preparados para la cópula. Papilión no se hizo esperar, y dejó caer su túnica al suelo, dejando visible la insólita deformidad de sus órganos sexuales. Nadie había visto desnuda a la reina, excepto Charles y el Maestro, que conocían su secreto, por lo que el resto no pudo evitar una exclamación de sorpresa al descubrir que en la parte superior de su vagina, donde debía esconderse el clítoris, surgía un pene del tamaño de un hombre adulto, y que entre la zona externa de sus labios vaginales y las ingles, estratégicamente colocados, se alineaban ambos testículos. Era un ser andrógino, una hermafrodita; la última de su especie.

Charles no tuvo más remedio que imitar a su compañera y desnudarse. Se sintió avergonzado al ver como algunos de sus amigos, como la marquesa de Blanchefort y los marqueses de la Roche, quedaban estupefactos al descubrir que su cuerpo, de cintura para arriba, era el de una mujer de líneas espléndidas. Sus pechos y cintura podían ser tan desconcertantes, o más aún, que la excentricidad congénita de Papilión.

Seducidos por la rítmica melodía, el rey y la reina se tomaron de la mano introduciéndose de pie en el estanque y, por consiguiente, en el torbellino de gases que giraba en espiral y en concordancia con las notas musicales del Maestro. En el interior de aquel giravientos todo era de un color azul violeta, la tonalidad del fuego eterno. Charles tuvo la impresión de que siempre había sido así, añil como el cielo; incluso recordó un sueño donde Papilión tenía ese mismo color de piel. Sintió un cálido bienestar por todo el cuerpo que le hizo levitar del suelo a pesar de las leyes de la gravedad, deliciosa sensación que fue en aumento según las manos de la joven comenzaban a acariciarle brazos y espalda. El contacto de sus dedos quemaba la piel, pero era un ardor que sublimaba los sentidos hasta el paroxismo. Por un momento se acordó de la reveladora frase que le dijera el caballero Le Brun, aquello de: «A un torbellino vamos por la noche, y somos consumidos por el fuego». Ningún aserto podía ajustarse mejor a las circunstancias.

Entonces, cuando ya estaba a punto de sentir nuevamente el placer extático de Dios, en ese instante en que el cuerpo se convulsiona liberando esfínteres, y el alma soporta la descarga eléctrica que provoca el espasmo, sintió como unas manos le aferraban la garganta con fuerza al tiempo que una voz desgarrada y truculenta, la del lado oscuro de Papilión, le exhortaba a gritos:

—¡No conseguirás librarte de mí tan fácil! ¡No, no lo harás! —chilló como una poseída—. ¡Deja en paz mi cuerpo si no quieres que acabe contigo!

Charles retrocedió asustado, tropezando con el borde de la cripta para caer de espaldas al suelo. Estaba aturdido. Las voces de los demás miembros de la logia

parecían provenir del fin del mundo. Saint-Germain había dejado de tocar, y se comunicaba con Cagliostro en toscano. Las únicas palabras coherentes que escuchó, antes de perder el conocimiento, fueron las de *Madame* de Treville diciéndoles algo referente a un cuervo negro que habrían de detener antes de que entrase en el torbellino.

A continuación, la oscuridad más absoluta y el silencio.

El escondite

Desde el mismo instante en que abandonaron el castillo, Marais se convirtió en la sombra de aquellos encapuchados que asemejaban ser almas en pena en mitad de la noche. En un despiadado acechar a pie por la oscuridad, en silencio, y orientándose gracias a la luz que desprendían las antorchas, pudo ir tras sus pasos sin que pudieran advertir su presencia.

Una hora más tarde llegaron a los alrededores de la cripta. No le gustaban las sorpresas, por eso fue de lo más selectivo a la hora de escoger el lugar desde donde habría de controlar los movimientos de aquellos chiflados. Se arrastró hasta unos espesos matorrales, a una veintena de metros del altar y los símbolos dibujados en el suelo, quedando a espaldas de la gran mayoría. Desde allí pudo observar la maniobra de los iniciados y el traslado de las redomas.

Casi pierde el equilibrio al ver el asombroso efecto tornado que se formó inesperadamente tras haber vaciado el contenido de los garrafones en la cripta de piedra. Sus pensamientos se bloquearon al tratar de comprender qué clase de magia era aquella a la que debía enfrentarse, pues no había contemplado nada igual en su vida, ni creyó que nadie lo hubiese hecho jamás. Reconoció a Charles y a la joven a pesar de la distancia y las capuchas que cubrían sus cabezas, pero no al resto de los congregados ni al artífice que, de la nada, había creado un torbellino que ascendía hasta los límites del cielo.

Fue este mismo quien cogió el violín del altar, arrancándole unas notas al instrumento que el policía calificó de insuperable calidad artística. El sonido que brotaba de las cuerdas le hizo olvidar por un momento su axiomática venganza. Es más, creyó morir de felicidad cuando escuchó su voz de barítono conjurar el idioma sagrado de los ángeles.

Sin embargo, regresó de su ilapso auditivo al ver cómo, de forma imperceptible, se movían las hojas de otro arbusto que había unos diez pasos más hacia abajo, a su

derecha. Estuvo observándolo con detenimiento durante unos segundos, ya que bien podía tratarse de un animal salvaje, y poner en evidencia su refugio en caso de que se decidiera atacar. No pudo distinguir nada en absoluto porque era noche cerrada, y la penumbra todo lo reducía a sombras. Tampoco escuchó gruñidos o resuellos que avalaran su teoría, por lo que se olvidó de aquel detalle sin importancia para centrarse de nuevo en el ritual. No obstante, sacó su mosquetón del interior de su levita como elemental medida de seguridad.

Lo que vio entonces le dejó estupefacto, y no fue precisamente el comprobar que los iniciados se despojaban de sus túnicas para quedar totalmente desnudos, iniciativa que calificó de excéntrica y absurda, sino descubrir entre ellos a *Monsieur Joly de Fleur*, el procurador general del rey de Francia, su superior, el hombre que le había asignado el caso de estrangulamiento porque era de su máxima confianza, el mismo por el que se jugaba la vida en una persecución febril e irracional. ¡Estaba allí! Formaba parte de aquel grotesco ritual junto a otros nobles de la Corte como eran el duque de Choiseul o el enciclopedista Diderot, a quienes conocía de haberlos visto por las inmediaciones de Versalles. Se sintió humillado, engañado y estafado, y ni todo el oro del mundo podrían devolverle su honor. Aquel sabelotodo, solemne magistrado de Su Majestad, le había utilizado como a un pelele a cambio de un buen puñado de dinero. Y sin embargo, lo que más le extrañó de todo fue descubrir que Totó no se encontraba entre los asistentes.

Dejó aparcada su rabia al contemplar otro fenómeno inexplicable: *Mademoiselle Papilión* resultó ser un fenómeno de la naturaleza que ostentaba ambos sexos, y Charles de Beaumont no era sino un hombre con pecho de mujer. Entonces comprendió que él y Lía no eran hermanos, sino las dos caras de una misma moneda.

Sin moverse de su sitio, e intentando poner en orden sus atropelladas ideas — pues aquel espectáculo era de locos—, aguardó a ver qué otra sorpresa le tenían reservada.

Poco después los vio meterse en el interior del tornado, donde solo podía apreciar a duras penas sus siluetas debido a la densidad del gas azul que emergía del sepulcro. La música hipnotizante del violinista, y su admirable cántico, hicieron que ambos andróginos flotaran casi un palmo por encima del suelo. Cuando ya daba por sentado que estaba a punto de ser testigo de algo maravilloso, se produjo un inesperado forcejeo dentro del torbellino que acabó con Charles de Beaumont tumbado por los suelos.

Se rompió el hechizo. Los iniciados se preguntaban unos a otros qué podía haber sucedido, seguros de que aquello no formaba parte del ritual, sino que se trataba de un inesperado contratiempo. El hombre de violín dejó de interpretar su dulce melodía para decir algo en un idioma de la Península Itálica, aunque no parecía alarmado por la situación; más bien todo lo contrario, pues miraba atentamente hacia el lugar que

había elegido como escondite.

Fue al inclinarse para ponerse fuera de su vista, cuando el teniente escuchó de nuevo el crujir de ramas secas unos metros por delante. Se quedó sin habla al ver que Totó surgía de detrás del arbusto que poco antes llamara su atención.

Iba directamente hacia el torbellino.

La muerte de Totó

La voz que se repetía en su cerebro le instigó a seguir adelante, la misma que le había acompañado la última semana con el único propósito de reducir distancias y llegar cuanto antes a su cita con el destino. No le importó que el caballo que tomara prestado en Fontainebleau acabara desplomándose en el suelo tras haber galopado tres días consecutivos sin detenerse siquiera a descansar. Reconoció lo inhumano de su acción al hacerle correr de ese modo, pero debía sacrificar todo cuanto estuviese en su mano de querer alcanzar el castillo de Blanchefort en el tiempo previsto para la celebración del proceso. El que hubiera muerto reventado no le afectó en absoluto; tampoco le importó verse nuevamente corriendo a pie por las tierras de Francia.

El azar quiso que a las pocas horas se encontrara con un carruaje en mitad del camino, vehículo cuya rueda izquierda se había salido del eje, y que el cochero intentaba arreglar para salir de aquel embarazoso contratiempo ante la mirada atenta y escrupulosa de su amo. Corrió hacia ellos con gran satisfacción. La voz no le había engañado al prometerle que conseguiría otro medio de transporte.

Cuando llegó a la altura del coche, siervo y señor quedaron petrificados al descubrir la horrible deformación de aquel monstruo con trazas de sacerdote. Les llamó la atención los hábitos gironados que llevaba por indumentaria, y también esa peculiar forma de andar que arrastraba, pero ninguno abrió su boca al ver que el intruso se disponía a desenganchar al mejor de los caballos con la intención de llevárselo. Sin reparar siquiera en los presentes, que, aterrorizados, se mantenían al margen de aquel hurto ilícito pero de algún modo consentido, montó al animal y continuó de nuevo su viaje.

De este modo, días después alcanzaba finalmente los arrabales del castillo, justo a tiempo de ver como la procesión de encapuchados se aventuraba por la senda que se extendía más allá de los muros de la fortaleza. Después de un seguimiento de casi una hora, los vio detenerse junto a una tumba de piedra donde se había levantado un

tabernáculo triangular y dibujado una estrella en el suelo. Ató el caballo a un árbol, bien lejos del lugar de reunión para que el animal no le delatara. Más tarde se deslizó con sigilo hasta un grupo de setos que crecía de forma caprichosa en aquel paraje tan desolador. Camuflado entre las hojas se dedicó a esperar.

Sin más preámbulos dio comienzo el proceso, colocándose los hombres en un lugar determinado, y las mujeres en otro. No se dejó impresionar por el ácido aroma que surgía de los garrafones tras ser descorchados, aunque no ocurrió lo mismo con la prodigiosa espiral que unía cielo y tierra, el cántico sobrehumano del hombre que tocaba el violín, y el que todos se desnudaran al unísono sin un motivo aparente. Ante un espectáculo así, pensó que lo mejor sería permanecer donde estaba, y aguardar a que el espíritu oscuro le dijera cómo y cuándo actuar.

Entonces escuchó la voz del caballero Le Brun en su cerebro. Le invocaba a gritos para que intercediese en su favor antes de que fuera demasiado tarde. Le oyó decir que pensaban destruirle, que no iban a concederle la supremacía absoluta del cuerpo que lideraba Papilión, sino lo contrario, y que todo había sido una emboscada urdida por una mente prodigiosa que le dominaba gracias a un sortilegio sobrenatural que les afectaba a ambos. Le dijo, también, que para evitar el trágico destino que les aguardaba debía permanecer en silencio a la espera de una señal, asomo que él mismo se encargaría de hacerle para que pudiera correr hacia el estanque, y así excarcelarle de aquella prisión de gases y vapor de agua que componían el tornado.

Y eso fue lo que hizo: permanecer en silencio, sin mover apenas su cuerpo, hasta que llegara el momento de entrar en acción.

Tras un breve espacio de tiempo, escuchó la escabrosa entonación del caballero Le Brun maldiciendo la conducta del hombre que permanecía con él en el ojo del huracán. Vio como le empujaba con fuerza, haciéndole caer de espaldas sobre el suelo rocoso que circundaba la cripta. En aquel momento comprendió que era el indicio que estaba esperando. Sin pensar siquiera en las consecuencias se puso en pie, y fue directo hacia el torbellino con el propósito de liberar al andrógino de aquel infierno. Nada ni nadie le impediría esta vez ostentar el derecho a cuidarle.

Mientras corría hacia la cripta escuchó las advertencias que una anciana les hacía a los demás para que intentaran detenerle. Uno de los hombres más jóvenes reaccionó interponiéndose en su camino, pero el hombre del violín dijo algo en un idioma que no llegó a comprender, y al momento se echó a un lado. Totó llegó al borde mismo del estanque sin que nadie se tomara la molestia de evitarlo. Aquello le hizo recelar, pues al pronto rescató una terrible escena del pasado de la que conservaba un recuerdo de lo más espeluznante. Era una situación similar a la del día en que asesinaron a Petit Ours, y a él le hirieron en la espalda. Todo resultaba demasiado fácil.

La voz del caballero Le Brun atrajo de nuevo su atención.

—¡Vamos, sácame de aquí! —gimió, desesperado, intentando dominar la antagónica voluntad de su lado femenino, para luego rugir—. ¿A qué estás esperando? ¡Libérame de una vez!

Antes de tomar la decisión de entrar y rescatarle, el gigante vio de soslayo como el hombre del violín dirigía la mirada a un lado, por encima de su hombro. Tuvo la horrible impresión de estar cometiendo el mismo error que antaño: confiar en su fuerza bruta cuando debía haber sido más astuto cubriéndose las espaldas. Cuando se dio la vuelta, comprendió que era demasiado tarde.

Gustave, con las pupilas inyectadas en sangre, enloquecido después de tanto anhelar el exquisito dulzor que ofrece la venganza, caminaba hacia él empuñando con ambas manos un mosquetón de gran calibre mientras respiraba de forma agitada, exhalando el aire a bocanadas llenas debido a la impetuosa carrera. Se detuvo a escasos metros, mirándole fríamente a los ojos. Estaba tan cerca que sintió el fétido aliento del coloso sobre su rostro, el cual le observaba a su vez con cierta expresión de inocente sorpresa, suplicando, tal vez, comprensión y misericordia. Por un instante, los presentes creyeron que pensaba darle una oportunidad de vida y condonar su sentencia. Sus esperanzas se desvanecieron cuando el sonido de un disparo quebró el silencio de la noche, y de ese modo se hizo eco de la tragedia. Ninguno de los allí reunidos dijo o hizo nada por evitar la ejecución, ni siquiera el procurador general del rey, quien se sentía un tanto ridículo al haber menospreciado a su hombre de confianza.

El cuerpo de Totó cayó inerte sobre el borde del estanque, salpicándolo todo con la sangre que brotaba de su aparatosa herida en la cabeza. Saint-Germain se acercó al cadáver. Tras comprobar que el Agua Caótica se hallaba teñida de rojo, tal y como esperaba que ocurriera, le dejó caer suavemente hasta el suelo en un gesto de inconmensurable piedad. Ignorando la presencia del policía, que celebraba su triunfo con una sonrisa ácida que le daba un aspecto más enajenado de lo que estaba, fue hacia Charles de Beaumont para arrodillarse en el suelo y cogerle de las manos, con la intención de levantarlo.

—¡Vamos, pongámosle en pie! —le dijo a Cagliostro, haciéndoles un gesto a los demás para que no se movieran de donde estaban.

Entre los dos incorporaron al caballero d'Éon. Bastaron unas palmadas en el rostro para lograr que abriera nuevamente los ojos, aunque seguía un tanto aturdido por el golpe que recibiera en al caer.

—¿Os encontráis bien? —El conde le hizo esta pregunta para asegurarse de que podría continuar sin poner en peligro la ceremonia.

Charles, que apenas recordaba lo ocurrido, afirmó con un movimiento de cabeza.

—Sí... creo que sí —balbució. Fueron sus únicas palabras.

Tratando de reiniciar el proceso, el propio Saint-Germain le ayudó a entrar de

nuevo en el torbellino. Nada más atravesar la columna de éter Charles sintió el aire cálido que surgía del estanque, elevándose hacia arriba. Reaccionó al efecto abriendo sus ojos. Tenía de nuevo a Papilión frente a él, y no al bastardo de su hermano. Las manos de la joven retomaron el funcionamiento intrínseco del ritual acariciándole la espalda, y uniendo con fuerza los cuerpos desnudos. El gas azul vivificaba sus pulmones logrando que el corazón latiese al doble de su ritmo normal, y que la sangre corriese de forma enloquecida por sus venas. Cierta cosquilleo agradable comenzó a ascender desde la plantas de los pies hasta la base del cráneo; poco a poco... muy lentamente. Cada partícula de su cuerpo estaba preparada para recibir la sacudida emocional que habría de proporcionarle el placer más exquisito e innominado que podían alcanzar un hombre o una mujer. Abrió la boca en un desahogado gesto de complacencia, más lo único que salió de su garganta fue un suspiro humilde que murió antes de llegar a sus labios. Escuchó la voz del conde invocando a los elementos, a Dios y a las fuerzas telúricas de la Tierra. Elevaba sus plegarias al Cielo leyendo de un libro que había sobre el altar al tiempo que alzaba sus brazos en señal de ofrenda. Según recitaba la cabalística salmodia, iba en aumento la agradable sensación de efervescente embriaguez. Por lo que pudo observar, también Papilión parecía estar a punto de alcanzar el éxtasis. De no finalizar pronto la ceremonia, iban a estallar en mil pedazos dentro de aquel torbellino de aire cálido que giraba de forma vibratoria en torno al estanque, cada vez más y más rápido.

Entonces sintieron la energía de Dios corriendo por sus venas y liberaron la semilla fecundadora espiritual que habría de transformar al mundo. Se oyó un sonido como de montañas en colisión, y de la oscuridad de la noche surgió un relámpago: el rayo divino de Dios, testigo principal de la inconcebible proeza que llevaban a cabo algunos de sus hijos. Poco después, un haz luminoso vino a posarse sobre la cripta, fundiendo los dos cuerpos en uno. A continuación hubo un destello fulgurante que se extendió varios metros en círculo, derribando a los miembros de la logia y al policía; incluso al mismísimo Saint-Germain.

Y luego nada. Tan solo la oscuridad de la noche y el silencio de los cuerpos inertes.

Silencio

Poco a poco fueron incorporándose quienes despertaban del profundo sueño en el que se vieron inmersos tras ser rechazados por la fuerza del rayo de Dios. Antes de nada se colocaron de nuevo las túnicas, ya que tenían el cuerpo aterido de frío debido a la humedad del suelo, y porque el ir desnudos, tras el ritual, resultaba ya innecesario. Ayudándose unos a otros se congregaron alrededor del estanque donde les aguardaban Saint-Germain y Cagliostro. El teniente Marais, a pesar de sentirse un extraño entre tanto hábito iniciático y artilugio cabalístico, decidió unirse al grupo con la intención de averiguar el oscuro secreto de aquellos hombres que eran capaces de invocar a los elementos y a las fuerzas de la naturaleza.

Dentro de la cripta, recostados de forma inversa —Charles con la cabeza hacia el sur, y Papilión hacia el norte—, los seres primordiales seguían sumidos en su letargo. El duque de Choiseul, par de Francia, fue a dar su opinión con respecto a lo ocurrido, pero no pudo al tener dormida la lengua y el cielo de la boca. El Maestro hizo un gesto bastante significativo, dándole a entender que era imposible hablar, y que debía olvidarse de intentarlo por un tiempo. Luego, ayudado por Alessandro, comenzó a pellizcar suavemente las mejillas de los andróginos con el fin de despertarlos.

La primera en hacerlo fue la joven. Abrió los ojos con cierta lasitud, como si el peso de los párpados superara en gran medida al esfuerzo. Lo primero que vio fue un corrillo de rostros que la observaban a su vez con precipitada curiosidad. Avergonzada de su desnudez flexionó las rodillas, rodeando las piernas con sus brazos hasta que los muslos le ocultaron el pecho. Sintió que la boca tenía cierto sabor a metálico, y que le era imposible comunicarse porque las palabras seguían sujetas al hechizo. Saint-Germain se le acercó para cubrir su cuerpo con la túnica. La ayudó a salir del sepulcro, procurando apartarla de los demás con el fin de que pudiera reorganizar sus pensamientos. A continuación le tocó el turno a Charles, el cual tuvo que ser asistido por el marqués de la Roche y Diderot ante la imposibilidad

de levantarse por sí solo. Aunque no permitió que nadie le ayudara a vestirse, quizá porque no aceptaba el hecho de que hubieran descubierto el secreto que ocultaba desde la adolescencia.

Roger, el valet del Maestro, se les acercó para comunicarles lo que debían hacer. Al no haber sido testigo de la ceremonia, retirándose lo suficiente como para no dejarse influir por el furor del torbellino ni por el mágico resplandor que descendió del Cielo, aún conservaba la capacidad de expresarse por medio de la palabra.

—La voluntad de mi amo es que regresemos de inmediato —les dijo a todos—. Aún tendréis que descansar unas horas antes de comprender lo que ha sucedido esta noche. Por favor, acompañadle. Yo me encargaré de enterrar el cuerpo de este hombre... —Señaló el cadáver de Totó, añadiendo con gravedad—: No es de buen cristiano dejarle a merced de la carroña.

Dicho esto, el lacayo levantó el cuerpo del gigante y apoyó su torso en el borde del receptáculo, demostrando así que era capaz de un gran esfuerzo físico a pesar de la imagen inconsistente de su cuerpo. A continuación levantó sus piernas y lo dejó caer con cuidado en el interior, sobre el poso de agua negruzca que quedaba al fondo del sepulcro. Tras acomodarlo correctamente en la mortaja de piedra, fue en busca de varios peñascos con los que cubrir la tumba.

Gracias a la mímica, Saint-Germain les hizo comprender a sus amigos que Roger no necesitaba la ayuda de nadie para lo que iba a hacer, y que lo mejor sería regresar a la fortaleza. El grupo se puso en movimiento, no sin antes acomodarse de nuevo en las parihuelas a *Madame* de Treville, que se encontraba realmente agotada después de toda una noche de increíbles sobresaltos. El propio conde se le acercó para mitigar el dolor de pierna que arrastraba desde hacía años con un masaje aprendido en el lejano Oriente, labor que efectuó al tiempo que bajaban la senda que les conduciría de nuevo al castillo de Blanchefort.

Charles no pudo evitar acercarse a la joven, a quien pensaba acompañar de vuelta a la fortaleza a pesar de la inoportuna pero solidaria compañía de Cagliostro. Cuando la tuvo a su lado, Papilión le miró a los ojos ofreciéndole una de sus exquisitas sonrisas. Sus pupilas chispeaban de felicidad. La finura de su rostro, que parecía arrancado de un tapiz clerical, le resultó más imperturbable y sereno tras la ceremonia que días antes, más acorde con la sensatez de un principio. Entonces ella le cogió de la mano, y el contacto de su piel le hizo estremecer de nuevo.

Estaba sin voz, apenas si sostenía las ideas en su cerebro, y su cuerpo le pesaba tanto como piedra de molino, no obstante se sentía el hombre más afortunado del mundo al haber formado parte de aquel inconcebible ritual que en un principio calificó de fraude, pero que resultó ser una experiencia maravillosa. El hecho de no poder hablar le impidió decirle lo feliz que se sentía de haberla conocido, de haber confiado en ella, y de haber aprendido un conocimiento único que jamás olvidaría. Y

a pesar de intuir que dentro de poco tendrían que separarse, supo que en el corazón de ambos siempre habría un lugar donde podrían refugiar sus almas y encontrarse de nuevo a pesar de la distancia. Sus vidas iban a ser conducidas por caminos distintos, más se llevarían el grato recuerdo de haber sentido la fuerza del universo, del macrocosmos de Dios, corriendo enérgica por sus venas.

Llegaron a la fortaleza poco antes del amanecer. Roger, que tras una larga carrera les dio alcance cuando iban a mitad de camino, les aconsejó que descansaran hasta mediodía; en todo caso era lo único sensato que podían hacer después de la larga caminata de ida y vuelta, y de toda una noche sin dormir. Saint-Germain, como era habitual en él, no necesitaba recuperar las horas perdidas de sueño, sino lavarse cuanto antes, por lo que su lacayo le acompañó personalmente hasta su dormitorio para prepararle un baño en condiciones. Los demás se fueron retirando en silencio en busca del calor de sus celdas, como prisioneros de guerra arrastrando su condena.

Monsieur Joly de Fleur tomó de la mano al teniente con el propósito de conducirlo hasta la alcoba que en un principio se dispuso para *Madame* de Treville, y que más tarde, a causa de su dolor de gota, quedó vacía cuando tuvieron que cambiarla por otra situada en la planta baja del castillo. Nadie la ocupaba en aquel momento, y no creyó que a Gustave le importara que la decoración estuviera organizada con cierto estilo femenino. Lo más importante era dormir unas cuantas horas.

Cuando Marais entró en el dormitorio, apenas se tenía en pie debido al cansancio de varios días de persecución, y al tremendo efecto que le había causado ser testigo del proceso, así como el haber tenido que ejecutar a un pobre desgraciado cuyo único crimen fue el deseo de proteger a una criatura que, como él mismo, formaba parte de una minoría de engendros. Pero dicha revelación le llegó demasiado tarde, pues solo tras despertar aquella mañana intuyó que había matado a un ser de naturaleza desprendido. Sin embargo, le era imposible sentir remordimientos. Ocurrió, nada más. Así de sencillo. Además... estaba la memoria imborrable de su Deverly.

«Nadie puede evitar ser víctima del destino», pensó tras dejarse caer agotado en la cama, un segundo antes de quedarse profundamente dormido.

El significado del proceso

Una vez más, Saint-Germain reunió a los miembros de la logia en la sala principal de la fortaleza bajomedieval. En esta ocasión no pensaba hablarles de la finalidad de la ceremonia, algo que ya dejó bien claro las vísperas del proceso, sino de las consecuencias que tendría en un futuro. Era evidente que se trataba de un tema delicado que solo podían escuchar quienes formaban parte de la Fraternidad, por lo que el teniente tuvo que conformarse con esperarles sentado en el gabinete de reuniones de la marquesa de Blanchefort. A Charles y Papilión les fue permitida la entrada al conciliábulo porque, sin pertenecer a la logia, eran los invitados de honor y, sin lugar a dudas, los protagonistas del extraordinario ritual. Se les acomodó uno a cada lado del salón, cara a cara, recordándoles que debían guardar un silencio sepulcral, y no participar del coloquio por ningún concepto, condición que aceptaron sin oportunidad de réplica.

No habían tenido ocasión de hablar desde que abandonaran el castillo la noche anterior. Charles, sin embargo, estaba deseoso de poder intercambiar opiniones y contrastar sentimientos. Por lo que le decían sus ojos, era una mujer nueva, libre de fantasmas, feliz, que al fin y al cabo era por lo que siempre había luchado. Aquella joven de incógnita personalidad, pero de inmarcesible pureza, se iba pareciendo cada vez más a la imagen de una de esas vírgenes cuyos retratos suelen adornar conventos y catedrales. Tal era la virtud que demostraba incluso callada.

La voz del Maestro les devolvió a todos la consciencia, pues aún después de dormir seis horas seguidas, y reponer fuerzas con un almuerzo no tan frugal como otras veces, sus mentes seguían obcecadas por los efectos de la ceremonia y los vapores del torbellino.

—Supongo que os preguntaréis cual es el resultado final del proceso, ya que todo parece seguir como antes —comenzó diciendo Saint-Germain, caminando en círculo por el centro de la sala con el fin de ver el rostro de cada uno de sus adeptos—. El

último grabado del *Rosarium* nos habla de un ser divino que resucita espiritual y carnalmente de entre los muertos... la Piedra Filosofal. Aun así, seguimos teniendo a nuestros dos héroes colocados como al comienzo, uno frente al otro. Yo no advierto en ellos ningún cambio... —Hizo un movimiento teatral, acercándose lo máximo posible al rostro de Charles para luego ir a colocarse junto a su joven protegida—. Para mí que siguen siendo los mismos... ¿Qué os parece, nos habremos equivocado en algo? ¿Quizá se me olvidó mezclar cierto ingrediente en la elaboración de la fórmula mágica del Agua Caótica? —Volvió al centro del salón y elevó el tono enfático—: ¡No, por supuesto que no! Yo os digo que hemos llevado a cabo nuestra obra con absoluta precisión, y que las indicaciones del *Rosarium Philosophorum* han sido escrupulosamente correctas. Entonces... ¿qué es lo que falla? Recapitulemos...

»Al principio conseguimos que el rey y la reina se unieran, y me refiero a la primera cópula, en el prostíbulo. Después tuve que corromper la mente de aquel desgraciado llamado Totó con el propósito de hacerle llegar a tiempo para el ritual, maniobra que me dolió más que a nadie pero que fue necesaria para nuestros fines. Si sirve de consuelo, os diré que estaba predestinado a ser la víctima expiatoria desde el principio de los tiempos... —puntualizó antes de proseguir—: La sangre de Totó disolvió su propia corrupción. Más tarde purificamos lo disuelto, reunimos lo que había sido purificado, y luego lo solidificamos. De este modo, el hombre y la mujer deberían formar uno solo. Pero siguen siendo dos... —calló un instante, muy pensativo. Después se echó las manos a la cabeza, dibujando en su rostro una expresión estúpida de sorpresa que indicaba claramente que continuaba con su teatral parodia—. ¡Claro, qué tonto he sido! Se nos olvidó que la piedra de los filósofos debe madurar durante un tiempo en el atañor alquímico para que pueda solidificarse en un horno capaz de cocerla a fuego lento hasta que, como dicen los escritos, alma y espíritu hayan penetrado el cuerpo de parte a parte y sean uno por fin uno solo. Pero... ¿dónde se encuentra dicho atañor?

Guardó silencio de nuevo, a la espera de que alguien pudiera contestarle.

—¿Acaso no era el torbellino que vimos surgir del estanque? —se atrevió a preguntar Diderot, creyendo haber resuelto el enigma.

El noble llegado de ninguna parte negó con la cabeza.

—A fe mía que debe de ser el propio receptáculo... —añadió Milord de Egremont—. Me refiero a la cripta.

—Pues no... —objetó el Maestro—. El atañor es algo mucho más simple.

—Creo que la respuesta está en nosotras, las mujeres —se adelantó a decir la marquesa de Blanchefort, dirigiéndose a sus compañeros—. Pues bien es verdad que los meses que llevé a mi hijo en el vientre me sentí como un horno cociendo pan.

Ante tal simple ejemplo, los concurrentes se esforzaron en contener la risa. Nada les hizo más gracia que imaginarse a la vieja Marie en avanzado estado de gestación.

Sin embargo, la anciana había definido el concepto de atanor mejor que ninguno de sus compañeros.

—Es una lástima que os toméis a broma el aserto de nuestra amiga, pues ha sido la única en comprender lo que trato de deciros... —Saint-Germain volvió a llamar la atención de los presentes, quienes no llegaban a entender del todo sus palabras—. Anteayer por la noche, sin ir más lejos, os sorprendisteis cuando os dije que la primera criatura de Dios era hermafrodita, capaz de parir virginalmente a su voluntad, enseñanzas cabalísticas esgrimidas por Paracelso y Jacob Boehme... y que ya deberíais conocer como buenos filósofos... —Torció el gesto y prosiguió—: Según este último, y algunos de sus discípulos más aventajados, la estrella de David es el símbolo de Cristo, que, como segundo Adán, le sustituye en su androginidad. Por eso Jesús se hizo hombre en el elemento femenino, y reconduce al elemento masculino a la matriz sacra.

»Recordad que el último grabado del libro representa a Cristo resucitando de entre los muertos, que no es otra cosa que el resultado final del proceso... —Entonces se acercó a Papilión para coger sus manos, diciéndole con firmeza—: ¡Ven, no tengas miedo! —La joven se levantó, y fue con él hasta el centro de la sala—. ¡Aquí la tenéis! Ella es el atanor de los alquimistas. O mejor dicho, su matriz... —Completó un círculo sobre el vientre de la joven con la palma de su mano diestra—. Es virgen y está preñada... —Le hizo un gesto a Papilión para que regresara a su asiento—. Y vosotros os preguntaréis: ¿Es esto posible? ¿Acaso se trata de un milagro, quizá de una herejía? Ni una cosa ni otra. Ella es un ser andrógino. Su cuerpo contiene el jugo seminal del hombre y también el germen procreador de la mujer. Lo único que necesitaba para engendrar era el consentimiento de Dios. Y Dios nos lo ha dado después de que hemos aniquilado el espíritu del rey y sacrificado al Cuervo Negro. Ahora solo nos queda aguardar con paciencia los meses necesarios ante de que podamos tener en nuestras manos la Piedra Filosofal, que no es otra cosa que dos hermanos gemelos... un niño y una niña. Pero eso sí, serán dos niños muy especiales.

—Deberíais ser más conciso —le recriminó Margot, marquesa de la Roche, haciendo alarde de su sentido común—. Lo único que os pedimos, simplemente, es que nos expliquéis lo sucedido la pasada noche. Decir que el rayo que estuvo a punto de matarnos a todos fue obra de Dios, supera mi imaginación y la desborda. Pero aceptar que esta criatura... —Señaló a Papilión—, ha concebido sin perder su virginidad, y que su fruto, dos niños de ambos sexos, cambiará el mundo conocido, es algo que jamás podré entender si no es con un razonamiento lógico.

—¡Ah, la razón! Esa arpía ilusoria que nos seduce con su sofisticada apariencia... —suspiró el conde—. No creo que ceder a sus encantos sea lo más aconsejable si se es alquimista.

—Lo que el Maestro trata de deciros... —comenzó a decir Cagliostro harto de

tanta necesidad, pero la mirada penetrante de Saint-Germain coartó su iniciativa.

—Debéis perdonar a Alessandro —se excusó en nombre de su pupilo—. Para él es fácil hablar así. Es aún joven, impulsivo... y conoce la verdad.

—También nosotros necesitamos saber.

La voz de *Madame* de Treville, siempre tan prudente y comedida, sirvió para que los susurros que comenzaban a sentirse en el salón perdieran consistencia. Todos aguardaban con ansiedad la respuesta del Maestro sin atreverse siquiera a mover los labios. No en vano sabían la complicidad esotérica que existía entre el conde y la vidente.

—¡Esta bien! Seré más concreto... —Saint-Germain se resignó a tener que abandonar el argot cabalístico por el lenguaje de los profanos—. Si lo miramos desde el punto de vista actual, es decir en el presente, no ha ocurrido nada. Dentro de nueve meses, Papilión dará a luz un niño y una niña, como ya he dicho antes, y los cuidará hasta que puedan valerse por sí solos. En principio serán igual que los otros niños, aunque mi afirmación de que son distintos os parezca un tanto paradójica. Crecerán, amarán, tendrán hijos, e incluso nietos... y morirán como el resto de la gente. Con esto quiero decir que ninguno de vosotros podrá observar ningún cambio especial en la sociedad, como he asegurado en ocasiones.

»Sin embargo, si lo miramos desde el punto de vista temporal será distinto. Estos niños, que son Hijos de la Palabra, tomarán a las hijas e hijos de los hombres y tendrán descendencia, la cual, ya infectada con la sangre andrógina de sus predecesores, volverá a concebir hijos que a su vez extenderán el germen espiritual de Dios sobre la Tierra... y así, sucesivamente. Nadie podrá percibir la lenta evolución del ser si no es en su propio interior. Dentro de unas siete u ocho generaciones, tal vez menos, sobrevendrá el caos más absoluto. El hombre comenzará a sentir en su propia carne la inquietud femenina, practicará el culto a la belleza del cuerpo, irá adquiriendo cierta sensibilidad, impropia de un ser tan abrupto como hoy es, y profesará un sinfín de virtudes específicas de la mujer hasta el punto de desear con todas sus fuerzas convertirse en ella misma.

»La mujer, por el contrario, reivindicará los derechos que le han sido negados hasta el momento. Vestirá como un hombre, y abandonará las tareas del hogar para demostrarse a sí misma que puede realizar el trabajo de su esposo con idéntica firmeza. Se volverá materialista, fría y calculadora. Y lo peor de todo, se negará a seguir siendo instrumento de concepción. Llegado este crucial momento, la humanidad quedará en manos de la madre naturaleza, la cual nos ayudará a ir transformando nuestro cuerpo, como hombre y mujer, hasta devolverlo a su estado primitivo, convirtiéndolo nuevamente en andrógino. Al principio será uno. Más tarde diez... un centenar. Luego se harán los dueños del mundo. Y cuando la sociedad, tal y como la conocemos hoy en día, haya invertido sus funciones, la unión absoluta de los

sexos será una realidad, y el mal abandonará para siempre la Tierra. Entonces Dios nos abrirá de nuevo las puertas del Edén.

—Me sorprende que hayamos tardado tanto en comprender la verdad —aseguró *Madame* de Treville, que parecía satisfecha con la explicación del Maestro—. Como bien habéis afirmado reiteradamente, y sostenido con pruebas admisibles, la mujer es la cúspide del triángulo jerárquico donde los vértices del hombre y la sociedad quedan por debajo de su tolerancia. La mujer es la obra más hermosa de Dios. Ella es madre y hermana del hombre, cuando no amante y consejera. El hombre no debe amar a la mujer, sino que tiene la obligación de adorarla... —Su encendida arenga iba dirigida a los varones presentes, quienes seguían obstinados en no aceptar la realidad—. Dios nos ha concedido la virtud de engendrar, algo que vosotros no podríais asimilar nunca porque arrastráis el estigma de Caín. Nosotras damos la vida, vosotros la quitáis. ¡Escuchad las palabras del Maestro, atended su llamada! Cuanto antes comencéis a aceptar vuestra identidad, antes terminaremos con este infierno.

Nadie se atrevió a contradecir el testimonio de la anciana. De forma metódica fueron afirmando en silencio con inclinaciones de cabeza, llegando a la conclusión de que lo mejor sería dar por zanjado el asunto y, obviamente, dejar que el tiempo hiciera el resto.

Pero *Monsieur Joly de Fleur* aún tenía algo que decir.

—Hay una parte que no entiendo... ¿Quién era realmente Totó, y cómo pudo saber el lugar de reunión, al igual que Marais?

—¡Cierto! —añadió el joven conde de Saint-Denis—. Y otra cosa más, ¿quién era ese ser categórico que poseyó a la reina durante el proceso? Todos pudimos ver cómo intentó estrangular al rey poco antes de empujarle.

Saint-Germain aceptó responder sus preguntas, adoptando una postura menos frívola que la mantenida hasta el momento; más ceremoniosa. Entonces le dirigió una afectuosa mirada a Papilión. Sabía que lo que iba a decir le causaría bastante daño.

—Previamente, he de deciros que os mentí con respecto a la identidad de Totó... —reconoció avergonzado—. Desde el principio estuve al corriente de los motivos que le empujaron a asesinar, e incluso sabía de la importancia de necesitarle muerto. Es más, mi espíritu le ha acompañado durante todos estos años, y he sido testigo de los acontecimientos más dramáticos de su vida... —Sus ojos centelleaban al igual que dos tizones ardientes—. Vais a conocer, al mismo tiempo que mi protegida, los motivos que empujaron a Totó a cuidar de su niña, como solía llamarla, y a matar incluso por defenderla...

»Todo comenzó hace dieciocho años, cuando nació Papilión. Sus padres eran gente de sangre noble, por lo que me reservo el derecho a decir el nombre de su familia por respeto a los miembros que aún siguen con vida. Su madre falleció a consecuencia del parto, pero antes tuvo ocasión de conocer la deformidad de su hija,

y de inmediato supo que corría un grave peligro. Al ser consciente de su defecto, e intuyendo que su esposo trataría de solucionar el problema deshaciéndose del bebé, le dijo a su doncella más fiel que cuidara de la criatura... Le aconsejó que se marchara lejos con ella, lo bastante como para llegar al orfanato y entregarla en custodia a las monjas hospicianas. Y eso fue lo que hizo. Tomó a la niña en brazos, y abandonó la casa como alma que lleva el diablo. Pero la vieron salir, y fueron en su busca.

»Tras una implacable persecución por las calles de París, el aristócrata y sus esbirros lograron cercarla en el jardín de una mansión en ruinas. Viéndose perdida, la doncella trató de salvar al bebé dejándolo caer por un pequeño ventanal que daba al sótano. Más en aquel instante de desesperación, Totó surgió por la oquedad extendiendo sus manos, y le prometió a aquella mujer que protegería a la niña como si fuera hija suya. Una vez que la dejó en compañía del gigante se enfrentó a su cruel destino... —El enigmático conde tomó aliento antes de continuar—: Fue asesinada fría y brutalmente. Sin embargo, todo cambió cuando Totó hizo justicia rompiéndole el cuello al padre de la criatura... —Miró a su protegida, que se limitó a inclinar la cabeza con cierto recogimiento. A pesar de ello, se vio en la obligación de proseguir con su dramático relato—: A partir de entonces la Muerte se convirtió en su aliada, acompañándole en todo momento. Tanto es así, que al día siguiente, tras un empujón fortuito, desnucó a un gañán que trataba de abusar de una doncella y su anciana madre. Ese fue su segundo crimen.

»Pero confiar en las mujeres a las que salvó la vida le condujo de nuevo por la senda de la muerte, pero esta vez fueron él y su compañero, un enano llamado Petit Ours, las víctimas del engaño. Uno fue degollado, el otro ensartado por una horca de aventar el trigo. Totó no llegó a morir del todo porque el lado masculino de aquella criatura, a la que prometió cuidar, le exhortó a seguir adelante. Se liberó de su prisión de tierra gracias a las súplicas empáticas del bebé, pues los bastardos que le traicionaron fueron capaces de enterrarle vivo sin remordimiento alguno. Abandonó la tumba para ir tras ellos. Él fue quien asesinó, llevado por la venganza, a los traidores que pusieron en peligro la vida de Papilión y degollaron sin piedad a su compañero, a quienes comerciaron con ella, y a todo aquel que trató de aprovecharse de su inocencia.

»Y mientras esto ocurría, al igual que en un juego de estrategia, era mi mano y mi voluntad la que iba forjando su destino... y el del teniente Marais, que estaba condenado a ser el brazo ejecutor para el buen fin de nuestra causa. La muerte siempre estuvo al lado de Totó porque él simbolizaba el ocaso del hombre. En cuanto al espíritu masculino de Papilión, no debéis extrañaros... todos tenemos nuestro lado inverso; lo que ocurre es que no se manifiesta salvo en contadas ocasiones, y nunca tan desligado de su alma gemela. Pero su presencia ha dejado de ser un peligro para la muchacha. En realidad, murió en el mismo instante que lo hizo Totó. Y gracias a su

sangre, la especie que comienza a gestarse en el vientre de la reina, de naturaleza casi inmortal, podrá abandonar el cuerpo terrestre cuando le llegue su hora. Pues nada es eterno sino Dios.

Con esto, Saint-Germain dio por finalizada la exégesis con respecto a la participación y triste final del gigante y su oscuro aliado, el caballero Le Brun. Ya no le quedaba nada más que decir. A partir de entonces, el futuro quedaba, como siempre, a merced de los acontecimientos venideros.

La despedida

Era el momento de decirse adiós, y sin embargo, no estaban preparados para vivir en la distancia, uno lejos del otro. La ceremonia les había permitido intercambiar sentimientos, ideas y conducta, logrando que espiritualmente conformasen un solo ser. Pero ahora, después de sentir esa necesidad firme y enérgica de unificar sus almas, tendrían que coger caminos diferentes y reorganizar sus vidas por separado. Papilión acompañaría a su tutor a un lugar lejano donde ella y sus hijos estarían bien asistidos, y aprendería el modo de conseguir la paz interior que tanto necesitaba, olvidando todo cuanto había sufrido durante estos años. Charles, conforme a su idea de marcharse lejos, tenía pensado regresar a Inglaterra y adoptar nuevamente la alegre personalidad de Lía de Beaumont, puesto que ya no podía vivir de otra forma después del proceso.

Se encontraban en el patio de armas, mirándose a los ojos en silencio mientras el resto, los invitados y participantes de la ceremonia se disponían a montar en sus distinguidos carruajes y acomodarse para el largo viaje de vuelta a París. No sabían qué decirse, aunque la elocuencia de las palabras reprimidas bien podría servir para introducción de unos versos tristemente desafortunados. El vocerío de los cocheros y el relinchar de los caballos, además del viento que arreciaba del norte, arrastrando pequeñas gotas de lluvia, quebró ese instante caprichoso en el que creyeron ser los únicos habitantes de la Tierra.

—Supongo que te habrán prohibido decirme el lugar a donde te llevan —dijo finalmente Charles en un arrebato de ansiedad—. Creo que es porque saben que nada me impediría ir a buscarte.

Papilión sonrió con timidez, sintiéndose halagada.

—Nadie sabe adónde me dirijo, ni siquiera yo... Te doy mi palabra... —le habló con sinceridad—. Lo único que mi tutor me ha adelantado es que se encuentra muy lejos de aquí, en una región olvidada al norte de la India. Dice que allí viven los

ancianos más sabios del mundo, y que de ellos aprenderé a cultivar las virtudes elementales de convivencia que mis hijos habrán de heredar al nacer... —Entonces le cogió de las manos—. Escucha... Me siento igual de asustada que tú, incluso algo más por sentirme responsable de lo que haya de suceder, pero pienso que es lo mejor para todos. En este momento no soy dueña de mi voluntad... Estoy obligada moralmente a seguir adelante, y es lo que haré a pesar de sentir que una porción de mi vida se queda contigo.

Charles no estaba dispuesto a malograr la despedida con palabras que sirvieran de cultivo a la nostalgia. Ambos tendrían que soportar con estoicismo el hecho de separarse, y no albergar sinsabores que vinieran a enturbiar el grato recuerdo de los días vividos.

—Aunque me duela decirlo, he de admitir que estoy de acuerdo contigo... —Él agachó la cabeza, mordiéndose los labios—. No podemos decidir nuestro futuro. Es más... nadie suele escapar a la veleidad del destino.

—Somos afortunados; no lo olvides. Hay quienes no tuvieron tanta suerte.

—¿Te refieres a Totó?

—A él... a mi madre... a las muchachas del prostíbulo. A todos los que murieron por mi culpa.

Charles la cogió suavemente por los hombros, intentando hacerle entrar en razón.

—No deberías hablar así —le dijo como en un susurro—. Tú no eres responsable de haber nacido distinta, ni de haber empujado a Totó a cometer sus crímenes.

—¿No escuchaste las palabras del Maestro? —preguntó angustiada—. Fue mi lado oscuro quien le animaba a seguir adelante con la barbarie.

—¡Ambos han muerto, olvídalos! —insistió Charles—. Atormentándote no le devolverás la vida a ese desdichado.

Papilión afirmó en silencio, sin poder evitar cierto sentimiento de culpabilidad.

El marqués de la Roche se les acercó con timidez, tratando de no interrumpir la conversación pero con la necesidad de transmitir su mensaje. Habían decidido hacer el viaje de regreso todos juntos, en los diversos coches con los que contaban. Como los carruajes de los aristócratas iban al completo, y puesto que la joven regresaría a París en compañía del Maestro y la marquesa de Blanchefort, creyeron que lo mejor sería que el teniente viajara en la calesa del caballero d'Éon.

—Charles... estamos preparados para irnos —dijo Auguste lacónicamente. Luego le dirigió una mirada amable a Papilión y se marchó de nuevo hacia el coche donde les esperaba su familia.

El aludido vio como el teniente Marais terminaba de hablar con el procurador general, que parecía darle instrucciones tajantes con respecto a su discreción al tiempo que le hacía entrega de un sobre lacrado, el cual el policía guardó de inmediato en el bolsillo de su levita. A continuación Charles de Beaumont volvió a

encarar el rostro de la joven.

—Debo irme... —dijo con voz apagada—. Pero antes he de decir que el haberte conocido ha sido una experiencia increíble y maravillosa... y que no pienso olvidarte por muchos años que viva.

—También yo te echaré de menos.

Con dulzura y sentimiento, Papilión dio un beso en las mejillas del ambiguo caballero. Después, y sin ofrecerle otra oportunidad de despedida, giró su cuerpo y fue directa hacia la puerta de entrada al castillo. A Charles se le partió el corazón al verla marchar.

Guardó aquella imagen en lo más profundo de su corazón, escena que le acompañó hasta el día de su muerte.

Las viejas leyendas

Marie de Hautpoul observó con escrupulosa paciencia la aciaga despedida de los amantes a través de los cristales de un ventanal de la torre del homenaje. Luego vio como Charles acompañaba al teniente hasta su coche, ambos sin mucho afán y con pocas ganas de hablar. El resto de los invitados aguardaban impacientes el momento de iniciar el viaje de regreso, bien acomodados en el interior de sus calesas. Todo había concluido. De algún modo, cada uno de los participantes había sufrido un cambio en su interior.

Cerró las cortinas con un lánguido gesto de satisfacción, dando por cumplido el sueño de todos al haber sido capaces de interpretar las fórmulas alquímicas y elaborar la piedra de los filósofos. Se sentía cansada, pero orgullosa de haber participado en la ceremonia y ayudado en lo posible a su Maestro. Era una experiencia bastante personal, algo así como nacer de nuevo. Tuvo que reprimir un acceso de felicidad antes de girarse y hacer frente al rostro afable del conde, quien permanecía sentado en una butaca sosteniendo una taza de té en la mano.

—¿Se han marchado ya? —preguntó sin mucho interés.

—Todos menos nosotros y la muchacha... —contestó Marie tras acomodarse en el sillón—. Y espero que hagamos lo mismo cuanto antes, porque, aunque no lo creáis, echo de menos París.

Saint-Germain acogió la confidencia con una sonrisa mordaz.

—Supongo que es difícil olvidar los placeres que brinda la vida cortesana —le dijo con deliberada lentitud—. Pero aquí, lejos de intrigas políticas, de la difamante lujuria y la violencia, es donde realmente el sentimiento de paz se colma de virtud.

—Es todo cuanto poseo... además de la casa en París. —Ella trató de ser lo más franca posible, y aceptar la realidad con buen humor—. No es mucho, pero al fin y cabo solo tengo un hijo. Espero que le alcance para vivir sin tener que trabajar, si es que antes no me arruina. —Entonces se echó a reír.

El conde guardó silencio al escuchar sus palabras. Respetó el instante complaciente que vivía la marquesa ocultándole la verdad, una verdad terrible que habría de ensombrecer su vida en un futuro próximo: la muerte de su hijo Paul-Urbain de Fleury, su único descendiente.

—¿Puedo haceros una pregunta? —inquirió ella al percibir la abstraída expresión del conde.

—¡Oh, sí... por supuesto! —exclamó él, de vuelta a la realidad.

—¿Volveremos a veros?

—Eso espero, aunque tardaré algo más de un año en regresar a Europa. El viaje es largo, ya sabéis. Además pienso que darme con Papilión hasta que dé a luz. Luego he de reorganizar su vida instalándola en un pueblecito tranquilo para que pueda criar a los niños según su conformidad.

—¿Quién presidirá nuestras reuniones en vuestra ausencia? —La marquesa tenía la esperanza de ser la candidata perfecta, a pesar de que últimamente se rumoreaba entre los iniciados que pudiera ser *Madame* de Treville, por el trato de respeto que el Maestro le otorgaba.

—Alessandro di Cagliostro —contestó Saint-Germain sin asomo de duda—. Es un ser carismático... Ya iréis descubriendo cuan impresionante es escucharle hablar, y cuanta bondad derrocha su espíritu.

—Pero, yo esperaba...

—Para vos, mi querida amiga, tengo reservado otro fin... ser la memoria protectora del proceso —atajó antes de que pudiera terminar—. Mi deseo es que alimentéis las viejas leyendas que corren en torno al Grial en esta región, a fin de desviar la atención de los vecinos con respecto a lo ocurrido anoche en la vieja cripta. Nadie debe sospechar de nosotros, y mucho menos descubrir que hemos cambiado el mundo conocido. Cuanto más increíble sea vuestra historia, más interés sentirán por conocer sus secretos, alejándoles así de la verdad.

—Es fácil; podré hacerlo. Pero... ¿qué ocurrirá con el teniente? —quiso saber ella—. ¿Cómo evitaremos que le cuente a sus amigos que fue testigo de un hechizo sobrenatural en donde los hombres y mujeres más destacados de París llevaban a cabo sus invocaciones totalmente desnudos? ¿Acaso no habéis pensado en las consecuencias de dejarle marchar sin antes haber comprado su silencio?

—El teniente Marais no representa ningún peligro... —afirmó solemne—. De hecho, dentro de unos meses solicitará el ingreso en la Fraternidad de los Rosacruces... algo que ahora ni siquiera se plantea. Pero antes ha de hacer su viaje iniciático, y visitar uno de los pocos lugares en el mundo donde, de forma gráfica, se da una explicación fehaciente con respecto al resultado del proceso. Una vez que haya comprendido la verdad, sus prejuicios serán superados, y de ese modo podrá adquirir la iluminación de Dios.

—He de creerlos porque jamás nos habéis defraudado, aunque me resulta difícil que un individuo tan destemplado tenga suficiente sentimiento como para ser un hermano de la Fraternidad. —A Marie de Hautpoul le costaba aceptar sus palabras.

—Recordad que el hombre, al igual que la mujer, están sujetos a las dos leyes universales que rigen la vida: el bien y el mal. Todos poseemos un lado sensible. Pensad que hasta el mayor de los tiranos es capaz de percibir la belleza, y sucumbir al encanto de su magia... —entonces dejó la taza sobre la mesa, poniéndose en pie—. Ahora hemos de prepararnos para la vuelta. Será mejor que vaya a ver qué hace Papilión.

Fue hacia la salida, dejando a la marquesa a solas con sus pensamientos. Sin embargo, antes de que Roger le abriera la puerta, escuchó la voz de la anciana a su espalda.

—*I tego arcana dei...* Yo oculto los secretos de Dios —dijo Marie con orgullo—. Ese es el significado de la inscripción que lleva grabada la moneda que me enseñasteis. Es un criptograma, ¿verdad? *Et in Arcadia ego* es lo mismo que *I tego arcana dei*, nada más que entremezclando el orden de las palabras.

Saint-Germain se dio la vuelta, satisfecho de comprobar que su vieja amiga había descifrado el enigma que le planteara días atrás.

—Así es —contestó con tono firme—. Y a partir de hoy, como bien acabáis de decir, sois el guardián de la puerta de nuestros secretos, la depositaria de la verdad... la que oculta los secretos de Dios. Por eso es importante que desviéis la atención de los lugareños difundiendo una historia totalmente distinta.

—No os preocupéis —le tranquilizó—. Correrá tal rumor que durante siglos el hombre no hará otra cosa que intentar descubrir en vano su misterio.

—Lo sé... Os conozco demasiado bien para saber que tenéis una imaginación desbordante.

Dicho esto, Saint-Germain se marchó en compañía de su lacayo, dando por definitivamente finalizada la conversación, y su labor en Rennes-le-Château. La marquesa no pudo hacer otra cosa que reír de nuevo; mas esta vez fue con un dejo de tristeza.

La vida, al menos por ahora, seguía siendo igual de aburrida.

Epílogo

Sujetando las riendas de su caballo, Marais no dejaba de pensar en las palabras que le dijera el procurador general dos meses atrás, poco antes de abandonar el castillo de Blanchefort:

—Si quieres comprender la verdad de lo que has visto, tendrás que visitar el santo lugar de los futuros iniciados, y leer la carta que acabo de entregarte. Lo que tu corazón te diga será la respuesta...

Unos días antes había cruzado los Pirineos, y penetrado en el norte de España sin más compañía que el gélido viento de las montañas y las voces insonoras de sus propios pensamientos. El frío era insoportable, sobre todo cuando llegaba la noche y las altas y nevadas cumbres se alzaban a su alrededor como titánicas efigies de dioses sombríos. De día era distinto, pues la belleza del paisaje resultaba un espectáculo único, donde el verde de los árboles, el azul del cielo y el blanco de la nieve formaban un estandarte soberbio que acompañaba al viajero en su devenir por aquellos lares tan inhóspitos.

Bien abrigado, y con una capa de paño sobre los hombros, dejaba atrás para siempre el recuerdo de Deverly y su trabajo como teniente de Policía. Le atraía la idea de formar parte de la Fraternidad tras escuchar las increíbles historias de *Monsieur Joly de Fleur*, aunque no se sentía seguro de estar preparado para sustituir sus antiguas creencias por las de la logia. Necesitaba tiempo para pensar y decidir qué hacer con su vida en un futuro aún incierto.

Horas más tarde distinguió a lo lejos, perdida en el valle, la pequeña aldea que andaba buscando. Sin prisa alguna, pues tenía todo el tiempo del mundo, se dirigió a donde un puñado de casas y una iglesia conformaban el pueblo de Sant Joan, muy cerca de Alós d'Isil; al norte de Aragón.

Poco después entraba en el pequeño pueblo. Las miradas recelosas de los vecinos le recordaron a las gentes de Rennes-le-Château, y al igual que entonces, tampoco le importó lo que pensarán de él. Se bajó del caballo nada más alcanzar la fachada principal de la iglesia, sacando del interior de su levita el sobre que le entregara el Procurador el día después del proceso. Con paso firme, pero tratando de ser discreto y no llamar aún más la atención de quienes paseaban por la plaza, se acercó a la puerta de entrada y miró hacia lo alto. Y allí, entre unos arcos románicos y la vigilante custodia de unas gárgolas con rostro de hombre, encontró lo que andaba buscando.

En dos placas distintas de piedra, bastante más antiguas que el propio santuario, pudo ver representadas dos parejas de seres humanos, una por cada losa. En la de la derecha, se perfilaba la imagen de un hombre y una mujer a los que le habían borrado

el sexo y las piernas, y en medio una cruz con las letras X y P a ambos lados. En la de la izquierda, la misma pareja sufría idéntica mutilación, pero se veía claramente que, antaño, habían tenido solo dos piernas en vez de cuatro —que era lo normal—, como si los dos compartieran un mismo cuerpo.

Afectado por la imagen de aquella blasfemia, exhibida sin pudor a la entrada de la casa de Dios, desenrolló con cierta inquietud la carta del procurador general del rey de Francia. En ella decía así:

Estos son Adán y Eva, antes y después del Pecado Original. Lo único que hemos hecho ha sido devolver al hombre a su estado primitivo.

Gustave, en un instante de lucidez, tuvo una visión orbicular de lo acaecido. Aquello podía parecer una locura, y sin embargo, era cierto. Después de tantos miles de años viviendo en la dualidad, el hombre retomaba la originaria imagen de su naturaleza divina.

Entonces, embelesado por la idea de estar ante el Génesis de Dios, comprendió que el mundo iba a cambiar irremediabilmente.

Comentarios del autor

Las imágenes utilizadas para ilustrar esta novela las he tomado prestadas del *Rosarium Philosophorum*, editado en Alemania en el siglo XVI, a excepción del grabado El Árbol de los Filósofos, que pertenece al texto alquímico *Corpus Magnum*.

En cuanto a los personajes, varios de ellos son fruto de mi imaginación y otros, sin embargo, vivieron en realidad en el París de aquellos años previos al estallido de la Revolución Francesa, tales como: la condesa de Blanchefort, Denis Diderot, el duque de Choiseul, la condesa D'Adhémar, el caballero de Rohan-Chabot, Milord de Egremont, *Monsieur Joly de Fleur*, Alessandro di Cagliostro, el inspector Marais, el enigmático conde de Saint-Germain, y, para terminar, el caballero d'Éon; quien fuera espía hermafrodita al servicio del rey Luis XV de Francia.



PATRICK ERICSON, Alhama, Murcia, 1962. Es seudónimo de José María Fernández-Luna Martínez, es gerente de una inmobiliaria; su interés por la literatura viene condicionado por su parentesco con Concha Fernández-Luna, la escritora lorquina de cuentos infantiles. Ha publicado *Baile de driadas* (novela) en 2000; y *De profundis* (poesía) en 2002. Asimismo ha colaborado con las revistas *Alhama mi pueblo* y *Águilas magazine*. Dos novelas aparecen en 2008 en breve espacio de tiempo, *Génesis, el Ritual Rosacruz* (Nowtilus) y *La escala masónica. El manuscrito de Toledo* (Viamagna). Viamagna, además, tiene publicada otra novela que salió en primavera del 2009: *El ocaso de las siete colinas*. En el 2010 Styria le publica *Objetivo: Adolf Hitler* y pronto aparece su siguiente novela, *La memoria de Lucifer*, en 2010 *Anochece en Irak*, y en el 2012, *Maleficum*.

Notas

[1] Prostitutas de baja estofa que cultivaban su arte en la calle. <<

[2] Se trata de un palíndromo; es decir, que puede leerse tanto de izquierda a derecha como de derecha a izquierda. Esta frase anónima se le atribuye al diablo. <<